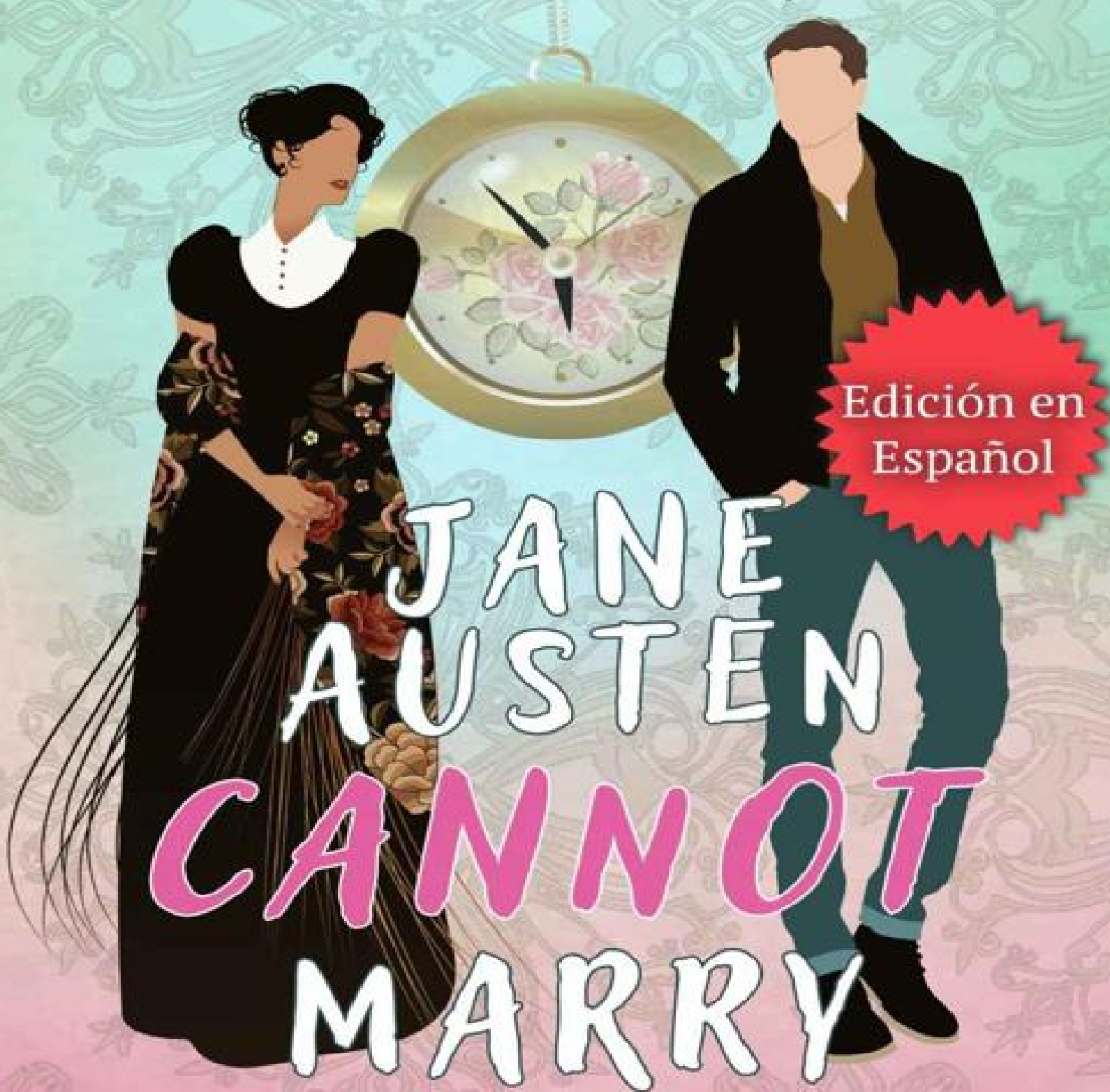


MAY
McGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY



Edición en
Español

JANE
AUSTEN
CANNOT
MARRY

Jane Austen No Puede Casarse

Jane Austen Cannot Marry!

¡Austen No Puede Casarse!

May McGoldrick

Book Duo Creative

¡Gracias por elegir *Jane Austen No Puede Casarse!* Si le ha gustado este libro, por favor, comparta las buenas palabras dejando una reseña, o póngase [en contacto con los autores](#).

JANE AUSTEN NO PUEDE CASARSE (JANE AUSTEN CANNOT MARRY!) COPYRIGHT © 2022 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma y por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido o por inventar, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor: Book Duo Creative LLC.

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

"No podía haber dos corazones tan abiertos, ni sabores tan parecidos, ni sentimientos tan al unísono..."

— Jane Austen, *Persuación*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Otras Obras de May McGoldrick](#)

[Sobre el autor](#)

Capítulo Uno

Pueblo de Hythe, en el Canal de la Mancha *12 de abril de 1811*

NADINE MIRÓ a través de la calle empedrada la niebla que se cernía como una nube alrededor de la lámpara parpadeante del exterior de la taberna White Hart. Las voces profundas de los hombres que cantaban una canción marinera en el interior se extendían por la estrecha calle.

La taberna estaba enclavada entre el grupo de tiendas y casas que bordeaban High Street. La calle principal discurría de este a oeste, y la costa se extendía unos 400 metros hacia el sur. La carretera seguía una de las terrazas naturales de colinas que se elevaban hacia el norte, donde la tierra se nivelaba en granjas y pastos hasta Canterbury. Por debajo de High Street, al pie de la colina, un nuevo canal militar estaba casi terminado, y más allá, casetas de pescadores y pequeñas casas de campo salpicaban la tierra a lo largo de la playa y los bordes de un gran pantano.

Independientemente de su similitud con otros mil pueblos ingleses, el pueblo de Hythe era especial.

Dos veces al día, pasaba la diligencia hacia el este. Y era aquí en Hythe, dentro de cuatro días, donde Jane Austen desembarcaría de camino a Londres. Jane Austen, que se dirigía a preparar su primera novela, *Sentido y Sensibilidad*, para su publicación. Jane Austen, que estaba destinada a que su escritura tocara a generaciones de personas.

Nadine apretó la capucha de su capa contra el frío húmedo de la brisa nocturna. La correa de la bolsa que llevaba bajo la capa se le clavaba en el hombro, pero no se atrevió a ajustársela.

"¿Dices que el Capitán Gordon llegó justo antes del anochecer?"

"Sí, señora. Justo antes de nuestra cena". El joven lacayo miró desde la moneda que ella le había dado hasta la puerta de la taberna, su destino antes de que ella lo asaltara.

"¿Cuánto tiempo piensa quedarse?"

"No se sabe. Pero está de permiso, y una de las criadas de arriba dice que la señora espera que esté en Hythe durante quince días, por lo menos."

Nadine se sintió aliviada de que Gordon hubiera llegado por fin. Había llamado a Churchill House dos días antes y ayer de nuevo, preguntando por él. Otra visita más y se arriesgaba a levantar sospechas.

"¿Espera su señora alguna otra compañía este fin de semana?"

"No que yo sepa, señora."

"¿Alguna excursión planeada por el capitán... digamos, para mañana?"

"No se sabe nada de eso, señora."

La atención de Nadine se desvió hacia una anciana que era arrastrada por un perro achaparrado y tuerto. Desde que llegó a Hythe, había visto a la pareja en numerosas ocasiones. La mujer siempre la miraba con desconfianza, y el perro nunca pasaba sin gruñirle y tensar la correa.

Retrocedió hasta las sombras del edificio, esperando que pasaran de largo sin reparar en ella.

"Cualquier otra cosa que necesite, señora."

"No. Gracias. Llamaré a su señora y al capitán mañana".

El lacayo se inclinó el sombrero de bicornio y cruzó el camino hacia la taberna, lanzando la moneda al aire mientras caminaba.

El sonido sordo de las campanas de una iglesia tocando a las nueve surgió de la niebla. Nadine miró hacia el Cisne, la posada donde se alojaba. Estaba a sólo unas puertas de la taberna, pero bien podría haber estado en Irlanda, por lo que podía ver a través de la oscuridad y la niebla. Incluso la lámpara que colgaba del arco de entrada al patio interior y los establos era invisible.

Nadine estaba cansada, pero la idea de tener que pasar por delante del posadero de rostro adusto y sus miradas suspicaces la hizo estremecerse. Cuando tomó la habitación, su sonrisa se encontró con un ceño fruncido. Su agradable saludo fue respondido con un gruñido. Y darle unas monedas de propina no había cambiado nada en su hospitalidad.

Aunque dar cobijo a extraños era su oficio, el posadero no fue precisamente hospitalario con ella, una mujer sola. Y había aprendido a no pedir que le subieran un plato. La carne fría, las verduras fétidas y los bollos rancios que le habían servido la noche de su llegada habían puesto a prueba la fuerza de su estómago.

Nadine ajustó la correa de la bolsa bajo su capa. Tenía que hacer una parada más antes de enfrentarse al posadero y a las incomodidades del Cisne.

Salió de las sombras.

"¿Quién es usted?"

Nadine dio un respingo, sin darse cuenta de que la aldeana y su perro la estaban esperando. Tardó un momento en recobrar el valor y la voz.

"Podría preguntarte lo mismo. ¿Por qué me sigues?"

La mujer mayor frunció el ceño con fiereza. "No eres de aquí y hablas raro. ¿Qué es ese acento? ¿Eres francesa?"

"No", respondió Nadine con firmeza. "Sólo soy una viajera de paso por Hythe".

Miró al perro con recelo. Tiraba de la correa y enseñaba los dientes a escasos centímetros del dobladillo de su capa.

Por lo general, caía bien a los animales. Los desconocidos solían confiar en ella, y el posadero era una de las pocas excepciones a la regla. A Nadine le habían dicho a menudo que tenía un comportamiento cálido y amistoso. Pero también sabía que los británicos eran muy dados a las presentaciones y los modales. Una mujer que viajaba sola, sin figura masculina ni acompañante, era sospechosa.

"Pero *no estás de paso*". La voz se alzó, y un dedo huesudo apuntó acusadoramente al pecho de Nadine. "Llevas aquí desde el martes, y no intentes negarlo".

No era su imaginación. El entrometido la estaba siguiendo. Nadine pensó en las advertencias que había recibido antes de llegar a este pueblo. La guerra con los franceses estaba en la mente de todos, y había rumores de que una invasión podía producirse en la costa en cualquier momento. Por eso, los lugareños eran temerosos y los forasteros, sospechosos.

"Sí, tienes razón. Estoy aquí desde el martes por un asunto familiar".

"¿Sin su marido?"

El recuerdo de los ojos castaños oscuros del hombre que le había pedido a Nadine que fuera su esposa centelleó en su cerebro. Por mucho que pasara el tiempo, Xander siempre estaba con ella. Lo que se habían dicho y hecho entre ellos seguía vivo dentro de ella. En cierto modo, era como si nunca se hubiera ido. Nunca lo hubiera dejado plantado en el altar.

"Estás casado, ¿verdad?"

"Sí, lo soy."

"Entonces, ¿dónde está?"

Nadine deseaba que Xander simplemente apareciera. Pero ése era un sueño imposible.

"Mi marido no está conmigo."

"¿Dónde está?"

"Está en Londres. Pronto se reunirá conmigo".

"¿Tus hijos?"

Se le hizo un nudo en la garganta. Una mujer normal y sana en una relación amorosa podía soñar con esas cosas. Un hijo. Un futuro. Ella no.

"Bueno, fuera con eso. ¿Dónde están tus hijos?"

"No tengo ninguno".

"Ya tienes edad para tener una docena".

Si la mujer supiera la edad real de Nadine. Siglos separaban su futuro nacimiento de la fecha de hoy. Sin embargo, biológicamente, tenía treinta y cinco.

"¿Cómo te llamas? Preséntate enseguida".

"Me llamo Nadine Finley. ¿Y tú eres?"

"Elizabeth Hole. Hija del difunto James Hole, un pescadero con locales aquí mismo en la calle Mayor. Mi madre era una Lydd. Y ambos nacieron en Hythe, al igual que sus padres y cada generación hasta el día del Conquistador. No es que necesite decírtelo, pero St Leonard's, allí arriba...". Hizo un gesto con la mano hacia la colina. "Me bautizaron en esa iglesia, a una docena de pasos de donde están los huesos de mi familia en el osario. Así que soy *de* aquí, y no hay ningún Finley viviendo en Hythe. En resumen, señorita Finley -o quienquiera que sea-, está mintiendo".

Fue toda una introducción. Estuvo tentada de hacer lo mismo. Ciertamente podría fabricar una ascendencia para satisfacer a este inquisidor.

El perro lanzó un ladrido agudo y un gruñido. Nadine lanzó una mirada cautelosa al animal que gruñía, preguntándose si aquellos dientes afilados estaban a punto de aferrar su pierna.

"No dije que iba a visitar a mi *propia* familia". Dio un paso atrás. "Y te agradeceré que mantengas a tu pequeño cíclope lejos de mi tobillo".

"No te preocupes por Kai". Cogió al perro y lo metió bajo el brazo. "¿Qué haces aquí? Explícate y hazlo rápido".

Nadine no iba a contarle a Elizabeth Hole sus asuntos. Desde luego, no iba a mencionar al capitán Gordon ni a la honorable Margaret Deedes, la hermana a la que estaba visitando. Si ésta iba corriendo a Churchill House, los planes podían arruinarse. Lo último que Nadine necesitaba era que el capitán se negara a hablar con ella.

"Tienes razón en que llegué el martes. Y mi intención es irme en el autocar el sábado... o como muy tarde el lunes". Esperaba que fuera antes. No quería que fuera demasiado pronto, y el lunes sería muy pronto. "Entonces, si me disculpas..."

Nadine rodeó a la arpa. Casi al mismo tiempo, la puerta de la taberna se abrió y tres

guardacostas uniformados salieron tambaleándose. El trío, claramente borracho, enlazó los brazos y se alejó tambaleante hacia la oscuridad, cantando mientras avanzaban.

Nadine la siguió, escuchando cómo el gruñido se alejaba a sus espaldas. Cuando estaba a pocas puertas del White Hart, miró por encima del hombro y se sintió aliviada al ver que la mujer y su compañero canino habían desaparecido. Al parecer, Elizabeth Hole había renunciado a la persecución por esta noche, pero Nadine estaba segura de que no sería la última vez que la vería.

Manteniéndose en la sombra y caminando deprisa, pasó junto al Cisne y bajó la colina. En unos instantes llegó al canal y cruzó el puente nuevo. Aquí abajo, la niebla era más espesa y el olor a sal y a pescado se mezclaba con el humo del bosque. Dada la hora que era, ninguna de las tiendas de los comerciantes estaba abierta, y sólo algunas de las casas de campo que cruzó mostraban luz en las ventanas.

La oscuridad y la quietud eran un poco desconcertantes. Nadine prefería las ciudades a los pueblos y el campo. La seguridad en el número. Situaciones como ésta siempre le dejaban el sabor ácido de la vulnerabilidad en la boca. Pero el lugar al que la enviaban y la misión que le asignaban nunca habían sido decisión suya.

Y había tenido misiones muy desagradables. Rusia en 1917, cuando los revolucionarios bolcheviques asaltaron el Palacio de Invierno. Egipto en el 48 a.C., cuando las tropas de César quemaron Alejandría y su gran biblioteca. En Yucatán, en 1562, cuando sacerdotes y soldados españoles destruyeron libros mayas.

Pero siempre conseguía terminar la tarea que se le encomendaba. Tenía que hacerlo. Así era su vida, el camino que se había visto obligada a tomar.

Avanzó por la carretera llena de baches que conducía a la costa. El silencio del vecindario sólo se vio interrumpido una vez por el ruido de unos hombres que reían y discutían fuera de una taberna en una de las calles laterales.

Nadine juzgó, por las indicaciones que había recibido, que se estaba acercando a su destino. Giró la cabeza al oír pasos detrás de ella. No podía ver nada a través de la niebla. Para estar segura, se escabulló entre las sombras junto a una choza y esperó.

Su mano se deslizó dentro de la bolsa y sus dedos rodearon el arma que llevaba. Era pequeña, del tamaño de un pintalabios, pero lo bastante potente como para aturdir a un hombre de buen tamaño.

Los segundos pasaban. Los pasos se detuvieron unas puertas más arriba. Una tos baja. Oyó cómo se raspaba el barro de las suelas de las botas. Llamaron a la puerta, un hombre saludó murmurando y una voz de mujer le invitó a pasar. Un momento después, la puerta se cerró, dejando a Nadine sola una vez más.

Salió de las sombras y continuó por el camino. Una vuelta más y divisó su destino.

El lugar era poco más que un borrón negro de paredes y tejado de paja, acurrucado entre una colina baja y la casa de campo de un vecino. Nadine se abrió paso sigilosamente a través de un gran huerto lleno de hileras de plantones. A través de un hueco en los postigos de una ventana, Nadine pudo distinguir la luz parpadeante de una chimenea. Deirdre se levantó tarde.

Se dirigió a la puerta y llamó suavemente.

El sonido de pasos en el interior fue seguido por una voz incierta. "¿Quién es?"

"Es Nadine."

La puerta se abrió y la joven miró hacia el carril antes de meterla dentro y cerrar la puerta. "No me lo puedo creer. Estás aquí".

"Te dije que vendría".

Nadine miró más allá de ella buscando a la persona que había venido a ver. El hijo de Deirdre, Andrew.

Al otro lado de la habitación, el niño dormía en la cama que compartía con su madre.

"¿Cómo está?"

"Ha dormido profundamente desde la cena. Y eso es una bendición".

"¿Tos?"

"Ninguno esta noche."

"¿Fiebre?"

"Tenía buen apetito, y su cara está fría al tacto".

Aliviada, Nadine miró a su alrededor. La cabaña era pequeña, pero lo bastante acogedora para protegerse del frío primaveral. Sobre el fuego, una olla colgaba de un largo brazo. Una tetera humeante estaba sobre la chimenea. Cerca de la chimenea, un paño cubría una bandeja con barras de pan. De las vigas bajas colgaban diversas hierbas.

Junto a la ventana enrejada había una mesa con tres sillas, y los platos y las tazas estaban ordenados en estantes sobre un aparador. Sobre un pequeño catre se había apilado una gran pila de costura. Un armario, una cómoda baja de madera, un lavabo y la cama donde dormía Andrew formaban el resto del mobiliario.

Deirdre cubrió la ventana con una manta. "Estaban aquí, buscándote. Temía que ya te hubieran encontrado".

"¿Quién estaba aquí?"

"Los guardacostas".

"¿Por qué? ¿Qué dijeron?"

"Querían saber sobre la extraña... la mujer con acento francés que fue vista en el mercado el otro día, haciendo preguntas".

Maldita sea. Había llegado a Hythe el martes, día de mercado en la ciudad. Y *había* hablado con algunos vendedores, tratando de orientarse.

"No tengo acento francés", dijo Nadine a la defensiva, sabiendo que las autoridades estaban al acecho de los espías de Napoleón.

"Bueno, hablas diferente".

"Yo no. Hablo inglés. Lo mismo que tú".

"No, no lo haces. Hablas diferente".

Podría quedarse ahí toda la noche discutiendo. Pero, ¿para qué? Comparada con los lugareños, tenía acento. Pero definitivamente no era francés.

"¿Qué les dijiste?"

Se encogió de hombros. "Que te vi en el mercado, pero no desde entonces".

"¿Por qué vinieron aquí?"

"Alguien nos vio hablando, supongo". Deirdre sacudió la cabeza. "Hythe es un pueblo. La gente está al acecho. Los oídos están pegados a las paredes. Todo el mundo conoce los asuntos de los demás. He vivido aquí toda mi vida, pero mi madre tenía sangre irlandesa. Así que he sido el centro de atención desde que mi marido se fue. Y mucho más de lo que me gusta, déjame decirte".

Hacía ocho meses que el marido de Deirdre había sido arrastrado por una banda de prensa para que se alistara como "voluntario" en la flota británica, y desde entonces no había vuelto a saber nada de él.

En el mercado, Nadine sólo había entablado conversación con Deirdre por Andrew. Caminando por los puestos, sintió un tirón en la falda y miró hacia abajo para descubrir a un niño

de unos dos o tres años que la miraba fijamente. Pelirrojo, con cara de querubín y una cabeza que parecía demasiado grande para su pequeño y delgado cuerpo.

"Perdido", le había dicho.

"¿Te has perdido?" había preguntado Nadine.

"No. Tú."

Se había agachado y los ojos verdes del chico se clavaron en los suyos. La intensidad de su mirada era inquietante. Era como si hubiera visto a través de ella, como si supiera que ella no pertenecía a ese mercado, a esa época.

"¿A quién perteneces?", había preguntado. "¿Dónde están tus padres?"

Le cogió la cara con sus pequeñas manos, y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba febril, ardiendo.

"Aquí estás. Te he estado buscando por todas partes". Apareció una mujer y levantó al niño en brazos. Empezó a toser. No podía recuperar el aliento.

Nadine se sacudió el recuerdo y centró la mirada en el niño dormido. "¿Puedo oírle respirar? ¿Seguro que no tiene fiebre?"

"Véalo usted mismo". Deirdre señaló a su hijo.

Caminando hacia él, Nadine sonrió al ver el pelo rojo erguido como agujas de puercoespín sobre la almohada. Estaba pálido a la luz del fuego. Aun así, no pudo oír más jadeos cuando le acercó la oreja al pecho.

Deirdre se puso a su lado. "Tu poción mágica funcionó".

"Magia no", respondió Nadine, un poco más cortante de lo que pretendía. No sabía si todavía quemaban brujas en Hythe. "Sólo medicina".

"Mejor medicina que cualquier cosa que haya visto". Deirdre se sentó en el borde de la cama y arrojó a su hijo con la manta. "Mi suegra trajo ayer al médico, aún pensando que mi Andrew luchaba por respirar. Iba a sangrar mi pobre muchacho".

"¿Qué has hecho?"

"Les dije que mis oraciones habían sido escuchadas. Que se estaba curando. Los despedí".

"Hiciste lo correcto".

"Sé que lo hice. Tengo un buen sentido para estas cosas. Para la gente también. Sé en quién confiar y en quién no. Confié en ti, ¿no?"

Andrew había confiado en ella primero. Él había sido quien la encontró. Llamó su atención.

Nadine recordó su conversación con Deirdre en el mercado. Le había preguntado por los síntomas de Andrew y cuánto tiempo llevaba padeciéndolos. Deirdre había preguntado con suspicacia si Nadine tenía alguna formación con un médico.

-Algunos. Y mejor formación que los médicos de este pueblo.

-No confío en ellos en absoluto. Perdí al hermano mayor de Andrew por la misma tos cuando era un bebé.

-Puedo ayudarle. ¿Confiarás en mí?

Tras una docena de preguntas más, la mujer había decidido que Nadine no le daría a su hijo nada que pudiera hacerle daño o empeorar su estado.

"Sus pulmones parecen limpios".

"Hice lo que me dijiste. Cada vez que tose, pongo las gotas que me diste en un cuenco con agua hirviendo y le pongo la cabeza sobre el vapor. Funciona enseguida".

Nadine puso una mano en la frente del niño para comprobar ella misma si tenía fiebre. Estaba fresco.

"Te lo dije. Es frío a mi tacto. Pero terminé las pastillas que me diste".

Nadine se echó la capa hacia atrás. Metió la mano en la bolsa de cuero que colgaba de su hombro, sacó una pequeña lata redonda y se la entregó a Deirdre.

"Esto es el resto de lo que tengo. Dáselo dos veces al día. Mañana y noche".

La madre cogió la lata. "¿Qué pasará después? ¿Volverá la fiebre?"

"No de inmediato. Quizá nunca. La tos podría volver, pero ya sabes qué hacer si lo hace. Y puede que se le pase. Algunas personas lo hacen". Y otras no, a pesar de los avances médicos.

Nadine echó un vistazo a la casa, contando una docena de cosas que podían ser el detonante de los ataques de asma de la niña. Había mentido al decir que tenía formación médica. No era médico. Sus conocimientos provenían de la experiencia personal. Las provisiones que llevaba eran para su propio uso, en caso de emergencia. Su asma estaba provocada por el estrés y aún llevaba su inhalador en el bolso, y eso era suficiente.

Apretó la mano contra la frente de Andrew una vez más. El niño sonrió en sueños y murmuró algo. Las emociones se agolparon en el interior de Nadine y se preguntó si volvería a verle a él o a su madre. Había perdido la cuenta de todas las personas, como ellos dos -como Xander-, de las que había tenido que alejarse en su vida.

"Tengo que irme".

Deirdre puso su mano en el brazo de Nadine. "¿Cuándo te vas de Hythe?"

"Con suerte, mañana mismo, si convengo al capitán Gordon de que me acompañe a Portsmouth". Se había dado de plazo hasta el lunes, se dijo por enésima vez, pero eso era absolutamente lo más tarde.

"¿Ha venido al pueblo?"

"Sí, ha llegado hoy".

Deirdre miró a su hijo y volvió a mirar a Nadine. "¿Volverás alguna vez?"

"Realmente no lo sé. Tal vez. Tal vez no". Los dos se levantaron y se dirigieron a la puerta. "Por cierto, ¿conoces a una anciana llamada Elizabeth Hole?"

"Todo el mundo la conoce. Y ella se ocupa de conocer a todo el mundo en Hythe". Deirdre fingió estremecerse. "¿No me digas que te has cruzado con ella?"

"No, pero también se ha propuesto seguirme".

"Eso no está bien. Nada bueno. Ella es un problema. Un fastidio de mujer. Yo mantendría mi distancia de ella si fuera tú".

"Haré lo que pueda".

"Y yo haría lo mismo al tratar con la guardia costera. No te tratarán amablemente en cuanto oigan tu acento francés".

"No es..." Nadine se detuvo, dándose cuenta de que se burlaban de ella.

"Lo que tú digas". La mujer sonrió y las dos se abrazaron. "No sé de dónde has salido, Nadine Finley. Pero doy gracias al Señor de que nuestros caminos se cruzaran".

"Buena suerte, Deirdre". Lanzó una última mirada al niño dormido. "Dale a Andrew un abrazo de mi parte".

Salió de la cabaña y subió por el camino en dirección a la posada. Sus planes para los próximos días eran, en el mejor de los casos, provisionales. La solución más sencilla sería que el capitán creyera su historia y partiera con ella hacia la ciudad naval de Portsmouth. Sacudió la cabeza en la oscuridad. Sin embargo, si no partían de inmediato, podrían surgir muchas complicaciones.

Cuando Nadine llegó al canal, vio a un par de guardacostas armados patrullando la orilla más alejada. Sin embargo, no parecían estar en alerta máxima. Mientras paseaban por el canal, uno de ellos entretenía al otro con alguna historia. Aun así, esperó a que la niebla y la oscuridad se los

tragarán para cruzar a toda prisa el puente y subir la colina hacia la calle Mayor.

Llegó a la esquina, se detuvo y retrocedió un paso. Justo delante del Cisne, una agitada Elizabeth Hole atendía a un caballero bien vestido y a dos guardacostas de aspecto cansado. Fuera lo que fuese lo que estaba diciendo, se detuvo bruscamente cuando su perrito se dio la vuelta y empezó a ladrar y gruñir en dirección a Nadine.

Maldito chucho.

"Es ella. Tiene que ser."

Cuando todos se volvieron para mirar, Nadine giró sobre sus talones y volvió a bajar la colina. Al llegar a la esquina del primer edificio, giró hacia el callejón que había detrás.

Los gritos y el ruido de las carreras la siguieron. Consideró sus opciones, que eran pocas. No podía permitirse que las autoridades la atraparan y la interrogaran. Tenía que eludirlas a toda costa.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Le costaba respirar.

El callejón estaba completamente oscuro, y el hombro de Nadine rozó una pared cuando el carril se tambaleó ligeramente. Sin perder el equilibrio, se apresuró a avanzar. El sonido de los ladridos de Kai se acercaba. Estaban justo detrás de ella y venían a toda velocidad.

Más adelante, una tenue luz procedente de una ventana del piso superior iluminó el camino lo suficiente para que se diera cuenta de que había llegado a un callejón sin salida. No había salida.

"Maldita sea."

A su derecha, la puerta trasera de una tienda estaba flanqueada por pilas de tablones de madera. Corrió hacia ellos e intentó abrir la puerta. No tuvo suerte. Estaba atrancada por dentro.

El pecho se le apretó un poco más. Empezaba a resollar. Le horrorizaba pensar que estaba a punto de sufrir un ataque de asma en toda regla.

Sus perseguidores se acercaban. Al mirar a su alrededor, Nadine vio tres largas cajas de madera apoyadas en un ángulo contra la pared trasera de la tienda.

No sólo cajas, se dio cuenta. Ataúdes.

"No hay forma de salir de este callejón". La voz de Elizabeth Hole sonó por encima de las demás. "Ella no tiene a dónde ir. ¡Arrésténla!"

Nadine levantó la tapa de uno de los ataúdes. Se tapó la boca para no toser, entró en la caja y cerró la tapa.

Capítulo Dos

*Elkhorn, Colorado, USA
12 de abril de 2022*

LA VISIBILIDAD ERA NULA.

La intensa nevada que Xander había atravesado tras salir de Denver a última hora de la tarde había pasado a la historia, al menos por el momento. Ahora era un aluvión de aguanieve el que azotaba la camioneta, y las ráfagas de viento eran lo bastante fuertes como para derribar un camión de dieciocho ruedas. Los limpiaparabrisas se estaban congelando y el calor abrasador no podía evitar que el parabrisas se empañara.

Cuando Xander se inclinó hacia delante para despejar un lugar por el que ver, un rayo partió el cielo cada vez más oscuro justo delante.

Primavera en las Rocosas. Me encanta.

"¿Todavía ahí?" La voz de Ken crepitó a través del altavoz del volante. La cobertura de móvil en ese tramo siempre era mala, y la tormenta no ayudaba.

"Sí. Dame un minuto."

Después de un año viviendo en esta montaña, Xander sabía que la curva que tenía por delante era peligrosa. La carretera de servicio sólo tenía un pequeño arcén, tallado en un saliente de roca de tres kilómetros de altura.

Aflojó el acelerador, pero no lo suficiente. El deslizamiento sobre el asfalto era lo último que deseaba en ese momento. Se dirigió hacia el derrape, consciente de la caída más allá del río invisible que se agitaba por el profundo desfiladero que había debajo. Si pisaba el freno, no encontrarían su cadáver hasta julio o agosto.

"Vamos, nena. Agarra. Agarra. Agarra."

Durante lo que pareció una eternidad, siguió deslizándose hacia el borde. Finalmente, los neumáticos tocaron el estrecho arcén de grava, se tambaleó y encontró algo de tracción.

"¿Te he perdido?"

"Casi". Miró por la ventana a las nubes arremolinadas más allá de la cornisa. "Sigo aquí".

"Donna dice que no debería piarte mientras conduces".

"Tu mujer tiene razón".

"Bueno, puede ser. Pero también es tan ilusa como para pensar que nos volverás a llamar".

"Te volveré a llamar."

"¿Cuándo? ¿La semana que viene? Ya has ignorado tres mensajes y dos mensajes de voz".

Eso era verdad. Xander los había ignorado. Sabía de qué iban. Pero no tenía sentido admitirlo ante Ken.

"He estado directamente en Denver. Una reunión tras otra. Ven a tomar una cerveza y te lo cuento".

"Esta noche no. Esta tormenta podría ponerse fea".

"¿En serio?" Xander pensó en detenerse y quitar el hielo de los limpiaparabrisas.

"No cuelgues. No hemos terminado de hablar del sábado".

"¿Sábado? ¿Qué es el sábado?"

"No bromees. Te *necesito*, amigo".

Para un baby shower. Ken y su mujer Donna querían que atendiera el bar de su casa mientras dos docenas de mujeres "ojeaban" pañales y ropa en miniatura. No, gracias.

"No me necesitas. Puedes arreglártelas sola".

"No puedo gestionar la barbacoa y el bar al mismo tiempo".

"¿Barbacoa en abril? ¿Qué pasa si nieva?"

"Ha soportado estar embarazada todos estos meses, así que le consigo lo que quiere". La voz de Ken se suavizó, y Xander supo que su amigo estaba hablando realmente con su mujer.

"Como deberías".

"Me alegra que estés de acuerdo. A la mayoría de los amigos de Donna les gusta la bebida. Necesito tu ayuda. Necesitamos tu ayuda".

Xander sabía perfectamente lo que pasaba. Donna estaba buscando pareja. Últimamente, había estado buscando por todas partes a la candidata a novia-preferiblemente-esposa adecuada para él. No le cabía duda de que su frase de última hora "Oh, el camarero nos ha dejado plantados" no tenía nada que ver con la escasez de ayuda y sí con los planes de Donna.

"Te encontraré un camarero". Xander se imaginó que podría parar en cualquier bar de Elkhorn, dejar una propina lo bastante grande sobre la mesa, y alguien se lanzaría a hacer el trabajo de cuatro horas.

"No quiero que nos busques un camarero. *Te* quiero aquí".

"¿Qué está haciendo Donna?"

"Nada. Fue idea mía".

"Baby shower". Xander resopló. "Estás organizando un baby shower para tu esposa y sus amigas. Sus novias solteras y disponibles, supongo".

"No seas paranoico". Larga pausa. "¿Por qué te sorprende que la gente más cercana a ti realmente se preocupe por ti y te quiera cerca? Queremos que formes parte de los momentos importantes de nuestra vida".

Sabía lo que venía a continuación. Ken estaba a punto de sacar la carta del "mejor amigo".

"¿Es demasiado pedirle un favor a mi mejor amigo?"

"Ahí está, cabrón."

Xander y Ken crecieron juntos, fueron juntos a la universidad, fundaron juntos una empresa, ganaron juntos su primer millón y casi se casan el mismo fin de semana. Hace un par de años. En Las Vegas. Desde entonces, el matrimonio de Ken con Donna había sido sólido. El matrimonio de Xander seguía en la categoría de "casi". *Casi se casó*.

Entonces, todo cambió para él y para el mundo.

Seis meses después, con la pandemia de Covid causando estragos en todo el mundo, vendieron su empresa, hicieron las maletas y abandonaron Nueva York. Ken y Donna se instalaron en un barrio de casas grandes y bonitas a las afueras de Elkhorn, Colorado, una antigua ciudad en auge de la plata al pie de esta misma montaña. Xander quería vistas y, sobre todo, intimidad. Así que compró un terreno y una casa cerca de un pico que los lugareños llamaban Garra del Diablo.

Ken era feliz con el matrimonio y la jubilación. Además de aprender a pescar y a esquiar, empezaba a escribir ficción.

Xander, en cambio, estaba inquieto. Ya había empezado a buscar implicación en otra start-up.

"Bonita manera de hablarle a un futuro padre muy sensible y probablemente hormonal. No sólo soy tu mejor amigo, también soy tu *único* amigo. E incluso eso es un poco dudoso".

Xander se burló, pero era bastante cierto.

"En serio, sois de la familia. Queremos que forméis parte del día".

Ken le acorralaba en un momento vulnerable. Los cuatro días de conferencia en el centro de convenciones y el hotel le habían dejado cansado hasta los huesos. Y el viaje de dos horas desde Denver le había llevado cinco horas debido al tiempo y a un accidente en la carretera estatal. Y esta carretera helada no ayudaba.

Ni él ni Ken tenían hermanos. Habían sido como hermanos desde la infancia. *Eran* familia.

Un conjunto de relámpagos estalló brillantemente en el cielo, y entonces la lluvia helada empezó a caer con más fuerza.

"¿Sigues pensando?"

"Intentándolo. Si te callaras".

Mientras reducía la velocidad del vehículo, Xander pensó en lo que su amigo le estaba pidiendo que hiciera. Aparte de remendar el tejado del garaje, ahora cubierto de nieve y hielo, no tenía nada que hacer este fin de semana. Y si el tiempo seguía así, quizá no quisiera trabajar al aire libre.

Demonios, ser encantador y servir mimosas y mezclar un Bloody Mary o dos no era ningún problema. Y Xander también sabía decir que no cuando quería. Había estado haciendo mucho de eso últimamente. No estaba listo para una relación. No una seria. Y menos con una amiga de Donna.

Abrió la ventanilla para ayudar al desempañador a eliminar al menos parte de la mancha de hielo del parabrisas. El aguanieve sonaba como una ametralladora en el techo y las ventanillas. Pensó en detenerse y esperar a que pasara lo peor de la tormenta. Pero con su suerte, probablemente recibiría un impacto directo de uno de esos relámpagos. Qué locura, un rayo en una tormenta de invierno. ¿Quién lo iba a decir?

"Di algo. Necesito saber que no te estás despeñando por la ladera de esa montaña ahora mismo. Porque entonces tendré que buscar otro camarero".

"Bien. Lo haré yo. Iré al baby shower. Pero me lo deberás".

"Puedes apostar, hermano. Seré el padrino de tu boda. Seré el camarero en la fiesta del bebé de tu mujer. Seré..."

Xander pulsó el botón para finalizar la llamada. No quería pensar en bodas ni en bebés. No quería pensar en que, a los treinta y ocho años, la única vez que había sentido la tentación de casarse había sido con una mujer a la que había conocido hacía sólo tres días. La misma que se saltó la boda y desapareció mientras Xander se quedaba como un tonto delante de un imitador de Elvis con Ken y Donna dispuestos a servir de testigos.

Ella lo puso de pie.

De pie. A él. Arriba.

El sexo era fácil. Las relaciones eran complicadas. ¿Y el matrimonio? Ella ni siquiera lo había conocido el tiempo suficiente para darse cuenta de que era un adicto al trabajo. Y que apostaba en las relaciones.

Bueno, algo la hizo espabilar.

Una ráfaga de viento sacudió la camioneta. Intentando mantener las manos relajadas sobre el volante, se obligó a pensar en la oferta que tenía sobre la mesa en Denver. Otro proyecto. Otro negocio.

Esta vez no tuvo que poner nada de su propio dinero. Los inversores tecnológicos y el trío de ingenieros querían que dirigiera la operación como director general. Le ofrecían a Xander una sociedad debido a su reputación para manejar la presión. Ya había llevado una idea al mercado y había ganado mucho dinero. Había convertido el carbón en diamantes, en sentido figurado.

Les dijo que se pondría en contacto con ellos.

¿Ya estaba listo para salir del retiro? ¿Tan aburrido estaba?

Una fuerte ráfaga de aguanieve barrió el reluciente pavimento. Xander encendió las luces largas y vio el reflejo de los ojos. Inmediatamente, una enorme figura se interpuso en el camino del coche.

Redujo la velocidad del camión.

Un alce del tamaño de la Estatua de la Libertad estaba justo en medio de la carretera. Se quedó allí, mirándole. El animal tenía el pecho como un Clydesdale. Su cuello estaba cubierto de una espesa melena de pelo oscuro. Y tenía una cornamenta de al menos dos metros de ancho, que se extendía en todas direcciones como patas de araña.

"Caray", respiró Xander, con un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

Detuvo el vehículo.

"Hola, grandullón".

Nunca en su vida había visto algo tan magnífico como esto.

"Encantado de conocerte por fin."

En la tienda de Elkhorn, los lugareños discutían sobre un legendario alce gigante. Algunos afirmaban haberlo visto. Lo llamaban el "Toro Araña" por la extensión de su cornamenta. Los cazadores llevaban años buscándolo, pero el alce era demasiado listo para ellos. Un escéptico se quejó de que el animal no era más que un mito que se habían inventado los guías para vender viajes de caza.

"Y sin embargo, aquí estás. Rey de la Montaña".

Xander se quedó paralizado, sintiendo que el corazón le latía con fuerza en el pecho. No tenía intención de acortar aquel momento.

"Y no te preocupes. No diré una palabra a nadie sobre verte aquí arriba".

El alce se volvió y miró hacia la camioneta. El aguanieve, mezclada con nieve, brillaba en el ancho hocico del animal.

Los dos se miraron fijamente.

"Puedo hacer esto toda la noche. ¿Y tú?"

El alce dio zarpazos en el pavimento helado.

Unos relámpagos surcaron el cielo y Xander vio algo en el camino más allá del animal.

"¿Qué tienes ahí?"

De repente, el alce levantó la cabeza y emitió un ruido como Xander nunca había oído antes. Empezó como un gruñido bajo y fue subiendo de tono e intensidad, profundo y resonante.

"Santo..." Se congeló cuando el alce dio un paso hacia la camioneta.

Por un momento electrizante, Xander pensó que iba a embestir. Luego, con aire despreocupado, el animal se dio la vuelta y se alejó lentamente del camino. Cuando llegó a la línea de árboles, saltó sin esfuerzo hacia la colina y desapareció en la noche.

"Vaya", murmuró Xander. El corazón le latía como un tambor de acero en el metro.

Había pasado la mayor parte de su vida adulta en la abarrotada ciudad de Nueva York y sus

alrededores. Nunca había vivido lejos del ruido del tráfico y de la gente. Y sin embargo, aquí estaba, rodeado de hectáreas de naturaleza salvaje tan remota y agreste que sólo se podía recorrer a pie o a caballo.

Ken y Donna le echaban la bronca por haberse convertido en un ermitaño, pero desde que se instaló aquí, a Xander le encantaba perderse durante un día o una semana en medio de aquellos bosques y picos montañosos, donde las únicas señales de gente eran el sendero, el poste indicador al azar y quizá alguna choza o mina abandonada. Viviendo aquí, había adquirido un nuevo sentido del mundo y de su lugar en él, junto con un nuevo aprecio por las camas blandas y los retretes que funcionaban.

Miró hacia la colina por donde había desaparecido el Toro Araña. Respiró hondo de nuevo y dio tiempo a que su pulso se ralentizara. Éste era un momento especial.

Los relámpagos volvieron a iluminar la noche. Xander puso el coche en marcha, se acercó y se quedó mirando. Rocas y hielo habían caído de la ladera a la acera, obstruyendo parcialmente su camino. Pero ése no era el problema.

Justo delante de él, una caja de madera cruzaba la carretera en diagonal, bloqueando el paso.

"¿Qué demonios?"

Estudió la cosa. Unos dos pies de alto, dos pies de ancho y seis pies de largo.

Hombre, si esa caja no pareciera un ataúd.

Capítulo Tres

APOYADO EN EL VOLANTE, se quedó mirando la caja que le impedía disfrutar de una ducha caliente, una cama caliente y diez horas de sueño reparador.

"Tú no perteneces allí."

Aparte de Xander y algún que otro turista perdido, la carretera de servicio era utilizada sobre todo por el Servicio Forestal. Hacía una semana, durante una excursión por el bosque estatal, se había topado con un guarda forestal que dirigía a un grupo de voluntarios que estaban empezando a dismantelar una vieja cabaña minera. La estructura de troncos databa de la época de la fiebre del oro, entre 1850 y 1860.

La vida dura fue lo primero que le vino a la mente a Xander cuando vio aquella cabaña abandonada. No había cañerías ni electricidad. Sólo un suelo de tierra y huecos en las paredes que no habrían servido de mucho para evitar que una persona se congelara durante los largos y fríos inviernos de Colorado.

Planeaban conservar la mayor parte posible de la cabaña, transportarla en camión hasta Elkhorn por esta carretera y recomponerla.

"Proteger una reliquia de la historia de Colorado". Así lo expresó uno de los voluntarios.

Xander había prestado muy poca atención a la historia mientras crecía. De hecho, la había ignorado todo lo que había podido. Lo mismo ocurría con la literatura. La única lectura que le atraía tenía que ver con algún rompecabezas o juego. Era una persona de cerebro izquierdo. Analítico. Un matemático. Así era él, y se sentía perfectamente cómodo con ello.

Su casi futura esposa había sido todo lo contrario.

Aunque su tiempo juntos había sido breve, él había aprendido que a ella le encantaban los libros. Las novelas. La poesía. Ella no podía entender cómo era que él no podía nombrar un solo libro que había leído en el último año. Los últimos dos años. Cinco años.

Luego le había dado una charla sobre la importancia de los números.

Las matemáticas no eran subjetivas. Cada pregunta tenía una respuesta clara. Tenías razón o no. No había zonas grises. La evidencia empírica era suprema.

Xander recordó haberle dicho: "Los datos mandan. Imagina la cantidad de problemas que podrían evitarse si todo se basara en datos objetivos y no en emociones."

Le mostró lo que pensaba de su opinión. Lo dejó de pie en la capilla con sus "datos" meciéndose en la brisa.

El arco del limpiaparabrisas dispersó los recuerdos y se centró en la caja con forma de ataúd que habían tirado en la carretera. Quienquiera que la hubiera perdido probablemente estaría ahora en casa, sentado frente a un fuego cálido.

"Vamos, Xander", murmuró. "Nadie va a mover esa cosa por ti".

Se pone el abrigo y el sombrero y sale del camión. La lluvia helada le arañaba la cara. El viento le golpeaba de costado mientras se acercaba. Definitivamente, podía verlo caer de la parte trasera de uno de los camiones del grupo de conservación.

Con toda la atención que habían estado prestando a todos los artefactos posibles en aquella cabaña, alguien buscaría este cajón tarde o temprano. Todo lo que tenía que hacer era empujarla a un lado del camino y volverían a por ella.

Otro rayo estalló en lo alto y el aguanieve se convirtió en granizo en un instante.

Xander se detuvo en seco. Bolas de hielo del tamaño de mármol le golpearon.

La caja era hexagonal. *Era* un maldito ataúd. El granizo rebotaba en su parte superior.

Se acercó tentativamente. Madera nueva. Sin manchas. Pero aún así, la posibilidad de huesos viejos traqueteando por ahí le hizo estremecerse.

Justo en ese momento, unas cuantas rocas del tamaño de una pelota de baloncesto y un metro de grava y hielo cayeron en avalancha sobre el borde de la carretera, disparando de nuevo su pulso.

"Vale, hagámoslo antes de que nos entierren aquí".

Se colocó en un extremo del ataúd. Empujando y empujando al mismo tiempo, lo puso en movimiento. La madera rozaba el alquitrán húmedo cuando acercó un extremo al hombro. Se enderezó y se dirigió al otro extremo, pero se detuvo en seco y retrocedió un paso. Algo se movió dentro.

"Pero qué..."

Se le erizaron los pelos de la nuca cuando tres golpes agudos procedieron del interior del ataúd. Luego unos cuantos más.

Se quedó mirando la caja con incredulidad mientras la parte superior se levantaba unos centímetros. ¡No estaba clavada!

Muchas películas de terror empiezan así, seguidas inmediatamente por un personaje que hace algo estúpido y se convierte en la víctima número uno.

Un ataúd en medio de la nada. Había algo dentro, intentando salir. ¿Y tú qué haces?

Lárgate de aquí.

La capota se levantó de nuevo, pero en lugar de correr hacia su coche, Xander se encontró de repente sentado en la caja, sujetando la capota.

No es lo que había planeado.

"Genial. ¿Y ahora qué, genio?"

Sacó el teléfono del bolsillo y comprobó si había cobertura. Ni una puta barra. Miró su camioneta. Los limpiaparabrisas iban y venían a doble velocidad.

El granizo había vuelto a convertirse en aguanieve, pero caía con la misma fuerza. Si conseguía volver a la camioneta, sería ridículo, por peligroso que fuera, dar media vuelta y bajar toda la montaña hasta Elkhorn.

Sintió unos golpes en el trasero a través de la madera y miró la caja. Tenía que haber alguna explicación perfectamente razonable para esta situación. Diablos, podría haber un animal ahí dentro. Ciertamente, algún animal se había metido en un ataúd en medio de la nada y luego se había tapado con una tapa pesada. Bueno, tal vez no sea eso.

Pero tal vez alguien había puesto un animal allí y...

"¡Ayuda!" Una voz de mujer.

Demasiado para esa teoría.

Xander se levantó, le quitó la tapa de un tirón y la tiró a un lado.

Se quedó paralizado un momento, incapaz de creer lo que veían sus ojos. *Era* una mujer, y

estaba luchando. En cuanto quitó la tapa, se incorporó, tosiendo violentamente y tratando por todos los medios de recuperar el aliento.

"¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Qué haces ahí dentro? ¿Cómo has llegado hasta aquí?"

Estaba concentrada en su próxima respiración y no en sus preguntas. Los faros brillaban en su pelo oscuro, trenzado y recogido en lo alto de la cabeza. Se agachó, tratando de pensar en cómo podía ayudarla.

Su cuerpo temblaba por la ronquera de su tos. Tomaba aire pero no podía expulsarlo. Él reconoció el problema. Los jadeos entre las respiraciones entrecortadas la delataban.

"Estás teniendo un ataque de asma. ¿Tienes un inhalador?"

Ella asintió y sus dedos se agarraron a los bordes de la caja. Él la cogió por el codo y la ayudó a ponerse en pie.

Su cuerpo bloqueaba los faros del camión, y ella permanecía a su sombra. Pudo ver que llevaba una pesada capa de lana sobre lo que parecía ser un vestido de época. Xander se preguntó si formaría parte de un grupo de recreación. O tal vez alguien estaba rodando una película aquí. Había visto *The Revenant*. Sabía que se hacían películas en todo tipo de condiciones.

Pero, ¿cómo ha llegado a esta situación?

Luchando con un botón en la garganta, finalmente consiguió desabrocharse la capa. Él la cogió mientras ella se la quitaba de los hombros. La lluvia helada empezó a empapar su vestido. Una bolsa de cuero colgaba de su hombro, pero sus dedos no conseguían abrirla. Las toses desgarradoras sonaban dolorosas, y ella empezaba a tambalearse un poco.

"Déjame ayudarte".

Se quitó la bolsa del hombro y se la entregó.

El bolso estaba hecho a mano, del mismo estilo antiguo que el vestido. Nada más desabrocharse el lazo de la parte superior, ella se lo arrebató y metió la mano en el bolso, rebuscando.

"Sé cómo es un inhalador", le dijo. "Quizá pueda encontrártelo".

Cuando el granizo volvió a convertirse en lluvia helada, le dio la espalda a Xander y se inclinó sobre su preciada bolsa, aún tosiendo y resollando.

Sacudió la cabeza. "Sabes, no hay nada ahí que yo quisiera."

Ella le ignoró y siguió buscando. Lo único que él podía hacer era esperar.

Su madre padecía asma. Recordaba algunos viajes a medianoche a urgencias, a su padre conduciendo como un loco y a Xander mirando impotente desde el asiento trasero del coche familiar.

Bueno, quienquiera que fuera y comoquiera que hubiera acabado en esta situación, no iba a dejarla aquí. Supuso que sus planes para esta noche acababan de ser revisados. Con tormenta o sin ella, tenía que llevarla a Elkhorn. Alguien tenía que estar buscándola.

Un par de cosas cayeron de la bolsa a la caja en la que seguía de pie. Ella no les prestó atención, seguía buscando su medicina. Por lo que pudo oír, le costaba mucho respirar. Xander sintió el impulso de respirar por ella.

"Sé a lo que te enfrentas", le dijo. "Estamos a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Tu nivel de oxígeno está bajando. Déjame ayudarte a encontrar el inhalador".

Cuando él echó mano a la bolsa, ella sacó un pequeño objeto y se lo llevó a la boca. Respiró rápidamente un par de veces.

El dispensador era mucho más compacto que los inhaladores que su madre tenía por casa. Y parecía funcionar más rápido. Tosió una vez e inmediatamente su respiración empezó a ralentizarse y a aclararse.

Su rostro permaneció a su sombra mientras volvía a meter el dispensador en la bolsa.

"Tengo que conseguir el nombre de esa medicina. Estaba seguro de que correríamos montaña abajo para llevarte a un hospital".

Levantó la vista rápidamente, y la bolsa se deslizó de sus manos al ataúd.

"¿Tienes cobertura en el móvil?", preguntó. "No tengo ninguna aquí. Probablemente quieras contactar con alguien y hacerle saber que estás a salvo".

Ella no respondía. Sólo miraba fijamente. Tal vez estaba en estado de shock. Tal vez tenía una conmoción cerebral de cuando el ataúd golpeó el pavimento.

Se hizo a un lado para dejar que los faros le iluminaran la cara. Quería verla mejor.

Las palabras, las preguntas, todo su hilo de pensamiento se le escapó en un instante.

No. No era posible. Tenía que estar imaginando esto.

Los grandes ojos marrones estaban fijos en su cara. "¿Xander?"

Allí de pie, vestida a la usanza de la época y con la lluvia helada cayéndole por la cara, estaba su *casi* esposa.

"¿Nadine? ¿Nadine Finley?"

Capítulo Cuatro

UN DÍA, ella estaba allí.

Al siguiente, no.

Tras su desaparición, Xander se volvió loco intentando encontrarla. Cada hora que pasaba, estaba más y más preocupado.

Nada de esto tenía sentido. No había ninguna reserva a su nombre en el hotel, a pesar de lo que ella le había dicho sobre dónde se alojaba. En sus búsquedas en Internet y en las redes sociales no aparecía ninguna "Nadine Finley" que le resultara familiar. Algunos testigos habían visto a los dos juntos, pero nadie podía decir de dónde venía ni adónde había ido.

Nadine le dijo que había venido a Las Vegas para una despedida de soltera de una novia. Pero en los tres días que estuvieron juntos, Xander no vio a ninguna amiga. No es que hubiera oportunidad. Habían pasado casi todos los minutos juntos. Apenas había pensado en ello en ese momento. Pero cuando ella se fue, él no tenía otros nombres que rastrear.

Estaba tan preocupado que fue a la policía a denunciar su desaparición.

-Mi novia de tres días ha desaparecido.

-No creo que me diera su verdadero nombre.

-También mintió sobre ser de Filadelfia.

-Sospecho que puede no haber sido del todo sincera también sobre su trabajo y su familia. Al menos, no puedo confirmar nada de lo que me dijo.

-No, no tengo una foto de ella. Dijo que no le gustaba que le hicieran fotos.

-No, no le di acceso a mis tarjetas de crédito.

Su respuesta final, *Estás en Las Vegas, amigo.*

Una pérdida de tiempo.

Xander se secó la lluvia de la cara y se quedó mirando a la mujer que temblaba delante de él.

"¿Eres real?"

Cuando le quitó la capa, sus dedos rozaron los de él. Estaban helados. Se puso la prenda de lana sobre los hombros. "¿Qué te parece?"

"¿Qué haces aquí?" Señaló el ataúd. "¿En este?"

Miró a su alrededor, a la carretera y a las colinas oscuras y boscosas. Era como si lo viera por primera vez.

"Desapareces de Las Vegas, y luego te encuentro aquí en Colorado. ¿Qué está pasando?"

Salió del ataúd, caminó insegura hasta la cornisa, miró hacia abajo y retrocedió rápidamente. Recordó que le daban miedo las alturas. Al menos, eso le había dicho.

Cuando ella volvió hacia él, su mirada se fijó en las gotas de lluvia que brillaban en su rostro. Los pómulos, los ojos, la nariz. Belleza clásica. No parecía diferente de la última vez que la vio.

"Nadine", dijo bruscamente, tratando de llamar su atención.

Sus ojos volvieron a los de él.

"¿Es ese tu verdadero nombre?"

"Por supuesto que lo es. No te mentiría sobre mi nombre".

"¿De verdad? Me mentiste sobre todo lo demás".

"¿Podríamos *no* tener esta conversación ahora mismo? Estaría bien salir de este tiempo miserable".

La miró fijamente. Dejando a un lado su historia personal, lo que acababa de ocurrir era alucinante. De no ser por el alce, Xander no habría frenado y probablemente habría chocado contra aquella caja. Ella habría sido aplastada bajo sus neumáticos. O la caja, con Nadine dentro, habría caído por la ladera de la montaña.

Se sacudió el pensamiento morboso.

Por su vida, no podía entender por qué ella, o cualquiera, se metería en un ataúd. ¿Y cómo había acabado en ese camino? Su mente barajó varias hipótesis.

Alguien podría haberla metido en esa caja... pero no clavaron la tapa.

Podrían haberla drogado y metido allí... pero estaba aquí de pie, con los ojos claros.

Tal vez *se metió por* su propia voluntad, pero ¿por qué razón? Y por muy descabellado que sonara, ¿no intentaría salir cuando la caja se cayera del camión?

Ningún vehículo le había adelantado en dirección a la carretera estatal y Elkhorn. Eso significaba que tenía que llevar allí un rato. A menos que el camión se hubiera dirigido a la montaña, pero él no había visto ningún...

"¿Xander?"

Su voz le hizo volver en sí. Estaba allí de pie, temblando. Estaba empapada y la capa no era suficiente para mantenerla caliente.

"¿Podemos salir de aquí, por favor?"

"¿Adónde quieres ir?"

"Donde quiera que vayas."

Xander no era un gran jugador. No le gustaba la ventaja que los casinos tenían sobre los jugadores. No iba a Las Vegas por diversión. Estaba allí por dos razones. Una conferencia tecnológica de tres días. Y Ken y Donna vendrían al final de la semana para atar el nudo. Debía presentarse como padrino.

Recordaba el día que conoció a Nadine como si fuera ayer.

Las tragaperras de un céntimo eran la mayor contribución que estaba dispuesto a hacer al Casino Luxor. Los dos dólares y cincuenta y cinco céntimos que había perdido hasta el momento no hacían mucha mella en la ficha de cien dólares que el comité de bienvenida de la conferencia había puesto en cada bolsa de regalo. Tras inscribirse hacía un par de horas, Xander estaba matando el tiempo hasta que abrieran la hora del cóctel Meet-and-Greet. Con un ojo puesto en la partida de video póquer a la que estaba jugando y el otro en el mostrador de inscripción, estaba pensando en estirar las piernas y pasear por la piscina.

La vio la primera vez que pasó a su lado. Le llamaron la atención sus ojos y su boca. Tenía el aspecto de la preciosa actriz iraní de *Body of Lies*. Golshifteh Farahani. Su rostro atraía todas las miradas. Entonces se dio cuenta de que iba vestida para las pistas de esquí, no para el desierto. Abrigo de invierno, gorro de invierno, botas y guantes. Pero no le dio importancia. Al fin y al

cabo, era febrero y a Las Vegas llegaba gente de todo el país. La vio desaparecer por la abarrotada sala de juego.

Diez minutos después, volvió a entrar en su campo de visión. Se había quitado el gorro y los guantes. El abrigo de invierno estaba recogido bajo un brazo. Se detuvo para pedir indicaciones a alguien que trabajaba en el casino. Esta vez, al pasar, sus miradas se cruzaron. ¿Fue su imaginación o su mirada se había detenido un momento? Maldita sea, era preciosa.

No creía en la atracción instantánea. Al menos, a él nunca le había pasado. Y tampoco era de perseguir mujeres. Por su dinero o su aspecto, ellas solían acercarse a él. Pero mientras ella pasaba junto a Xander, se encontró esperando que estuvieran allí para la misma conferencia.

La tercera vez, la estaba buscando. Y entonces, allí estaba ella, moviéndose entre la multitud. Cogió su chaqueta y se levantó.

Se detuvo cerca de él y se pasó el abrigo de un brazo al otro.

"¿Necesitas ayuda?", preguntó.

"Este lugar es un maldito rompecabezas. Me he parado una docena de veces a preguntar cómo llegar, pero no hacen más que enviarme en círculos". Señaló los dispositivos de seguridad del techo. "Creo que esos cabrones de ahí arriba se divierten viéndome dar vueltas".

"Quizá pueda ayudar". Cogió una servilleta de cóctel de la mesa más cercana y procedió a dibujar un mapa. "Usted está aquí. Estos son los ascensores que acabas de pasar... y las puertas de salida al Strip están aquí".

Se acercó más. Inclino la cara sobre su brazo para ver. Su suave pelo castaño le rozó la barbilla y Xander olió su perfume. Intoxicante.

"Por cierto, soy Xander Nouri."

Cuando ella le sonrió con sus profundos ojos castaños, se sintió como un hombre perdido.

"Nadine. Nadine Finley". Le quitó la servilleta de la mano, la arrugó y la puso en una bandeja cercana. "Tal vez puedas mostrarme el camino".

"Claro. ¿Adónde?"

Se detuvo sólo un instante. "Donde quiera que vayas."

Capítulo Cinco

LA DUCHA caliente de la casa de Xander parecía el paraíso y, mientras el agua corría por su cuerpo, Nadine pensaba en lo que acababa de ocurrir. Y sobre los riesgos de ser una Guardianas Escribana.

La vida como escriba guardianas no era una cuestión de elección para Nadine. Era una cuestión de supervivencia.

En su mundo, la gente se dividía en dos grupos. Los que se dedicaban a su vida cotidiana en el presente, y unos pocos elegidos que viajaban, como profesión, de un lado a otro en el tiempo. Lo que ella hacía era necesario y de alto secreto, pero no era la más segura de las ocupaciones.

Estos viajeros cuánticos, entre los que se encontraba Nadine, hacía tiempo que se habían organizado en divisiones concisas.

Los Asesinos. Los Guardaespaldas. Los Guardianes Escribanos. Y otros.

Todos los que viajaban eran sometidos a una exhaustiva investigación y a una formación aún más exhaustiva. Nadine estaba perfectamente preparada para las misiones que se le encomendaban. Sabía exactamente qué hacer y qué no hacer. Conocía bien las normas. Y sabía cómo salir de situaciones peligrosas si algo salía mal.

Así que, con los guardacostas acercándose a ella en aquel callejón de Hythe, el protocolo estaba claro. Necesitaba desplazarse el tiempo suficiente para que la gente que la perseguía perdiera el interés cuando no la encontraran. Entonces, tras haber dado el pequeño salto cuántico -un par de horas o medio día-, aún podría completar la tarea para la que había sido enviada.

La misión de Nadine era viajar a la Inglaterra de la Regencia para impedir que Jane Austen conociera al capitán Charles Gordon. Si fracasaba en esta misión, la novel escritora nunca llegaría a Londres. Nunca llegaría a casa de su hermano Henry, que iba a ser su agente literario. Nunca trabajaría con el impresor durante la mayor parte del mes de mayo para tener su primer libro listo para las prensas. Y una vez que la novela, *Sentido y Sensibilidad*, estuviera lista para la imprenta, nunca volvería a Chawton con la intención expresa de revisar su manuscrito *Primeras Impresiones* para convertirlo en lo que finalmente se publicaría como *Orgullo y Prejuicio*. En resumen, sería un desastre para el mundo de la literatura.

Las instrucciones eran simples: Jane Austen no puede casarse.

La estrategia de Nadine consistía en convencer al capitán Gordon de que la escoltara hasta Plymouth a petición de su "padre", un almirante que en realidad era conocido del capitán. Necesitaba que Gordon estuviera lejos de Hythe el martes.

Nadie en el pueblo lo sabía, pero esta tormenta se intensificaría y produciría los peores aguaceros en décadas. Las aguas embravecidas de un río crecido arrasarían un tramo de la carretera de carruajes hacia Canterbury, obligando a Jane a pasar la noche del martes en Hythe.

Mientras esperaba a que se abrieran las carreteras, se reencontraría accidentalmente con el capitán naval, un antiguo amigo. Jane y Gordon ya se habían conocido -y sentido un flechazo- diez años antes, cuando Jane se encontraba en Sidmouth.

Éste era el riesgo de viajar en el tiempo. Otro viajero cuántico había creado un ligero cambio en la historia. El efecto rebote estaba alcanzando a Jane y al capitán, y los Guardianes Escribanos no podían confiar en que la historia se autocorrigiera.

Nadine tenía que mantener separados a Austen y Gordon. De ese modo, ambos no volverían a enamorarse y la historia literaria permanecería intacta.

Sin embargo, algo había salido mal. stNunca había pretendido viajar de la Inglaterra de 1811 al Colorado del siglo XXI. Su mente le había jugado una mala pasada, o tal vez sólo había perdido la concentración. Pero en algún lugar de su subconsciente había aflorado un pensamiento paralelo relacionado con otro posible matrimonio. El destino había separado a Jane Austen y Charles Gordon años atrás, y el destino también había impedido que Nadine se casara con Xander Nouri aquel cálido día de febrero en Las Vegas.

Durante los tres días que había estado con Xander, habían sido como dos átomos cargados, y la atracción entre ellos era innegable. Nunca antes había experimentado tanta pasión, un vínculo tan inmediato con otro ser humano.

Al mismo tiempo, ella venía del futuro y sólo había estado en el tiempo de Xander para una misión específica. No podía explicar quién era, de dónde venía o qué sabía. Él no la habría creído.

Aun así, Nadine había intentado engañarse a sí misma, aceptando casarse con él. Y todo el tiempo, ella sabía que lo que tenían no podía durar.

Había pensado en Xander muchas veces desde el día en que se fue. Siempre que saltaba los giros de la historia hacia su vida. Cada vez que imaginaba verle entre la multitud. Pero nunca sus sentimientos por él habían interferido con su tarea. Hasta ahora.

Todos los viajeros cuánticos disponían de instrumentos que les ayudaban en sus saltos en el tiempo, pero estaban destinados a los novatos. Nadine era una viajera experimentada, y sus pensamientos bastaron para iniciar la transferencia.

Tuvo que ser la intensidad de sus recuerdos de Xander y sus sentimientos por él -que afloraron en el momento del salto- lo que provocó la distorsión. Las horas se habían convertido en siglos. Había ido de Hythe a Colorado. Y al hacerlo, Nadine se las había arreglado para llevar el ataúd con ella. Otra primicia en su experiencia.

Apoyó una mano en los azulejos de la ducha y dejó que el agua caliente le golpeará la cabeza y la espalda. Cada transferencia en el tiempo era dura para el cuerpo. Cuanto más largo era el salto, más grave era la reacción y más largo el tiempo de recuperación.

El frío glacial tampoco ayudaba, ya que ralentizaba su recomposición molecular. Y el ataque de asma también complicó la situación. No sabía cuánto tiempo debió permanecer en esa caja antes de que Xander la encontrara.

¿Qué año era exactamente? Tenía que mirar el calendario y reorganizar su agenda. El problema era que otra transferencia era imposible antes de tres días. Ese era el tiempo mínimo que sus células necesitaban antes de recibir otra paliza.

En el momento del salto, faltaban cuatro días para la llegada de Jane a Hythe. Nadine se estaba quedando corta, pero aún habría tiempo de corregir la historia si se atenía a un calendario apretado.

Cerró el grifo, cogió una toalla del calentador y se envolvió en ella. En 1811 había echado de menos el agua caliente, el jabón perfumado y las toallas suaves.

Su ropa decimonónica estaba colgada en la parte trasera de la puerta. Todo estaba aún húmedo. Se llevó el vestido a la nariz e inmediatamente se echó hacia atrás al sentir el olor de la lana mojada. Tendría que lavar la ropa antes de volver.

También tuvo que encontrar la manera de llevarse el ataúd. Fueron los pequeños contratiempos como éste -un mueble fuera de lugar, un abrigo olvidado, una foto de un viajero en el tiempo portando un instrumento tecnológico del futuro- los que inclinaron la balanza y cambiaron la historia.

En la carretera de montaña, había ayudado a cargar la caja en la parte trasera de su camión, provocándole un momento de mareo por el esfuerzo realizado tan poco después del traslado. Al menos, el ataúd estaba ahora a cubierto. Xander había metido su camioneta en un edificio separado que utilizaba como garaje.

Abrió un poco la puerta del cuarto de baño y escuchó el ruido de los cacharros. No parecía contento.

Nadine era totalmente inconsciente del error que había cometido hasta que reconoció a Xander en la carretera.

La barba era diferente. Pero aparte de eso, no parecía mucho mayor de lo que ella recordaba. Seis pies de altura, ancho de hombros. Delgado y musculoso. Tenía los ojos oscuros y el pelo ondulado, cortesía de sus antepasados iraníes, y su cara era muy atractiva.

Se preguntó cómo habría cambiado su vida desde la última vez que se vieron. ¿Tendría esposa? ¿hijos? ¿Una novia? ¿Qué hacía con la empresa que él y su amigo habían creado?

Al menos, recordaba su nombre. Pero, ¿alguna vez pensó en ella? ¿La había perdonado por abandonarle?

Decidió que probablemente no era la pregunta más inteligente.

Xander había respetado sus deseos una vez que entraron en su camioneta. No había hecho ni una sola pregunta y habían conducido en silencio.

El trayecto hasta aquí había durado sólo unos minutos, pero en ese tiempo no pasaron por ninguna casa. No había vecinos ni señales de vida hasta donde ella podía ver.

Salió de la carretera asfaltada de la montaña y condujo por un largo camino antes de llegar a una zona abierta, donde se encendieron unos focos con sensores de movimiento que iluminaron dos edificios.

La espaciosa estructura de dos plantas estaba hecha de madera, piedra y tejas, y la mitad de la segunda planta tenía paredes de cristal, lo que supuso que proporcionaría una vista del valle y las montañas. Pasó por delante y llegó al garaje independiente, más allá de unos altos abetos.

El remoto refugio de montaña era exactamente el tipo de lugar del que había hablado Xander cuando le había hablado del futuro que podrían tener juntos. Por aquel entonces, él trabajaba y vivía en Manhattan, pero soñaba con salir de la ciudad. Y la vida que le había descrito le había parecido tentadora.

Casi sin proponérselo, le había dicho que eso era lo que ella también quería, sabiendo al mismo tiempo que era una vida que nunca podría tener. Ella venía del futuro. Su vida era un péndulo que oscilaba en el tiempo. Dónde estaría la semana que viene, o el mes que viene, o el año que viene, no era algo que ella pudiera decidir.

Xander había aparcado la camioneta en el garaje y la había acompañado a través de la nieve hasta su casa. Entraron por la puerta de la planta baja y subieron un tramo de escaleras hasta un gran salón abierto. Desde allí, la había conducido a un amplio pasillo a la derecha y a un cuarto de baño, señalándole un dormitorio de invitados al otro lado.

Al oírle en una parte distante de la casa, Nadine cogió su ropa de detrás de la puerta y salió

del cuarto de baño. En el pasillo de la derecha, la puerta de lo que parecía ser la suite principal estaba abierta. A su izquierda, el pasillo conducía al gran salón.

Cruzó al dormitorio y cerró la puerta, esperando que hubiera ropa seca que pudiera ponerse. Pasar tiempo con Xander vestida sólo con una toalla no era la mejor idea.

El dormitorio de invitados estaba impecable, una habitación de aspecto muy masculino. Tonos tierra en paredes de paneles de madera pintados. Una cama de matrimonio individual, una cómoda, una silla tapizada con una lámpara y un escritorio con silla. Fotografías enmarcadas de montañas en las paredes. Las sábanas, mantas y almohadas eran elegantes y atractivas, como las de un buen hotel de la época. Supuso que debía de tener un ama de llaves que venía y se ocupaba de esas cosas. Las grandes ventanas estaban cubiertas con persianas acolchadas.

No había ningún indicio de aportación femenina evidente en la decoración. Ninguna otra foto personal, ningún libro, nada que indicara qué tipo de gente se quedaba con él, o qué tipo de amigos, si los había, le visitaban.

Colgó su ropa mojada y la bolsa en el armario vacío. Él le había quitado los zapatos llenos de barro y la capa mojada cuando entraron en la casa.

Sobre la cama había una camiseta de manga larga, una sudadera, pantalones de chándal y un par de calcetines gruesos de lana. Todos pertenecían a Xander, supuso, ya que parecían de su talla. Se apretó la sudadera contra la cara y le vinieron a la mente los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos.

Maldita sea.

"La cena estará lista en cinco minutos", llamó desde la cocina. Había estado escuchando para cuando ella saliera del baño.

El pantalón de chándal le quedaba holgado, pero se ciñó bien la cintura. Podría haberse puesto la camiseta a modo de vestido, así que se la metió por dentro. La sudadera le colgaba de un hombro. No llevaba ropa interior, pero sin duda era más cómodo que el corsé que llevaba hasta entonces.

Echó un vistazo a su reflejo en el espejo que colgaba dentro de la puerta, se revolvió el pelo largo y húmedo y se lo echó hacia atrás. Tendría que encontrar un elástico para atárselo. Tenía la cara pálida. Ahora mismo necesitaba líquidos, comida y sueño.

Cuando Nadine abrió la puerta del dormitorio, sonó un móvil y Xander contestó. Ella se quedó quieta, escuchando la conversación.

"No. Entré bien". Pausa. "Hubo un desprendimiento de rocas y hielo a un par de kilómetros por la carretera. Sí. Lo sorteé".

Se quedó de pie en el umbral, mirando la puerta del baño y esperando a que Xander le contara a quienquiera que estuviera hablando sobre su hallazgo.

"No. Estoy bien. No pasa nada". Pausa. "Llegaré el sábado. No hay problema".

Sábado. ¿Qué día era hoy? ¿Qué año?

Caminó en silencio por el reluciente suelo de madera y se detuvo en la entrada del gran salón de techos altos. En algún momento después de que ella desapareciera dentro del cuarto de baño, él había encendido todas las luces.

Las llamas crepitaban en una chimenea de piedra. Persianas de bolsillo cubrían las ventanas del suelo al techo, tanto en la fachada como en la parte trasera de la casa. Sofás y sillas tapizadas de aspecto confortable se agrupaban y hermosas alfombras persas cubrían las anchas tablas del suelo.

A su izquierda, las escaleras que habían utilizado conducían a una planta baja. A su derecha, un comedor y un escritorio de madera donde habían tirado algunos papeles y correo. Se dirigió

en esa dirección. El correo tenía fechas. Tenía que situarse exactamente en el tiempo.

Xander se movía en la cocina, trabajando en la cena más allá de un alto mostrador de desayuno.

Esperó, escuchando.

"Sólo cansado. Me tengo que ir".

Terminó la llamada sin delatarla. Era un buen hombre.

Rápidamente rebuscó en el correo hasta que encontró la fecha en una carta. Abril. 2022. Ella había dejado Hythe el 12 de abrilth, 1811. El día seguía siendo el mismo. Hoy... esta noche tenía que ser el 12th de abril.

Tres días. Tenía que convencerle de que se quedara con ella tres días. ¿Pero la dejaría quedarse después de lo que le había hecho antes? Lo dudaba. ¿Y si le decía la verdad? No había nada en los volúmenes de normas e instrucciones que dijera que no podía hacerlo, aunque estaba totalmente desaconsejado. La clandestinidad mantenía el statu quo y la paz. A la gente no le gustaba algo que no había experimentado, como los viajes en el tiempo, que la mayoría consideraría un engaño.

Tendría que intentarlo con Xander. Después de todo, él era más inteligente que casi todos los que había conocido en sus viajes.

Nadine necesitaba refugio. Un lugar donde sobrevivir durante tres días. Entonces, aún le quedaría un día para impedir que Jane Austin se enamorara y arruinara la historia de amor que tantos lectores tenían con la literatura de la época de la Regencia.

Sólo tres días.

Capítulo Seis

MIENTRAS XANDER HABLABA POR TELÉFONO, terminó de guardar la compra y observó la cena que estaba preparando. No esperaba tener compañía en casa, así que se alegró de tener carne y productos frescos para alimentarla. El servicio de reparto había llenado el armario a prueba de osos que había junto a la puerta de la planta baja mientras él no estaba.

Sándwiches de carne y ensalada. Eso era lo que iban a cenar.

Xander terminó la llamada con Ken y volvió a cortar tomates para la ensalada.

A pesar de lo cerca que estaban, no iba a decirle ni una palabra a su amigo sobre encontrar a Nadine en esa carretera. Todavía no. No hasta que tuviera algunas respuestas. Muchas respuestas.

No la había presionado para que le explicara nada, aunque ardía en deseos de saber qué coño le pasaba. Había esperado mucho tiempo para preguntarle sobre Las Vegas y su desaparición de la faz de la Tierra. Aun así, casi podía disculpar su decisión de no presentarse en la capilla. Después de todo, sólo se conocían desde hacía tres días. Se habían dejado llevar por el calor del momento. Bueno, *él lo había hecho*.

Pero, ¿y esta noche? ¿Apareciendo de la nada en una tormenta de nieve y a sólo una milla de su casa? ¿En un ataúd, por el amor de Dios, y vestida como estaba? ¿Y por qué no quería llamar a alguien de inmediato? Para que supieran de su paradero. Que estaba bien. Nada de eso tenía sentido.

Vale, seguía enfadado porque ella no le hubiera dicho al menos algo antes de desaparecer hacía dos años. O le hubiera llamado o enviado un mensaje después para decirle que estaba bien. ¿No se daba cuenta de lo preocupado que estaría? Hasta ahora, había mantenido la calma. Después de todo, Xander era el maestro de las emociones reprimidas. Era el producto de su educación. Su padre, un inmigrante iraní, era el maestro de maestros en ese departamento.

Hakim Nouri había sido un gran padre. Aún lo era. Había tenido una buena carrera trabajando como ingeniero para la misma empresa durante más de treinta años antes de jubilarse. Fue un buen marido para la madre de Xander. Linda era una estudiante americana de intercambio en Francia cuando se conocieron en Lyon. Amor a primera vista, decían siempre. Se instalaron en Brooklyn para criar a su hijo. Y Hakim nunca se cansaba de sermonear a Xander sobre lo que él llamaba sus secretos para sobrevivir en este país. Triste, pero nunca superó la sensación de que entre esta gente era un extranjero y un forastero.

Nunca les muestres que eres vulnerable, hijo mío.

Xander cogió otro tomate para cortarlo.

¿Estás triste? Hombre. ¿Tienes miedo? No lo demuestrés.

Corten. Corten. Corten. Los tomates fueron a la ensaladera.

¿Frustrado? Acéptalo. A nadie le importa.

Cogió otro pepino y empezó a cortarlo.

Nunca te quejes; nunca des explicaciones. Tus sentimientos y opiniones no importan.

Corten. Corten. Corten.

¿Enfadado? Reprímelo. Si lo expresas, te etiquetarán como ese tipo enfadado de Oriente Medio.

"Mamá, eres una santa", murmuró Xander, cogiendo más lechuga.

Se detuvo. La ensaladera ya rebosaba sobre la encimera.

"No me extraña que se me den tan bien las relaciones", murmuró irónico en voz baja. No importaba que le estuviera saliendo una úlcera.

Dejó el cuchillo y la tabla de cortar en el fregadero y se quedó mirando por la ventana de la cocina. En las noches de luna, podía ver la Garra del Diablo desde aquí, pero no esta noche. La mezcla helada había dado paso a una intensa nevada.

"Huele increíble aquí".

Se dio la vuelta y dio un paso hacia la barra de desayuno que daba al comedor y al gran salón. Ella estaba de pie junto a su escritorio.

Sus curvas eran invisibles dentro de la sudadera holgada y los pantalones de chándal. No llevaba maquillaje. Llevaba el pelo mojado y recogido detrás de la oreja. Tenía un aspecto increíble.

La recordaba de pie junto a la ventana de su habitación de hotel en Las Vegas, sin más ropa que una de sus camisetas. Tenía una cicatriz en lo alto de la cadera derecha. Una pequeña marca de nacimiento en forma de luna entre sus pechos. También entonces le faltaba ropa. La compañía aérea había perdido su maleta. Si no, él les habría pagado para que la perdieran.

No lo hagas, Xander, pensó, apartando la imagen. Ni se te ocurra.

Cogió la ensaladera y la acercó a la encimera, aumentando la barrera entre ellos.

Había encendido todas las luces de la casa mientras ella estaba en la ducha. No quería "romanticismo". Nada de perderse en su olor, en los tonos suaves de su voz. Nada de acabar teniendo sexo en la encimera o contra la pared o en la ducha o en su cama.

Un tronco encendido saltó en la chimenea de la otra habitación, interrumpiendo su hilo de pensamientos. Vale, había encendido el fuego, pero no era romántico. Era una necesidad. La temperatura bajaría de cero esta noche. Es cierto que tenía un sistema de calefacción capaz de mantener acogedor el Ritz-Carlton de Reikiavik, pero nunca se es demasiado precavido.

"¿Tienes hambre?"

"Hambriento".

Sus dedos recorrieron la superficie del escritorio mientras se acercaba a él. Una semana llena de anuncios, revistas y correo sin importancia. Él mismo había restaurado el escritorio. Un pasatiempo que había retomado después de mudarse a Colorado. Era sorprendente el tiempo extra que tenía, ahora que no estaba pegado al ordenador las veinticuatro horas del día.

"¿Todavía comes carne?"

"Sí, quiero".

"Porque iba a decir que si no, hay mucha ensalada".

"Tomaré los dos". Se acercó al mostrador. "La ducha se sentía bien. Gran presión. Y agua tibia".

"¿Tuviste que chapotear en un arroyo helado para lavarte en... donde quiera que estuvieras?"

"No tan mal. Pero casi". Ella miró más allá de él. "¿Cómo puedo ayudar?"

Los manteles y los cubiertos ya estaban en la mesa. El filete se mantenía caliente en la sartén

y los panecillos estaban en el horno. Xander los sacó y empezó a montar los bocadillos.

Le lanzó una mirada. "Podrías empezar por explicar algunas cosas. En realidad, muchas cosas".

Llevó la ensaladera de la encimera a la mesa. "¿Cómo te lo montaste con Covid? ¿Lo cogiste?"

Xander agitó un panecillo en su dirección. "No me interesa hablar de la pandemia. Lo que quiero saber es..."

"¿Crees que podría conseguir un vaso de agua?"

Se quedó mirándola. Ella se había arremangado la camisa e iba y venía entre la mesa y el mostrador. Moviendo saleros y papeleros. Doblando un par de servilletas. Un trabajo ajetreado.

"Nadine." Esperó hasta que ella se detuvo y lo miró. Notó lo pálida que estaba. "¿Quieres algo más fuerte?"

"No. Sólo agua".

Xander llenó dos vasos de la puerta de la nevera y los puso en la encimera frente a ella.

Se bebió todo el vaso. Observó el movimiento de su garganta. Así de cerca, parecía más delgada que hace un par de años. Se preguntó si habría estado enferma.

"¿Te importa si me sirvo un poco más?"

"Por supuesto que no. Adelante".

Vació su vaso en el suyo y se lo bebió también, antes de rodear la encimera y dirigirse a la nevera.

Cuando Nadine empezó a pasar a su lado, la holgada sudadera se enganchó en el tirador de un cajón. Su calcetín de lana resbaló en el suelo de baldosas. Xander alargó el brazo para rodearla. El vaso golpeó su pie al caer y rodó por el suelo. Ella apretó las manos contra el pecho de él para estabilizarse.

A pesar de sus buenas intenciones de mantener las distancias, la rodeó con ambos brazos. Ella se aferró a la espalda de su camisa de franela, con la cara contra su pecho.

Podría haberla dejado marchar, pero en lugar de eso, la abrazó. Xander había querido hacer esto desde el momento en que vio quién estaba de pie en esa caja en la carretera.

Todo le parecía bien. En su mente, el tiempo se deslizó. Estaban de vuelta en Las Vegas, en su habitación de hotel, abrazados. Xander le estaba pidiendo que se casara con él. Y ella estaba a punto de decir que sí.

Ese día, no había pensado en absoluto en el mañana ni en los días siguientes. Dónde iban a vivir. ¿Y su trabajo? Ella había dicho que era bibliotecaria. Si hubiera conocido a una bibliotecaria tan guapa y sexy como Nadine cuando era más joven, quizá no habría crecido evitando los libros.

Y había otras preguntas importantes. Cosas como cómo se lo iba a contar a sus padres. Y cómo reaccionaría *su familia* ante lo que habían hecho. Las opiniones familiares importaban en la cultura en la que había crecido.

Al final, no importó.

Y una vez que ella había desaparecido y él había llegado a aceptar que realmente se había ido, la idiotez de lo que casi habían hecho se hizo tan evidente. Eran extraños.

Sin embargo, ahora no se sentía como una extraña para él.

Xander la soltó y dejó caer las manos a los lados mientras las preguntas que había estado arrastrando le agobiaban. La lógica hurgó en el romanticismo que intentaba apoderarse de él de nuevo.

Necesitaba respuestas. Ahora.

"Háblame de esta noche. ¿Cómo acabaste en esa carretera?"

Ella se apartó de él, dio un paso atrás y se apoyó en el mostrador. Él hizo lo mismo contra el mostrador opuesto, cruzando los brazos sobre el pecho. No quería alcanzarla de nuevo.

"¿Alguien te puso en ese ataúd?"

"No, yo mismo me metí en esa caja".

"¿Cómo acabó ese ataúd en la carretera? ¿Se cayó del camión de alguien?"

"No. Me las arreglé sola".

"Entonces, ¿lo condujiste hasta allí tú mismo y lo empujaste desde la parte trasera de un camión?"

"No había ningún camión."

"¿Helicóptero?"

"No."

¿"Carro tirado por caballos"? ¿Siguiendo una procesión de otros actores? Eso explicaría el atuendo".

"No, no fue tan complicado".

"No es complicado, dice". Intentó medir su expresión, preguntándose si le estaba tomando el pelo. Su rostro era serio. "Ataúd. Carretera. Tú dentro. ¿Qué tal si dejo de adivinar y me lo explicas?"

Le miró fijamente durante unos latidos antes de volver a hablar. "Vale. Te mereces la verdad".

"Gracias por eso. Sí, de verdad".

"Pero..."

"¿Pero?"

"Pero no me creerás".

"¿Sabes por lo que pasé después de tu desaparición? ¿Lo preocupada que estaba? ¿Cuántas puertas derribé, intentando asegurarme de que no te había pasado nada malo?"

"Me lo imagino".

"De acuerdo, entonces. Dispara."

"Te lo digo, Xander. No me creerás".

"¿Te das cuenta de que aún no has dicho nada? No has explicado nada. Pero ya estás poniendo excusas".

"La verdad..." Hizo un gesto vago. "Pensarás que he perdido la cabeza".

"¿Has perdido la cabeza?"

"No, claro que no".

Se pasó una mano frustrada por el pelo, luego se agachó y recogió el vaso del suelo y lo puso en el fregadero. Sacó uno limpio del armario y lo llenó de agua antes de entregárselo. "Digas lo que me digas, no puede ser peor de lo que he imaginado".

Bebió el agua y caminó de nuevo hacia la nevera, asegurándose de que su ropa no se enganchara en nada.

"Necesito comer algo primero. Luego podemos volver a esto".

¿Volver a esto? No había *esto*. Ella no había dicho nada. Aún así, sus genes iraníes de hospitalidad se activaron. Fue un mal anfitrión por no alimentarla primero. Su educación de nuevo suplantó el sentido común.

"Claro". Cortó los sándwiches por la mitad, recogió los platos y se dirigió a la mesa. "Hambriento. Sediento. Pálido como un fantasma. ¿Cuánto tiempo estuviste en esa caja?"

Ella le siguió fuera de la cocina, llevando los vasos de agua. "Doscientos once años".

"Gracioso".

"Te lo dije."

Se sentaron y él la vio zambullirse de inmediato en la comida. Realmente *tenía* hambre.

"Doscientos once años desde que bebiste agua. Doscientos once años desde la última vez que comiste. ¿Qué año era... 1811?"

"Qué alivio que se te den bien las matemáticas". Habló con la boca llena. "Y sí, le estás cogiendo el truco".

"¿Y dónde van a hacer esta recreación? ¿En Elkhorn? ¿En Denver?"

"No es una recreación".

"Película, entonces".

"No es una película".

"¿Eres actriz?" Se lo creería.

Hizo una pausa, mirando el último bocado del sándwich que tenía en la mano. "He actuado antes".

"¿Escenarios"? ¿Cine? ¿Televisión?"

"En la vida".

"¿Conmigo? ¿Con nosotros?"

Su cabeza se inclinó hacia un lado y su mirada se dirigió a la de él. Sacudió un poco la cabeza.

"Necesito oír las palabras".

"Los días que compartimos juntos fueron reales. Nada de actuación. Lo que te dije entonces era la verdad".

"¿Todo?"

"Todas las partes que importaban".

Xander seguía sin tener respuestas, pero la sinceridad en su forma de hablar lo desconcertó.

"¿Y ahora haces lo mismo? Quiero decir, ¿sobre decir la verdad?"

"Lo haré mejor ahora. Te lo contaré todo, pero sigo pensando..."

"Que no te creeré", cortó él, sintiendo cómo aumentaba su frustración.

Su atención volvió al plato, se llevó el último bocado a la boca y asintió. "Estoy segura".

"¿Te hago otro sándwich?"

"No. Siempre me pasa... como y bebo demasiado y demasiado rápido después de una transferencia. Entonces termino enfermo del estómago. Intentaré hacerlo mejor esta noche". Mientras hablaba, sin embargo, apiló ensalada en su plato.

"¿Transferencia?" Apartó el plato y apoyó los codos en la mesa. "¿Los bibliotecarios son transferidos?"

"No es un traslado de trabajo. Estar aquí es cosa mía. Metí la pata".

"Realmente me has perdido". Todo lo que salía de su boca era vago e inesperado. Estaba tejiendo una ecuación diofantina irresoluble. Era un matemático. Se le daba bien resolver problemas. Pero en este caso, había demasiadas variables. No había forma de resolverlo. Nada se aclaraba. "¿Cómo metiste la pata? ¿Qué significa eso?"

Se sentó y se presionó el costado del estómago. "Estaba huyendo de unas personas que me perseguían. Me metí en esa caja para esconderme. El problema era que mi mente estaba en ti. En nosotros".

Xander se consideraba un hombre razonablemente inteligente, pero no entendía nada de lo que ella le decía.

"Te perseguían", repitió, tratando de entender algo. "¿Era la policía? ¿También te perseguían

hace dos años? ¿Por eso huiste? ¿Eres un criminal?"

"No, no soy un criminal". Señaló su plato. "¿Vas a comer eso?"

Empujó su plato por la mesa. No había tocado su ensalada.

"¿Trabajas para alguna agencia gubernamental? ¿Eres algún tipo de espía? ¿O se trata de protección de testigos?"

"Ves demasiadas películas". Cogió medio bocadillo y lo mordió.

Se suponía que los espías no debían admitir lo que hacían. O la gente en protección de testigos, tampoco. Pensar en ella como uno de ellos tenía más sentido que cualquier otra cosa. Ella no existía en Internet. La gente la perseguía. Estaba escondida en una caja en medio de la nada. Tal vez Nadine Finley ni siquiera era su verdadero nombre.

"Vale, ya que estamos jugando a las veinte preguntas, me gustaría mucho saber la respuesta a esta".

Hizo una pausa con la comida a medio camino de la boca.

"¿Estás casado?"

Su mirada se clavó en la suya, y él vio ternura en ella.

"No, Xander. No estoy casada. Nunca lo he estado. Y nunca imaginé que lo estaría... hasta que llegaste tú".

Joder. Ella sabía cómo llegar a él. Se puso de pie. Tenía que sujetarla.

Nadine también se puso en pie en un instante.

Le tendió la mano. "Escucha, yo..."

"¡Para! Voy a vomitar".

Giró sobre sus talones y corrió hacia el baño.

Capítulo Siete

NADINE SE DESPERTÓ con la cabeza acurrucada entre dos gruesas almohadas. El resto de su cuerpo estaba envuelto en el edredón.

Aunque siempre había conseguido terminar sus encargos, su historial de saltos cuánticos reales no era immaculado. Hubo una ocasión en la que se encontró tirada en una alcantarilla parisina. Y hubo otros casos. Un establo escandinavo, un burdel de la fiebre del oro en California. En una ocasión, tomó conciencia bajo el sol del desierto mexicano y un semicírculo de buitres la miraban hambrientos.

Esto era infinitamente mejor. Se sentía como una mamá muy mimada.

Aun así, la noche anterior había sido dura. Tres veces había ido corriendo al baño. Cada vez, Xander había aparecido en la puerta, en calzoncillos y camiseta, queriendo llevarla al hospital o al menos sujetarle el pelo mientras ella se aferraba al retrete. Ella se había negado, rogándole que volviera a la cama. Ya había pasado por esto antes. Sabía lo que le pasaba. Un salto largo y un exceso repentino de líquidos y comida nunca combinaban bien. Lo ideal era ir a un ritmo que permitiera a su cuerpo adaptarse. Lo sabía por experiencia, pero el cuerpo no siempre obedecía las órdenes del cerebro.

Involucrarse con Xander en Las Vegas había sido una prueba más de esa desconexión mente/cuerpo.

Apartando las almohadas y las mantas, Nadine se sentó en la cama. Tras su último viaje al baño, había abierto las persianas del dormitorio. Ahora, al otro lado de la ventana, podía ver el cielo azul y las copas de los árboles empujadas por la brisa.

Miró el reloj de cabecera. 1:20.

Sorprendida, se inclinó para verlo más de cerca. "¿En serio?"

Un momento de pánico se apoderó de ella. El tiempo era oro y necesitaba saber cuánto había dormido.

Saltó de la cama y abrió los cajones del escritorio, buscando algún tipo de calendario. No había nada. Era la casa de un técnico. Por supuesto, no tendría un calendario físico por ahí. Pero encontró papel y un bolígrafo en uno de los cajones. Tendría que servir.

Dibujó la cuadrícula de un calendario, marcando el día en que había dejado Hythe y el día de la futura llegada de Jane Austen allí. Una vez más, recordó las reglas. Las fechas se mantenían constantes, pero el día de la semana cambiaba según el año. En este momento, ella necesitaba llevar la cuenta del número de días.

Lo más pronto que podría viajar a 1811 sería la noche anterior a la llegada de Jane. Y una vez que Nadine llegara a Hythe, tendría que actuar con rapidez. Tenía que hacer que el capitán Gordon creyera en la urgencia de su petición y luego sacarlo a toda prisa del pueblo en medio de

una tormenta aullante. Tenía que alejarlo antes de que llegara el carruaje de Austen.

Anoche había tenido demasiadas cosas en la cabeza como para darse cuenta de lo apretado que iba a ser el calendario, pero ahora ya lo veía.

Nadine deslizó el calendario improvisado en el cajón del escritorio y se puso la sudadera y los pantalones de chándal. Anoche había dormido con la camiseta y los calcetines de Xander, y se preguntó si podría aguantar con esa misma ropa hasta que llegara la hora de volver.

El hambre tiraba de sus entrañas.

La casa estaba en silencio cuando se apresuró a ir del dormitorio al cuarto de baño. Al mirar su reflejo en el espejo, Nadine se sintió aliviada al ver que había recuperado algo de color en la cara, aunque la falta de maquillaje la hacía sentirse desnuda. Junto al lavabo había una bolsa con el logotipo de la farmacia. No estaba allí anoche. En ella encontró un cepillo de dientes nuevo, pasta dentífrica, un cepillo y unas gomas para el pelo. Incluso había un neceser de viaje con un surtido de artículos de aseo.

Miró en dirección a la puerta y de nuevo a las provisiones, imaginándose a Xander corriendo a la tienda por ella esta mañana. Había hecho lo mismo por ella en Las Vegas cuando apareció en el momento justo pero en el lugar equivocado. Fue a la tienda a por las cosas que le faltaban. Su viaje debería haberla llevado a una estación de esquí en Lake Tahoe, pero había acabado en Las Vegas.

Mientras abría el paquete del cepillo de dientes, su mente volvió a todas las preguntas que habían quedado sin respuesta la noche anterior. Era una buena persona. Una gran persona. El mejor hombre que había conocido en toda su vida. Y sin duda necesitaba que le trataran mejor de lo que ella le había tratado antes.

Unos minutos más tarde, salió a la gran sala.

"Buenos días", dijo en voz alta. "¿O debería decir, buenas tardes?"

No hay respuesta.

"¿Xander?", llamó por la escalera.

Nada.

No habían tenido ocasión de hablar de lo que hacía estos días. Colorado estaba muy lejos de Nueva York, donde tenía su empresa. ¿Todavía la tenía? Si era así, era un largo viaje. Sabía bastante sobre lo ocurrido durante la pandemia de Covid. Muchos trabajadores se habían quedado a distancia. ¿Era él uno de ellos?

No es que ella tuviera derecho a hacer esas preguntas, teniendo en cuenta que toda su existencia era un misterio para él.

Nadine se detuvo en el centro de la gran sala abierta. Se le cortó la respiración. Las persianas que cubrían las paredes de cristal del suelo al techo estaban ahora abiertas. La vista era realmente deslumbrante. Miró por las ventanas delanteras de la casa y dejó que sus ojos recorrieran el paisaje nevado. El camino de entrada a la casa había sido arado. Durante la noche habían caído varios metros de nieve, a juzgar por la profundidad de los cortes.

"Vaya lugar que encontraste para ti, Xander. Me alegro".

A lo lejos, un ancho valle había sido excavado en las montañas por algún río primigenio. La ancha cinta de agua seguía serpenteando entre riscos rocosos y altos abetos cubiertos de nieve. Una tenue niebla se elevaba sobre la corriente chispeante y tumultuosa.

Se dio la vuelta y miró por el cristal más allá de la mesa del comedor. En aquella dirección, la tierra se elevaba en relucientes olas de verde y blanco hasta las cumbres rocosas por encima de la línea de árboles. Juntas, las cumbres parecían una gran mano que sostenía el cielo azul.

La tristeza se apoderó de su interior. Sabía lo que le esperaba. Dentro de cincuenta años, el

cielo ya no sería azul.

En su vida finita, como treintañera del año 2078, Nadine no podía nadar en un lago ni meter los pies en el océano. No podía tocar la nieve, caminar bajo la lluvia ni ver un animal salvaje... fuera de un zoo virtual. La naturaleza, tal y como la registraron los historiadores, ya no existía en la forma en que ella la contemplaba.

Había habido advertencias. Muchas. Y la humanidad había hecho todo lo posible por salvar el clima de la Tierra. Pero cuando se tomaron en serio la cuestión, ya era demasiado tarde. Las consecuencias previstas se habían producido... y rápidamente.

El aumento de las temperaturas provocó un mayor deshielo de los casquetes polares, las corrientes oceánicas habían cambiado de rumbo, alterando gravemente los climas. Lagos y ríos se evaporaron, seguidos de tormentas más grandes y violentas. Las lluvias ácidas contaminaron la tierra y el océano, enfermando a amplias poblaciones. Cuando algo descendía desde arriba, todo el mundo corría a refugiarse.

Por peligrosa que fuera su profesión, ser viajera cuántica era la única forma que tenía Nadine de experimentar la Naturaleza tal y como había sido concebida. Y aquí estaba de nuevo, ante una obra maestra de la creación.

Una brasa prendió en la chimenea detrás de la pantalla metálica, atrayendo su atención. Fue entonces cuando vio la estantería cercana.

"Bueno, ¿y tú qué sabes?"

No lo había visto anoche, y ahora se detuvo a examinar los estantes. Títulos de no ficción sobre construcción de muebles. Una pila de revistas. Libros de autoayuda. Memorias y biografías de titanes de los negocios. *Meditaciones de Marco Aurelio*, *El arte de la guerra* de Sun Tzu, *El príncipe* de Maquiavelo. Tocó el lomo de un volumen sobredimensionado del *Shahnameh*, el Libro de los Reyes iraní. Una colección de poesía de Rumi. Otra colección del poeta Hafez.

Debajo había una estantería llena de novelas de aventuras, suspense y misterio. Nadine sonrió al pasar los dedos por la hilera de libros de temática del oeste. Novelas de Louis L'Amour, Zane Grey, Larry McMurtry, Leslie Marmon Silko, N. Scott Momaday. Otras de Nik James, Patrick deWitt, Winston Groom, David Nix, Jeff Mariotte. Y debajo de ellos, un interesante surtido de clásicos. *Jane Eyre*, *Bleak House*, *Canterbury Tales*, las *Obras Completas de Shakespeare*, *Don Quijote*, *Lo que queda del día*, *Things Fall Apart*, *Lord of the Flies*, *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance*, y otros.

Cada estante contenía títulos de los que había hablado en Las Vegas. Nadine recordó cómo le había dicho que ningún hogar estaba completo sin una librería.

Se fijó en dos que le interesaban especialmente. *Orgullo y Prejuicio* y *Persuasión*.

"Así que, la señorita Austen hizo el corte."

Sacó este último de la estantería y lo hojeó. "Sigues siendo novelista, Jane".

Satisfecha, Nadine volvió a colocar el volumen en la estantería justo cuando un montón de nieve se deslizaba por el tejado y caía junto a la ventana.

El aire libre la llamaba.

¿Cuánto hacía que no respiraba el aire puro de la montaña? ¿Cuánto hacía que no sentía el crujido de la nieve bajo sus pies? Tenía que salir.

En un extremo del gran salón, una puerta corredera de cristal daba a lo que parecía una terraza muy grande. Junto a la puerta, observó un perchero con varios pares de botas y una colección de abrigos colgados de ganchos. Xander había colgado allí su capa la noche anterior.

"¡Sí!", exclamó. "Vamos a hacerlo".

Decidiendo que la capa decimonónica era insuficiente para el frío y la nieve, cogió uno de los

abrigo de Xander. Las botas eran cuatro o cinco tallas más grandes, pero no importaba. Se calzó un par y se las ató lo más fuerte que pudo. No pensaba ir muy lejos. Subió la cremallera del plumón, abrió el cristal corredizo y salió.

El aire era fresco y frío y limpio y olía al bosque de pinos y abetos que rodeaba la casa de Xander. La brisa era ligera, y ella se paró en la nieve hasta las rodillas y respiró hondo unas cuantas veces. Dios, esto le encantaba.

En el centro del porche había una hoguera rodeada por media docena de sillas. A lo largo de una de las barandillas había una mesa y sillas para comer al aire libre. Los muebles estaban cubiertos de lona y todo estaba cubierto de nieve. Varios abetos crecían junto al porche y en las ramas colgantes brillaban cristales de hielo.

Se acercó a una barandilla que daba a la parte trasera de la propiedad de Xander. El suelo del porche estaba resbaladizo por una capa de hielo bajo la nieve en polvo. Recogió nieve de la barandilla superior con las manos desnudas, disfrutando de su tacto en la piel. La hizo una bola y la lanzó lejos, al campo de nieve. Se dirigió a un rincón de la terraza, donde un imponente abeto se alzaba por encima de ella. Se apoyó en la barandilla y contempló los picos lejanos.

A pesar del aire frío, el sol calentaba y Nadine levantó la cara hacia el cielo. Cerró los ojos y pensó que aquel era quizás el lugar más perfecto. Era el paraíso.

Justo en ese momento, un poco de nieve cayó de una rama por encima de ella, y abrió los ojos justo cuando unas afiladas garras se clavaron en su cara respingona.

Capítulo Ocho

XANDER MOVIÓ la cabeza en dirección al grito.

"¿Nadine?"

El sonido procedía del porche del otro lado de la casa.

Llevaba menos de una hora en el tejado del garaje, limpiándolo con una pala antes de quitar las tejas viejas. Medio deslizándose, medio trepando, se apresuró a cruzar la resbaladiza pendiente hacia la escalera.

Nadine seguía gritando. Estaba luchando contra algo. ¿Pero contra qué?

¿Oso? Dios sabe que había muchos en esta montaña. Desde que compró esta casa, Xander se había encontrado cara a cara con varios mientras hacía senderismo. Los osos negros de las Rocosas no eran las criaturas dóciles que se metían en los contenedores de basura en el este. Y a pesar de la tormenta de ayer, estaban saliendo de la hibernación. Y estaban hambrientos. Los lugareños ya habían informado de ataques.

¿Puma? Había oído gritos de león de montaña por la noche y por la mañana temprano, había visto las huellas de sus grandes patas de cuatro dedos con la talonera en forma de M en la nieve y el barro. Una vez, había huellas que atravesaban el claro de la parte trasera de su casa.

¿Coyotes? Venían todo el tiempo. Sus ladridos eran tan comunes como el sonido de las sirenas en Manhattan.

Por fin llegó a la escalera. Columpiándose en lo alto, empezó a bajar.

Xander no oía gruñidos de depredadores, pero Nadine podía estar luchando contra cualquiera de ellos. No era probable que ningún ciervo, alce o alce subiera los escalones del porche, pero había visto a un oso apretando la cara contra el cristal el pasado septiembre.

Los gritos continuaron. "¡NO! ¡Aléjate!"

"¡Vete dentro!", gritó, dándose cuenta de que ella no le oiría por el ruido que hacía.

Saltó la última media docena de peldaños y aterrizó en un banco de nieve.

"¡Aléjate! Aléjate", gritó.

Sacando el martillo de su cinturón de herramientas, Xander se lanzó a través de la nieve hacia la casa. Comenzó a subir los escalones que conducían directamente al porche y luego se dio cuenta de que no quería acorralar al animal que estaba allí arriba. Se desvió hacia la entrada de la planta baja, abrió la puerta de un tirón y subió las escaleras interiores de tres en tres.

Aunque la había encontrado sola en la carretera de montaña la noche anterior, Xander no tenía la sensación de que Nadine tuviera mucha experiencia en la naturaleza. Hacía dos años, en Las Vegas, había afirmado que había nacido y crecido en Filadelfia. Una chica de ciudad. Cierto o no, no importaba. Por aquí, incluso los residentes eran cautelosos cuando se trataba de la vida silvestre. Y de vez en cuando encontrarse con alguna amenaza cuadrúpeda era prácticamente

inevitable.

Vio a Nadine a través del cristal en cuanto llegó al final de la escalera. Estaba de espaldas a él y se retorció. Gritando todo el tiempo, agitaba los brazos y retrocedía a lo largo de la barandilla.

Pero no había oso, ni puma, ni coyote. Nada amenazante en el porche que él pudiera ver.

Abrió la puerta y salió. "¿Nadine?"

"¡Ayúdenme!" Pánico puro. "Aleja esta cosa de mí."

"¿Qué cosa?" Se movió por la resbaladiza superficie cubierta de nieve.

Giró, cayó de espaldas con un ruido sordo y volvió a gritar.

"Ya está". Caminando hacia atrás a través de la nieve, se quedó mirando la silla cubierta más cercana. "Se metió ahí debajo".

Ningún depredador grande iba a caber debajo de esa silla. Y las pocas serpientes que vivían a esta altura de las montañas no aparecerían hasta dentro de un par de meses, por lo menos.

Xander se agachó y vio al asaltante.

Dos pequeños ojos marrones le miraron. En sus peludas mandíbulas había una nuez.

"¿No te dije que no mostraras tu cara por aquí?" Miró a Nadine por encima del hombro. "Tienes suerte de estar viva".

"Oh, Dios mío."

"Y tú, monstruo, eres inteligente por esconderte ahí debajo. Tienes muchos problemas".

Se puso en pie y se acercó, mirando por encima del hombro. "Saltó sobre mi cabeza, mi cara, intentó meterse dentro de mi abrigo. Intentaba morderme".

La miró. "Van directos a la yugular".

Se llevó las manos a la garganta. "¿Me arañó? ¿Me ha mordido?"

No tenía marcas en la cara ni en el cuello, pero no pudo evitarlo. Se levantó, se quitó un guante y le pasó los dedos por la mejilla. Había un par de pequeñas protuberancias ligeramente enrojecidas donde supuso que el animal había caído sobre ella. Su piel intacta era tan suave como la recordaba. Se quedó mirando sus labios, tan cerca.

Dio un paso atrás y miró hacia la rama de abeto que colgaba sobre el balcón. "Le he advertido repetidas veces, pero sigue dando vueltas. Aun así, no creo que quisiera atacarte".

"¿Es venenoso?"

"¿Ardillas?"

"¿Lo son?"

"Seguro que muerden y arañan si se ven acorralados. ¿Pero venenosas? No. ¿Peligrosas? Dudo que tenga antecedentes". Señaló hacia la silla. "Mírelo usted mismo".

Se agachó. "Esa cosa es una rata."

"No, no lo es."

"Una rata", repitió.

"No vayas por ahí insultando. Es una ardilla. Hay una diferencia".

"No hay diferencia. Es una rata".

"¿Nunca has visto una ardilla?"

"No. Pero sé todo sobre las ratas".

"¿Nunca has visto una ardilla listada?"

"Las ratas son portadoras de la peste. Pueden tener rabia".

"Estamos hablando de dos cosas diferentes. Este animal es inofensivo".

"¿Sabías que las ratas causaron la Peste Negra?" Ella no le escuchaba.

"Ahora me vas a dar una lección de historia, ¿no?"

"Durante la Edad Media, *millones* de personas murieron a lo largo de la Ruta de la Seda por culpa de esto". Sus manos volaron en el aire mientras pronunciaba su conferencia. "Más de un *tercio* de la población de Europa occidental fue exterminada en los primeros años de la epidemia. Todo por culpa de este asqueroso roedor".

"Este tipo sigue siendo una ardilla. No es una rata".

"Peste bubónica, hantavirus, leptospirosis, coriomeningitis linfocítica, tularemia, salmonela. ¿Quieres que siga?"

"Esa es una investigación seria, ahí mismo. Pero mi cliente aún se declara 'No Culpable' de causar cualquier tipo de plaga. Mira lo pequeño y tímido que es".

"Eso es porque es joven. Espera a que crezca".

"Probablemente se cayó de ese árbol por accidente".

"Fue intencionado. Lo planeó".

La ardilla se alejó corriendo por la superficie de la nieve, saltando a la barandilla y luego a la rama de un árbol.

"Ya está. Se ha ido. Probablemente cansado de ser calumniado".

"Bien". Nadine se estremeció.

Los dos seguían agazapados en la nieve. Nadine miraba hacia donde había desaparecido su atacante, esperando claramente que volviera. Xander echó un vistazo a la respiración que se escapaba de sus labios entreabiertos y se obligó a levantarse. Le ofreció una mano y ella la cogió.

"Bueno, eso fue sin duda un buen entrenamiento para mí, corriendo hasta aquí."

"Lo siento. He hecho mucho ruido, ¿no?". No esperó a que contestara y señaló el martillo que aún llevaba como arma en una mano. "¿Qué creías que ibas a encontrar aquí arriba?"

Deslizó el martillo en su cinturón de herramientas. "Podría haber sido cualquier cosa. Un oso, tal vez. O incluso un puma".

"¿Vagando libremente?"

Se echó a reír. Ella tenía una manera de decir las cosas tan inexpresiva, como si nunca hubiera oído hablar de tal posibilidad. Era igual en Las Vegas.

"¿Quedan muchos por aquí?"

"Dudo que el último censo hiciera un recuento de cabezas".

Le dio un puñetazo en el bíceps. "Lo digo en serio."

"Estas son las Montañas Rocosas. Hay mucha naturaleza salvaje por aquí. No sabes mucho sobre Colorado, ¿verdad?"

"Mi primera visita aquí". Su mirada permaneció pegada al paisaje más allá del porche. "¿Son peligrosos?"

"Algunos pueden serlo, en determinadas situaciones".

"Quiero decir, las ratas portan enfermedades. Eso ya es malo. Pero los osos y los pumas son grandes carnívoros. *Comen* otros mamíferos. Incluso personas".

"La gente inteligente no se pone en peligro. Por supuesto, siempre hay algunos cabezas de chorlito".

Se volvió hacia él. "¿Has visto alguno?"

"¿Has visto algún qué? ¿Cabeza huecas?"

"¿Osos"? ¿Leones? ¿Cualquier otro animal que no sea una rata?"

"He visto osos justo en este porche, apretando las narices ahí". Señaló el cristal.

Al instante, su rostro cambió y una sonrisa se dibujó en sus labios. Sus ojos brillaban de emoción. "¿Crees que puedo ver uno?"

Siempre sorprendente. "¿Te asustaba una ardilla hace un minuto, pero ahora quieres ver un

oso?"

"Me encantaría".

"Enviaré una invitación. Pero no son muy buenos leyendo sus mensajes. Puede que tengamos que esperar hasta que vengan el día de la basura".

"¿Cuándo es eso?"

"Lunes por la mañana".

Frunció el ceño y se quedó mirando las montañas y el valle.

"¿Seguirás por aquí entonces?"

Le lanzó una rápida mirada y luego desvió la vista. Eso no era una respuesta. O tal vez sí.

"Vives en un lugar hermoso, Xander. Te sienta bien".

Se quedó mirando su perfil. Podría *haberles* sentado bien.

Xander tenía suficiente dinero como para no tener que preocuparse de trabajar ni un día más en su vida. Durante los dos últimos años, había habido demasiados momentos en los que se había imaginado cómo habría sido su vida si Nadine se hubiera quedado. Si se hubieran casado. Si se hubieran mudado aquí juntos.

Mierda. Mierda. Mierda. Tenía que parar. Esto era un callejón sin salida, y se dirigía hacia un muro de piedra a toda velocidad.

Se volvió hacia él. "Sobre anoche, quiero que sepas cuánto lamento despertarte cada vez que me enfermaba".

"No te preocupes", respondió Xander. Pero había estado preocupado por ella. Entre un ataque de asma en la carretera y ella vomitando en el baño, se había cuestionado su decisión de no llevarla al hospital más cercano en cuanto la encontró. "¿Cómo está tu estómago hoy?"

"Puede que ya haya empezado a masticar mi hígado". Miró a través de la pared de cristal hacia la cocina y luego hacia él.

"Entonces, ¿crees que puedes comer algo? Quiero decir, ¿después de ese encuentro cercano con la vida salvaje más peligrosa de Colorado?"

"Pensé que nunca lo preguntarías".

Cuando entraron, Xander pudo verla mejor. Definitivamente parecía más sana ahora que anoche. Quizá fuera el aire frío de fuera. O su batalla con la ardilla asesina. Fuera lo que fuese, tenía más color en la cara.

"Y gracias por correr a la tienda por mí."

"Feliz de hacerlo. Las carreteras estaban despejadas".

Se desabrochó el cinturón de herramientas mientras ella se quitaba el abrigo. Se lo quitó y lo colgó en el gancho junto al suyo. Ver cómo se quitaba las botas de montaña era divertido. Las Kenetrek eran monstruosas al lado de sus pequeños pies. Recogió las botas y las colocó en el perchero.

"Por cierto, ¿hay alguien a quien tengas que llamar o mandar un email o un sms? ¿No querrá alguien saber que estás bien?"

"No."

"¿No?"

Sacudió la cabeza. "No tiene sentido. No recibirán ningún mensaje".

"Sin llamadas. No emails. Sin mensajes".

"No."

"¿Por qué no?" La siguió hasta la cocina. "¿Y *quiénes* son?"

"Ella". Mi jefa. No es posible hacerle llegar un mensaje. Pero a ella realmente no le importaría de todos modos, incluso si pudiera. Ella sólo quiere el trabajo hecho".

Hace dos años decía ser bibliotecaria. No tenía ni idea de a qué se dedicaba ahora. "¿Qué hay de su familia? Los padres que no pude encontrar por más que lo intenté. Debe haber alguien que se preocupe por ti".

"Nadie". Se detuvo, con una mano en la puerta de la nevera. "¿Está bien si me sirvo?"

"Siéntete como en casa".

Empezó a rebuscar en la nevera. "Sé que es por la tarde, pero ¿puedo hacernos unos huevos?".

"Adelante".

"¿Todavía te gustan los huevos pasados?"

"Sí, me acuerdo". Xander se sorprendió de que se acordara. "Yo me encargo de las tostadas".

Empezaron a preparar la comida, a menudo trabajando codo con codo. Le enseñó dónde guardaba las sartenes y la vajilla, mientras él ponía los panecillos ingleses en la tostadora y colocaba manteles individuales y cubiertos. Preparó el café, sirvió dos vasos de zumo y los llevó a la mesa.

Era tan consciente de ella. Hiperconsciente. Cada roce de sus hombros, cada contacto cuando buscaban un utensilio en un cajón, su misma proximidad despertaba recuerdos que él había intentado olvidar. Los toques rojos de su pelo castaño. La peca de su cuello, justo debajo de la oreja de forma delicada. Los dedos largos y afilados. Intentó concentrarse en sus tareas y, al final, se quedó de pie junto a la tostadora mirando las magdalenas que se estaban dorando.

Mientras cortaba fruta en los platos, le preguntó por su empresa y por qué estaba en Colorado. Él se lo explicó todo.

"Durante y después de Covid, se disparó el número de personas que recurrían a las compras en línea".

"Pero tu empresa hacía juegos, ¿no?"

"Hemos 'gamificado' la búsqueda o compra de productos. Tomamos una actividad cotidiana que podría haberse vuelto repetitiva y onerosa para una mayoría de consumidores y utilizamos nuestra experiencia en juegos para convertirla en algo mucho más interesante."

Xander mencionó algunas cuentas famosas en las que habían trabajado. La expresión inexpresiva de su rostro indicaba que nunca había comprado en esos sitios web.

"Cuando la pandemia estaba en pleno apogeo, se puso en contacto con nosotros un importante agente financiero que quería comprar nuestra empresa. Y Nueva York no era el lugar adecuado durante Covid. Así que Ken y yo decidimos vender y mudarnos a Colorado".

Mientras hablaban, él empezaba a sentir como si ella nunca hubiera salido de su vida. Ella hacía comentarios sobre la casa. Sin aparente astucia o intención, le felicitaba por las cosas más insignificantes. Y tenía el mismo sentido del humor irónico que él había encontrado tan atractivo en Las Vegas. Se sentía muy cómoda en su piel y Xander no podía evitar sentir lo mismo.

Se había enrollado con algunas mujeres a lo largo de los años, pero nunca había sentido la misma química que con Nadine. Eso era lo que lo hacía peor. Pensó que nunca la volvería a ver. Nunca sentiría esta fácil sensación de conexión.

"Estos huevos". Sostuvo dos de ellos a la luz de la ventana. "¿Son de verdad?"

"Suéltalos y lo averiguarás".

"De donde yo vengo, los genéticos se han vuelto tan buenos replicando estas cosas que es difícil distinguirlos. Pero me encantan los huevos de verdad".

"Replicándolos", ¿eh? Bueno, estos son orgánicos. Libres de jaulas. Están en Colorado. Puedo enviar un mensaje y averiguar el nombre de la gallina que los puso. Son reales".

Ella sonrió y los rompió uno a uno en la sartén.

De donde yo vengo, la gente de genética se ha vuelto tan buena replicando estas cosas...

De acuerdo. ¿De dónde demonios *ha* salido? ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo terminó a una milla de su casa? ¿En una caja en la carretera?

Xander se preguntó por qué no podía disfrutar de esos momentos con ella sin la presión de obtener respuestas. Fuera, ella le había dicho más o menos que no vendría el lunes.

"¿Cuánto tiempo piensas quedarte?"

"Hasta la noche del 15th, si me aceptas. Eso es el viernes, ¿no?"

"Sólo faltan dos días".

"Si no te molesto".

"Está bien." No estaba hecho para dejar las cosas colgadas. "Pero déjame entender esto. No vas a responder a más preguntas, ¿verdad? O si lo haces, no serán respuestas honestas, de todos modos. Entonces, ¿para qué molestarse en preguntar? ¿Es eso?"

"¿Te parece bien?"

"No, eso no está bien. Pero no te echaré".

Apagó la estufa y se encaró con él. "Así que, realmente quieres la verdad."

La miró fijamente. "Por supuesto, quiero la verdad".

"¿Tan extraño como pueda sonar?"

"Pruébame".

"Lo intenté anoche".

"No importa lo de anoche. Empieza desde el principio".

"Muy bien." Señaló con la espátula hacia la mesa del comedor. "Traeré los huevos y te contaré todo".

Xander se preguntó qué se le ocurriría ahora. Sirvió dos tazas de café y llevó lo que pudo a la mesa. Ella trajo sus platos y se sentó frente a él. Comieron en silencio un par de instantes y luego ella dejó el tenedor.

"Soy un Escriba Guardián".

"¿Es un trabajo de biblioteca? Me dijiste que eras bibliotecario".

"En cierto modo. Pero nuestras bibliotecas no son como las tuyas. Y en mi trabajo, no prestamos libros. Los protegemos".

¿Qué sabía de bibliotecas? No mucho. La última vez que había estado en una fue cuando aún estaba en la universidad. Había una alcoba soleada en el segundo piso que había sido un buen lugar para dormir la siesta.

"¿Así que trabajas en el departamento de libros raros de una biblioteca de investigación?"

"No. Nosotros... Yo *protejo* la literatura. Me aseguro de que los libros que deben escribirse puedan escribirse".

Ya lo estaba perdiendo, pero se quedó callado.

"Y a veces, gestiono situaciones para que autores y obras concretas encuentren y mantengan su lugar en el canon literario. ¿Tiene sentido lo que digo?"

"La verdad es que no. Soy un tipo matemático".

"Pero ahora tienes una librería, por lo que veo. En mi trabajo han participado algunos de esos autores".

Sonrió, contento de que ella se hubiera dado cuenta. "De acuerdo. Entonces dame ejemplos de tu trabajo. Y habla mi idioma".

"*Moby Dick* y *Le Morte d'Arthur*".

No estaba dispuesto a admitir que sólo había leído el Cliff Notes de la primera y que nunca había oído hablar de la segunda. Xander la miró mientras se colocaba un mechón de pelo castaño

detrás de la oreja. Se obligó a prestar atención.

"¿Sabías que *Moby Dick* estuvo a punto de perderse para la literatura?"

¿Era algo bueno o malo? Decidió no decir nada.

"Cuando Herman Melville escribió *Moby Dick*, no fue precisamente un best seller. De hecho, cuando murió en 1891, sus editores aquí y en Inglaterra sólo habían conseguido vender unos 3.200 ejemplares. Y durante los treinta años siguientes, sólo unos pocos eruditos e intelectuales mostraron interés por él. Él y ese libro cayeron prácticamente en el olvido".

"Por desgracia, no se olvidaron. Incluso tuve que leerlo".

"Exacto". Ella sonrió. "¿Has oído hablar de una mujer llamada Bess Meredyth?"

"No." Señaló su escritorio. "¿Debería coger papel y boli y tomar notas? Siento que se acerca un examen".

"Nada de concursos". Nadine sacudió la cabeza y dio un sorbo a su café. "Bess Meredyth fue actriz y guionista en Hollywood desde la época del cine mudo. Muy prolífica y respetada. Incluso fue una de las fundadoras de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas".

"¿Qué tiene que ver con *Moby Dick*?"

"Todo. En 1926, buscaba una buena historia para el actor John Barrymore, que entonces era una gran estrella. Bess se hizo con un ejemplar de *Moby Dick*, lo leyó y pensó que sería perfecto. Escribió un guión, entusiasmó a Barrymore e hicieron la película".

No iba a decirlo, pero tampoco había visto la película.

"La película tuvo tanto éxito que la gente empezó a leer la novela. Casi de inmediato, el libro fue aclamado como un clásico americano, y así ha sido desde entonces".

Xander la miró. Le brillaban los ojos; tenía la cara enrojecida por la emoción. "Interesante historia. Pero, ¿qué tuviste que ver tú?"

"Llegaré a eso en un minuto". Cogió su taza de café y la agitó hacia él. "Primero, ¿sabes cómo se escribieron las historias del Rey Arturo y sus Caballeros de la Mesa Redonda?"

"Definitivamente estás preguntando a la persona equivocada".

"¿Listo para una pequeña lección de historia?"

"Soy todo oídos".

"Sir Thomas Malory fue un caballero inglés en el 1400. Era un ladrón y un asesino. Incluso lideró una revuelta contra el rey Eduardo IV".

"¿Escribió Bess Meredyth una película sobre ello?"

"No. Pero escucha esto. La revuelta fracasó, y Sir Thomas fue encarcelado durante un par de años. Mientras se enfriaba en la cárcel, escribió un montón de historias sobre caballeros y damas y magos y la búsqueda del Santo Grial".

"He oído hablar del Rey Arturo".

"Pero Malory casi no escribió las historias".

"¿Por qué?"

"Porque estuvo a punto de salir de la cárcel antes de tener la oportunidad de escribirlas. El rey estaba a punto de dejarlo salir. Pero la amante del Arzobispo de Canterbury le hizo saber al rey que Malory había jurado liderar otra rebelión. Así que se quedó en prisión, donde escribió *Le Morte d'Arthur*".

"¿Y esto también tiene algo que ver con tu trabajo?"

"Te lo dije. Soy un Escriba Guardián. Mi trabajo es asegurarme de que obras literarias como éstas nazcan o sigan leyéndose".

"Estoy confundido."

"Lo que voy a decirte no va a ayudar mucho".

"Inténtalo".

"*Moby Dick* Era una noche lluviosa en Los Ángeles. Enero de 1926. Estaba bebiendo con Bess Meredyth en un bar clandestino de Sunset Boulevard. Fui yo quien le habló de *Moby Dick*".

"Se lo dijiste. En 1926".

Sonrió. "Y en 1468, fui yo quien le contó a la amante del arzobispo la intención de Thomas Malory de liderar otra rebelión".

Xander no dijo nada por un momento, sin saber si debía reírse o llamar a una ambulancia. Nadine parecía estar completamente seria. Lo que significaba que estaba loca.

No. Tal vez era escritora. Los escritores tenían que tener una imaginación activa, supuso. O podría ser una actriz. Eso explicaría la forma en que estaba vestida anoche. Él había oído hablar de actores que realmente se metieron en ... ¿cómo se llamaba ... método de actuación. Actores como Robert De Niro. Angelina Jolie.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz. "Mi trabajo consiste en viajar en el tiempo y asegurarme de que ciertas obras de ficción se escriban o se conserven. Vengo del futuro, Xander".

Se le escapó una carcajada. Pasó un minuto antes de que se diera cuenta de que ella no participaba. Su cara seria no cambió.

"¿Dónde se está filmando esto?"

"¿Filmado?"

"Tiene que haber un guión". Se inclinó hacia delante, mirándola. Sin duda era lo suficientemente guapa como para salir en películas. "Cuanto más lo pienso, más sentido tiene. Me das un nombre que no es el tuyo. Los actores hacen eso todo el tiempo. No quieren ser descubiertos. Estás fuera de la red. Y esto también explica cómo te encontré anoche. ¿Dónde están rodando esta película? Debe ser en algún lugar por aquí".

"No soy actriz. Lo que te he contado *no es* de una película". Ella le cogió de la mano, mirándole a los ojos. "Hace unos días, hice el viaje cuántico al año 1811. Mi misión era asegurarme de que Jane Austen nunca conectara con un antiguo amor y se casara con él. Hubo una confusión que me trajo aquí".

"Una confusión".

"Me perseguían unos guardacostas".

Era buena. Realmente buena en el papel que acababa de desempeñar. "¿Tiene la Guardia Costera una estación en Colorado? No recuerdo ningún faro..."

"Hythe, Inglaterra. Salté de allí a aquí. De entonces a ahora".

"Es una gran historia, Nadine. Y te mereces cada centavo que te están pagando".

Ella se burló y retiró las manos de la mesa. "Vale. Te dije que no me creerías".

Era decepcionante que no le confiara algo así, la verdad sobre lo que hacía. Tenían historia. Esperaba que ella supiera que podía confiar en él.

"Lo comprendo. Es algo difícil de entender".

Ahora estaba siendo condescendiente.

"Sí. Bueno, últimamente soy más de 'ver para creer'. Creo en cosas en las que puedo poner mis manos. Cosas sólidas. Así". Señaló las estanterías de libros. "Me alegro de que te hayas fijado. Yo mismo construí la estantería".

"Es muy bonito. Y me encanta tu selección de libros. ¿Ahora eres lectora?"

"¿Un lector? No. Esos libros son sólo de decoración".

"¿Decoración?"

"Sí, no he leído ninguno. Demasiadas palabras".

Se sentó y se cruzó de brazos, sonriendo.

"Elegí los libros por el color de los lomos, pero estoy pensando en sustituirlos por encuadernaciones totalmente de cuero. Eso le daría más estilo al lugar. ¿No crees?"

"Cuero".

"He oído que también pueden ser una buena inversión. Sobre todo si los mantienes en perfectas condiciones. Si no... bueno..."

"¿No leyéndolos?"

"Exactamente."

Antes de que pudiera decir nada más, el sonido de la puerta abriéndose en el piso de abajo llamó su atención.

Echó la silla hacia atrás, alarmada.

Un momento después, Ken apareció en lo alto de las escaleras.

Capítulo Nueve

NADINE LUCHÓ contra el impulso de correr. No quería ver a nadie más. Tenía que minimizar sus interacciones con la gente en este período de tiempo. Sin embargo, desaparecer en el dormitorio de invitados y cerrar la puerta con llave era imposible. Ya la habían visto. No tenía escapatoria.

"Ken". Xander se puso en pie. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Así que este era Ken. La situación empeoraba por momentos.

"Te dejé un mensaje antes de venir". El hombre no le quitó los ojos de encima. "Pero como no contestaste, supuse que estabas trabajando en el tejado".

Ken estaba bien afeitado, tenía la piel aceitunada, era alto y enjuto. Y tenía el corte de pelo perfecto para un contable o un abogado. Por lo que Xander le había contado, Ken era el encargado de los números y las finanzas de su empresa.

"No tenía ni idea de que tuvieras compañía".

Xander la miró por encima del hombro. "Este es Ken Sola. Mi antiguo compañero. ¿Recuerdas que te hablé de él?"

Intentó sonreír y asentir con la cabeza. Se acordó. Ken y su prometida Donna iban a casarse la misma semana que ella había estado en Las Vegas. Y la pareja estaba en fila para servir como sus testigos en la capilla de la boda. Junto con Elvis.

"¿Me vas a presentar?", preguntó el recién llegado.

Ella no esperó. "Nadine. Nadine Finley."

Se levantó, recordando inmediatamente que llevaba la ropa de Xander. Ken le echó un vistazo y su mirada le dijo que se había dado cuenta.

Entonces se acordó de su nombre. Su boca se abrió y cerró como un pez fuera del agua antes de que se le escaparan las palabras.

"De ninguna manera. ¿Nadine? ¿Como... *Vegas* Nadine?" Miró a Xander, que asintió. Ken volvió a mirarla. "Así que eres real, después de todo".

"Claro que es real", espetó Xander. "¿Dudabas de mí?"

Ignorando la pregunta, Ken se acercó a la mesa. "Por favor, siéntate. Me moría por conocerte". No esperó invitación y se sentó en una silla. "¿Cuándo llegaste?"

El trato que había hecho con Xander sobre decir la verdad no se aplicaba aquí. Se sentó. "Anoche. Tarde".

"No vi otro coche en la entrada."

"No he conducido. Mi vuelo fue cancelado en... en..."

"Denver", terminó Xander por ella, recogiendo los platos de la mesa. "Me llamó y le pedí que cogiera un Uber. Y aquí está".

Ella le dirigió una mirada de agradecimiento. Sus ojos se encontraron y se cruzaron.

"Tienes suerte de haber encontrado a alguien que venga aquí con este tiempo. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?"

"Eres muy entrometido, ¿verdad, amigo?" Xander respondió por ella.

Resopló ante el comentario de su amigo. "Quiero decir, con suerte, estarás aquí todo el fin de semana".

"Un par de días como mucho. No todo el fin de semana".

Ken frunció el ceño. "¿Y vosotros dos tenéis los números de teléfono del otro desde Las Vegas?"

"Yo tenía el suyo", se ofreció Nadine, observando a Xander mientras entraba en la cocina y cogía su teléfono. Llevaba años perfeccionando las habilidades necesarias para su profesión. Asumir identidades falsas e inventar historias sobre su vida se había convertido casi en una segunda naturaleza.

"¿Y esta es la primera vez que te conectas desde...?"

"¡Hola! Acabo de encontrar tu mensaje", dijo Xander. "¿Quieres que te preste mi parrilla de gas? ¿Qué le pasa a la tuya?"

"Necesito dos para el sábado".

"Está guardado en el garaje. ¿Trajiste tu camioneta?"

"Uh, sí."

"Bien. Vamos, te ayudaré a cargarlo".

"La parrilla puede esperar". Sonó el móvil de Ken, que contestó inmediatamente. "Hola, cariño. ¿Qué pasa? ¿Estás de parto?"

Nadine cogió su taza y se dirigió a la cafetera.

"Sí". Pausa. "Recogeré un poco de camino a casa. Pero espera... espera. No te vas a creer quién está ahora mismo en casa de Xander". Ken se levantó y se dirigió hacia la chimenea, hablando en voz baja con su mujer.

Nadine se puso al lado de Xander. "Debería haberme presentado con otro nombre. No hacer una conexión con nuestro pasado".

"¿Lo haces a menudo?"

"Cada vez que salto a una nueva época, a un país diferente, intento encajar. Este viaje, sin embargo, me quedé como yo, Nadine Finley".

"¿Y dónde y cuándo fue ese viaje?"

"Te lo dije antes. Hythe, 1811."

Sonrió, como si ella acabara de repetir un chiste. "No compartas ninguna de estas historias con Ken. Es un crédulo. No como yo".

"Confía en mí. No lo haré".

Había sido sincera con Xander, pero ya no intentaba convencerlo. No era maga. No podía chasquear los dedos, desaparecer y reaparecer como si fuera un truco de fiesta. Estaba claro que se estaba tomando todo lo que le había dicho con humor. Y ella no lo culpaba. La realidad de los viajes en el tiempo estaba todavía a décadas de distancia. Incluso en su época, a menos que te reclutaran para el programa, la gente no sabía nada al respecto.

"Siento que haya aparecido así". Hizo un gesto hacia su amigo. "Ken y Donna son buenas personas, y los considero mi familia. Pero..."

"¿Pero?"

"Ahora que saben que estás aquí, no habrá forma de librarse de ellos. Querrá conocerte".

Justo a tiempo, Ken apareció en la entrada de la cocina con el teléfono en la oreja.

"Opción uno, Donna pedirá comida para llevar y conducirá hasta aquí para que cenemos

todos juntos".

"¿Vas a hacer que tu mujer, embarazada de ocho meses, conduzca por estas peligrosas carreteras?". Preguntó Xander. "¿Qué te pasa?"

"No lo haré. Por eso vamos con la opción dos".

"¿Y eso es?"

"Vosotros dos venís a cenar a nuestra casa".

Nadine le dio un golpecito a Xander en el brazo. "¿Por qué no te vas? Yo me quedo aquí".

Una voz crepitó en el teléfono de Ken, que escuchó un momento.

"No, no nos importa cenar con Xander. Lo vemos todo el tiempo. Tú eres al que Donna está deseando conocer. Si no vienes, nos reuniremos aquí".

"Yo no te invité", protestó Xander.

"Como si eso importara. Ya vamos. Y tengo mi propia llave".

"¿Está embarazada de ocho meses?" preguntó Nadine.

"No ocho meses. Treinta y seis semanas", respondió Ken. "El bebé puede llegar en cualquier momento. Y sí, estoy de acuerdo. Sería peligroso que condujera hasta aquí, tan lejos del hospital".

"¿Qué tal si lo dejamos para otro día?" Preguntó Xander. "Nadine y yo tenemos otros planes para esta noche".

Le rodeó la cintura con el brazo y la acercó a su lado. Su estómago se retorció deliciosamente y ella se inclinó hacia él. No tenía que fingir.

La voz de Donna llegó a través del teléfono, alta y clara. "Pueden tener sexo más tarde".

Nadine enterró un momento la cara contra el pecho de Xander para ocultar su sonrisa. Maldita sea, olía bien.

Ken escuchó a su mujer y luego le tendió el teléfono a Nadine. "¿Te importaría oír lo que tiene que decir mi mujer, muy embarazada y al borde de la histeria?"

"Lo he oído, Ken", dijo la voz.

Nadine miró fijamente la mano extendida y comprendió sus opciones. Cero. Ya había puesto a Xander en una situación muy incómoda con sus amigos. No podía mentir y decir que tenía que coger un vuelo. No había otro lugar donde ir a esperar los días que le quedaban aquí.

Miró a Xander a la cara. "¿Te parece bien?"

"No tiene voto", dijo Ken.

"¿Quieres cenar con ellos?" Preguntó Xander.

"Son tus amigos. Y parece que no tenemos elección".

"No, no tenemos."

Le cogió el teléfono a Ken. "Hola, Donna. Soy Nadine. Nos encantaría venir a cenar. ¿Qué podemos llevar?"

Capítulo Diez

APARTE de la obvia preocupación por el millón y una de preguntas que le harían sobre Las Vegas y por qué se escapó y dónde ha estado desde entonces, había algunas complicaciones menores para ir a cenar a casa de los amigos de Xander.

A saber, qué ponerse.

Les esperaban para cenar a las cinco, porque Donna era de las que se acostaban pronto a estas alturas del embarazo. Nadine tenía menos de dos horas para prepararse.

No podía ir vestida de Regencia. Y llevar la ropa de Xander era imposible. Tampoco tenía dinero de esa época, y dudaba que las tiendas de Colorado aceptaran libras y chelines británicos de 1811. Los guardianes escribas viajaban bien equipados para realizar su trabajo en cualquier época de la historia, pero saltar los giroscópicos y aterrizar en el año 2022 fue un error de Nadine. Hasta que volvió atrás, era un pez fuera del agua.

En cuanto Ken se fue, ella sacó el tema. "¿No tendrás por casualidad alguna prenda que una amiga... o tu madre... haya dejado aquí. ¿Algo que me puedas prestar?"

"Me mudé aquí durante Covid. He ido varias veces al Este a visitar a mis padres, pero aún no han venido". Cogió las llaves. "Vámonos. Te llevo de compras".

"No tengo dinero."

"Te voy a llevar de compras", repitió.

Sabía por Las Vegas que el dinero era un tema delicado con Xander. Era un oso cuando se trataba de que alguien más pagara por cualquier cosa, y no había discusión con él. El hombre era generoso hasta la exageración, y se había sentido insultado cuando ella trató de pagar la cena una noche. Un poco anticuado. Incluso en esta época en la que vivía.

"Ve a prepararte".

Prepararse consistía en correr al cuarto de baño y preocuparse por la cara lavada que le devolvía la mirada desde el espejo.

Mientras intentaba hacer algo con su pelo, la pregunta que Xander no había respondido pesaba en su mente. Cuando ella había mencionado una amiga o una novia, él lo había pasado por alto. No era posible que un tipo tan especial no tuviera pareja. Tenía que haber tenido otras relaciones desde que estaban en Las Vegas.

Pero sólo iba a estar aquí dos días más. Realmente no tenía derecho a preguntar.

Nadine se centró en la ropa. Su capa era funcional, pero los zapatos no. Aun así, eran mejores que las botas de la talla catorce de Xander. Quizá encontrara algo en el pueblo que él había llamado Elkhorn.

No habían pasado ni diez minutos y ya estaban recorriendo la serpenteante carretera de montaña. Al mirar por la ventanilla, sintió que los músculos del estómago se le contraían al

contemplar el banco de nieve de medio metro de altura, el saliente y el valle que se extendía más abajo. Xander señaló el lugar donde había encontrado un alce enorme y el ataúd. Pudo ver que los restos del desprendimiento de rocas habían sido arrastrados a un lado de la carretera junto con la nieve.

Nadine aún tenía serias dudas sobre su llegada. En Hythe, su mente había estado en Xander, eso estaba claro. Pero, ¿por qué había acabado donde acabó? ¿Por qué no llegar a su casa? ¿En el porche cubierto de nieve? ¿En su garaje? ¿O en Las Vegas, donde lo había visto por última vez?

Al parecer, estaba tan ansiosa por estar con él que su subconsciente había controlado el salto. Fuese lo que fuese, había roto sin querer todos los protocolos de viaje cuántico de los libros.

"Por cierto, no he terminado de preguntarte cómo has acabado aquí".

Le estaba leyendo la mente.

"Estaba pensando exactamente lo mismo". Se giró en su asiento, estudiando su perfil.

La curva de su oreja la fascinaba. Recordaba cómo la recorría mientras estaban tumbados en la cama. Sus labios eran firmes y la piel sorprendentemente suave. Bajo la poblada barba que llevaba ahora, tenía una cicatriz cerca de la hendidura de la barbilla. Le había dicho que se la había hecho en un accidente de bicicleta cuando tenía seis años. Su mirada se dirigió a las manos enroscadas en el volante. Aquellos dedos habían hecho cantar a su cuerpo.

Apartó los ojos de la carretera durante un segundo. Su mirada rozó su rostro.

Recordaba cómo se despertaba con la penumbra del amanecer desértico que iluminaba su habitación en el hotel de Las Vegas. Con qué rapidez la ternura se convirtió en hambre entre ellos y empezó el acto sexual.

"¿Por qué aquí? ¿Por qué esa ropa? ¿Qué pasó si no conducía por esta carretera?".

Menos mal que no le estaba leyendo la mente en ese momento.

"Podrías haber sido barrido por los quitanieves."

"Ya te conté cómo llegué aquí, pero no me creíste".

"¿Y cuando te vas?", preguntó. "¿Te metes en la misma caja y *desapareces*? ¿Desapareces?"

"Ese es el plan".

Una sonrisa levantó una comisura de sus labios. "Donna te lo sacará. Es brutal".

"Estás tratando con un profesional".

"¿Actor profesional?"

"Escribano Guardián Profesional". Se volvió y centró su mirada en las montañas al otro lado del profundo desfiladero. No quería ver su reacción.

Cabalaron en relativo silencio hasta llegar al centro de la ciudad. En una calle principal llamada Silver Street, Xander aparcó su camioneta delante de un establecimiento con fachada de cristal.

"¿Aquí es donde vamos a comprar?", preguntó mirando el reluciente escaparate.

"Claro. Tiene ropa bonita, según he oído".

La tienda parecía haberse apoderado de un antiguo cine y haberlo transformado. La marquesina sobre las brillantes puertas de latón se extendía sobre la amplia acera. Los vibrantes y coloridos escaparates gritaban clase y ofertas de lujo. Resaltados con láminas de oro y plata, los brillantes colores primaverales casi estallaban a través de los enormes escaparates de cristal. En los escaparates había de todo, desde ropa y accesorios femeninos hasta muebles y decoración para el hogar. Por su aspecto, tenía una idea bastante aproximada de lo caras que serían las cosas del interior. Desde luego, el marketing no había cambiado mucho de la época de Xander a la suya.

La ropa de los escaparates era preciosa, pero sólo estaría aquí dos días más, se recordó a sí

misma. Lo que comprara ahora lo dejaría atrás.

"¿Me prestas tu teléfono un minuto?"

Se lo entregó. "Por fin, ¿tienes a alguien a quien llamar?"

"Ojalá. Tu red de telecomunicaciones no es *tan* buena". Se dio media vuelta y realizó un par de búsquedas rápidas antes de devolverle el teléfono. "Estoy lista".

"Sabes que soy un técnico. Ahora tengo tu historial de búsqueda".

"No te molestes. Pronto lo sabrás".

Entraron juntos en la tienda. Dos mujeres jóvenes se les acercaron, echaron una mirada rápida a Nadine y luego volvieron sus rostros sonrientes hacia Xander. Lo conocían por su nombre. Por supuesto.

Reconoció que parte de la decoración era similar a los muebles que había visto en su casa.

Lo dejó con los vendedores y se dirigió a los estantes de ropa y comprobó las etiquetas de precio de algunos jerséis y pantalones antes de volver al lugar donde podía captar la atención de Xander. Hizo un gesto hacia la calle y salió.

Mientras esperaba en la acera, respiró profundamente el aire fresco. Elkhorn era encantador. Tenía el aspecto y el ambiente de un pueblo del viejo Oeste que había disfrutado de un auge cuando la plata y el oro se extraían de las colinas circundantes.

Al otro lado de la calle, un gran edificio de granito tenía una inscripción tallada en piedra que lo identificaba como el PALACIO DE JUSTICIA H. D. PATTERSON DE 1881. Y unas puertas más allá, un bar y restaurante vaquero llamado THE BELLE parecía muy auténtico.

Xander salió casi de inmediato. "¿Cómo es que te fuiste? Cierran en media hora. Creí que habías quedado en recoger unas cosas".

"Estuve de acuerdo".

"Y yo pago".

"Y tú pagas". Ella enlazó su brazo con el suyo y se dirigió hacia la tienda que había encontrado en su búsqueda. "Por aquí."

Un cartel ABIERTO colgaba ligeramente torcido dentro de la puerta de una tienda de segunda mano en una calle lateral.

"No, no vas a comprar aquí".

"Sí, lo soy."

Cogió la mano de Nadine e intentó detenerla, pero ella empujó la puerta de todos modos.

"¿Sabes cuánta agua se utiliza para procesar los textiles? Y no me hagas hablar de la contaminación, las emisiones de gases de efecto invernadero y los vertederos".

"Veo venir una conferencia".

"¿Adivina cuánta agua se utiliza para hacer *una* sola camisa?".

Sacudió la cabeza y sonrió mientras la seguía al interior de la tienda.

"Setecientos galones. Suficiente agua para que una persona beba durante novecientos días".

"Niégalo todo lo que quieras; eres una bibliotecaria de investigación hasta la médula".

Veinte minutos más tarde, Nadine había terminado sus compras y se miraba en el espejo del pequeño probador de la tienda. Un par de botas vaqueras, unos vaqueros cómodos y un top de punto verde intenso, todo lo cual costaba una fracción de lo que costaba un jersey en la primera tienda. Recogió las otras dos camisas que Xander la había obligado a coger y apartó la cortina de privacidad.

Su mirada le dijo que había tomado buenas decisiones.

Caminando de vuelta a la camioneta, Nadine se detuvo frente a una floristería que estaba a punto de cerrar.

"Una cosa más", le dijo. "Si no te importa. Odiaría encontrarme con Donna con las manos vacías".

"Por supuesto". Mientras entraban, Xander señaló la placa junto a la puerta. "Esto solía ser la oficina del sheriff, hace tiempo".

"Ahora le han encontrado un uso mucho mejor".

"Basándome en la historia de la ciudad que tienen en línea, diría que también le dieron un buen uso por aquel entonces. Elkhorn era un lugar salvaje y sin ley, al parecer. El pistolero Caleb Marlowe pasó un tiempo en esta cárcel".

"¡Vaya!" Nadine no tenía ni idea de quién era Caleb Marlowe, pero sonrió y se dirigió hacia los ramos.

Mientras Xander conducía por la ciudad, Nadine contemplaba la mezcla de lo nuevo y lo viejo. Algunas de las calles laterales del centro habían pasado por mejores momentos, pero se estaban llevando a cabo reformas allá donde mirara. Y en una avenida arbolada a pocas manzanas de Main Street, más de una docena de mansiones victorianas recordaban la época más próspera de la ciudad.

Xander se fijó en ella mirando las casas señoriales. "Aquí se hicieron muchas fortunas con la minería de plata. Se hicieron y se perdieron. Dicen que Elkhorn tuvo más millonarios per cápita que Nueva York en una época".

Pensó en sus experiencias durante la fiebre del oro en California. Sin embargo, salvar a un joven Mark Twain -por aquel entonces, Sam Clemens- de una pelea mortal por cartas y whisky en un campamento minero cerca de San Francisco era una historia para otro día.

La oscuridad aumentaba rápidamente a medida que la camioneta se adentraba en las colinas de la ciudad. Pasaron por varios barrios llenos de casas de lujo. Tras pasar junto a un campo de golf cubierto de nieve, Xander se dirigió a través de unos bonitos pilares de piedra hacia una de esas urbanizaciones. Las casas que podía ver por la ventana eran grandes y bien iluminadas, y la mayoría estaban situadas al final de largos y curvos caminos de entrada. En ellas se había empleado mucha madera, piedra y cristal.

Pensó en los amigos de Xander. "Antes de llegar, ¿puedes hablarme un poco de Donna?"

"Claro. ¿Qué quieres saber?"

"Cualquier cosa. Cualquier cosa. ¿Qué edad tiene? ¿A qué se dedica? ¿Con qué tipo de gente se relaciona?". Hacía un par de años, en Las Vegas, Nadine había oído hablar mucho de la compañera de Xander, pero nada de la entonces prometida de Ken.

"Tiene treinta y siete años. Llevan juntos desde la universidad, pero se casaron la semana que tú y yo nos conocimos".

Esperaba que ninguno de ellos pensara en Las Vegas esta noche.

"Ken y yo nos conocemos desde niños, pero Donna no era de Nueva York. Creo que se crió en Georgia o Tennessee. Uno de esos estados sureños".

"¿Sabes algo de su familia?"

"Sus padres murieron antes de que la conociera. No sé qué pasó. Nunca habla de ello. Tuvo algún tipo de enfermedad crónica de niña. Otro tema del que nunca habla. Al menos, no conmigo. Creo que es una especie de hipocondríaca. O al menos, se preocupa mucho por su salud".

"Probablemente tenga una buena razón para ello", pensó Nadine en su propia situación y en

lo diferente que habría sido su vida si estuviera sana. Sin reclutamiento en los Guardianes Escribanos. Nada de viajar por el pasado, enfrentándose al peligro en cada misión. Por otro lado, ella no estaría aquí ahora si estuviera sana. "¿He oído bien? ¿Este es su primer embarazo?"

"Tercero". Xander giró hacia un largo camino de entrada. "Se quedó embarazada dos veces antes de casarse y las dos veces abortó en el primer trimestre".

Aún no se conocían, pero el corazón de Nadine seguía compadeciéndose de la otra mujer. "Eso es tan triste."

Miró la casa a medida que se acercaban. Parcialmente oculta desde la carretera, tenía un estilo similar a las demás del barrio. Desde fuera, parecía perfecta, pero Nadine recordó un viejo dicho que había leído recientemente de un escritor persa. *Si la vida de alguien parece perfecta, no la conoces lo suficiente.*

"Sé que llegar a término en este embarazo ha sido muy importante para ellos".

"Estoy segura. ¿Tiene Donna un buen grupo de apoyo aquí en Elkhorn?"

"No tiene hermanos ni hermanas. No tiene familia que la visite o que yo haya conocido. Pero es voluntaria en la biblioteca, en la sociedad histórica, en la escuela primaria y probablemente en más sitios de los que conozco. De ahí vienen todos sus amigos. Aún así, no creo que conozca a ninguno de ellos desde hace mucho. Todos somos nuevos en la zona. Así que, en cuanto a apoyo, realmente no lo sé. Tiene a Ken".

Cuando Nadine era más joven, tenía algunos amigos. Pero esos días habían pasado. No tenía a nadie a quien llamar, ver o con quien reunirse desde que la reclutaron como Guardianes Escribanos. Le resultaba imposible mantener una relación intacta. Los demás podían planificar su vida. Sabían que tenían un mañana, una semana, un año. Tenían calendarios y podían marcar los días. Su vida estaba en el pasado.

Para ellos, ella estaba allí un día y al siguiente se había ido de sus vidas. Y siempre existía la posibilidad de que nunca regresara.

"Sin embargo, Donna es brusca. Dura. O le gustas o no. Y lo sabrás".

Nadine supuso que a Donna no le gustaría. Después de todo, Nadine dejó plantada a su amiga en el altar.

"Estudió derecho y lo ejerció en Nueva York. Aunque no se ha molestado en presentarse al examen de abogacía en Colorado, yo que usted estaría preparado para un serio interrogatorio esta noche."

Cada vez que Nadine daba un salto cualitativo, se enfrentaba a eso.

La mano de Xander rozó la suya. "¿Estás lista para decir la verdad?"

"Ya te dije la verdad, pero no me creíste".

"Me refiero a la verdad real".

Nadine se quedó mirando la enorme casa de varios pisos que tenían delante. Ken abrió la puerta principal y los vio en el camino de entrada.

"No te preocupes, puedo manejar esto".

Capítulo Once

EMBARAZADA.

Como Ken había dicho antes, *muy embarazada*.

Esa no era la única forma de describir a la mujer pelirroja y de piel bronceada que esperaba al otro lado de la puerta. Donna era preciosa. Llevaba un favorecedor jersey túnica color fauno sobre unos leggings negros. Las zapatillas marrones de felpa le llegaban casi a la rodilla. Hacía que la última etapa del embarazo pareciese chic y cómoda a la vez.

El vestíbulo de la casa de los Solas impresionó a Nadine de la misma manera, elegantemente informal. Unas vigas toscas sostenían unos techos altos e inclinados. Más allá del suelo de pizarra gris colocado en semicírculo junto a la puerta, unas anchas tablas de madera color miel oscura conducían a una escalera que se curvaba hacia el segundo piso. Un arco de madera conducía al resto de la casa.

Ken abrió la puerta de un guardarropa y Nadine vio un perchero lleno de botas y zapatos, y un surtido de abrigos en perchas.

La entrada, cálida y acogedora, transmitía una sensación de hogar y bienvenida. Pero mientras Xander la ayudaba a quitarse el abrigo, se dio cuenta de que el jurado seguía deliberando con su anfitriona, que la estaba evaluando en silencio. Nadine le entregó el ramo.

"Son preciosas". Donna le pasó las flores a su marido.

"Muchas gracias por invitarme a tu casa".

"¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad de conocer a la novia fugitiva?". Su voz tenía el atractivo acento meloso del sur de Estados Unidos, pero también había un matiz de acusación.

Nadine dejó de lado su esperanza de que esta noche no se centrara en el pasado. Sin embargo, antes de que pudiera responder, se vio envuelta en un cálido abrazo. El vientre dentro del voluminoso jersey era sólido entre ellas, y se sobresaltó al sentir una sólida patada. Nadine respiró hondo y apretó con más fuerza a la otra mujer. Las emociones brotaron de la nada y de todas partes, y luchó contra la inesperada acumulación de lágrimas en sus ojos.

"Me alegro de que hayas venido. Y, para que lo sepas, ese no era el saludo que pretendía."

"¿El abrazo o las palabras?" Nadine se burló.

"Las dos cosas", sonrió. "Por favor, no te ofendas por nada de lo que diga. Mis sentimientos están por todas partes estos días. He perdido el filtro y las palabras se me escapan".

"¿Esto es algo nuevo?" Xander se burló.

"Silencio". Donna frunció el ceño mientras seguía a Ken más allá del arco de entrada a la casa.

Cogió a Nadine por los hombros y le examinó la cara. No le daba vergüenza mirar.

"Eres más guapa de lo que imaginaba".

"Gracias.

Sus ojos se detuvieron en las mejillas húmedas. "Y más sensibles".

Nadine se secó rápidamente las lágrimas perdidas y señaló el vientre embarazado de Donna. "No recuerdo la última vez que me dieron un abrazo en grupo".

"Soy un poco impulsivo estos días".

"Y sincero en tus apreciaciones".

"Sí. Bueno, me sorprende a mí mismo con las cosas que salen de mi boca".

"Eso está perfectamente bien."

"¿Por qué, porque estoy embarazada?"

Nadine se rió. "No. Porque valoro la honestidad".

"¿En serio? Por lo que he oído, no fuiste muy sincera con Xander cuando os conocisteis".

Hablando claro. Había sido advertida. El interrogatorio iba a ser serio. "No podía ser, en ese momento."

"¿Por qué?"

"Los dos estábamos atrapados en el momento. Todo iba demasiado rápido. Me asusté".

"Sé realista, mujer. ¿Tienes miedo de Xander? El hombre es un oso de peluche".

"No tenía miedo de él. Tenía miedo de mí misma. Estaba saliendo de una relación difícil. No había forma de saltar a una nueva. Y Xander ya estaba hablando de para *siempre*".

Una ceja se arqueó y unos ojos del color del chocolate negro la miraron con tal intensidad que Nadine estaba segura de que Donna le estaba mirando el alma. Esperó la siguiente pregunta. En su lugar, recibió un veredicto.

"Lo entiendo. Puede ser intenso. Cuando decide lo que quiere, va a por ello". Tocó la manga de Nadine. "Por cierto, me encanta este jersey. ¿Dónde lo compraste?"

"En la tienda de segunda mano del centro".

La ceja se arqueó de nuevo, esta vez con sorpresa. "¿Cuál?"

"No recuerdo el nombre. Está al lado de Silver Street, si eso ayuda". Ella nombró la intersección.

"Conozco el lugar. Estuve allí la semana pasada. No vi esto, o lo habría cogido yo mismo."

"Todavía puedes tenerlo". Nadine pensó en lo pronto que se iría. "Préstame una camiseta vieja y te la doy ahora".

"Estaba bromeando sobre comprármelo. Nunca me cabría. Mira qué barriga". Se acunó la barriga como si fuera una pelota de baloncesto. "Soy del tamaño de Detroit".

"No por mucho tiempo. Y este color te quedará genial".

"No voy a coger tu jersey".

"Quiero que lo tengas". Señaló hacia la puerta. "Tengo una muda de ropa en el coche. Voy a salir y..."

Donna se agarró al brazo de Nadine. "No vas a ir a ninguna parte. Me lo prestarás cuando lo necesite. ¿Trato hecho?"

Esta noche sería la última vez que vería a los amigos de Xander, pero no tenía sentido decirlo. "Trato hecho."

Donna la condujo más allá de la escalera. "Me gustas."

"¿Y eso por qué?"

"No eres lo que esperaba. Es la franqueza, supongo".

Ahora, Nadine se sentía mal. "Tú también me gustas".

La franqueza de Donna era refrescante. En cierto modo, le recordaba a Deirdre, la mujer que había dejado atrás en 1811.

"¿Quieres el tour de veinticinco centavos por la casa?"

"Me encantaría".

"Aunque la guardería estará reservada para el tour del dólar".

Nadine sonrió y palmeó el bolsillo de sus vaqueros. "¿Vas a cobrar por adelantado?"

"No. Tu crédito es bueno conmigo. Pero primero te enseñaré el piso de abajo. Me lleva un tiempo subir".

Las dos mujeres entraron en una gran zona abierta y Donna charló mientras les señalaba las características de la casa. A la derecha, más allá de una mesa de comedor para cuatro comensales, Nadine observó una cocina con armarios de color castaño, una gran isla y encimeras de granito oscuro que ofrecían un amplio espacio de trabajo. En una pared, bajo una campana inclinada de cobre, había una cocina del tamaño de un restaurante.

Su anfitriona la condujo junto a la mesa del comedor a la sala de estar, separada por sofás y sillas. Los dos hombres estaban junto a una chimenea de piedra. Todo el espacio estaba bien iluminado. El suelo estaba cubierto de alfombras de colores con diseños nativos americanos. En un rincón, sobre una mesa, había cajas envueltas en papeles de temática infantil y decoradas con lazos y cintas. Nadine recordó que el próximo sábado se iba a celebrar allí un baby shower.

Un fuego de leña crepitaba en la chimenea, calentando la habitación. Al igual que en la casa de Xander, los grandes ventanales daban a lo que Nadine estaba segura que eran vistas de las montañas. Los muebles parecían cómodos y bien usados.

Donna se dio cuenta de que miraba los muebles. "Vivíamos en apartamentos en Nueva York. La mayor parte de lo que teníamos lo dejamos atrás. Cuando llegamos aquí, decidí comprarlo todo usado. Algunos tuvieron que ser reacabados y retapizados, y Ken y yo trabajamos juntos en varias de estas piezas."

"Me encanta. Todo tiene su propia historia".

"Exactamente". Donna sonrió y tocó la manga del jersey de Nadine. "De alguna manera, no me sorprende que lo aprecies".

Era fácil imaginar por qué Xander se sentía tan unido a sus amigos. Tenían los pies en la tierra. Su casa parecía un verdadero hogar. Y lo trataban como de la familia.

"La cena estará lista en media hora", anunció Ken, mirando el reloj. "¿Qué quieres beber, Nadine? ¿Un vaso de vino?"

"Estoy bien por ahora. Sólo agua para mí con la cena, gracias".

"Chicos, tómense algo".

"Oh, lo estaba planeando", rió Ken, dirigiéndose a la nevera.

Donna acarició el brazo de Nadine. "Ahora me cuesta sentarme, ponerme de pie o tumbarme. Necesito caminar. ¿Quieres caminar conmigo hasta la guardería?"

"Me encantaría".

Más allá de la cocina, una escalera trasera conducía al piso superior. En un rellano a mitad de camino, Donna se detuvo para recuperar el aliento. "¿A qué te dedicas, Nadine?"

"Soy consultor de bibliotecas".

"Eso es lo que Xander nos dijo... después de que ustedes dos se separaran en Las Vegas".

Nadine intentó no imaginar qué más les habría contado Xander sobre ella. Pero no pudo evitar preguntarse si sería bueno o malo.

"¿Qué hace exactamente un consultor de bibliotecas?"

Nadine conocía bien su respuesta. Antes de convertirse en Guardiana Escribana, eso era lo que hacía en realidad, aunque los detalles eran muy diferentes debido a cómo funcionaban las bibliotecas en el futuro. "Viajo de misión en misión. Sigo en movimiento, dondequiera que me

necesiten".

"¿Haciendo qué?"

"Trabajo de organización, principalmente. Los pueblos o las empresas me contratan si quieren crear una nueva biblioteca o mejorar la colección que ya tienen".

"Me encantan las bibliotecas. Soy voluntaria en la de Elkhorn. Por supuesto, sólo realizo funciones muy cualificadas... como volver a colocar los libros en la estantería. Y nada va al estante de abajo en mi turno. Las rodillas no se doblan tanto. Bueno, no si quiero volver a levantarme". Sonrió. "¿A qué te dedicas en concreto?"

"Hago todo tipo de cosas. Eso hace que el trabajo sea interesante. Pero tengo formación especial en conservación de manuscritos antiguos".

"Eso es fascinante. ¿Hablas de los libros y papeles que acaban en los museos?"

"A veces".

Subieron las escaleras. Un dormitorio de invitados. Un dormitorio principal. Miró cada habitación con interés. Un hogar así, un lugar al que pudiera volver todos los días, era un concepto extraño para ella. Nadine no pasaba suficiente tiempo en su apartamento para justificar el gasto.

"¿Adónde te llevan estos trabajos? ¿Costa Este? ¿Costa Oeste? ¿Fuera del país?"

"De donde vengan las buenas ofertas. Soy independiente. Trabajo proyecto a proyecto. Me muevo de un lado a otro. Hago un trabajo y luego paso al siguiente".

"Eso debe ser duro para las relaciones".

"Mi hogar está en la carretera. ¿Relaciones? ¿Como con Xander?" Sostuvo la mirada de Donna. "Sí, es muy difícil".

"¿Y tus padres? ¿Tu familia? ¿Les ves a menudo?"

"Mis padres ya no están. Murieron cuando yo era joven".

Al hablar con Donna, era fácil mezclar fragmentos de la verdad -partes de su pasado- con la ficción que necesitaba fabricar. Uno de los motivos por los que la organización la reclutó como Guardiana Escribana fue que no tenía familia.

¿Otra razón? Se estaba muriendo.

¿Qué haces cuando no tienes mañana? Retrocedes en el tiempo y vives en el pasado. Pero no todos en 2078 tuvieron la misma oportunidad. Sólo los criados por el Estado. Los que tenían todos los registros médicos y de ADN guardados en el sistema del gobierno. Ella había sido emparejada con el trabajo antes de que le dijeran una palabra al respecto.

"¿Qué edad tenías cuando los perdiste?" preguntó Donna.

"Doce. Murieron en un accidente de carretera". No sólo ellos, por supuesto. Y no exactamente una autopista, tal y como Donna entendía el término. Más de ochocientas personas murieron cuando el sistema de transporte automatizado funcionó mal. Fue un desastre.

"Mierda".

"Fue hace mucho tiempo", dijo Nadine.

"Perdí a mi padre cuando tenía doce años. Mi madre murió la semana que cumplí dieciséis".

"Lo siento." Nadine puso una mano en el brazo de Donna. Estaban de pie fuera de la guardería. "Eso es duro."

"Ya sabes cómo es. Tú mismo has pasado por ello".

Nadine siguió a Donna hasta la habitación del bebé. Acogedora y rústica, como el resto de la casa, con tonos de madera clara y verdes pálidos. Sobre la cuna blanca, grandes láminas enmarcadas de helechos verde claro. Junto a una de las ventanas habían colocado un cómodo sillón, y una cómoda blanca y un cambiador a juego completaban el mobiliario.

Se dio la vuelta lentamente, observándolo todo. Un bebé iba a mudarse a esta habitación en cuestión de semanas. Un ser precioso que vivía y respiraba. El mismo que la había saludado a patadas. De nuevo, otra oleada de emociones la recorrió. ¿Cómo sería ser madre? ¿Dar a luz a un niño? ¿Tenerlo en brazos, cambiarle los pañales sucios, alimentarlo y hablarle? ¿Cuidarlos mientras crecían?

Eran experiencias que nunca viviría. Ni siquiera podía soñar con ellas. Se apartó de Donna y se centró en los adornos de la pared.

"Esto es absolutamente precioso". Señaló los conejitos, los ciervos y los árboles estarcidos en la parte superior. "¿Los has hecho tú?"

"Mi marido me habría matado si me hubiera encontrado en una escalera. Ken lo hizo todo".

Nadine sonrió agradecida. "¿Sabes el sexo del bebé?"

Donna se acercó a la cuna y sacudió una manta que había en el extremo.

En una fracción de segundo, la sonrisa desapareció y el aire se volvió tenso. Nadine se preguntó si no se habría equivocado de pregunta. Observó las manos de Donna mientras volvía a doblar la manta meticulosamente y la colocaba donde la había encontrado.

"Ken y yo hemos esperado tanto y lo hemos intentado tantas veces que no queríamos saberlo".

"Sin embargo, no importa en absoluto, ¿verdad?" preguntó Nadine, en lo que esperaba fuera un tono alegre. "Puedo verte ahora mismo, sentada en esa silla, abrazando a tu bebé".

"Eso espero. O al menos ese es mi plan. Pero no tengo mucho que decir al respecto, ¿verdad?"

Nadine vio que los ojos de Donna se llenaban de lágrimas y corrió a su lado. "¿Qué ocurre?"

"Es nuestra última oportunidad. Y si algo sale mal ahora..."

Nadine imaginaba que los nervios de última hora eran independientes del tiempo y las circunstancias. "Ya casi has llegado".

"Eso es lo que me digo a mí mismo".

"Todo va a ir genial. Has llevado a este bebé sano a término. Xander pasó por el hospital donde vas a dar a luz. Está a sólo un par de kilómetros".

En la época futura de Nadine, llevar a un niño a término en el útero era algo inaudito. Con el descenso generalizado de la fertilidad, el crecimiento de la población rondaba el cero, por lo que no se permitía a nadie llegar al punto en el que Donna se encontraba ahora. Si una mujer decidía no optar por la ectogénesis completa -la gestación que tiene lugar completamente fuera del cuerpo humano desde la concepción hasta el nacimiento-, daba a luz antes de tiempo y hacía que el bebé llegara a término en las unidades de cuidados prenatales del estado.

Las lágrimas se escaparon y corrieron por el rostro de Donna.

"¡Eh!" Nadine la envolvió con sus brazos. "¿Qué pasa?"

"Todo está mal".

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir... quiero decir que no estaré para ver los primeros pasos de mi bebé. No veré el primer día de guardería. O tomar fotos antes del baile de graduación. O ir a las visitas a la universidad..." Un sonido estrangulado escapó de la garganta de Donna. Se apartó y se acercó a la ventana.

Nadine buscó asustada unos pañuelos y encontró una caja junto al cambiador. Se la llevó. "¿Quieres hablar de ello?"

"Perdí a mis dos padres a causa del cáncer. Tengo miedo porque tuve cáncer de mama cuando tenía veintiocho años. Por aquel entonces, mandé al diablo a los médicos cuando me

recomendaron las pruebas genéticas. Sabía lo que significaría si algo salía positivo". Se sonó la nariz con un pañuelo y se secó las lágrimas. "Quitarme todo. Nunca tengas hijos".

"Hiciste lo que era mejor para *ti*. Y mírate ahora. Sana. Lista para dar a luz a tu bebé".

Sacudió la cabeza. "Algo va mal ahora".

Nadine miró hacia la puerta, recordando lo alegre que era Ken en casa de Xander y abajo. No actuaba como un futuro padre aterrorizado.

"Él no lo sabe. No puedo decírselo. No ahora. No antes de que nazca el bebé".

"¿Qué es lo que no sabe?"

"Que el cáncer de mama podría estar de vuelta".

A Nadine se le cayó el corazón al estómago. Acababan de conocerse, pero la preocupación que sentía por aquella mujer era como si se conocieran desde hacía décadas. Sabía lo que se sentía cuando te rompen los sueños. No poder hacer planes para mañana.

"¿Podría ser? Entonces, ¿aún no estás seguro?"

"Mi instinto me dice que ha vuelto. Mi médico está de acuerdo". Se metió la mano bajo el brazo y tocó lo que había allí. "Mañana me harán una biopsia. Entonces lo sabremos seguro".

"¿Van a hacer una biopsia antes de que nazca el bebé?"

"Sí. Yo lo pedí. No puedo vivir con esta cosa sentada bajo mi brazo, donde la toco, la siento, pienso en ella todo el tiempo. Tengo que saberlo". Sacó más pañuelos de la caja y se secó los ojos. "Y no puedo decírselo a Ken. No en este momento. No puedo transmitirle mi preocupación. Es sólido como una roca. Pero se convierte en papilla cuando algo va mal conmigo. Uno de nosotros tiene que ser fuerte. Estar aquí para este bebé".

Nadine había sido informada de su propio destino durante una visita telemédica virtual. Se había quedado sola. Nadie que la abrazara, que la consolara. Ningún hombro sobre el que llorar.

"¿Quién va contigo si Ken no lo hace?"

Donna negó con la cabeza.

"No puedes hacer esto solo. ¿Quizás uno de tus amigos?"

"Es lo malo de ser nuevo en una zona. He conocido a bastante gente. ¿Pero amigos de verdad? ¿Gente que sabe por lo que he pasado antes de esto? ¿Quién sabe la razón por la que estoy aterrorizado? Ninguna".

"¿Quieres que te acompañe?" Nadine se oyó preguntar.

Donna levantó la mirada y vio un destello de esperanza en sus ojos marrones. "¿Harías eso por mí?"

"Por supuesto, lo haré".

Capítulo Doce

ES INCREÍBLE lo rápido que han conectado estas dos mujeres, pensó Xander mientras volvían a casa.

Antes de que terminara la cena, Nadine y Donna estaban prácticamente terminando las frases de la otra. Sonriendo en lo que parecían bromas privadas. Cada una defendía a la otra en las bromas de la mesa. Actuaban como si hubiera toda una vida de entendimiento entre ellas. Los dos parecían tan unidos como él y Ken. Y su amistad se había forjado en el fuego de más de tres décadas.

La madre de Xander diría que estos dos tenían "almas viejas".

Se alegró de ello, por supuesto. Pero lo que *no* le gustaba especialmente era que planeaban pasar el día juntos mañana. Y eso le quitaba tiempo para estar con Nadine.

Mientras entraban en su garaje, Xander le preguntó si estaba dispuesta a cambiar de planes y quedarse todo el fin de semana. Así podría asistir a la fiesta del bebé de Donna. Considerando todo lo de esta noche, pensó que tal vez ella estaría de acuerdo.

"No, tengo que ir el viernes".

Su respuesta fue brusca y decepcionante. Xander se abstuvo de preguntar por qué, ya que estaba seguro de que cualquier respuesta que ella le diera no sería satisfactoria. Sus historias eran inverosímiles y él no estaba de humor para eso.

Subieron los escalones hasta la puerta de la cocina. "¿Qué tenéis planeado para mañana?"

"Donna tiene un par de citas por la mañana. Luego, algunas compras para regalos de agradecimiento y premios de juegos para la fiesta del bebé. No sé qué más tiene programado para el resto del día".

Dentro, colgó sus abrigos.

"¿De verdad no te importa llevarme a Elkhorn por la mañana?"

"No hay ningún problema". Aprovecharía cada minuto que le quedaba con ella, y tal y como iban las cosas, ir y venir a Elkhorn parecía ser una gran parte de esos minutos.

"Pero será temprano. Me quiere en su casa a las ocho".

"Soy madrugador".

Intentó imaginar qué tipo de citas podría tener Donna tan temprano. Ken pareció sorprenderse cuando las dos mujeres anunciaron que iban a pasar el día juntas. Y no, los hombres no estaban invitados a acompañarlas.

"¿Cuándo te recojo? ¿Por la tarde? ¿Antes de cenar?"

"No tengo ni idea. ¿Puedo llamarte?"

"No tienes teléfono".

"Donna tendrá uno."

Encendió las luces de la cocina y del salón camino de la chimenea. Agachado frente a ella, apiló algunos troncos y leña. Ya eran más de las once, pero Xander esperaba que ella se quedara despierta para poder hablar un rato. La cena y la visita se habían alargado mucho más de lo que esperaba. Tenía la sensación de que habían tratado todos los temas posibles, desde historia, política y derecho hasta paternidad e incluso ingeniería. Nadine se movía con soltura en las conversaciones. Todo lo que decía demostraba su vasto conocimiento de casi todos los temas. Era inteligente, compasiva e interesante.

"Gracias por presentarme a Ken y Donna. Ahora entiendo mucho mejor tu conexión con ellos".

"Son mi familia. Son el hogar lejos de mi familia de Nueva York. Ha sido bonito ver lo bien que os lleváis Donna y tú".

"Me sorprendió lo mucho que tenemos en común".

Acercó una cerilla encendida a la leña. Cuando prendió, la miró por encima del hombro. Estaba de pie junto a la estantería, hojeando los volúmenes. Después de años de estar cerca de Ken y su esposa, se felicitó por saber mucho sobre Donna. ¿Pero Nadine? Ojalá supiera más de ella.

"¿Qué tenéis en común?"

Hubo una pausa. "Los dos somos testarudos. Solitarios. Independientes. Somos vulnerables, a nuestra manera, pero lo ocultamos bien".

Dos palabras se le quedaron grabadas. *Solitarios. Vulnerables.*

"Ambos tuvimos, bueno, infancias inestables. Ahora nos rodeamos de gente, pero no nos resulta fácil confiar en ellos. Ninguno de los dos tiene demasiados amigos de verdad".

Infancia inestable. En Las Vegas, ella le había dado algunas pistas sobre su familia. Pero ninguna de ellas había resultado útil cuando él intentó encontrarla. Al final, pensó que se lo había inventado todo.

"Le dijiste que estabas saliendo de una relación difícil cuando nos conocimos".

"¿Estabas escuchando?"

"No tuve elección. Aún estabais en el vestíbulo y me preocupaba que Donna os pusiera de nuevo en la calle".

Sonrió, sacó un libro de la estantería y lo abrazó contra su pecho.

"Sí, yo también tenía algunas preocupaciones en ese momento".

"Entonces, ¿era verdad lo del novio?"

"No, me lo he inventado".

Qué rápido había llegado a sospechar mucho de lo que ella decía. Se puso en pie y colocó la pantalla del fuego delante de los troncos. "Entonces, ¿por qué? ¿Qué era lo que te asustaba de mí?"

"¿Vamos a hablar de eso otra vez?"

¿"Otra vez"? Nunca he obtenido una respuesta directa. Entonces, sí. Y ahora es tan buen momento como cualquier otro". Se frotó la nuca, obligándose a quedarse donde estaba. No quería ir hacia ella. Acosarla. "Ayúdame, Nadine. No intento presionarte. Pero realmente me gustaría saber. ¿Fui demasiado fuerte? ¿Malinterpreté las señales? Honestamente pensé que sentías lo mismo por mí que yo por ti. ¿Fui...?"

"No fuiste tú", interrumpió ella.

"¿Entonces qué?"

"Durante tres días, perdí la cabeza. Me permití soñar. Pero entonces, volvió la realidad".

"¿Y cuál era esa realidad?"

"Que nunca podríamos ser."

"¿Y por qué fue eso?"

"Porque somos de dos épocas distintas".

¿"Costa Este", "Costa Oeste"? Sólo hay veinticuatro husos horarios en todo el mundo. Las relaciones sobreviven a eso todo el tiempo".

"Zonas horarias" no. Horarios. Yo no existo en el año 2022".

Había vuelto a su mundo de cuentos. Esperaba que ella no se diera cuenta de su incredulidad, pero lo hizo.

"Estás poniendo los ojos en blanco otra vez. Pero que sepas esto. Puedes buscar todo lo que quieras; no puedes encontrarme".

"No me das suficiente crédito. Podría encontrarte si quisiera".

Su sonrisa era amable. Confiada. "No es posible. No pudiste encontrarme hace dos años, y no podrías encontrarme ahora. Eso es porque no hay ningún registro mío que encontrar".

"Tiene que haber una explicación lógica para eso. La gente se borra de Internet todo el tiempo. ¿Es eso lo que has hecho tú? ¿Y lo que me has dicho? ¿Hay otro nombre?"

"No. Nadine Finley es mi verdadero nombre. Es por lo que voy".

No se lo creía. "Eres real. Estás delante de mí. Y eso significa que existes. De alguna manera, *tiene* que haber una forma de encontrarte".

"No puedes encontrarme, Xander, porque aún no he nacido".

"Nadine..."

"He terminado de explicar. Tendrás que creerme". Me tendió el libro que había cogido de la estantería. "¿Te importa si me lo llevo a la cama? ¿Por esta noche?"

"¿Puedes llevarte ese libro a la cama? ¿Qué te parece?"

"¿Su respuesta es sí?"

"Sí. Por supuesto, sí. ¿Recuerdas las conversaciones que tuvimos en Las Vegas?"

"Sí, quiero".

"Entonces deberías darte cuenta de que los estantes de esa librería están llenos de los libros *que* mencionaste". Señaló hacia la pared. "Esos grabados son obra de Paul Cezanne. Sólo los conseguí porque me diste lecciones sobre la época postimpresionista".

Sus ojos se abrieron de par en par al contemplar las obras enmarcadas.

"Y el estante del medio en el primer armario de la cocina. Está lleno de chocolate negro y galletas Oreo de doble relleno, aunque nunca me las como. Y siempre tengo una botella de Sauvignon Blanc en la nevera, aunque soy un bebedor de cerveza". Hizo un gesto con la mano hacia el espacio que le rodeaba. "Todo lo que hay aquí. Los muebles, las paredes, todo. ¿Recuerdas que dijiste que te gustaba la calma de los tonos tierra? ¿Y decir que te encanta ver la nieve? ¿Verla caer mientras te sientas dentro, delante de un fuego crepitante?"

"Lo recuerdo", dijo en voz baja. "Recuerdo cada conversación que tuvimos".

"Entonces debes ver que esta casa es un producto de mi tiempo contigo".

Caminó hacia él. Él no se movió.

"Ahora lo veo".

"No quería perdonarte, Nadine, pero tampoco quería olvidarte. Esos pocos días significaron mucho para mí".

Ella apretó la mano contra el pecho de él. Sólo un soplo de aire los separaba. "Aquellos días también significaron mucho para mí, Xander. Significaste... y sigues significando mucho para mí".

Así de cerca, su olor, sus ojos, sus labios lo atrajeron. Xander la besó y ella le devolvió el

beso. Sus labios se moldearon juntos, y los recuerdos volvieron. Pero el beso terminó tan rápido como empezó. Nadine dio un paso atrás.

"Me importas, Xander. Me importas mucho. Y deseo que algún día seas capaz de creerlo. Espero que seas capaz de entender que te he estado diciendo la verdad todo el tiempo. Pero probablemente nunca lo harás".

Sus ojos se humedecieron cuando sus dedos rozaron suavemente sus labios. Luego, sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo Trece

A NADINE le dijeron que la clínica a la que Donna les había llevado tenía diferentes salas de espera, dependiendo de para qué estuviera allí el paciente. Oncología, cirugía mamaria, diagnóstico por imagen, radioterapia.

Sólo le permitieron acompañar a su nueva amiga hasta la recepción principal. Poco después de que llegaran, una enfermera acompañó a Donna al interior. Eso fue hace setenta y seis minutos.

El lugar donde esperaba era un espacio amplio y luminoso con ventanales, sillas cómodas y revistas de salud. La gente entraba por la puerta desde el aparcamiento a un ritmo constante y se dirigía directamente al mostrador de cristal para registrarse. Cuando se giraban para sentarse, cada uno de ellos echaba discretas miradas alrededor de la sala a los demás que estaban esperando.

En un televisor de pared, dos personas charlaban. Pero nadie presta atención a la pantalla.

Esperar era un infierno. Nadine se sentó en una silla desde la que podía ver un reloj colocado detrás del recepcionista. Cuando no estaba saludando a los pacientes que llegaban, el joven calvo pasaba la mayor parte del tiempo tecleando en un ordenador.

El tiempo pasaba lentamente y Nadine intentaba no mirar el estante de folletos y panfletos, cada uno dedicado a un tipo diferente de cáncer. Cogió una revista que prometía mejorar la salud mediante el ejercicio y la hojeó sin perder de vista la puerta por la que había desaparecido Donna.

En su tiempo futuro, no había visitas al médico. Ni esperas en salas como ésta. Se hablaba con un especialista, pero no en persona, sino a través de un holograma transmitido. Las pruebas se hacían en unidades móviles que llegaban frente al edificio del paciente a la hora convenida. Sólo se acudía a un hospital para una intervención concreta o una enfermedad grave. Los profesionales médicos se habían dado cuenta de que la espera era un potente agente de ansiedad, frustración y desesperanza.

Nadine miró a la docena de personas que estaban sentadas en la sala de recepción. Algunos, supuso, eran amigos y familiares. Otros esperaban a ser llamados a lo que ella imaginaba como un panal de salas llenas de máquinas, mesas y abejas obreras. Casi todos los ojos se volvían al unísono hacia la puerta cada vez que aparecía un ayudante para llamar al siguiente paciente o salía alguien.

Frente a ella, una anciana muy pálida con un gorro de punto agarraba la mano del anciano que estaba a su lado. "No me encuentro bien".

Le dio una palmadita en la mano y se dirigió a la fuente de agua, volviendo al cabo de un momento con un vaso de agua en forma de cono para ella.

Salió una enfermera, atrayendo todas las miradas. Cuando llamó a "Linda", dos mujeres se levantaron al mismo tiempo. Una tercera también se acercó desde una ventana en el otro extremo de la sala de espera.

"Esto pasa cada vez que vengo aquí", le dijo la persona sentada a la derecha de Nadine. "Demasiadas Lindas viven en Elkhorn, supongo".

Nadine la miró. Probablemente sexagenaria, llevaba un turbante blanco y negro estilo flapper de los años veinte y un largo abrigo de lana. Unos ojos oscuros y despiertos observaban todo el procedimiento con interés mientras la enfermera intentaba aclarar la confusión.

"Supongo que no eres una Linda", comentó Nadine.

"No, soy Jo."

"Nadine."

"¿Primera vez aquí?"

"Sí. ¿Te diste cuenta?"

"Soy un habitual. He visto antes a casi todos los que están en esta sala. Incluso a los que no, puedo decirte por qué están aquí".

Jo había llegado mucho después que Nadine. "¿Por qué crees que estoy aquí?"

"Ayudar a un amigo. Cogerle la mano. Apoyo moral".

"¿Qué te hace pensar que no soy de la familia?"

Sonrió. "Experiencia personal y prejuicios, supongo. No siento demasiado afecto por nadie de mi familia. Así que, cuando veo a alguien como tú, con cara de genuina preocupación, me hace pensar que debes ser un buen amigo".

A Nadine ya le gustaba Jo. Y su mente se detuvo en las palabras "buena amiga". Esta mañana, cuando Xander dejó a Nadine en casa, Donna salió por la puerta principal y la abrazó. Se habían abrazado durante un largo rato, ante la evidente sorpresa de Ken y Xander.

"¿No me vas a preguntar por qué estoy aquí? ¿Si soy un habitual, quiero decir?"

"¿Está bien preguntar? No quería entrometerme".

"Por supuesto, no pasa nada. En general, me he dado cuenta de que las mujeres están dispuestas a hablar con otras mujeres. Y diría que a la mayoría de las pacientes de cáncer les gusta compartir sus historias. Quizá lo necesiten. El aislamiento también puede ser letal".

Nadine echó un segundo vistazo al turbante de Jo.

"Sí. Quimio. Tengo la cabeza rapada. Y esta es mi cuarta vez, luchando contra esto".

La quimioterapia dejó de ser un método de tratamiento en el futuro. Se utilizaban inmunoterapias individuales y terapias dirigidas con mayor precisión. Los efectos secundarios, como las náuseas y la caída del cabello, dejaron de ser un problema.

"¿Cómo estás, esta vez?"

"Físicamente, lo sabré mejor después de la cita de hoy". Una sonrisa desafiante arrugó el rostro de Jo. "Mental y emocionalmente, estoy bien. Estaré bien".

Nadine deseó poder embotellar la valentía de la mujer y transmitírsela a Donna. "¿Cómo lo haces? Tu actitud es una maravilla".

"Hace tiempo, durante mi segunda ronda con esto, algo cambió dentro de mí. Dejé de preguntarme: '¿Por qué yo?' En su lugar, pensé: '¿Por qué *no* yo? Al fin y al cabo, no soy diferente de los demás. La enfermedad y la tragedia pueden ocurrirle a cualquiera. No hay un motivo real para ello. Simplemente ocurren".

Nadine sabía que a algunas personas les tocan más cosas malas de las que les corresponden en la vida. O eso era lo que pensaban, al menos.

"Todos acabamos muriendo. Algunos antes, otros después. La vida no consiste en lo que te

pasa, sino en cómo lo afrontas", afirmó Jo, alisándose el turbante. "Y aceptar lo que te ha tocado es el primer paso para afrontar la situación".

"En tu caso, situaciones. Eres un verdadero guerrero".

"Antes dije 'lucha', pero no me gusta la terminología de batalla. Llámame *luchador*".

"Eres un verdadero luchador".

"Gracias. Pero no dejes que esta cara te engañe". Jo sonrió. "El shock inicial te pilló siempre. Pero ahora me recompongo más rápido. Después de eso, es sólo, *vale, qué puedo hacer para arreglarlo*".

La puerta de las salas de tratamiento se abrió y salió una enfermera, echando un vistazo a la carpeta que llevaba en la mano. "¿Jo?"

Al mismo tiempo, Donna salió y Nadine se levantó al verla.

Jo y Donna se detuvieron al pasar una junto a la otra en medio de la sala de espera.

"Hola, cariño. ¿Estás bien?", preguntó la mujer mayor.

"He tenido mañanas mejores".

"Ya llegarás. Y creo que oigo a este pequeño dentro de ti, gruñendo de hambre".

"Tienes razón". Donna se tocó su redonda barriga. "Los dos estamos hambrientos."

Jo desapareció por la puerta y Nadine ayudó a su amiga a ponerse el abrigo. Ya sabía que Donna no tendría resultados de inmediato, así que pensó que no tenía sentido preguntar.

"¿Cuáles son tus límites de actividad hoy?", preguntó mientras giraban hacia la puerta. "¿Esquiar es demasiado agotador? Siempre podemos hacer puenting y seguir con una cata de vinos".

"La mujer de mi corazón". Donna intentó abotonarse la parte delantera del abrigo, pero desistió. "Las raquetas de nieve y el esquí de fondo serán excelentes. ¿Y para qué molestarse con el vino? Yo digo que vayamos directamente a por los chupitos de tequila".

Salieron de la clínica y Donna se detuvo en la acera. Levantó la cara hacia el cielo y se le escaparon unas lágrimas que cayeron sobre sus mejillas.

Nadine le cogió la mano. "Escucha. Te han hecho la biopsia. Ahora, espera los resultados. Un pie delante del otro. Aprecia a ese bebé que crece dentro de ti. Y antes de que él o ella decida hacer su entrada en este loco mundo, vivamos, vivamos y vivamos. ¿Qué me dices?"

Donna sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la cara. "Sabía que eras la persona adecuada para acompañarme hoy".

Capítulo Catorce

DESPUÉS DE DEJAR a Nadine con Donna, Xander se tomó un café con Ken y condujo de vuelta a la montaña.

Según la aplicación meteorológica, hoy sería su única oportunidad de trabajar en el tejado del garaje en los próximos días. Los meteorólogos vigilaban una zona de bajas presiones procedente del noroeste del Pacífico. Las Rocosas iban a sufrir intensas nevadas antes de que la tormenta se adentrara en las Llanuras del Norte. Parecían condiciones de ventisca desde el centro de Colorado hasta Minnesota. El momento exacto aún estaba en el aire, aunque se inclinaban por el viernes.

Al oír el parte meteorológico, Xander pensó en varios escenarios.

¿Y si caía una ventisca y Nadine no podía salir? Sospechaba que había que dejarla en algún sitio. ¿Aeropuerto? ¿Estación de tren? ¿Una parada de autobús? Dijo que no llevaba la cartera encima, así que no podría alquilar un coche. Y no había dicho nada de que alguien más la recogiera.

Eso le animó un poco, pero sólo momentáneamente.

Antes, en el viaje montaña abajo hacia Elkhorn, él y Nadine no habían hablado de lo que pasaría una vez que ella se fuera. Xander no sabía si volvería a verla. Diablos, ¿acaso ella *quería* volver a verlo?

Sabía que le dolería cuando se fuera. Ya la echaba de menos. Sin embargo, no iba a presionarla para que se quedara o incluso establecer alguna manera de que pudieran conectarse de nuevo. No si ella no quería.

Había sido un libro abierto con ella. Ella, en cambio, estaba bien encerrada. Y algunas de las cosas que salían de su boca eran, francamente, una locura.

Por primera vez desde que se había mudado aquí, la casa parecía vacía y silenciosa. Se quedó mirando la taza de café de ella, enjuagada y lista, junto a la suya junto al fregadero. Las Vegas empezaron con sexo y acabaron con él perdiendo la cabeza. Esta visita... no sabía cómo describirla. El beso de anoche, ciertamente, fue más confuso que nada.

"El techo, amigo. Ponte a ello". No podía quedarse de brazos cruzados todo el día. Pensar en esto no lo llevaba a ninguna parte.

Subiéndose la cremallera del chaleco y calzándose las botas, Xander salió al garaje.

Ayer por la mañana, había trasladado el ataúd de la parte trasera de su camión a un par de tablones de madera en el suelo, junto a su banco de trabajo.

Venir a Colorado y tener un montón de tiempo libre le había despertado el interés por la carpintería. Descubrió que le gustaba la sensación de trabajar con las manos. Y tenía un buen maestro. Un ebanista semi-retirado. El tipo tenía un taller junto a las vías del tren, y se alegró por

el dinero extra. La librería, un par de mesas auxiliares y un pequeño baúl que Xander había construido estaban en la casa. Mientras trabajaban, el artesano había divagado constantemente sobre la madera y la historia de la construcción de muebles, pero a Xander no le entusiasmaban sus sermones. Él estaba allí para construir cosas.

Agachado junto al ataúd, pasó las manos por la superficie de los laterales y la tapa. Los tablones habían sido cepillados a mano y las juntas estaban bien encajadas. Había practicado ese tipo de uniones y se necesitaba mucha habilidad para hacerlo bien. No había ni un solo clavo, por lo que podía ver. Esta caja había recibido más atención al detalle que muchos de los muebles finos que se construyen hoy en día.

No sabía si Nadine se lo iba a llevar. No lo había mencionado. Ni siquiera le había echado un segundo vistazo desde que llegó. Quizá él se ofreciera a guardárselo, aunque quedaría un poco raro, un ataúd en su garaje.

Xander pensó en la gente de restauración de la sociedad histórica de Elkhorn. Quizá ellos pudieran contarle más cosas. Volvió a tocar la madera y su mente vagó hasta la afirmación de Nadine de que había venido de Inglaterra en el siglo XIX. El vestido pasado de moda. Aún colgaba en el armario de la habitación de invitados.

Independientemente de lo que dijera, la única explicación racional para todo esto era que era una actriz.

Levantó la tapa del ataúd y miró dentro.

Dos cosas en una esquina de la caja le llamaron la atención. "¿Qué es esto?"

Xander se levantó y encendió la luz de la tienda sobre su banco para ver mejor.

Ambos cabían fácilmente en la palma de su mano. Uno era un tubo de metal muy ligero de unos cinco centímetros de largo y media pulgada de diámetro. Estaño o algo así. No tenía marcas. Sin costuras. El interior del tubo estaba bloqueado en ambos extremos. Era más o menos del tamaño de un Chap Stick, pero no veía ninguna forma de abrirlo.

La golpeó contra el banco, pensando que tal vez se abriría. Pero nada. Deslizó un pequeño destornillador en un extremo y luego en el otro.

"No lo dañes", murmuró.

No sabía a quién pertenecía. ¿Era de Nadine? ¿Estaba allí antes de que ella se metiera en la caja?

Volvió a mirar dentro del ataúd, pensando que podría ser parte de algo más. No había nada más.

La segunda pieza parecía un juguete para niños. Un silbato de madera... o un instrumento musical. Alrededor de tres pulgadas de largo, una pulgada de ancho, y media pulgada de espesor. Y sólo tenía dos agujeros para los dedos. Cuando Xander lo sostuvo de nuevo a la luz, pudo ver a través de él, de punta a punta. Sin embargo, al soplar no se oía nada. Cuando lo miró de cerca, se dio cuenta de que no era madera de verdad. Era una especie de plástico duro con apariencia de madera.

Las dos piezas no pertenecían la una a la otra. De eso estaba seguro.

Xander recordó a Nadine rebuscando en su bolso en la carretera oscura y sacando su inhalador. Quizá se le cayeron entonces. Quizá ella sabía lo que eran. Tendría que preguntarle.

Los artilugios eran lo suyo. ¿Pero estos dos objetos? Sacudió la cabeza.

"Me has pillado".

Se las metió en el bolsillo del chaleco y se ató el cinturón de herramientas. El tejado le esperaba.

Capítulo Quince

"TENGO MIEDO A LAS ALTURAS".

"Apenas estaremos por encima de los árboles."

"Pequeño consuelo cuando el cable de la góndola se rompe".

La lista de miedos que Nadine había acumulado a lo largo de los años como viajera en el tiempo era larga. La tortura y las ejecuciones extremas ocupaban los primeros puestos de la lista. Ser quemada viva o ahorcada, descuartizada y ejecutada no le atraía demasiado. Las ratas y la peste bubónica tampoco estaban en la columna de los puntos a favor del pasado, junto con la barbarie de los procedimientos médicos anteriores a la anestesia. También había otras cosas.

Y luego estaba su acrofobia innata. Odiaba la sensación de ansiedad, casi de pánico, que se apoderaba de ella cada vez que estaba en el aire.

"El cable no cederá. Y en serio, estaremos como a diez metros de altura".

"Dijiste que aún no habías estado en esta trampa mortal", le recordó a Donna.

"He visto vídeos en Internet".

"Podría citarte estadísticas históricas sobre los peligros de..."

"Y las laderas están cubiertas de nieve suave y esponjosa".

"Con rocas debajo." Una caída de quince metros era una caída de quince metros. El cuerpo humano no estaba diseñado para sobrevivir a ese tipo de caída. "No llaman a esto las Rocosas por nada, ya sabes."

Donna se rió, obviamente no compartía la preocupación de Nadine.

Después de salir de la clínica, desayunaron en un pequeño y pintoresco restaurante de tortitas donde les atendió una camarera gruñona y de pelo blanco que debía de llevar trabajando allí desde los tiempos del boom de la plata. "Color local", susurró Donna.

Después de eso, los dos habían pasado el resto de la mañana deambulando por la ciudad, parando en la tienda de dólar, la panadería, la floristería, y varios otros lugares que atrajeron el interés de Donna.

En sus viajes, Nadine se enteró de que sus nuevos amigos no habían organizado para Donna el baby shower del sábado. Al parecer, la gente que había conocido desde que se mudó a Elkhorn esperaba una fiesta. Y nadie iba a echar una mano. Donna y Ken estaban haciendo el trabajo ellos mismos, con algo de ayuda de Xander.

Nadine deseaba que sus circunstancias fueran diferentes. Con gusto se habría quedado para ayudar. Pero eso era imposible. Tenía que volver a Hythe antes de que Jane Austen llegara en el autobús.

Era más de mediodía cuando terminaron los recados. Sin embargo, en lugar de volver a casa, Donna insistió en que almorzaran en un restaurante situado en la cima de una montaña de

aspecto bastante inquietante. Y al parecer, la única forma de llegar hasta allí era subir a 3.000 metros de altura en una minúscula góndola, colgada sin duda de un cable deshilachado.

"¿No podemos conducir?"

"No. La vía de servicio está cerrada al público durante el invierno, y sé que no la abrirán hasta junio". Donna le dio unas palmaditas en la rodilla. "No pasa nada. Te cogeré de la mano".

"Ahora tengo bastante hambre". Nadine señaló un restaurante por el que pasaban. "Mira ese asador. Hay muchos coches aparcados delante, así que debe de ser bueno. ¿Por qué no vamos allí?"

"Ya he comido allí. A Ken le encanta su filete. Confía en mí, a donde vamos vale la pena un pequeño caso de nerviosismo".

"Para ti es fácil decirlo".

La profesión de Nadine exigía que estuviera preparada para cualquier situación. Se había entrenado a sí misma para hacer frente a su miedo a las alturas. Al menos en su mayor parte. Exposición gradual a situaciones extremas, si era posible. Respiración profunda. Relajación meditativa. Aun así, si pudiera elegir, se mantendría alejada de las cornisas, no volaría y evitaría los ascensores de cristal de los rascacielos. No necesitaba pasar por eso. Saltar los giros del tiempo ya era bastante difícil.

No, definitivamente no estaba deseando montar en una burbuja de plástico suspendida a Dios *sabe* cuántos metros del suelo... sin importar lo que Donna viera en YouTube.

"Si este restaurante es tan bueno, ¿por qué Ken y tú no habéis ido todavía?"

"Tuvieron un cambio de propietario antes de que nos mudáramos a Colorado. Luego estuvo cerrado por Covid, e hicieron una gran reforma. El local acaba de reabrir".

"Tengo una gran idea. ¿Qué tal si vais vosotros dos? Podríais tener una cita. Muy memorable, estoy seguro".

"No tendremos tiempo antes de que nazca el bebé". Los ojos oscuros abandonaron la carretera y se encontraron con los de Nadine durante un breve segundo. El rostro estaba serio. "Es difícil no obsesionarse con la biopsia. Cada vez que suena mi teléfono, pienso que es el médico. Todo esto es alarmante y deprimente. Me vendría muy bien distraerme ahora mismo. ¿Por favor?"

¿Cómo podía negarse? Donna estaba embarazada de treinta y seis semanas y necesitaba una amiga. Y Nadine ni siquiera podía quedarse el tiempo suficiente para ayudarla con la fiesta. Y lo que era más importante, no estaría cuando su amiga recibiera los resultados de la biopsia. Almorzar con ella, a pesar de lo aterrador que sería el viaje, era lo menos que podía hacer.

"Vale. Pero más vale que la comida sea buena. Y quiero decir *realmente* buena".

Unos minutos después, Donna entró en el aparcamiento. El cable de la góndola subía por la montaña unos cien kilómetros antes de desaparecer tras una cresta. Y el aparcamiento estaba prácticamente vacío.

"No hay nadie. A lo mejor no están abiertos", sugirió Nadine esperanzada.

"Está abierto. Un folleto que recibí por correo decía que iban a hacer una 'apertura suave' del restaurante esta semana. Hay una gran cabaña que aún se está renovando, pero no estará lista para los huéspedes hasta este verano, por lo menos."

Nadine respiró hondo para aflojar el nudo que tenía en el estómago y trató de concentrarse en relajar los músculos de la espalda y los hombros, que ya tenía apretados. "De acuerdo. Hagámoslo antes de que vuelva corriendo a casa de Xander".

En una ventanilla de cristal, una chica aburrida con el pelo morado que no dejaba de mirar la barriga de Donna les dio los billetes. Eran los únicos pasajeros de una góndola construida para

cuatro, y el adolescente larguirucho y con la cara llena de granos que trabajaba como encargado le pareció alto a Nadine. Aun así, les sujetó amablemente la puerta de la góndola.

"¿Cuánto dura este viaje?", le preguntó.

Sorprendido por la pregunta, apretó la cara. "Uh. Ocho minutos. Ocho minutos. Ocho minutos".

"¿Has tenido algún accidente? ¿Averías? ¿Góndolas que saltan el cable y caen las doce millas hasta el fondo?"

Tuvo que aguantar. "Uh. No. No que yo sepa".

"¿Llevas mucho tiempo en este trabajo?"

Nadine ignoró el golpe seco de Donna.

"Sí". Asintió. "Desde el lunes."

"Muy bien. Me siento mucho más confiado. Acuéstate, Macduff."

"En realidad, es Jared". Señaló la etiqueta con su nombre.

"Gracias. Lo tendré en cuenta".

La puerta se cerró con un chasquido y Jared empujó la mecedora unos metros a lo largo de una vía hasta que llegó a un punto en el que el cable móvil se enganchó con un tirón. Y se pusieron en marcha.

Nadine volvió a concentrarse en su respiración. En realidad, la góndola no era más que una burbuja de plástico transparente con cuatro asientos enfrentados.

"¿Vas a llegar hasta arriba con los ojos cerrados?"

"Parece un buen plan". Llevaba su inhalador, pero esperaba no tener un ataque de asma en este artilugio.

"Estamos a punto de pasar una cosa de apoyo. Parece muy robusto".

"¿Una cosa de apoyo?" La góndola se tambaleó y rebotó, provocando un grito ahogado de Nadine y una risita de Donna.

"Vamos a morir... y tú te estás riendo".

"Te avisaré cuando lleguemos a la siguiente".

"Gracias. Aquí estaré". Respiró profundamente para tranquilizarse y miró a su compañera.

"¿No es este golpeteo y balanceo demasiado para el bebé?"

"Puede que sí, puede que no". Donna bajó la mirada hacia su prominente barriga. "En cualquier caso, estoy lista para entregar este bulto cuando él o ella decida que es el momento adecuado".

"Por favor, que no sea ahora, no en esta cosa".

"¿Por qué? ¿Nunca has asistido a un parto?"

"No. ¿Y tú?"

"Soy abogado. ¿Pero tan difícil puede ser? Además, he visto muchos vídeos". Hizo una mueca de dolor y se retorció ligeramente en el asiento, respirando hondo. "Pero no puedo hacerlo sola".

Algo preocupada, Nadine se obligó a mirar detrás de ellos y luego hacia la montaña. No veía los puestos de carga ni de descarga.

"No debí dejar que me convencieras. Es peligroso que estés tan lejos del hospital. ¿Estás de parto? ¿Tienes contracciones?"

Nadine se fijó en el rostro de su compañera. Una arruga divertida se formó en el rabillo del ojo. Estaban aquí arriba porque Donna necesitaba un pequeño descanso de sus tensiones actuales. Pero era Nadine la necesitada y su amiga la que distraía.

"Fingiéndolo, ¿no?"

"Sí, estoy fingiendo".

Se sentó y respiró hondo. "No llamaste a Ken para decirle que íbamos a comer aquí, ¿verdad?"

"No, no lo hice. Habría intentado disuadirme. Pero lo haré ahora". Donna buscó su móvil en el interior del bolso. Frunció el ceño. "No hay cobertura. Le llamaré cuando llegemos arriba".

La góndola rebotó y se balanceó al pasar junto a otra torre de apoyo, y Nadine se agarró al asiento. Esta vez no se quejó. Estaba con una mujer embarazada que esperaba noticias potencialmente mortales, y Nadine estaba permitiendo que su propia debilidad la controlara. No podía permitirlo.

Ahora, manteniendo los ojos abiertos, se giró de nuevo en su asiento y miró montaña abajo. Se le hizo un nudo en el estómago, pero contempló el paisaje. Era impresionante.

Donna tenía razón. La góndola se deslizaba rozando las copas de los árboles. No se atrevía a mirar hacia abajo. En lugar de eso, se concentró en la distancia, donde Elkhorn parecía una ciudad de juguete, enclavada entre dos crestas montañosas que se extendían hacia el sur. El amplio valle nevado estaba surcado por un río y, a ambos lados, los bosques de un verde intenso se extendían como un manto espinoso hasta que los árboles se adelgazaron y dieron paso a picos rocosos cubiertos de nieve. Mientras miraba, densas nubes grises se arremolinaban como una ola sobre la cima de la cresta al oeste, rodando hacia abajo y consumiendo la ladera boscosa.

Se giró en su asiento hacia el este, preguntándose si podría ver la casa de Xander. Pensó en él trabajando en su tejado. Esta noche y mañana era todo lo que les quedaba antes de que ella tuviera que irse. Él no se quejaba, pero ella se daba cuenta de que le había decepcionado que saliera hoy con Donna. Aun así, ¿no era mejor para ambos? Independientemente de cómo se sintiera, no podía permitir que una nueva intimidad se colara en su relación. Irse ya era doloroso. Eso sólo lo empeoraría.

Cuando llegaron a la estación de atraque, un empleado abrió la puerta de la góndola y ayudó a Donna a salir. Nadine la siguió.

"¿Conoces a Jared?", le preguntó al joven.

"Sí. Compartimos apartamento".

"Bueno, puedes decirle de mi parte que es un gran mentiroso. Dijo que el viaje fue de ocho minutos".

"¿Ah, sí? ¿Y?"

"Estuvimos en esa cosa durante dos horas y media, por lo menos".

"No le hagas caso", dijo Donna riendo, volviéndose hacia Nadine. "Ahora que estás de vuelta en *tierra firme*, echa un buen vistazo a esa vista".

Desde la cima, la vista era aún más asombrosa. Tenía que admitir que no se parecía a nada que hubiera visto antes. Pero también estaban muy alto y de pie en una plataforma en el borde de un abismo. La realidad era demasiado para ella, y el estómago de Nadine dio un vuelco.

Dio un paso atrás involuntario. "Casi en *tierra firme*".

"De acuerdo. Vámonos". Donna rió y enlazó su brazo con el de Nadine.

Al salir de la plataforma de la telecabina, los dos se dirigieron por un camino arado y lijado. La nieve era más profunda y el aire más frío que en la ciudad.

Como dijo Donna, no había rastro de vehículos aquí arriba, salvo unas cuantas motos de nieve aparcadas bajo un cobertizo junto al borde de un bosquecillo de abetos retorcidos y doblados por el viento de la montaña.

El restaurante era impresionante. Era una enorme estructura de troncos, también encaramada al borde de un acantilado. Una amplia terraza de madera sobresalía por encima del precipicio.

Nadine se estremeció, segura de que a la gente que disfrutaba de los asientos precarios le encantaría cenar allí en los meses más cálidos. Por suerte, esta tarde no servirían comida allí.

Las dos mujeres entraron en el restaurante, donde una entusiasta anfitriona las recibió y las condujo a una mesa junto a uno de los grandes ventanales que daban a la cubierta.

"Vuelvo enseguida. Tengo que ir al baño".

Nadine vio cómo Donna se alejaba a toda prisa.

"¿Cómo de cerca está?", preguntó la azafata.

"Treinta y seis semanas", respondió Nadine.

"¿El primero?"

"Sí."

"Mi primer bebé nació a las treinta y cinco semanas".

"Oh, genial." Nadine lanzó una mirada hacia los baños. Aunque una de las cosas de las que se arrepentía era de no haber tenido nunca un hijo, no sabía mucho sobre partos. Al menos, no sabía mucho sobre cómo lo llevaban en 2022.

"Ese niño mío me dio veinte horas de trabajo de parto antes de venir pateando y gritando a este mundo", le aseguró la anfitriona. Le entregó el menú. "Los primeros bebés se toman su tiempo".

Nadine esperaba que así fuera.

Cuando la anfitriona se alejó, Nadine observó el restaurante. El gran comedor abierto desprendía un ambiente a la vez formal e informal. Colosales vigas de madera sostenían el techo y lámparas de araña hechas con astas colgaban sobre mesas cubiertas con manteles blancos como la nieve. En una amplia chimenea crepitaba un ardiente fuego de leña.

Sólo había otras cinco personas repartidas por la sala. Nadine pudo ver una parte de una zona de bar amurallada, pero parecía haber unas cuantas personas más bebiendo allí y viendo una televisión.

Donna reapareció en un momento y se detuvo a hacer fotos del interior del restaurante.

Cuando llegó a su mesa, señaló las lámparas de araña y el estante con cuernos de alce que había sobre la chimenea. "Creo que Gastón se encargó de la decoración".

Nadine no tenía ni idea de quién era Gastón, pero sonrió de acuerdo. "¿Estás bien?"

"Creo que sí".

"Tal vez deberíamos volver abajo."

"Ya hemos llegado. Disfrutemos de nuestro almuerzo". Empezó a hacer una foto de las vistas más allá de las enormes cristaleras, pero el panorama había desaparecido. "Oh, mira. Está nevando otra vez".

Nadine cerró el menú con un chasquido y se puso en pie de un salto. "Nos vamos. No vamos a quedarnos varados aquí".

"No lo haremos. Nieva prácticamente todos los días en las Rocosas en abril. Por favor, siéntese". Sonrió, se quitó el abrigo y movió una silla para hacerse sitio. Se acomodó frente a Nadine.

"¿De verdad estás bien? Y no me digas *que creo que sí*".

"*Creo que* es lo mejor que puedo hacer, teniendo en cuenta cómo empezó esta mañana".

En realidad, Nadine se maravillaba de lo bien que Donna lo estaba llevando todo.

"¿Vas a enviarle esa foto a Ken y ponerlo celoso?"

Miró su teléfono. "Sigo sin cobertura. ¿Y tú?"

Ya habían tenido una conversación sobre esto. De camino a la consulta del médico, Nadine le dijo que no llevaba móvil. Su excusa era que no quería que su trabajo y su jefe interfirieran

cuando se tomaba un tiempo libre. "El mío está en la habitación de invitados de casa de Xander".

"Oh, sí. Me lo dijiste esta mañana. Embarazo y niebla cerebral. Es algo real. Puedo dar fe de ello".

"¿No se preocupará Ken si no le llamas o le mandas un mensaje?"

"Creo que estaría más preocupado sabiendo lo lejos que estoy de él y del hospital". Cogió el menú. "Le llamaré cuando volvamos al coche después de comer. Ahora mismo, me muero de hambre".

Capítulo Dieciséis

EL TELÉFONO de Xander sonaba como si fuera el final de un asalto y los boxeadores no dejaran de pegarse. Cuando trabajaba, los mensajes le molestaban. Muchos de ellos eran estafas. Y estos llegaban rápidamente.

Uno de estos días, tendría que idear una aplicación que castigara a los estafadores. Vaciar sus cuentas bancarias. Herirlos donde cuenta.

Se subió el cuello contra el viento frío, que parecía soplar con más fuerza.

Encaramado en el resbaladizo tejado de un garaje, con una rodilla sobre una teja, un martillo en una mano y un clavo en la otra, no tenía intención de comprobar los mensajes. Nadine no llevaba teléfono, y sus padres tenían sus rutinas. Le llamaban por FaceTime todos los sábados al mediodía, hora de la Costa Este. Compitiendo constantemente por decir algo, se cortaban las frases mientras se contaban las noticias sobre todos sus conocidos. Estaban jubilados, y como él había vendido su empresa, Xander prácticamente también lo estaba, así que no había muchas noticias. Pero aun así, era una forma de que todos se visitaran. Para ser sincero, Xander lo disfrutaba tanto como ellos.

Nunca les había hablado de Nadine. Dudaba que lo mencionara esta semana. Después de todo, ella ya se habría ido para cuando lo llamaran. Su madre aún anhelaba que Xander se casara y le diera nietos. Le alegraría saber que tenía una relación estable. ¿Contarían tres días en un año y tres días este año?

Hizo caer el martillo sobre el clavo. *No*.

Una breve pausa en el móvil y luego empezaron de nuevo las llamadas. La primera fue al buzón de voz. Cuando el teléfono volvió a sonar, empezó a preocuparse. Se metió el martillo en el cinturón, se quitó los guantes y buscó el teléfono en el bolsillo.

Debería haberlo sabido. "Ken, estoy en el techo. Más vale que sea bueno".

"¿Sabes algo de ellos?"

Xander consultó su reloj. "Son las dos y media de la tarde. ¿No esperabas en serio que ya estuvieran de vuelta?".

"Donna no contesta al teléfono".

"¿Por qué debería? Se está divirtiendo".

"Dijo que vendría después de comer".

"Tal vez no han terminado de comer."

"No he sabido nada de ella desde que se fueron, esta mañana. Normalmente me manda mensajes y me dice dónde está cada dos horas".

Esos dos estaban demasiado juntos. Xander puso los ojos en blanco. "¿Has terminado? ¿Puedo volver al trabajo ya?"

"¿Puedes mandar un mensaje o llamar a Nadine? ¿Averiguar dónde están?"

"No tiene móvil".

"¿Por qué? ¿Dónde está?"

"Nunca lleva un móvil". Eso es al menos lo que ella le había dicho.

"¿Quién no lleva un teléfono? Espera, ¿es una de esas creyentes en la conspiración del 5G?"

"Lo dudo, pero realmente no lo sé".

"¿Cómo consigue la gente hacerse con ella?"

No iba a mencionar sus historias sobre venir del futuro y viajar al pasado. "No lo sé. Se las arregla de alguna manera, supongo".

"¿Cómo te llamó esa primera noche desde el aeropuerto?"

"Debe haber usado un teléfono público".

"¿Teléfono *público*? ¿Queda alguno?"

"Mira, amigo, no tengo tiempo para cháchara", le espetó Xander. "Estoy intentando terminar este maldito tejado porque este fin de semana tengo que asistir a una fiesta para el bebé. Así que, ¿por qué no vas y trabajas en la lista que Donna te dejó para hoy? Volverán pronto".

"Vale, pero..."

"¿Pero qué?"

"¿Comprobaste el tiempo hoy?"

"Lo hice esta mañana".

"Ha cambiado desde entonces. La tormenta que avisaban para el fin de semana va a llegar antes de lo que pensaban. Aquí el viento sopla como un cabrón. Ya está nevando en la ciudad".

Xander entornó los ojos contra el viento mientras miraba el cielo hacia el oeste. Abril era el segundo mes más nevado del año en Colorado. El año pasado, tres tormentas de buen tamaño habían arrojado unos dos metros de nieve. Sin embargo, el tiempo en la montaña cambiaba con rapidez y los días siguientes solían estar entre los 60 y los 70 grados, por lo que la nieve no duraba. Sólo una de esas nevadas de abril del año pasado fue calificada de ventisca.

Con Ken aún al teléfono, comprobó la previsión. Y una mierda. Habían mejorado la tormenta, y la llamaban un potencial "ciclón bomba". Nieve fuerte y vientos de más de ochenta kilómetros por hora.

"Mierda".

"¿Ahora ves por qué estoy preocupado?"

"Ya lo veo". Xander frunció el ceño. Supuso que Donna tenía sus lugares habituales para ir de compras y salir a comer. Pero estando tan avanzada en su embarazo como estaba, estaría al tanto del tiempo y del estado de las carreteras. "Escucha, si está nevando en la ciudad, Donna probablemente ya esté conduciendo a casa".

"Puede ser. Pero no sé por qué no contesta su maldito teléfono".

"Deja de quejarte. Probablemente esté subiendo por tu entrada ahora mismo".

"Eso espero".

¡Maldita sea! Si esta tormenta se convertía en algo serio, no quería que Nadine se quedara atrapada en casa de Ken. Esta era su última noche en Elkhorn.

"¿Me llamarás cuando sepas de ellos? ¿O cuando aparezcan?"

"Si no llegan a casa en media hora, saldré a buscarlos".

Xander volvió a consultar el radar de su teléfono. Se suponía que las bandas de nieve más intensas llegarían a Elkhorn en dos o tres horas. Pero mientras lo miraba, la predicción volvió a cambiar. Las bandas azul oscuro se hicieron mucho más anchas. Les esperaba una gran nevada.

"Te llamaré en una hora. Sepas o no de ellos en ese momento, conduciré hasta tu casa."

Diablos, probablemente estarán sentados en tu cocina para entonces".

Eso esperaba, al menos, mientras miraba el cielo gris acero a través del valle.

Capítulo Diecisiete

LA COMIDA italiana como Nadine nunca la había probado.

"Esta comida es increíble", exclama mientras esperan a que llegue el *segundo plato*. Donna y ella ya habían pasado la última hora disfrutando del *antipasto* y los *primeros platos*.

La bandeja de *antipasto* había sido una comida en sí misma. Bocados de quesos variados, ahumados, embutidos, aceitunas, sardinas, verduras frescas y en escabeche, pimientos, champiñones rellenos y ternera estofada fría. El *primer plato* consistió en una selección de risotto, ñoquis, sopa, lasaña, pasta y un delicioso caldo.

No podía creer que su amiga hubiera insistido en pedir también un plato principal. Donna le explicó que aunque tuviera que forzar hasta el último bocado, lo haría. Lo más probable era que aquel almuerzo fuera la última comida elaborada que tendría antes de que empezaran los caóticos días de la maternidad.

El menú era italiano y tenía cuatro páginas. Nadine le había echado un vistazo y le había pedido a Donna que pidiera por las dos mientras ella se escapaba al baño.

Sus trabajos no la habían llevado a esta década demasiado a menudo, y la única comida italiana que conocía era la pizza, los espaguetis y la lasaña. No tenía ni idea de qué pedir y no quería llamar la atención sobre esa laguna en sus conocimientos.

En 2078, el año del que procedía, salir a comer no era una experiencia como ésta. Los comensales rara vez veían a humanos preparando y sirviendo la comida. Los monitores personales de nutrientes que llevaban los comensales controlaban y personalizaban su pedido en función de sus necesidades dietéticas, restricciones y presupuesto. Para Nadine y otras personas de su época, salir a comer no era la sobrecarga de placer sensorial que ofrecía esta experiencia.

La camarera les explicó los platos del *segundo plato* (ñoquis con calamares y cresta de gallo a la boloñesa) mientras los colocaba en la mesa. También les trajeron dos platos más pequeños cuando Donna mencionó que iban a compartir la comida.

"¿Qué te parece?" preguntó Donna cuando la joven se alejó. "¿Buenas elecciones?"

"Ambos son una primicia para mí". Nadine se quedó mirando cada plato. "Pero no creo que debas comer los calamares".

"¿Por qué?"

"Estas criaturas se alimentan en el fondo y viven en aguas muy contaminadas. Puedo dar una conferencia de media hora sobre los peligros y efectos secundarios del calamar como alimento. De hecho, todos los peces tienen sus peligros". Se quedó mirando los tentáculos arrugados en el plato. "Ahora que lo pienso, voy a *insistir en que te mantengas alejado de los calamares*. Nada de compartir. Puedes comerte la Cresta de Gallo".

"Quiero al menos probarlo".

Mientras Donna alcanzaba, Nadine cogió el plato y lo puso delante de sí, fuera de su alcance.

"No puedes tenerlo mientras estás embarazada. Debes haber sido advertida, ¿no?"

"Muy bien, Sra. Bibliotecaria de Referencia. Argumente su caso. Por qué es malo para mí".

Desde la noche anterior, durante la cena, poner a prueba los conocimientos de Nadine había resultado ser una fuente de entretenimiento para Donna. La interrogaba constantemente sobre conocimientos aleatorios sobre temas oscuros.

"¿En serio?"

"De verdad".

"Bien. Aquí va. La contaminación bacteriana y los productos químicos tóxicos del pescado pueden provocar cáncer y degeneración cerebral y pérdida de memoria, daños hepáticos, trastornos del sistema nervioso, daños fetales, dioxinas e intoxicación alimentaria. Podrías ingerir sustancias radiactivas como estroncio 90 y otros contaminantes peligrosos, además de cadmio, mercurio, plomo, cromo y arsénico". Señaló el vientre redondo de Donna. "Este único plato podría causar daños renales en tu bebé, así como perjudicar su desarrollo mental. Los altos niveles de mercurio pueden provocar Alzheimer, Parkinson y autismo. ¿Quieres que siga?"

Donna se sentó. "Acabo de perder el apetito."

"Bien. Pueden empaquetar ambos platos, y puedes llevárselos a casa a tu hambriento marido".

Nadine miró a su alrededor. Eran los únicos que quedaban en el comedor. Y no había ni rastro de la camarera ni de la anfitriona que los había sentado.

Al otro lado del restaurante, Nadine pudo ver al camarero, a algunos clientes y a un par de empleados de la cocina mirando una pantalla de televisión detrás de la barra. No podía ver toda la pantalla desde donde estaba sentada, pero parecía que había un mapa meteorológico con predicciones de nevadas. Esperaba que lo que estuvieran viendo no fuera el tiempo local.

Donna irrumpió en sus pensamientos "¿Eres buena cocinera?"

Nadine dirigió su atención a su compañera. "Me gustaría serlo, pero no paso suficiente tiempo en un lugar para perfeccionar mis habilidades".

"¿A dónde vas a partir de aquí? ¿Cuándo te vas mañana?"

Podría ser honesta al respecto. "Inglaterra".

Donna arqueó las cejas, sorprendida. "¿En qué parte de Inglaterra?"

"Hythe, un pueblecito de la costa sur de Kent".

"¿Has estado allí antes?"

"Sí."

"¿Cuándo?"

"La semana pasada".

"Así que vas a volver."

"Tengo que hacerlo. Mi trabajo allí no había terminado".

Nadine volvió a mirar por encima del hombro, esperando ver a alguien trabajando en el comedor. No había nadie. Podía levantarse e intentar encontrar a su camarero. Esta mañana, Xander le había prestado algo de dinero. La verdad era que él había insistido en darle el dinero. Tenía suficiente para pagar el almuerzo. Y *prestado* era inexacto, considerando que no tendría oportunidad de devolvérselo.

"¿Eran unas vacaciones, venir a Colorado?"

"Eso parece, desde que me trajiste aquí". Una fuerte ráfaga de viento azotó la ventana de cristal con nieve. El tiempo empeoraba rápidamente. "¿Qué tal si voy a buscar a nuestro servidor?"

"Aquí está." Donna hizo un gesto en el aire, pidiendo la cuenta.

La joven asintió y desapareció en la zona del bar.

"Por favor, déjame pagarlo".

"Definitivamente no. Me has hecho un gran favor viniendo hoy. Eres mi invitado. Pero gracias por ofrecerte".

La etiqueta de si debía seguir insistiendo en pagar o no era otra cosa sobre la que tenía que reflexionar. En el futuro, uno no recibía una cuenta después de comer. No había colas para pagar la compra, ni la ropa, ni nada. Los sistemas de vigilancia controlaban lo que se compraba, lo que se comía e incluso lo que se intentaba robar. Todo se cargaba automáticamente en la cuenta bancaria de la persona.

Donna fruncía el ceño perpleja.

"¿Qué pasa?" preguntó Nadine.

"Supongo que... es que nunca me había encontrado con alguien como tú. Eres única, Nadine. Diferente".

"Gracias. Lo tomaré como un cumplido".

"Sí, deberías. Desde luego". Donna tomó un sorbo de su agua, pero sus ojos permanecieron fijos en Nadine. "Hablamos de esto anoche. No me resulta fácil confiar en la gente. Aquí no tengo amigos de verdad. Pero tú... de alguna manera has entrado en mi círculo de confianza. Me siento cómoda contigo, y sólo nos conocemos desde hace menos de veinticuatro horas".

"¿Es algo malo?"

"No. No lo es en absoluto. Es decir, si pudiera entenderte un poco mejor".

"Pensaba que sí. Somos muy parecidos. Por eso nos llevamos bien".

"Te entiendo aquí". Donna señaló su propio corazón. "Eres extremadamente inteligente y tienes una memoria increíble. Pero me cuesta un poco atar cabos sobre quién *dices* que eres".

Nadine miró la nieve que soplabla y se preguntó por qué la camarera tardaba tanto en traer la cuenta. No quería entrar en esa conversación.

"Para ser sincera", continuó Donna, "no creo lo que dices sobre lo que haces. Y los pocos detalles que has compartido sobre tu vida y dónde has estado -sobre cómo no tienes base, ni hogar ni familia, cómo estás siempre de un lado para otro- no me cuadran. Por ejemplo, no sé...".

"Mi vida no es normal", dice. "Mi trabajo me impide establecerme en un lugar. No tengo rutinas ni estabilidad como la mayoría de la gente".

"Quizá sea cierto cuando acabas de salir de la universidad. Y estoy seguro de que hay personas mayores que encajan en esa descripción. Pero hay algo más en ti. Lo presiento. No eres quien dices ser. Lo que has compartido sobre tu vida es superficial. Suena como si lo hubieras escrito. Sólo me has dejado ver esto... esta fachada de lo que eres".

Antes de que Nadine pudiera decir nada más en su defensa, Donna siguió adelante.

"Sabes cosas. Eres una enciclopedia andante. Eres muy culto. Es como si hubiera un chip de ordenador en tu cerebro que puede escupir hechos".

"Va con el trabajo que hago".

"Pero falta algo. Algo sobre la vida cotidiana en el aquí y ahora".

"No sé a qué te refieres".

Nadine lo sabía, por supuesto. No había estado preparada para presentarse en 2022 y enfrentarse a este tipo de interacción con la gente. Hace un par de años, ella tenía algunos conocimientos que eran relevantes en ese momento. Pero se suponía que el trabajo en Lake Tahoe sólo le llevaría menos de un día. Después, sólo tenía que pasar desapercibida hasta que pudiera dar el salto cuántico al futuro. Aterrizar por error en Las Vegas le había proporcionado

tres días inolvidables en una habitación de hotel con Xander, pero no había necesitado saber mucho de la actualidad.

"Espera, ¿es el abogado que hay en ti el que hace estas preguntas ahora?"

"Tal vez sea así. Nuestras elecciones laborales y nuestras personalidades están conectadas. Nunca podemos separar las dos, ¿verdad?"

"Si tenemos suerte. Si tenemos esa opción".

Donna se inclinó hacia ella, el rostro serio, la mirada directa. "¿Estás diciendo que *no* elegiste tu profesión?"

No, no lo hizo. No tenía opción, en realidad.

O aceptaba la oferta del gobierno o moría. No había cura para su enfermedad, así que no podía *rechazar* la oferta. Viajar al pasado detuvo la progresión de la enfermedad. Así que tuvo que retroceder en el tiempo. Una y otra vez. Por supuesto, al hacerlo, tuvo la oportunidad de conocer gente sobre la que sólo había leído. Y podía vivir.

"Mi trabajo *sí* encaja con mi personalidad. Me importa de dónde venimos, cómo vivíamos y qué pensábamos. La historia social. Las lenguas. Las diferentes versiones de la historia, dependiendo de quién la registrara. Por eso es tan importante que la conservemos. Me apasiona la palabra escrita. No debemos olvidar ni perder nada de ella. Eso es lo que hago".

"Ahora oigo hablar al investigador. ¿Qué pasa con tu verdadero yo?"

"¿Qué quieres decir?"

"*Música pop... Potables potentes... Deportes... Comida y bebida... Lazos comunes... Frutas y verduras*".

Nadine miró confusa a la otra mujer. "¿Me estás preguntando mis preferencias con estas cosas?"

"¿Ves la televisión, Nadine?"

"Realmente no tengo mucho tiempo para ello".

"Y con todo lo que viajas, probablemente no tengas televisor".

"En realidad, no".

"¿Y nunca has oído hablar de *Jeopardy*?"

"¿Supongo que es un programa de televisión?"

Donna se burló. "¿Lees los periódicos?"

"¿Alguien lo hace?"

"Probablemente no. Dime de dónde sacas las noticias de entretenimiento. O cualquier noticia, para el caso".

"Internet. No soy ludita". Nadine se estaba tirando un farol, pero pisaba hielo fino. Si le preguntaba por los escritores más destacados de esta década, los que habían sobrevivido al paso del tiempo, podía hablar en profundidad de su obra. Pero sus conocimientos de cine, política o cualquier otra cosa eran escasos.

Y Donna estaba llamando a su farol. "¿Quién está en los titulares ahora?"

Se encogió de hombros. "La verdad es que no lo sé. No he estado siguiendo las noticias... cielos, no sé desde cuándo".

"¿Y la música? ¿La escuchas?"

"Por supuesto".

"¿Tu grupo favorito?"

"Los Beatles".

"No cuentan. Nombra una banda actual que escuches. O el artista que tocó en el descanso de la Superbowl este año. O de los últimos *cinco* años".

La mente de Nadine se apresuró a pensar en un grupo que fuera relevante para esta época, pero se quedó en blanco. "¿Importa a quién escucho?"

"Normalmente, no. Pero a mí sí porque intento demostrar algo".

"¿Cuál es?"

"De eso *ahora* no sabes nada".

"Mira, sólo porque he estado enterrado en mi trabajo, no puedes decir..."

"¿Qué es esto?" interrumpió Donna. Sacó un trozo de papel y un bolígrafo de su bolso y dibujó en él una marca grande y redondeada. "¿Lo sabes?"

"Es una marca de verificación".

"¿Y si está en tu ropa... o en tus zapatos? ¿A qué se refiere?"

Marcas registradas. Donna la estaba examinando sobre marcas registradas. Mierda. Mierda. Mierda.

"Vale, ¿qué te parece esto?" Dibujó una diana en el papel. "Y es roja. Y tú compras ahí".

"No soy mucho de ir de compras. Ya me oíste ayer. Prefiero comprar en tiendas de segunda mano que comprar cosas nuevas".

Sacudiendo la cabeza ante la respuesta de Nadine, Donna dibujó una sonrisa -o quizá fue una mueca- en el papel. "¿Y esto? Está en el lateral de todos los camiones de Estados Unidos".

"¿Una sonrisa?"

Donna se inclinó hacia delante, golpeando la mesa con el bolígrafo. Sus ojos se clavaron en los de Nadine. "¿Quién eres? Quiero decir, ¿quién eres *realmente*? O quizá debería preguntar, ¿de dónde vienes?".

Maldita sea. Las paredes se estaban cerrando.

Por suerte, en ese preciso momento, la camarera cruzó apresuradamente el comedor.

"¿Puede empaquetarnos estas cenas?" preguntó Nadine rápidamente antes de que el camarero llegara a la mesa.

"Sí, por supuesto. Pero lo siento mucho, señoras", respondió, colocando una carpeta de cuero sobre la mesa entre ellas. "El gerente me ha pedido que les diga que la góndola ha cerrado".

Si Nadine buscaba una distracción, este anuncio lo consiguió. Ambos miraron incrédulos a la joven.

"¿Qué quieres decir con *apagar*?" soltó Donna.

La camarera hizo un gesto hacia la ventana. Nevaba con tanta fuerza y el viento soplaba tan ferozmente que empezaba a parecer que había caído la noche.

"Esto no es lo que esperaban", dijo disculpándose. "Pero el viento ya es demasiado fuerte para hacer funcionar la góndola. Es una ventisca en toda regla. Y dicen que podría seguir así toda la noche".

"¿Toda la noche?" preguntó Nadine, incapaz de evitar la nota de consternación en su voz.

El camarero asintió. "Estamos todos atrapados aquí, me temo."

Capítulo Dieciocho

EL PRONÓSTICO y la llamada de Ken preocuparon a Xander lo suficiente como para guardar la escalera y sus herramientas. Metió algunas cosas para él y Nadine en una bolsa de viaje -por si acaso- y se puso en camino.

Cualesquiera que fueran las predicciones de nieve anteriores, los meteorólogos habían mejorado aún más la tormenta. Ahora pronosticaban entre cinco y diez centímetros *por hora* en Elkhorn, con nevadas más intensas en las estribaciones, que irían en aumento a medida que avanzara la tarde. Los totales parecían asombrosos.

Su plan era bajar a casa de Ken y Donna, ya que era allí donde se dirigiría Nadine. Volver a su casa esta noche probablemente sería un reto. No importaba. Sus amigos tenían sitio de sobra para pasar la noche.

Antes de salir de casa, volvió a llamar a Ken. Aún no sabía nada de su mujer. Ni mensajes ni llamadas. También se había registrado en algunas de las paradas habituales de Donna. Y nada.

Xander apenas había sacado su camioneta del garaje cuando empezó a nevar. El viento también soplaba con fuerza, lo que le obligó a tomarse su tiempo.

La camioneta se arrastraba prácticamente por la traicionera carretera de montaña. La nieve que caía a gran velocidad le había alcanzado mucho antes que el último parte meteorológico. Y las máquinas quitanieves sólo llegaban hasta aquí después de que las carreteras principales estuvieran despejadas.

"Bueno, Nadine", dijo en voz alta al pasar por el lugar donde la había encontrado hacía dos noches. "Tal vez esta tormenta cambie tus planes".

Un nuevo montón de rocas, tierra y nieve se había desprendido desde esta mañana. Ahora estaba invadiendo la calzada.

Se le ocurrió que no tenía ni idea de cómo pensaba irse. Ella le había dicho esta mañana que no tenía dinero ni tarjetas de crédito. Diablos, ni siquiera sabía si ella podía conducir.

Pensó en las dos mujeres solas en medio de la tormenta. Donna era conductora urbana y siempre había manifestado su aversión al mal tiempo. Además, estaba embarazada de treinta y seis semanas. Dondequiera que estuvieran, esperaba que llamara a Ken para que las recogiera.

Xander estaba a medio camino de la montaña cuando sonó su teléfono. No reconoció el número, pero aun así se apresuró a contestar.

"Hola".

Su alivio al oír la voz de Nadine fue inmenso.

"¿Te has enterado de la tormenta? Ya la están llamando ventisca. ¿Dónde estás? Iré a buscarte".

"Creo que sería un poco difícil", dijo. "De hecho, diría que ahora mismo es imposible. Es la

tormenta".

Había gente hablando de fondo y reconoció a Donna como una de ellas.

"Estamos todos en medio. Pero, ¿dónde estás exactamente?"

"Díselo", gritó Donna de fondo. "Nadine, dile que lo haga por mí."

"¿Hacer qué por ella? ¿Estáis los dos en peligro? ¿Estáis varados en algún sitio? ¿Qué pasa?" Sintió que se le disparaba la tensión.

"Xander, escúchame", dijo Nadine con calma. "Déjame decirte lo que quiere para que pueda tranquilizarla".

Pedazos de conversación de Donna llegaron a través de la línea. Ella seguía tratando de interrumpir.

"Quiere que... Donna quiere que conduzcas hasta su casa y te quedes con Ken y te asegures de que no hace nada estúpido".

Ahora sí que se estaba preocupando. "¿Qué se considera estúpido?"

Donna se puso al teléfono. "¿Xander? ¿Dónde estás?"

"Media hora, tal vez una hora de distancia de su casa. Las carreteras son un desastre. ¿Dónde estás?"

"Valley algo". Oh... Valley View. No, eso no está bien. Ese era el antiguo nombre. Tengo un bloqueo mental". Ahora Nadine era la que hablaba de fondo. "Así es. El Eagle's Nest Lodge. El restaurante en la parte superior de la pista de la góndola. Lo han estado renovando".

Tardó un segundo en registrar su posición. Miró hacia el oeste, pero apenas podía ver más allá del borde de la carretera. Xander apretó el volante con las manos mientras la camioneta derrapaba. Se dirigió hacia él y sorteó la pronunciada curva.

Esa cabaña estaba tres mil pies más arriba que él. Por muy mal que estuvieran la nieve y el viento aquí, tenían que estar mucho peor donde estaban ellos.

"¿Qué haces ahí? ¿Has conducido? La vía de servicio... ¿está abierta? ¿Sabe Ken dónde estás?"

"Almuerzo... no... no... sí."

Deja que Donna le responda en clave.

"¿Estás diciendo que no hay manera de llegar a ti?"

"Sí. ¡Exactamente! La góndola está cerrada. La carretera está cerrada. Estamos varados, y no sabemos por cuánto tiempo. *Varados.*"

Donna sonaba más asustada de lo que nunca la había oído antes. Y él la había visto en algunas situaciones bastante estresantes. Era la reina de la calma... normalmente.

"Xander, te lo suplico", dijo apresurada. "Por favor, ve con Ken. Quédate con él. Enciérralo en la casa hasta que pase la tormenta. Cuando vuelvan a poner en marcha la góndola, bajaremos. Casi se vuelve loco cuando le dije que habíamos subido a comer y nos habíamos quedado atascados. Amenazaba con subir en coche, aunque la carretera esté cerrada".

Conociendo a Ken, un futuro padre nervioso, Xander no se lo pensaría dos veces. Pero estaría arriesgando su vida al hacerlo. Las tormentas en las Rocosas eran mortales. Probablemente lo encontrarían en unas semanas en el fondo de un desfiladero, congelado.

"Le dije que aquí estamos a salvo. El albergue nos ha ofrecido una habitación, aunque aún no está listo. Están buscando un lugar para todos los que se han quedado varados aquí".

"¿Le dijiste eso?"

"Sí, pero tú le conoces. No me estaba oyendo. Por favor, Xander. No puedo dejar que se vuelva loco ahora. Tenemos un bebé en camino. Lo necesito. Tú lo entiendes. ¿Verdad?"

"Lo entiendo. Lo entiendo".

Ken era ferozmente protector cuando se trataba de Donna. Sería lo mismo con este bebé.

"¿Impedirás que se vuelva estúpido conmigo?"

"Lo detendré", prometió. "¿Pero estás bien? ¿Te sientes bien?"

"Estoy bien."

"De acuerdo. Pon a Nadine en la línea."

Hubo un intercambio amortiguado por la mano de Donna sobre el teléfono. Finalmente, Nadine entró.

"¿De verdad está bien?"

"Está preocupada por Ken". Nadine bajó la voz. "Por lo que oí de su conversación, no fue agradable."

"Supongo que no fue idea tuya subir a comer, teniendo en cuenta tu afición a las alturas".

"No, no lo era", se rió entre dientes. "Te acuerdas".

Lo recordaba todo, cada palabra, cada minuto de su tiempo juntos.

"Me retorció el brazo. Me hizo sentir culpable. Protesté hasta el final. Pero no pude rechazarla".

¿Por qué no podía quedarse en su casa durante la tormenta?

"No sabía que esos métodos funcionaban contigo. La próxima vez, me esforzaré más".

"Tal vez... tal vez deberías".

Su tono provocó una sacudida en su espíritu. No quería tener esperanzas, pero no pudo evitarlo. Tal vez mañana no era el final del camino.

La voz de Donna de fondo volvió a sonar fuerte.

"¿Es un buen número para llamarte?" Preguntó Xander. "¿Hay servicio celular allá arriba?"

"Estamos usando el teléfono fijo del restaurante. Sólo tienen una línea. Todavía faltan un par de meses para que abran. El gerente dijo que la torre celular que tenían aquí se cayó durante la tormenta de hielo de la semana pasada".

"Entonces, ¿no hay teléfono en la habitación donde os van a meter?"

"No lo sé. Pero aún no lo hemos visto. Al menos, tenemos una cama para dormir. Eso es seguro". Intercambió unas palabras ahogadas con Donna. "Sí, ahora mismo nos llevan a la habitación".

"¿Me llamarás cuando te hayas instalado?"

"Lo intentaré. ¿Pero qué pasa con Ken? ¿Puedes evitar que se mate, tratando de subir aquí?"

"No os preocupéis. Cuídense. Le llevaré de la mano hasta que pase la tormenta".

Capítulo Diecinueve

EL ÚNICO TELÉFONO conectado con el mundo exterior estaba en la oficina del restaurante, junto al bar, y Nadine y Donna pidieron que les dejaran la habitación más cercana disponible.

La suite que les ofrecieron constaba de dos habitaciones y un cuarto de baño que habían utilizado los jefes de obra. En una habitación, dos camas individuales, paneles oscuros y moqueta. En la otra, un sofá, un par de sillas plegables junto a una pequeña mesa, un televisor en la pared y una pequeña cocina con frigorífico, placa de cocina portátil, microondas y una maltrecha cafetera.

Por el olor a humedad, Nadine supuso que hacía tiempo que no se utilizaba este alojamiento. Los mendigos no podían elegir, pero tuvo la sensación de que algunos de los otros empleados y clientes del restaurante que se habían quedado tirados estaban optando por las sillas del comedor.

La tormenta y su situación habían desviado a Donna lo suficiente como para que no hubiera más de la discusión anterior que habían tenido en el restaurante. Nadine se sintió aliviada. Su único deseo en aquel momento era llevar a su nueva amiga sana y salva junto a su marido y volver a 1811 antes de que fuera demasiado tarde.

No tenían equipaje. Ni muda de ropa. Ni artículos de aseo. Dejando sus abrigo y bolsos de invierno en la habitación, Nadine y Donna volvieron al restaurante.

Casi todos los que quedaban estaban pegados al televisor del bar. Otros pocos estaban junto a las ventanas, observando la nieve azotada por el viento. Ella y Donna estaban en este último grupo. No había señales de que la tormenta amainara. Volvieron a llamar a Ken hacia las ocho. Xander estaba con él y Donna se sintió aliviada al saber que pensaba pasar la noche en Elkhorn.

Nadine sólo pudo intercambiar unas palabras con Xander, ya que había una cola de gente esperando para usar el teléfono.

De vuelta en su habitación, Donna se fue inmediatamente a la cama. Después de dar algunas vueltas en la cama, Nadine se quedó dormida, escuchando el ruido de la nieve contra la ventana y el zumbido de un generador.

El aullido de la tormenta parecía intensificarse, en todo caso, y Nadine se encontraba constantemente sobresaltada por algún estruendo o golpe en el exterior. Mirar por la ventana no ayudaba. Lo único que veía eran las sombras de los edificios y los árboles que se doblaban por la fuerza del viento.

Donna también estaba inquieta, pero no mostraba ningún interés por lo que ocurría fuera. Iba y venía constantemente al baño. En uno de sus viajes, vio a Nadine junto a la ventana.

"Siento haberte desvelado", dijo mientras bajaba a la cama. "He leído que la vejiga es uno de los órganos más vulnerables durante el embarazo. Esta noche voy a ponerla a prueba al máximo".

"No me mantienes despierto. Es este tiempo". Nadine sacó dos mantas del armario y las puso a los pies de sus camas. La habitación estaba fría. La calefacción no estaba a la altura de la gélida temperatura del exterior. "¿Te traigo algo? ¿Hacer algo?"

"No, vete a la cama. Uno de nosotros debería dormir un poco. Vamos a necesitarlo".

Nadine no sabía qué significaba aquello, pero se metió en la cama. Cuando se despertó, la cama de Donna estaba vacía. La puerta del baño estaba abierta, pero la luz estaba apagada. Los destellos de colores del salón le indicaron que la televisión estaba encendida.

Consultó el reloj de cabecera. 5:40. La tormenta seguía siendo feroz, sacudiendo las ventanas y golpeando las paredes.

Se acercó a la ventana y miró con incredulidad. La nieve seguía cayendo con fuerza y el viento parecía estar creando una enorme corriente contra el edificio. La ventana estaba medio tapada. Fuera, el amanecer intentaba inútilmente iluminar el paisaje. No podía ver más que unos metros más allá del cristal. Los demás edificios, los árboles y lo poco que se podía ver antes habían desaparecido, tapados por la nieve. Nunca había visto unas condiciones meteorológicas así.

Se echó una manta a los hombros y fue a ver cómo estaba su amiga.

Se le revolió el estómago al ver lo que veía. En la cocina, Donna se apoyaba pesadamente en la encimera, agarrándola con ambas manos. Tenía la cabeza gacha. Lanzaba gemidos cortos y se esforzaba por recuperar el aliento.

Nadine sabía lo suficiente para reconocer lo que estaba pasando. El bebé venía en camino.

Ella se apresuró a su lado. "Oye, ¿estás bien?"

Pasaron horas antes de que Nadine pudiera responder.

"De acuerdo. Vale". Donna se enderezó. "Escribe la hora. Aquí, en este pedazo de papel."

Nadine se quedó mirando la hoja que tenía media docena de veces garabateadas. "Estás de parto".

"Escribe la hora".

Miró el reloj del microondas y anotó la hora.

"¿Cuánto hace de la última?" preguntó Donna, sujetándose la barriga con una mano y agarrándose al mostrador con la otra.

"Veinticuatro minutos".

"Esa es buena. ¿Y el anterior?"

"Siete".

"¿Y antes de eso?"

Nadine hizo un cálculo rápido en su cabeza. "Veintinueve minutos".

"Las contracciones son irregulares. Y muy separadas. Por lo tanto, no hay razón para el pánico. Tenemos... tenemos mucho tiempo".

"¿Qué es mucho?"

"Días, tal vez".

Nadine no se lo creía. La había visto doblada hace sólo un minuto. "Me voy al restaurante. Llamaré a tu casa".

"No." La mano de Donna agarró su brazo. "No llames a Ken."

"¿Por qué?"

"¿Has mirado fuera? Se matará intentando subir aquí".

"Es tu marido. Debería saberlo".

Las lágrimas corrieron por las mejillas sonrojadas de Donna. "Nunca me lo perdonaré si le pasa algo. Este bebé no puede perdernos a los dos".

"Él... o ella... no va a perder a ninguno de los dos. Dale crédito a Ken para que haga lo correcto", dijo Nadine con calma, frotando la espalda de Donna. "He mirado fuera. No hay forma de que pueda subir aquí. No creo que esté tan loco como para intentarlo".

"Quizá tengas razón". Hizo una mueca de dolor y soltó el brazo de Nadine.

"Pero tiene que haber otras formas, además de la carretera y la góndola. ¿No hay algún tipo de servicio de emergencia para una situación como ésta? Tiene que haber una forma de traer un médico hasta aquí".

"Los helicópteros de rescate no vuelan en ventiscas".

"¿Y los jetpacks?"

Donna se quedó mirando y luego se rió. "Vale, Flash Gordon".

La mente de Nadine se agitó tratando de recordar en qué año se aprobaron las mochilas propulsoras individuales para los rescates. Estaba bastante segura de que la tecnología ya existía. Pero no tenía sentido volver a mencionarlo.

"Si estás bien unos minutos, voy a hacer esa llamada a tu marido. Vuelvo enseguida".

"No hasta que salga el sol. Ken no lo hace bien cuando está medio dormido".

"Escúchate", regañó Nadine. "Lleváis juntos más de una década. Pero no confías en él para saber de la posible recurrencia del cáncer de mama, y no confías en él para saber que estás a punto de dar a luz a este bebé. ¿Qué hay de malo en esta situación?"

Donna cerró los ojos y suspiró.

"¿Confías en él como compañero o no?"

"Claro que sí. Claro que sí".

"Bien. Entonces espérame aquí".

Nadine se apresuró a entrar en el dormitorio y empezó a ponerse la ropa. Un momento después apareció Donna.

"Voy contigo. Necesita oír mi voz, o pensará que es peor de lo que es".

Nadine no podía imaginar un escenario mucho peor que éste. Pero mientras se calzaba las botas, decidió guardarse ese pensamiento para sí misma.

Unos minutos más tarde, los dos recorrieron los fríos pasillos del albergue. Se movían entre cajas de materiales de construcción apiladas sobre el suelo de madera desnuda. Nadine se había metido la lista de tiempos de contracción en el bolsillo de los vaqueros, pensando que podría ser una información importante para Ken.

"Háblame de ese jetpack", dijo Donna, mirándola de reojo.

Nadine prefirió no entrar en eso. "Debo haber estado pensando en alguna película o video..."

"Creía que no veías películas", dijo Donna socarronamente.

"No lo sé. Quizá lo leí en algún sitio. De hecho, creo que fue un artículo que encontré en Internet".

"Lo que sea. Sé que es algo real. Ha habido una docena de avistamientos sólo en el aeropuerto de Los Ángeles. Por supuesto, el gobierno se apresura a acallar cualquier noticia como esa. La última vez, hubo una foto que alguien tomó por la ventana de un avión. Se podía ver al tipo que lo pilotaba. Pero el informe oficial decía que era un globo de mylar". Sacudió la cabeza y dio un codazo a Nadine. "¿Qué sabes de eso? Vamos, ahora necesito una distracción".

"Veamos". Nadine pensó en la información básica que podría compartir, esperando que no fuera demasiado futurista. "Creo recordar que son un artificio con un pequeño motor a reacción atado a la espalda de una persona. Y hay dos motores más pequeños en cada antebrazo. Dan empuje directo donde el piloto siente que es necesario. Así, la persona puede flotar en el aire o moverse en cualquier dirección y a cualquier velocidad".

"¿Decía si el público puede conseguirlos ahora?" Se agarró al brazo de Nadine pero siguió hablando. "A Ken le encantaría uno de esos. Mi chico tiene *más* juguetes de los que puedas imaginar. Se compraría uno en un santiamén".

En la época de Nadine, la gente lo hacía. "Realmente no lo sé. El artículo se centraba en los usos de emergencia".

Donna se detuvo en seco, se giró y apoyó ambas manos en la pared. Su rostro mostraba la tensión que sentía. Volvía a respirar entrecortada e irregularmente.

"Dime qué tengo que hacer", pidió Nadine, sintiéndose impotente.

"Tiempo", jadeó Donna. "Graba la hora".

Se apresuró a sacar el teléfono de Donna del bolso. Comprobando la hora, la escribió en el papel. "Siete minutos desde la última".

Permanecieron juntas, con Nadine sosteniéndola hasta que la contracción remitió. Siete minutos eran preocupantes, sobre todo viendo el dolor que sentía esta vez.

"Esta contracción duró más", dijo Donna. Todavía tenía la cara enrojecida por el esfuerzo. "La próxima vez, quiero que lleves la cuenta de cuánto dura".

"Vale, qué más".

"Cuando llamamos a Ken, tenemos que estar tranquilos. No hay prisa. No hay emergencia. Los partos falsos en madres primerizas existen. También lo es ir más allá de la fecha prevista. Eso también. Sólo estoy de treinta y seis semanas. Treinta y seis semanas. A este bebé aún le faltan cuatro semanas".

"Bien. Calma. Mantenemos la calma".

"Ninguno de los dos dice nada de que las contracciones sean más fuertes".

"Calma. Calma", repitió Nadine, preguntándose cómo diablos podían seguir durmiendo todos con esta tormenta. ¿Por qué no se habían encontrado con nadie?

¿Qué pasaría si la siguiente contracción fuera dentro de dos minutos? ¿Y si estaba lista para dar a luz?

"Y después de la llamada, volveremos a nuestra habitación", dijo Donna. "Nos quedaremos allí hasta que pase la tormenta".

"Bien. Vuelve a la habitación". Mala idea. Realmente mala idea.

Nadine pensó en la anfitriona que les había sentado ayer a comer. Dijo que había tenido un bebé. Había al menos media docena de mujeres que habían vuelto al restaurante después de que se cerrara la góndola. Cada una de ellas debía de saber más que ella sobre el parto.

Si Donna estaba lista para tener este bebé, necesitarían ayuda.

"No voy a tener este hijo delante de un montón de desconocidos", dijo Donna como si le leyera el pensamiento.

"Entendido. Iremos paso a paso".

No había nadie en el comedor. A través de las grandes ventanas de cristal, la vista de la tormenta era, cuando menos, sobrecogedora. La nieve y el viento no cesaban.

Estaban realmente aislados de cualquier ayuda exterior. Nadie sería capaz de encontrar su camino a través de eso.

Mantén la calma.

En la zona del bar, el camarero dormía en un sillón. Todos los demás debían de estar en una de las habitaciones sin renovar.

Donna aumentó el ritmo a medida que se acercaban a su destino. Nadine se quedó lo bastante cerca como para echarle una mano y estabilizarla si otra contracción se apoderaba de ella. La puerta del despacho estaba abierta y la luz encendida.

Ken contestó al primer timbrado y Nadine se acercó lo suficiente como para oír su voz con claridad.

"¿Qué pasa, cariño? ¿Estás bien?"

"No, no lo estoy", anunció Donna mientras las lágrimas brotaban y corrían por sus mejillas. "Estoy de parto, cariño. Las contracciones vienen rápido, y son fuertes. Toda la noche he estado teniendo un espectáculo sangriento. Y mierda, mierda, mierda..."

Dejó caer el teléfono sobre el escritorio.

"¿Qué pasa?" Nadine y Ken preguntaron al mismo tiempo.

"Acabo de romper aguas".

Nadine decidió que ya no podían mantener la calma.

Capítulo Veinte

XANDER ESTABA de pie junto a la isla de la cocina mientras su amiga terminaba la llamada. Justo antes de colgar, Donna le rogaba a Nadine que intentara poner al teléfono a alguien que pudiera ayudar.

Ken enterró la cara entre las manos y luego levantó la vista. Su expresión era la de un hombre al que le habían arrancado las entrañas.

"Tenemos que hacer algo. Tengo que irme".

"No irás a ninguna parte. No hasta que pare la nieve y vengán los quitanieves".

No podían hacer nada. No podían ir a ninguna parte. El viento había levantado ventisqueros de dos metros o más. Su camión estaba enterrado hasta las ventanillas del pasajero. Incluso si de alguna manera se las arreglaban para salir de la calzada, nunca saldrían del vecindario. Y quedarse atrapados en medio de la tormenta no ayudaría a nadie.

Estaban en el arroyo de la mierda sin un remo.

Justo entonces, se cortó la luz.

"¿No tienes un gener...?" Xander se detuvo al encenderse el generador incorporado.

"Voy a llamar a su obstetra."

El servicio de contestador sonó y sonó y sonó. Tampoco contestaba nadie en el hospital. ¿Cómo era posible?

El 911 del condado de Elkhorn estuvo ocupado las ocho primeras veces. Finalmente, una operadora contestó pero les puso en espera. Al cabo de veinte insoportables minutos, la mujer, que sonaba agobiada, volvió a llamar y tomó el mensaje. Es todo lo que puede hacer por ahora. Pasó unos minutos más paseándose por la cocina y Ken volvió a llamar. Esta vez contestó una voz de hombre. La respuesta fue la misma que la última vez. Vieron el nombre de Ken en la lista y supieron que Donna estaba de parto, pero no podían hacer nada hasta que amainara la tormenta.

"Escúcheme, señor. Estamos en pleno modo de salvamento", le dijo a Ken. "El gobernador ya ha declarado el estado de emergencia. Estamos diciendo a todos a refugiarse en su lugar. Esto no es una tormenta normal en Colorado".

"Pero mi mujer va a tener a nuestro bebé *ahora mismo, joder*".

"Usted nos lo dijo. Pero ahora no podemos llegar hasta ella, y no sabemos cuándo podremos hacerlo. No es seguro volar en helicóptero. E incluso si pudiéramos, el hospital de Elkhorn se ha quedado sin energía y sus generadores no soportan toda la maquinaria de soporte vital. Nuestra prioridad ahora mismo es evacuar a algunos de esos pacientes a otros hospitales. Y ese es un proceso lento. Ahora, necesito que dejes estas líneas abiertas para otros..."

Mientras Ken seguía al teléfono, Xander preparó café y se acercó a la ventana del gran salón

para contemplar la tormenta que aullaba en el exterior. Consultó el último parte meteorológico y las noticias en su teléfono.

La ventisca de abril ha vertido más de cuatro pies de nieve en todo Colorado, cerrando las principales carreteras, dejando sin electricidad, y dejando a los conductores varados en situaciones que amenazan la vida. La policía estatal y el Departamento de Transporte...

Pensó en Nadine y se preguntó de nuevo cómo afectaría esta tormenta a sus planes. Ya era viernes. Ella había dicho que se marchaba esta noche, pero él no lo veía posible. Era imposible que las autopistas estuvieran abiertas o que los aeropuertos funcionaran tan rápido.

Volvió a llamar al número que tenía del albergue. Tras unas quince señales de ocupado, la llamada se hizo efectiva. Una mujer contestó y, tras oír quién era y por qué llamaba, puso a Nadine al teléfono.

"¿Cómo lo llevas?", le preguntó. Necesitaba oír su voz, saber que estaba bien. Xander se sentía responsable de todo lo que le estaba pasando a Nadine.

"Mucho mejor, ahora que Donna estaba de acuerdo en que volver a nuestra habitación y encerrarnos no era la mejor opción".

"¿Realmente iba a hacer eso?"

"Era bastante inflexible en cuanto a la privacidad. Afortunadamente, el sentido común me ayudó. Estar cerca del teléfono es mejor".

"¿Cómo conseguiste que se diera cuenta?"

"No fui yo. Acabamos de hablar por teléfono con una comadrona a la que nos remitió su médico. Fue lo mejor que nos pudo pasar. Tuvieron una conversación muy positiva. Sería, pero positiva".

Xander tuvo que decirle a Ken que Donna se había comunicado con el consultorio del médico. Sin embargo, al mirar por encima del hombro, vio a su amigo hablando con alguien por teléfono.

Ventilar su ira era una forma de mantener a Ken aquí y no intentar hacer alguna locura, como ponerse en camino.

"¿Sabías que las primerizas pueden estar de parto durante días?". preguntó Nadine.

"No, no lo hice."

"Es una barbaridad".

Estuvo de acuerdo.

"Ella va bien ... bien ... bien ... y luego el dolor golpea. Y *realmente golpea*. Ni siquiera puede hablar. Sufre una verdadera agonía. Me siento tan impotente".

"¿Cómo está ahora? ¿Sigue enfadada? ¿Cómo estaba mientras hablaba con Ken?"

"No. No está disgustada. Está... bueno, es difícil de describir. Tiene el número de teléfono directo de la comadrona, por si las contracciones son más fuertes y más seguidas". Bajó la voz. "A pesar de todo lo que está pasando, ahora está mucho más tranquila. Tiene el control".

"Eso suena más a Donna".

"Es bastante impresionante. ¿Cómo está Ken?"

"Si consigue que el gobernador se ponga al teléfono -y puede que sea a él a quien esté gritando ahora mismo-, enviarán a la Guardia Nacional a esa montaña para llegar hasta su mujer".

"¿Qué es la Guardia Nacional?"

Sonrió. Ella tenía una manera de hacerlo, cogiéndole desprevenido con sus bromas inexpresivas. Miró por encima del hombro, buscando a Ken y preguntándose si querría volver a hablar con su mujer. No había rastro de él en la cocina.

"¿Dónde está Donna ahora?"

"Está de pie, paseándose por el suelo del restaurante. Es lo que me recomendó la comadrona. Sigue caminando. Los baños y las duchas también son buenos. Pero eso significa volver a la habitación, cosa que *no vamos a* hacer en absoluto. Hace mucho frío ahí dentro, y no estoy segura de que haya agua caliente".

"¿Quién está con ella?"

"Algunas de las mujeres que quedaron varadas aquí".

"¿Cuánta gente hay?"

"No lo sé. Tal vez una docena o más, incluyendo el personal del restaurante", dijo. "Todas están empezando a aparecer por el restaurante. Varias mujeres han tenido un bebé o conocen a alguien que lo ha tenido. Quieren ayudar, lo cual es estupendo, y la distracción de tener a otras personas cerca es algo bueno para Donna".

"Siento haberte metido en medio de esto". Si se hubiera negado a ir a cenar a casa de Ken y Donna o hubiera puesto alguna excusa para no llevarla a su casa ayer por la mañana...

"No lo hiciste. Me ofrecí a salir con ella", dijo. "¿Y todo? ¿Todo esto? Lo que estamos pasando..."

Le tembló la voz y hubo un momento de silencio. Xander quería rodearla con los brazos y abrazarla. "¿Estás bien?"

"Estoy mejor que bien. Esto es muy especial. De hecho, increíble. Estar aquí con Donna. Incluso para hacer lo poco que estoy haciendo ahora. Va a tener un bebé. Un bebé, Xander. Nunca pensé... nunca imaginé que esto sería algo que experimentaría en mi vida. Quizá hasta tenga la oportunidad de sostenerlo". Soltó un resoplido y se aclaró la voz. "Me tengo que ir. Tiene otra contracción".

La llamada terminó y Xander se quedó mirando su reflejo en la ventana. Le había pillado. Él mismo se sintió ahogado. Se dio la vuelta y vio a Ken bajando las escaleras, con un montón de toallas y mantas bajo el brazo.

"Voy a poner estos en el coche para cuando podamos salir a la carretera".

Xander le contó la llamada que acababa de tener con Nadine y cómo Donna estaba ahora en contacto con una comadrona.

"Eso está bien. Mejor que nada". Ken dejó caer la pila que llevaba sobre el mostrador. "¿Dijo qué tan espaciadas son las contracciones?"

"No."

"¿Cuánto duraban?"

Xander negó con la cabeza.

"¿Está coronando el bebé?"

"No sé qué significa eso", dijo. "Seguro que Donna se alegrará de oír tu voz si la llamas".

"Tienes razón. La tendré".

Llamó, pero la mujer que contestó le dijo que Donna no podía hablar ahora. Y querían la línea telefónica abierta ya que la comadrona volvía a llamar.

Ken se paseaba por la habitación como un león enjaulado. Parecía a punto de estallar.

"A la mierda con esto. Tengo que llegar a ella".

"Pero tú no eres médico. No puedes ir allí y traerla de vuelta a un hospital a tiempo, ¿verdad?"

"No importa. Necesito llegar a ella. Abrazarla. Estar con ella. No puedo dejar que pase por esto sola... en algún lugar extraño con un montón de extraños a su alrededor. Ella es parte de mí. Todo de mí". Su voz se quebró mientras luchaba por sacar las palabras. "¿Qué pasa si algo sale

mal? No puedo dejar que esté ahí arriba, pasando por esto sola".

Xander siempre supo que la relación entre ellos era especial. Y después de lo que habían pasado, de sus otras decepciones, no se atrevía a ofrecer promesas vacías de que todo saldría bien. Que Donna y su bebé estarían bien. No estaba dispuesto a ofrecer falsas esperanzas.

Pero Ken tenía razón. Tenían que hacer algo. Las autoridades estaban desbordadas.

De repente, de la nada, se le ocurrió una idea. Había leído sobre un grupo de búsqueda y rescate sin ánimo de lucro cuando se mudó a las Rocosas. Ayudaban a los excursionistas y escaladores que se perdían o herían en la naturaleza. Ayudaban a los bomberos. Y respondían a llamadas para ayudar a conductores que se quedaban tirados en tormentas como ésta.

Tenían sus propios quitanieves. Eran independientes de los recursos del Estado, el condado y el municipio. Consultó Internet en su teléfono, buscó su número y lo encontró.

Lo único que obtuvo fue un contestador automático. Por supuesto. Aun así, dejó un mensaje detallado, explicando la situación de Donna y preguntando si podían llevarles por la carretera de servicio hasta el albergue. También les dijo que podían elegir el precio.

Las horas siguientes fueron insoportablemente lentas. La tormenta continuaba a toda máquina, pero Xander no podía quedarse dentro por más tiempo. Sacando una pala del garaje de Ken, desenterró su camioneta como pudo.

Estaba asegurándose de que el camión arrancaba cuando uno de los conductores de rescate le llamó. Podría ayudarles a subir.

De vuelta al interior, Ken estaba al teléfono con alguien en el albergue.

Las contracciones eran cada cuatro minutos.

Una hora antes, Nadine había pedido ayuda al personal del restaurante para preparar todo.

La mesa del despacho había sido despejada y empujada contra la pared. Los archivadores se colocaron en una esquina y se retiraron las sillas. Trajeron un catre y lo colocaron con sábanas limpias. Las almohadas se apilaron en un extremo y las toallas y mantas estaban listas sobre el escritorio. Se trajeron todos los botiquines disponibles. En la cocina había agua caliente.

Nadine envió un deseo al cielo para que apareciera alguien con experiencia médica antes de que llegara el bebé.

Donna ya no quería hablar con nadie por teléfono. Ni siquiera con Ken. Se concentraba en respirar y moverse todo lo que podía entre las contracciones. Nadine se encargó de hablar con la comadrona y recibir instrucciones concretas sobre lo que debía hacer.

El despacho tenía una puerta, pero Donna hizo que Nadine echara a todos los hombres de la zona del bar. Aunque un par de ellos querían ayudar, no tenían formación médica. Ser padre no contaba. Estar en la sala de partos con sus propias esposas tampoco era suficiente.

Cinco mujeres se habían ofrecido a ayudar en el parto. Mientras estaban en la puerta del despacho, enseguida quedó claro que una de ellas era una nube negra. No paraba de mencionar estadísticas sobre lo peligroso que era dar a luz en un entorno no hospitalario. Como si tuvieran elección.

Al ver que la charla añadía estrés a Donna, Nadine echó a la mujer hacia la puerta y le dijo que esperara en el comedor. No estaba ayudando.

Durante más de una década, Nadine había viajado en el tiempo a situaciones y escenarios desconocidos y, en ocasiones, extremadamente peligrosos. Pero nunca antes había sentido tanto miedo. Ni siquiera cuando metió manuscritos en el bolsillo de un abrigo y condujo a Virginia

Woolf a un lugar seguro entre las bombas del bombardeo de Londres.

En el pasado, lo que estaba en juego la mayoría de las veces era su propia vida, el peligro de fracasar en su misión y perder su puesto como Guardiana Escribana. La pérdida de una obra literaria para el mundo era importante, pero fracasar significaba una muerte segura para ella.

Esto era diferente.

Hoy había dos vidas en juego. Y Nadine no era una experta en partos. No había recibido semanas de formación. No tenía conocimientos, ni herramientas, ni medios para aplicar algunos de los avances médicos del futuro a la crisis a la que Donna y ella se enfrentaban. Ni siquiera medicamentos como los que le había dado al hijo asmático de Deirdre.

Se quedó mirando los utensilios y suministros básicos que la comadrona le había pedido que reuniera. Era una barbaridad pensar que un niño iba a venir al mundo con tan poca ayuda.

Ah, sí. Estaba aterrorizada.

¿Quién era ahora la nube oscura? Debería desterrarse de la habitación.

No podía ni quería hacerle eso a Donna. Nadine cambió su atención y se centró en las instrucciones de la comadrona.

Las responsabilidades se dividían entre las mujeres que quedaban. Naturalmente, ninguna quiso hacerse cargo y ser la persona que recibiera al bebé. Eso quedó en manos de Nadine, la menos entendida de todas.

"Una primera vez para todo", dijo Donna, acercándose torpemente a ella.

Sospechaba que su amiga había escuchado las conversaciones. "Para los dos".

"¿Nervioso?"

"Es demasiado tarde para nervios", dijo Nadine en lo que esperaba que fuera un tono confiado. "Te advertí que nunca había asistido a un parto. Ni siquiera he visto vídeos".

"Sí. Me lo dijiste". Donna se secó una gota de sudor de la frente.

"Siento que todo esto esté pasando así". Ella señaló a la sala de partos improvisada. "Aquí, quiero decir. Y no en la seguridad de..."

"La vida no siempre consiste en elegir. ¿No es así? Tenemos que hacer lo que podemos con lo que tenemos. ¿No es así?"

"Sí. Por supuesto". Había muchas cosas en su vida sobre las que Nadine no tenía nada que decir. Su pasado. Su futuro. Su salud. Sus relaciones. Pensó en Xander. "Podría haber sido peor. Podrías haber tenido este bebé en esa góndola".

"Exactamente."

"Con Jared al final de la línea."

Ambos se estremecieron.

"Lo vas a hacer muy bien". Donna la abrazó. "Confío en ti".

Los dos se abrazaron con fuerza hasta que la siguiente contracción hizo que Donna se doblara.

Antes de que terminara la contracción, la comadrona estaba de nuevo al teléfono, diciéndoles tranquilamente lo que tenían que hacer, paso a paso.

"Ya está", jadeó Donna.

Y menos de una hora después, Nadine sostenía en sus brazos a una niña contenta y de cara redonda.

Capítulo Veintiuno

EL ARADO LLEGÓ a casa de Ken dos horas después de la llamada del grupo de rescate. Xander condujo, sin fiarse de Ken al volante, y siguieron al camión por Elkhorn.

Los semáforos, apagados por el corte de electricidad, se balanceaban alborotados bajo el fuerte viento. No había ningún ser humano a la vista. No había señales de vida en ninguna parte. La nieve cubría coches y camionetas y formaba colinas contra los edificios a lo largo de toda la ruta. Los habitantes de la ciudad permanecerían agazapados hasta que terminara. Entonces, saldrían a flote como tantas otras veces. Pero por el momento, Elkhorn parecía más el decorado de una película postapocalíptica de supervivientes que la próspera comunidad que era.

Mientras salían de la ciudad, la nieve empezó a amainar ligeramente y el viento sólo golpeaba de vez en cuando el lateral de la camioneta. Casi al mismo tiempo, Xander se dio cuenta de que les seguía una ambulancia de rescate de Elkhorn, con las luces encendidas. Señaló el vehículo a su amigo.

"Ya era hora de que enviaran ayuda a ese puto albergue", dijo Ken, con notas de frustración compitiendo con la esperanza en su voz.

"El tipo delante de nosotros probablemente les hizo saber que estaba despejando el camino."

Su amigo guardó silencio un momento.

"Espero que no sea..." La voz de Ken se apagó.

No demasiado tarde. Xander sabía lo que estaba pensando. No se sabía cuánto tiempo llevaría subir la ladera de esta montaña. Ahora mismo, iba muy despacio.

Y a medida que pasaban los minutos, el viaje no se hacía más rápido. Con desniveles de cientos y miles de metros a un lado y escarpadas paredes rocosas y bosques al otro, la caravana de tres vehículos no tenía mucho espacio para maniobrar. Varias veces tuvieron que detenerse y esperar mientras el arado que iba delante de ellos iba y venía para despejar y sortear un tramo peligroso. De vez en cuando, la carretera atravesaba un bosque espeso.

"Cielos", dijo Ken una vez, mirando los altos pinos. "Espero que ninguno de estos monstruos haya caído y bloqueado la carretera."

Xander asintió con gesto adusto, rezando por lo mismo.

A medida que se acercaba la noche, la temperatura iba bajando y el ritmo se ralentizaba. Afortunadamente, lo último de la tormenta parecía haber pasado. A través de las nubes empezaron a aparecer manchas de un cielo plagado de estrellas.

El teléfono de Xander sonó sobre las siete. Contestó, sorprendido de que hubiera entrado una llamada, teniendo en cuenta el deficiente servicio de las montañas.

Era Nadine. No habían hablado con ellos desde que salieron de la casa, manteniendo la línea telefónica de la posada abierta para comunicarse con la comadrona. Sólo eso casi había matado a

Ken.

"Xander, ¿está contigo?"

"Estoy aquí", dijo Ken, con la voz entrecortada.

Xander conocía a su amigo. Se esperaba lo peor.

"Felicidades, papá. ¿Le gustaría hablar con su esposa y su hija?"

La cabeza de Ken se hundió entre sus manos. Xander vio cómo le temblaban los hombros mientras luchaba por controlar sus sollozos. Le dio unas palmaditas en la espalda.

"Sí. Sí. Por favor."

Donna llegó, sonando cansada pero feliz. "Ken, ella está aquí. Tumbada boca abajo..." La estática cortó las siguientes palabras, pero su voz llegó de forma errática. "...los dos están bien...la comadrona dijo ayuda com...los dos están bien..."

La línea se cortó antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más.

Xander volvió a mirar a su amigo. Se estaba limpiando los ojos. "Felicidades, amigo. Una niña. Una hija".

"Están bien. Los dos están bien", repitió Ken, mirando por encima del hombro.

Xander sabía que se estaba asegurando de que los paramédicos seguían detrás de ellos. A una distancia segura, las luces intermitentes le tranquilizaron.

"Soy padre, Xander". Ken sonrió y golpeó el salpicadero con la mano. "Tengo una niña. ¿No puedes hacer que esta maldita cosa vaya más rápido?"

Pasaban unos minutos de las ocho cuando llegaron a la posada. Las luces del restaurante estaban encendidas. Fuera, las luces iluminaban un pequeño tractor que trabajaba para despejar el aparcamiento cuando llegaron. No era poca cosa, teniendo en cuenta la profundidad de la nieve. Algunos montones debían de tener tres metros de altura.

La ambulancia de rescate los rodeó y se detuvo en la puerta principal del restaurante.

Un paramédico saltó y desapareció en el interior, cargado con una bolsa. Otros dos abrieron la parte trasera, sacaron una camilla y siguieron a su compañero.

Xander no se había detenido del todo junto al vehículo de emergencia antes de que el nuevo padre abriera de golpe la puerta y corriera también hacia el interior.

Aparcó su camioneta en una zona despejada más allá de la ambulancia, cogió su abrigo de detrás del asiento y se sentó un momento, procesando todo lo que había ocurrido.

Xander había pagado por adelantado a la organización de rescate, y el conductor que había guiado hasta aquí había terminado técnicamente el trabajo. Pero el tipo ni siquiera había salido de la cabina de su arado y estaba ayudando a terminar de limpiar el solar.

Xander salió, se estiró y se colocó junto a su camioneta. El aire era fresco y frío, pero la brisa había cambiado. La robusta estructura de troncos bloqueaba el viento, reduciéndolo casi a nada. Aun así, se puso el abrigo y se metió las manos en los bolsillos.

Sólo unas pocas nubes dispersas surcaban el vasto cielo sin luna, y un millón de estrellas brillaban intensamente sobre el lienzo azul noche. Vagamente consciente del zumbido pulsante de un generador, de voces lejanas y del roce de los arados al final de la parcela, respiró el aroma a pino y nieve fresca.

Tan fuerte y rápida como había llegado, la tormenta había desaparecido. Pero todo había cambiado.

Ya había conducido hasta aquí una vez, en verano. No había comido aquí; el restaurante había cerrado debido al nuevo propietario y a la renovación. Había un gran óvalo de hierba verde en el centro del terreno. Los excursionistas bajaban del telecabinas, organizaban sus mochilas y equipo, consultaban los mapas de los senderos y se adentraban en la naturaleza.

Ahora todo era diferente. La tormenta de nieve había borrado cualquier rastro de lo que recordaba. En la oscuridad, no había ni rastro del inicio del sendero. El óvalo herboso era ahora sólo una isla blanca cubierta por montones de nieve. El albergue y el restaurante también eran diferentes, casi irreconocibles bajo la capa de blanco.

Dos veces, Nadine había entrado en su vida, y ella también era una tormenta.

La primera vez, dejó atrás turbulencias y caos. Ella le cambió. Le reveló una vida... un futuro... que él ni siquiera sabía que anhelaba. Antes de conocerla, creía saber hacia dónde iba su vida. Mucho antes, había formulado su plan, se había echado la mochila al hombro y había emprendido el camino claramente marcado.

Sin embargo, durante los tres días que pasaron en Las Vegas, ese rastro desapareció. Nadine era la única mujer con la que se había sentido tan unido. La única con la que había imaginado un futuro. Ella había puesto el listón muy alto, y nadie lo igualaba... ni antes ni después.

La verdad era que su corazón y su mente no permitirían que nadie lo igualara.

Y entonces, desapareció. Como nieve derretida, se evaporó en un cielo sin nubes.

Lo que empezó como sexo se había convertido en algo profundamente emocional. Y cuando ella se fue, a él sólo le quedaron los recuerdos y la vaga esperanza de que volviera.

¿Y ahora qué? Una vez más, ella había vuelto a su mundo, apareciendo de la nada. En una tormenta, nada menos. Y se iba. Otra vez.

Un paramédico salió del edificio, cogió una manta de la parte trasera y volvió a entrar.

Quería entrar, pero no estaba preparado. Se quedó mirando el edificio, pero sus pies no querían llevarle hasta allí. Las emociones desgarraban el corazón de Xander, y se sentía en conflicto con ellas.

Intentó comprender por qué.

Tal vez fuera porque todos los aspectos de la vida tal y como él la conocía habían cambiado de verdad. Había llegado una nueva era. Su mejor amigo, un hombre tan cercano a él como un hermano, era ahora padre. La paternidad significaba responsabilidad por alguien más que uno mismo.

Eso era sólo una parte. Se pellizcó la parte superior de la nariz y sus ojos se fijaron en la puerta principal del edificio cuando se abrió.

"Nadine", murmuró.

"¿Xander?", le llamó. No llevaba abrigo ni gorro, nada que la protegiera del frío.

Se puso en marcha hacia ella, y cruzó el terreno nevado.

"Te vas a congelar aquí fuera", le dijo al llegar hasta ella.

Él se quitó rápidamente el abrigo, pero antes de que pudiera envolverla, ella le rodeó la cintura con los brazos y apretó la cara contra su pecho. Él la envolvió con el abrigo y la estrechó entre sus brazos.

"Dios mío, Xander. Fue hermoso y aterrador y asombroso. Fue... fue milagroso. Nunca he creído en milagros. Nunca he entendido cómo la gente puede tener fe en algo que está más allá de ellos. Pero estaba allí. Lo que presencié estaba más allá de la ciencia. Estaba más allá de la naturaleza. Se sentía diferente. *Era* diferente".

Ella era diferente. Había cambiado. La cruda y honesta efusión de sentimientos le decía lo mucho que la había conmovido esta experiencia. Y lo emocionada que estaba por hablar de ello.

"En un momento, Donna sentía un dolor atroz. Al momento siguiente, una sensación de calma se apoderó de ella. Una fuerza fuera de nosotros, por encima de nosotros, extendió una sensación de paz sobre la habitación. No sé cómo describirlo". Respiró hondo. "Y entonces Donna se hizo cargo. *Sabía* lo que tenía que hacer. Su cuerpo sabía qué hacer. El bebé sabía qué

hacer. El resto de nosotros sólo éramos espectadores. Observando. Ella hizo todo el trabajo. Y fue hermoso. Fue lo más hermoso que he visto en mi vida".

Levantó la cara de su pecho. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Volutas de aire se cristalizaban al escapar de sus labios temblorosos. Era la cosa más hermosa que jamás había visto.

Besó sus cejas. Sus mejillas. Los labios. Y ella le devolvió el beso con más pasión de la que jamás habían compartido.

Se abrazaron durante mucho tiempo.

En algún lugar, a lo lejos, la rama de un árbol crujió bajo la presión del frío y la nieve. Llegaron hasta él los ásperos ladridos de un zorro.

A pesar del frío de la montaña, Xander sólo sentía una cosa. Y eso era Nadine envuelta con seguridad en sus brazos.

"Nunca olvidaré este día", susurró, echándose hacia atrás y mirándole. "Gracias por darme esta oportunidad. Por presentarme a Donna".

Sacudió la cabeza, poco dispuesto a atribuirse el mérito de una amistad que estaba destinada a ser.

"*Siempre* te querré, Xander... pero tengo que volver".

Su corazón se aceleró y se quebró al mismo tiempo. La miró fijamente a la cara.

"Tenemos que hablar." Este no era el lugar para la conversación que quería tener. "Las llaves están en la camioneta. Sube la calefacción". Besó sus labios de nuevo. "Le diré a Ken que nos vamos. Te llevaré a mi casa".

"Xander..."

"Vuelvo enseguida."

Dejándola, corrió hacia el interior. Un despacho junto a la zona del bar estaba abarrotado de médicos. Estaban preparando la camilla para llevarse a Donna, que llevaba un pequeño bulto en la mano.

Ken lo vio junto a la puerta y se acercó. "Están preparando a Donna y al bebé para el traslado. Iremos al hospital de Elkhorn. Allí tienen electricidad. Dicen que puedo ir con ella".

"Bien. Estupendo. Nos vemos en Elkhorn. Felicita a Donna de mi parte".

"¿Dónde está Nadine? No pude hablar con ella. Salió corriendo por la puerta".

"Me está esperando en la camioneta".

"Por favor, dale las gracias. Dale las gracias un millón de veces de mi parte".

Xander palmeó la espalda de su amigo. "Lo haré.

Vio su abrigo y su bolso en la barra y los cogió. Fuera, el arado que les había llevado montaña arriba ya no estaba. El pequeño tractor seguía trabajando duro, despejando los caminos hacia la plataforma de la góndola. La camioneta de Xander estaba donde la había aparcado. Pero se sorprendió al ver que el motor no estaba en marcha.

Abrió la puerta de un tirón. "Te vas a morir de frío."

Su abrigo yacía en el asiento del conductor. Pero no había ni rastro de Nadine.

Miró alrededor del aparcamiento.

"¡Nadine!" gritó en la noche.

La única respuesta fue el murmullo desvanecido del viento en los árboles.

Capítulo Veintidós

QUÉ FRÍO.

Nadine se preguntó si estaría soñando. No podía ser. Si fuera un sueño, ¿cómo podría tener tanto frío?

¿Y qué era ese sonido bajo y apresurado? ¿Agua? ¿Viento? Un estruendo, luego un gorgoteo bajo. ¿Era el oleaje?

La conciencia empezó a volver, poco a poco. Las sensaciones empezaron a penetrar en su cerebro. El vil sabor a salmuera y pescado muerto le llenaba la nariz y la garganta. Sus articulaciones estaban rígidas y congeladas.

Los músculos de sus brazos y piernas estaban muertos, inútiles.

Unas rocas ásperas y arenosas le arañaban y presionaban la cara. Se sintió como si la hubieran tirado desde una gran altura.

Y una lluvia fría y ventosa que la azota.

Esto no era dormir. Pero seguía pareciéndole una pesadilla. Una sensación de vago temor se cernía sobre ella como un peso, filtrándose e impregnando su ser.

¿Dónde estaba?

Nadine intentó girar la cabeza, sólo para sentir las agujas de la lluvia que le picaban en la mejilla y el cuello y le llegaban hasta la oreja. Le ardían los ojos cuando intentaba abrirlos. Estaban llenos de sal y arenilla.

El sonido del oleaje estaba cerca y trató de despejarse. Quizá había llegado a alguna orilla. Quizá se había ahogado.

Forzando los ojos para mantenerlos abiertos, vio a través del borrón que era de día, más o menos. Volvió a intentar moverse, pero sus miembros no respondían. Centró su visión borrosa en una mano que yacía cerca de ella sobre un montón de piedras oscuras y húmedas. Debía de pertenecerle, decidió, ya que estaba sujeta al extremo de su brazo insensible. Pero por más que lo intentaba, no conseguía mover los dedos.

Un momento después, descubrió lo cerca que estaba la orilla cuando una ola rompió y el agua helada y salada se precipitó hacia ella, rodeándola, meciendo su cuerpo inmóvil. Le salpicó la cara y le llenó la boca.

Sacudió la cabeza, escupió el agua salada y volvió a abrir los ojos. El agua se retiró rápidamente, arrastrándose con aquel sonido traqueteante sobre las piedras. Pero sabía que vendría otra ola.

Nadine se dio cuenta de que lo había conseguido. De la cima de una montaña nevada a una playa azotada por el frío y la lluvia, había dado el gran salto. Pero, ¿había aterrizado en el lugar adecuado? ¿En el momento adecuado?

Todo seguía borroso.

Recordaba haber dejado el abrigo de Xander en el asiento del conductor, haberse sentado y haber cerrado los ojos. Necesitaba volver a 1811, al pueblo de Hythe.

Pero ahora, había perdido la noción del tiempo. Los días se fundían. Con sus sentidos confusos, era imposible distinguir las horas.

La siguiente ola rompió y, de algún modo, sus extremidades volvieron a funcionar. Consiguió ponerse a cuatro patas antes de que el mar la envolviera. Al hacerlo, las náuseas, demasiado familiares, se apoderaron de ella y vomitó un par de veces, arrojando bilis caliente al agua que tenía debajo.

Dios, tenía tanta sed.

Agua, agua, por todas partes, y ni una gota para beber. Coleridge y su antiguo marinero. El hombre había sido tan condenadamente autodestructivo, incluso para un poeta.

Se sacudió el recuerdo de la misión anterior. Tenía que centrarse en la actual. ¿Todavía estaba a tiempo de marcar la diferencia? Al salir de Colorado, no tuvo tiempo de volver a casa de Xander para recoger sus cosas.

Ahora mismo estaría buscándola. Dos veces había huido sin despedirse. Este era el final para ellos, estaba segura. Nunca lo volvería a ver, y la tristeza hizo que le doliera el corazón.

Seguía a cuatro patas cuando otra ola se desplomó. La espuma brillaba en la tenue luz gris del día. Esperó a que las piedrecitas volvieran a caer, enterrándose las manos y amontonándose contra sus rodillas. Esta ola había subido más. La marea subía demasiado rápido. A menos que quisiera ahogarse, no podía quedarse donde estaba.

Se dio cuenta de que era de día. Era de día. No es bueno. Aún debería ser de noche. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente?

Jane Austen estaba en camino, y Nadine tenía que estar allí si quería intervenir. Cada hora, cada minuto importaba.

Comenzó a arrastrarse por la pendiente de la playa. Sus dedos entumecidos se clavaron en la pendiente pedregosa en busca de apoyo. La penetrante lluvia fría seguía golpeándola.

La pregunta era... ¿dónde estaba? ¿Qué día era hoy? ¿Cuánto tiempo llevaba tumbada bajo la lluvia?

Las ráfagas de viento le picaban en la cara mientras Nadine entrecerraba los ojos para ver a su alrededor.

Había aterrizado en una playa, pero no sabía si era la playa correcta. La playa de Hythe era un tramo de pequeñas piedras como ésta, pero también lo eran cientos de playas como ésta a lo largo de la costa sur de Inglaterra. Podía estar a diez o a cincuenta millas de su destino.

Haciendo acopio de fuerzas, Nadine se obligó a sentarse. Se limpió la arenilla salada de los labios y la cara y parpadeó. Estaba calada hasta los huesos. Debía de llevar un buen rato tumbada.

Todos los efectos familiares de un salto cuántico estaban allí. Sentía que el estómago se le iba a revolver, sin acordarse de que ya se le había vaciado. Sentía las piernas débiles y entumecidas, como si no le pertenecieran.

"Maldita sea."

La fría lluvia barrida por el viento volvió a abofetearla.

Nadine trató de ordenar su ingenio y reunir los datos que tenía. Si había aterrizado en la parte correcta de Gran Bretaña, en la fecha correcta, entonces esta tormenta continuaría intensificándose. Se producirían algunos de los peores aguaceros que había sufrido la costa de Inglaterra. Y las furiosas aguas de un río crecido arrasaría la carretera de carruajes hacia

Canterbury, obligando a Jane Austen a pasar la noche del martes en Hythe.

Pero, ¿había llegado Nadine el día correcto?

Los sucesos de Colorado se repetían en su cabeza. Donna dio a luz a su hija el viernes por la noche. A las 6:39, para ser exactos. Una de las mujeres de la sala había anunciado la hora y mencionado que el bebé había nacido el 15 de abrilth. Hubo una risita al mencionar que era el día de la declaración de la renta. Nadine se marchó apenas un par de horas después.

Ella sabía que el tiempo en Hythe estaba por delante de Colorado. ¿Pero cuántas horas? ¿Seis? ¿Siete? Si es así, *debería* ser martes, 16 de abrilth, justo antes del amanecer. Pero no estaba amaneciendo. La lluvia torrencial y la niebla arremolinada hacían imposible saber si era por la mañana o por la tarde. Llevaba aquí inconsciente, pero ¿cuánto tiempo?

Así que, aunque hubiera aterrizado en el lugar correcto, Nadine no tenía ni idea de cuánto tiempo quedaba antes de que llegara la escritora en ciernes. Peor aún, tal vez Jane Austen ya estaba aquí.

Nadine buscó su bandolera, esperando pero sabiendo que no estaba allí. Miró hacia la orilla. No había ni rastro. La última vez que lo había visto fue en el albergue. Durante el parto de Donna, había vuelto a su habitación, recogido todas sus pertenencias y las había llevado al restaurante.

¿Dónde estaba su ropa de época? Uno de los dos conjuntos de ropa que había traído consigo estaba en casa de Xander. También el ataúd en el que había viajado.

Llevaba vaqueros ajustados, botas vaqueras y un top de punto hecho a máquina. No destacaría en absoluto en un pueblo de la Inglaterra de la Regencia. Para nada.

"Toda una profesional, Nadine", murmuró. Presentarse en Hythe con esta ropa sería un desastre.

Así es como muchas anomalías aparecen en fotos históricas o se mencionan en textos antiguos. Lo que ella había hecho al trasladar objetos de un siglo a otro -y luego dejarlos atrás- podía causar una perturbación mínima. Pero, por otro lado, *cualquier* error tenía el potencial de crear una gran ola de perturbación y provocar un gran impacto en el futuro. Nadine estaba aquí por el error de otro viajero en el tiempo. Jane Austen y el capitán Gordon nunca habrían tenido la oportunidad de conocerse hoy si antes no se hubiera puesto en marcha un efecto dominó.

Demasiado tarde para preocuparse por eso, pensó. Respiró hondo, una segunda vez, una tercera. En cualquier caso, sus pulmones se estaban comportando. Una cosa de la que tenía que ser consciente era de mantener la calma. El estrés era la principal causa de sus ataques de asma. Estrés y una serie de desencadenantes ambientales. No llevaba inhalador ni medicación. Los llevaba en la maleta en Colorado.

Una ola se acercó y golpeó la orilla antes de deslizarse por la playa pedregosa. Casi la alcanza. La marea estaba subiendo. Miró hacia atrás, pero no se veía nada entre la niebla y la lluvia.

Nadine se levantó con dificultad. Su primera prioridad era averiguar dónde estaba exactamente... y cuándo.

Aún tenía las articulaciones rígidas y doloridas por el salto temporal, y caminar le resultaba doloroso. Un poco más abajo, en la playa, divisó un cobertizo largo y bajo. Habían sacado los barcos del mar y los habían dejado en fila por encima de la línea de la marea. De las paredes del cobertizo colgaban redes.

Cuando sus piernas empezaron a enderezarse, el estómago se le revolvió de nuevo. Luchó contra las náuseas y respiró hondo mientras avanzaba lo más rápido que podía hacia el cobertizo. Más allá, largas mesas de listones se extendían unos treinta metros. Secaderos para el pescado

que pescaban los hombres.

Volvió sus pasos hacia el interior desde el cobertizo y consiguió encontrar el camino de carros que subía desde la playa. Si se trataba de Hythe, pronto vería la "Puerta de Merfolk", como la llamaban los lugareños.

Sólo tardó uno o dos minutos.

El camino conducía directamente a través de un par de enormes piedras erguidas, de doce pies de alto y siete de ancho. Encima de ellas había una enorme piedra que formaba una puerta abierta.

Nadine sabía que se había erigido en el Neolítico, pero la leyenda local sostenía que la puerta había sido construida justo después del Diluvio Universal por los hijos de Noé, en agradecimiento a la gente del mar que guió el Arca hasta desembarcar aquí, en Inglaterra.

No había otro conjunto de piedras en pie como éste en ninguna parte de la costa británica, y las esperanzas de Nadine aumentaron. Estaba en Hythe.

La lluvia amainaba un poco, de momento, pero la niebla se hacía más espesa a medida que se adentraba en el interior. Este camino de carros pronto se ensancharía para convertirse en el camino de entrada al pueblo. Y pasaría cerca de la casa de Deirdre.

Agradecida por los pequeños milagros, avanzó a través de los remolinos de niebla y la ligera lluvia. No muy lejos de la Puerta de los Merfolk, Nadine resbaló en el camino embarrado que atravesaba una depresión poco profunda. Se detuvo y cayó sobre las manos, pero el lodo acuoso salpicó sus ropas ya mojadas. Cuando consiguió incorporarse, una de sus botas se atascó en el barro y estuvo a punto de caer de bruces de nuevo.

Se liberó y siguió caminando. Volvía a llover y temblaba de frío. Tenía el pelo pegado a la cabeza y le caía agua por la cara.

Un sentimiento de duda empezó a aflorar en su mente. Estaba sola y, por primera vez en mucho tiempo, se preguntó si estaría a la altura de las circunstancias. Había cometido errores en esta misión. No es que Xander fuera una distracción, per se, pero sus sentimientos por él no se desvanecían. Siempre estaba ahí, metido en su corazón y acechando en los recovecos de su cerebro.

Nadine se sacudió estos pensamientos.

Esta misión no había terminado. Todavía podría completar su tarea con éxito. Pero, ¿qué hora era? Esa era la clave.

Dos veces al día, una diligencia pasaba por Hythe, una en cada dirección. Por su investigación preparatoria, sabía que la diligencia de Jane Austen en dirección este pararía en el Swan hoy hacia el mediodía. Nadine rezó por tener tiempo suficiente para volver a su habitación en la posada, cambiarse de ropa e ir a Churchill House. Aún no sabía cómo evitar que el capitán Gordon conociera a Austen. Había perdido su ventaja por los tres días en Colorado.

Primero, sin embargo, tendría que superar al posadero.

Se miró la camiseta de punto y los vaqueros llenos de barro y se encogió de hombros.

¿En qué estaba pensando? Ni siquiera llegaría al Cisne. Esa ropa atraería una atención no deseada. Tan pronto como llegara a las afueras del pueblo, sería detenida e interrogada. Probablemente sería arrastrada ante las autoridades. ¿Cómo podría explicar su presencia, una mujer vestida como ella?

Cuando el camino se ensanchó, pasó junto a un par de casas de campo. La lluvia y la niebla ocultaban el humo que salía de las chimeneas, y nada se movía en ninguna de ellas.

De repente, se oyó un grito detrás de ella. Dos guardacostas se acercaban desde la playa. Seguramente la habían visto y se habían imaginado que acababa de desembarcar. Sin duda un

agente francés, un presagio de las fuerzas invasoras de Napoleón. ¿Por qué si no alguien estaría allí con este tiempo?

"Otra vez no".

Pero esta vez era peor. Ella no había estado aquí el tiempo suficiente para ser capaz de hacer incluso un corto salto en el tiempo. Y no tenía nada con qué protegerse. Una mirada a ella, a la forma en que estaba vestida...

Nadine sólo tenía una opción.

Corre.

Con sus gritos ayudándola a avanzar, Nadine corrió tan fuerte como pudo, esperando que las nieblas arremolinadas la ocultaran.

Las botas estaban llenas de barro, pero al menos los vaqueros le daban ventaja sobre el vestido. La adrenalina bombeaba su sangre.

Pasó junto a unas cuantas casitas más y, cuando llegó a la pequeña callejuela que llevaba a la casa de Deirdre, miró hacia atrás para ver si los guardias estaban a la vista. Nada. La lluvia volvía a arreciar con fuerza y apenas podía ver a seis metros a través de la niebla. Agradecida, subió por el camino. La casa de su amiga emergió de entre la niebla y Nadine atravesó rápidamente el jardín.

Llamó a la puerta en voz baja.

Un momento después, la puerta se abrió y Nadine fue arrastrada al interior.

Deirdre se quedó mirándola, con los ojos muy abiertos.

"¡Maldita sea, señorita! ¿Qué demonios te ha pasado?"

Capítulo Veintitrés

NADINE SE HABÍA IDO.

Xander no podía creer que esto le estuviera pasando por segunda vez.

Sus ojos escudriñaron el solar. No había rastro de ella, pero no se iría sin su abrigo y su bolso. El viento que aún soplaba del oeste era gélido. No quería pensar en ella ahí fuera.

Al entrar de nuevo en el restaurante, se detuvo e interrogó a una joven que llevaba una etiqueta con su nombre: "Azafata". Sabía que Nadine no podía haber pasado de largo cuando entró, pero preguntó de todos modos. Su única sugerencia fue que tal vez había vuelto a la habitación que les habían proporcionado a ella y a Donna.

Entró en el albergue, pero la habitación estaba vacía, y sus preguntas al personal del restaurante tampoco dieron resultado. Nadie la había visto desde que abandonó el edificio tras la llegada de los equipos de emergencia.

Ken, Donna y su bebé ya estaban en el vehículo de rescate cuando volvió a salir. El equipo de paramédicos estaba casi listo para partir. Donna preguntó por Nadine. Quería hablar con ella.

"Está dentro", mintió, no quería arruinar su felicidad con preocupaciones. "Saldrá pronto, pero nos veremos en el hospital".

Las puertas traseras se cerraron y vio cómo el vehículo de emergencia se dirigía al final del aparcamiento.

La preocupación le corroía por dentro. La última vez que desapareció, estaban en Las Vegas. Una ciudad con aeropuertos, alquiler de coches, y una docena de otras maneras de moverse. ¿Pero aquí? ¿En medio de la nada?

El pequeño tractor estaba apartando nieve de un camino en el extremo más alejado de la parcela. Buscó una respuesta.

El quitanieves del grupo de rescate había desaparecido cuando Xander volvió a su camioneta. La única respuesta lógica era que Nadine *podría haber pedido que* la llevaran. Llamar al número del conductor resultó inútil sin cobertura.

Aun así, no tenía sentido. El frío afuera era brutal. Ella había dejado su abrigo en el coche. Él tenía el suyo. Ella no se iría de un albergue en la cima de una montaña con este clima en medio de la noche. Ningún otro coche había llegado todavía. Y la góndola no funcionaría pronto.

Su mente seguía volviendo al arado. Tenía que haber pedido que la llevaran. Pero, ¿por qué? Xander la habría llevado a donde ella quisiera, y ella lo sabía. ¿Qué había hecho él para que ella se fuera con un desconocido? ¿Fue él? ¿Por qué no le dijo que no podía esperar?

Ya no sabía qué creer cuando se trataba de Nadine. Un minuto era un manojo de emociones, diciéndole que le quería. Al siguiente, se había ido. ¿No se merecía una explicación? ¿Todo lo que le había dicho era mentira?

Una aguda punzada de resentimiento invadió el cerebro de Xander, pero rendirse no estaba en su naturaleza. Se obligó a reprimirlo. Aún quería creer que ella tenía una razón buena y lógica para lo que había hecho. Y que él podría encontrarla.

Se convenció a sí mismo para ponerse en camino. Las dos únicas personas que Nadine conocía en Elkhorn se dirigían al hospital. Supuso que si había un lugar al que ella iría, sería a su casa. Al menos, querría las cosas que había dejado allí.

Cuando atravesó Elkhorn y empezó a subir la montaña en dirección a su casa, un arado había despejado un solo carril. Eso aumentó un poco sus esperanzas. Pero no ver huellas en la nieve de su camino de entrada sin barrer acabó con su optimismo.

Xander no iba a arriesgarse a quedarse atascado en la nieve profunda que conducía a su casa. Le costó salirse de la carretera. Había metido el abrigo detrás del asiento cuando salió de la cabaña y no se molestó en cogerlo ahora. Subió la cremallera de su chaleco, cogió su bolsa y se arrastró por la nieve. La casa estaba a oscuras. Al acercarse, los sensores de movimiento encendieron los focos. La nieve alrededor de las puertas estaba intacta.

Sin embargo, aún no estaba preparado para perder la esperanza por completo.

Entró y gritó: "¿Nadine?".

Sin molestarse en quitarse las botas, Xander encendió las luces y subió las escaleras de tres en tres. No había rastro de ella. La cocina y el salón estaban a oscuras. La chimenea estaba apagada. Las cortinas estaban cerradas, tal como las había dejado el día anterior. En el dormitorio de invitados, la cama estaba hecha. En el armario aún colgaban las botas y el vestido de época con el que había llegado Nadine.

Sobre el escritorio, encontró un boceto dibujado a mano de un calendario para la semana. El día de hoy aparecía marcado con un círculo varias veces. Debajo de la cuadrícula, otras notas llamaron su atención.

Viernes 15th Abril = Lunes 15 de abrilth

Diferencia de tiempo en pista.

No tenía ni idea de lo que significaba. Revisó los cajones del escritorio en busca de otras notas. No había nada. El libro que le habían prestado anoche estaba en la mesilla de noche.

Persuasión. Por Jane Austen

Se alegró cuando ella eligió este libro en particular. Era una pieza de coleccionista. Una edición de 1909, con veinticuatro ilustraciones en color de C.E. Brock. La mayoría de las ediciones de su estantería las había comprado en anticuarios. Este volumen le había costado más de mil dólares. Las ilustraciones eran obras de arte.

No era lector, pero le gustaba la idea de coleccionar. Si iba a gastarse el dinero, ¿por qué no comprar un volumen con valor, algo que debiera conservarse?

Cogió el libro y lo abrió, esperando que ella hubiera dejado una nota dentro. Cualquier cosa. Alguna pista sobre dónde podría haber ido.

"¿Qué demonios?"

Hojeó el volumen. En algunas páginas, la tinta se había borrado. En otras, las palabras habían desaparecido por completo.

Era de lo más extraño. Era como si alguien hubiera cogido una goma de borrar y hubiera borrado algunas de las palabras. Las ilustraciones habían desaparecido. No quedaba ni una.

Miró la cubierta de tela y la encuadernación. Las mismas letras doradas decorativas en el lomo. Era el mismo volumen. El color envejecido y la textura del papel no habían cambiado. Incluso el olor a humedad del papel era el mismo.

"No. Aquí pasa algo".

Xander se guardó el volumen bajo el brazo mientras salía de la habitación de invitados y bajaba las escaleras hacia la puerta principal.

Fuera, la temperatura bajaba y el viento volvía a arreciar. La nieve seguía a la deriva y sus huellas junto a la puerta empezaban a llenarse.

Se apretó más el cuello del chaleco alrededor de la garganta, rezando para que Nadine no estuviera en algún lugar bajo la tormenta. Sin una buena ropa protectora, nadie podría sobrevivir mucho tiempo a este frío.

Xander caminó por la nieve hasta llegar al garaje. Al darse cuenta de que el mando a distancia estaba en la camioneta, se dirigió a la puerta lateral. Estaba abierta, pero cerrada con llave.

"A la mierda con esto". Apoyando un hombro en la puerta, descargó parte de su creciente frustración. La puerta se abrió de golpe.

Encendió la luz. La caja seguía allí, en el suelo junto al banco de trabajo, exactamente donde la había dejado.

Mientras cruzaba el suelo de cemento hacia el ataúd, el bolso de Nadine y el libro de Austen se volvieron repentinamente pesados. Aún más extraño, algo en su bolsillo se estaba calentando. Tan caliente que empezaba a quemarle la piel a través de varias capas de material. De pie sobre la caja, dejó caer en ella el bolso y el libro y buscó en su bolsillo lo que fuera que le estaba quemando.

Sus dedos se cerraron sobre las dos pequeñas rarezas que había encontrado antes en el ataúd. Una de ellas, que parecía un silbato de madera, estaba muy caliente.

En ese momento, sintió una extraña sensación de aturdimiento. Surgió de la nada y, de repente, todo lo que había en el garaje se enfocó con gran nitidez antes de alejarse de él. Xander se inclinó y se agarró al lateral de la caja para estabilizarse.

"Nadine..."

En cuanto tocó la madera, las luces se apagaron por completo.

Capítulo Veinticuatro

AL MENOS, una persona de la cabaña no hizo preguntas.

Sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la estufa, el pequeño Andrew bateaba la columna de bloques de madera que habían apilado juntos, encantado cuando Nadine aplaudía al verlos caer.

"¿Quieres jugar un poco más?"

El niño asintió feliz, recogió los bloques y volvió a empezar.

El viento seguía aullando fuera y la lluvia golpeaba la ventana junto a la puerta. La última vez que había mirado, el camino más allá de la puerta del jardín se había convertido en un río de barro.

Envuelta de pies a cabeza en una manta, Nadine se levantó y se asomó a la ventana por tercera vez en la media hora que llevaba aquí. Por suerte, desde que llegó a la puerta de Deirdre no había visto ni rastro de los guardacostas que la perseguían, ni de nadie.

Estaba empapada hasta los huesos y temblaba sin control cuando Deirdre la metió dentro. La joven le ordenó que se quitara aquella ropa "extraña", le dio una manta para que se envolviera en ella y la colocó frente al cálido fuego.

Deirdre también tenía un centenar de preguntas que Nadine prometió responder más tarde. Ahora mismo, necesitaba que le prestaran algo de ropa y llegar a la posada.

Mientras pasaba el precioso tiempo, Deirdre buscaba ropa que Nadine pudiera tomar prestada. Al menos, eso era lo que decía estar haciendo.

Ambas sabían que la ropa de la joven madre no le quedaría bien. Las dos mujeres eran de constitución muy diferente. Deirdre era más delgada y mucho más baja. La mala alimentación de la época limitaba el crecimiento infantil. Y sólo tenía una capa. Y no, Nadine no podía pedírsela prestada.

Aun así, tenía montones de ropa que había llevado a remendar. Desde los aldeanos hasta los hombres que trabajaban en el canal militar que dejaban sus prendas, tenía un negocio estable, haciendo dobladillos y arreglando lo que necesitaba arreglo.

"Estos pantalones que llevas. No son ropa de mujer, ¿verdad? Y este material. Nunca he visto sarga de algodón tan pesada".

Los vaqueros azules, como llegarían a conocerse, no harían su aparición hasta dentro de sesenta años. Nadine vio que su amiga estudiaba los pantalones mojados como si fueran una de las maravillas del mundo. "Deirdre, por favor, date prisa. Tengo que irme".

"Llevar ropa de hombre seguramente atraerá miradas en el pueblo, ya sabes".

"¡Lo sé! Por eso buscas algo que me puedas prestar".

La otra mujer no había mostrado ningún interés por el top de punto ni por las botas vaqueras.

Pero los vaqueros la habían cautivado desde el primer momento.

"Y la tela ciertamente no ha mantenido su color demasiado bien. Pensarán que se las quitaste a un vagabundo, no me cabe duda".

"Por favor, no te preocupes por eso ahora. Sólo necesito un vestido para volver a mi habitación en el Swan, *sin* llamar la atención. Y un abrigo. Prometo devolvértelos mañana".

"Estoy en ello". Levantó los vaqueros. "Claro, estos *son* pantalones de hombre. Y un hombre bastante delgado, diría yo".

Nadine suspiró. Deirdre no iba a renunciar a esto, y no tenía sentido luchar contra ella en cada paso del camino. Estaba a merced de la confianza y la amabilidad de la joven madre... y de su curiosidad. Tal vez cuanto antes le diera algunas respuestas, antes la dejaría salir de aquí.

"Sí, un hombre delgado".

"¿Cómo conseguiste que te diera sus pantalones?"

"Los compré".

"¿Por qué? ¿Qué le pasaba a *tu* ropa? ¿Y dónde están, por cierto?"

Nadine miró alrededor de la casa en busca de un reloj. No vio ninguno. La tormenta ahogaba cualquier posibilidad de oír la campana de la iglesia tocando la hora.

"Te lo dije. Te lo explicaré todo cuando vuelva. Pero ahora tengo que darme prisa".

"Muy bien". Deirdre acercó una cesta llena de remiendos y volvió a coger los vaqueros. "Pero estos remaches metálicos de las costuras y los bolsillos. ¿Para qué sirven?"

"No sé. ¿Decoración?"

"Caro. Siempre me pregunto por qué la gente gasta su dinero en semejantes tonterías". Pasó los dedos por encima, comprobando cómo se sujetaban a la tela. "Ayudan a sujetar las costuras. Pero esto es lo más curioso. Nunca había visto nada igual".

Levantó los pantalones para que Nadine viera la cremallera.

Oh, no.

"Una cremallera".

"¿Qué es una cremallera?"

Ahora hablaban de tecnología a un siglo de distancia. "Los usan en lugar de botones. Funciona así". Ella se lo mostró.

Con los ojos muy abiertos, Deirdre abrió y cerró la parte delantera del pantalón y miró hacia arriba.

"Notable". Lo probó una y otra vez, sonriendo cada vez que la cremallera hacía su trabajo. "Es asombroso. ¿Dónde conociste al hombre que te vendió estos pantalones?"

"Londres". Nadine se encogió por dentro. Más mentiras.

"¿Tenía más como ellos?"

"Tiene una tienda".

"Nunca he estado en Londres, pero he oído hablar de los confeccionistas de allí. ¿En qué calle tiene su tienda?"

Por su preparación sobre esta época, sabía que las damas de la tonelada frecuentaban las tiendas de moda de Oxford Street o Bond Street, en Mayfair, mientras que las tiendas y clubes para caballeros se agrupaban en los alrededores de St. James's Square.

"No recuerdo la calle. Espera, sí. Creo que era Ormond Yard".

La respuesta se encontró con un encogimiento de hombros de Deirdre. "Bueno, me sorprende que le venda pantalones a una mujer".

"Londres es un lugar muy diferente de Hythe".

"Estoy segura. ¿Pero *por qué* se los compraste?"

Las preguntas parecían no tener fin. "¿Por casualidad tienes un reloj? Necesito saber qué hora es".

"Está evitando la pregunta, señorita. ¿De qué le servirían los pantalones si realmente no debería llevarlos?"

"Siempre tengo frío. Y como a ti, también me impresionó mucho la cremallera. Pensé que podría usarlo... usarlo debajo de mi vestido".

"¿Llevabas estos pantalones debajo del vestido cuando te vi la semana pasada?"

"Absolutamente." Otra mentira.

Deirdre la miró con escepticismo. "Bueno, sé que no llevabas esas botas".

Observador. "No, no lo llevaba. Pero llevaba los pantalones". Andrew volvió a derribar los bloques. Nadine vitoreó.

"¿Otra vez?", preguntó.

"Otra vez", sonrió Nadine y luego se volvió hacia la madre. "Sobre ese vestido que me estás prestando..."

A Deirdre le costó apartar los ojos de los vaqueros, pero se los puso en el regazo y asintió. "Necesitas un vestido. Tengo uno en ese montón que debería quedarte bien. Tiene tres botones en la espalda y puedes ponértela por la cabeza. También necesitas una camisa, un corsé..."

"El vestido será suficiente". Al ver la expresión de estupefacción en el rostro de Deirdre, Nadine creyó oportuno explicarse. "Tengo todo lo que necesito en mi habitación del Swan. Simplemente necesito algo que ponerme para llegar. Si tienes un chal, incluso, para mantenerme seca".

"Haré un intercambio contigo por un chal."

"Por supuesto". Pensó que Deirdre pediría más medicina para Andrew. Pero Nadine le había dado lo que podía. Lo que le quedaba era el inhalador, y eso estaba en su bolsa en las montañas de Colorado. "Puedo pagarte... cuando vuelva".

"Dinero no. Te cambio un chal por estos pantalones con... ¿qué era? Ah, sí, la cremallera".

Por su mente pasó la posible complicación de darle esos pantalones a Deirdre. Sin duda, la joven madre enseñaría los vaqueros a otras personas del pueblo. Incluso podría llevarlos al día de mercado. Se correría la voz. Un ingeniero o un inventor podría enterarse. Podría ser un desastre.

Si Nadine conseguía mantener la historia, la cremallera no debutaría hasta la Exposición Universal de Chicago de 1893. E incluso entonces, no tendría mucho éxito. Los primeros prototipos eran voluminosos, caros y no se consideraban adecuados para la ropa. Eso no ocurriría hasta 1917, cuando Gideon Sundback, un ingeniero de diseño sueco-estadounidense, consiguió desarrollar una cremallera funcional que utilizaba dientes entrelazados que se unían y soltaban fácilmente mediante un deslizador y un tirador acoplados.

Darle estos vaqueros a Deirdre podría crear más que una onda en la historia. En esta época, aún no tenían la tecnología lo suficientemente avanzada como para duplicar el mecanismo, pero podría dirigir la revolución industrial de forma inesperada. Esa onda podría convertirse en una ola. Y si la persona adecuada, o la equivocada, se hacía con estos vaqueros, la ola podría convertirse en un tsunami.

"¿No necesitas salir de aquí?" Deirdre señaló hacia la puerta. "¿Qué pasó con la prisa, prisa, prisa?"

"Tengo que darme prisa".

"Un chal para los pantalones".

"No puedo, Deirdre. Me las arreglaré sin chal".

"Los pantalones para el vestido y un chal. Y puedes quedártelos".

Nadine fulminó con la mirada a la otra mujer. "¿Estás diciendo que no me prestarás un vestido si no dejas esos pantalones?"

Deirdre levantó la comisura de los labios. "Soy costurera. Aprecio las cosas nuevas. ¿Y no he protegido tus secretos?"

"No tengo... secretos".

Deirdre soltó una carcajada. "Ahora, eso es una mentira, y ambos lo sabemos. Pero, ¿no te he abierto la puerta y te he dado la bienvenida a mi casa aunque andes por ahí vestida de hombre?"

Era la única persona en Hythe en la que Nadine podía confiar. Era su única aliada. "Es verdad. Has hecho todo eso."

"Sé que esto no es más que una novedad de moda para ti. ¿Pero para mí? Es un tesoro". Subió y bajó la cremallera un par de veces más. "¿Quieres mantenerte caliente y seco? Incluso te prestaré mi capa".

Deirdre era persistente, por lo menos. Quizá Nadine consiguiera que le prometiera que no enseñaría los vaqueros a nadie más. Pocas posibilidades, pensó.

Quizá, pensó Nadine, se estaba preocupando demasiado. Es cierto que en aquella época no había cremalleras ni elásticos ni velcro, pero la gente seguía sin tener problemas para abrocharse la ropa con botones, cordones, corchetes, broches, alfileres y hebillas. Y como la tecnología no estaba lo bastante avanzada como para fabricar una cremallera, quizá nadie le viera ninguna ventaja.

"Muy bien. Haremos un intercambio. Puedes quedarte con los pantalones. Pero sólo si me encuentras otra cosa que ponerme ahora".

El sol bien podría haber salido dentro de la cabaña. Deirdre irradiaba alegría. E inmediatamente, todo lo que Nadine necesitaba en forma de ropa apareció milagrosamente ante ella.

Se cambió rápidamente. El vestido le apretaba en los hombros, pero Nadine metió los brazos en las mangas. Deirdre se abotonó la espalda. La capa era demasiado corta, pero no importaba. Encontró al pequeño Andrew sentado junto a la puerta, sacudiéndose el barro seco de las botas. Nadine depositó un beso en el pelo del niño y se las puso.

"¿Todavía te preguntas por la hora?" preguntó Deirdre.

"¿Tienes un reloj en la cabaña?"

Deirdre sacó de su vestido un pequeño reloj del tamaño de un medallón. "Faltan cinco minutos para las once. Será mejor que te des prisa".

¿No preguntó a qué hora la habían metido en la cabaña? Nadine estaba segura de que sí, y la respuesta fue que escuchara las campanas de la iglesia. Sacudió la cabeza para no pensar en la astucia de la otra mujer.

¿Tenía tiempo de ir a cambiarse a la posada? Eso sería ir demasiado rápido. Tenía que ir directamente a Churchill House y retrasar al capitán.

"¿Parezco una aldeana?" Se irguió.

"Ah, esos secretos tuyos", dijo Deirdre. "Cuida tu acento, no hables demasiado y no enseñes esas botas tuyas. *Podrías* engañarlos".

Nadine esperaba precisamente eso. Tuvo que engañar a mucha gente para lograr lo que tenía que hacer.

La lluvia arreciaba con más fuerza que antes, y las campanas de la lejana iglesia repicaban débilmente a las once, confirmando la hora. El viento la azotaba y el jardín era un pantano cenagoso. El barro le chupaba los tacones de las botas, y la capa y el vestido que llevaba debajo estaban salpicados de barro hasta las rodillas antes de haber dado unos pasos. En Churchill

House causaría una gran impresión al pedir ver al capitán, pero no tenía remedio.

Al acercarse a la puerta del camino, Nadine resbaló con una piedra plana y la capucha de la capa le cayó sobre los ojos. Cuando levantó la mano para aclarar su visión, su pie chocó contra un bloque sólido. No pudo frenar la caída y cayó de bruces sobre una larga caja.

No una caja, un ataúd.

"No puede ser", murmuró.

No había ningún ataúd dentro de esta puerta cuando ella llegó. Tampoco lo había minutos antes, cuando miró por la ventana.

"Oh, no."

Por lo que pudo ver, era el mismo que la transportó a Colorado. Pero, ¿cómo pudo volver aquí?

Se levantó de un empujón.

¿Podría un objeto dejado atrás en un salto temporal seguir al viajero? Esto no le había ocurrido nunca.

Oyó un ruido y la tapa se movió. Alguien la estaba empujando desde dentro.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, se levantó de un salto y se quedó mirando. Le costaba creer lo que estaba pasando,

Atónita, Nadine vio cómo apartaban la tapa del ataúd y Xander se incorporaba.

Capítulo Veinticinco

"¿XANDER?"

La voz procedía del otro extremo de un largo túnel.

Parpadeó ante la luz, tenue y gris como era. ¿Dónde estaba?

En lo alto de una pequeña colina, una casita con techo de paja estaba en medio de un huerto. Al menos, parecía un huerto. Ahora mismo, era un pozo de barro. El edificio parecía el decorado de una película. Inmediatamente, sintió arcadas por el olor. El olor a mierda de animal competía con el olor a pescado muerto. La mierda de animal parecía estar ganando.

¿*Qué demonios?* Estaba sentado en una caja. Era el ataúd que había estado en su garaje hacía un minuto. Pero ahora bien podría haber sido un barco, teniendo en cuenta la forma en que el agua fangosa se precipitaba por el camino a su alrededor. La lluvia le golpeaba la cabeza, los hombros y las piernas, empapándole.

"Xander, ¿qué haces aquí?"

Nadine. Reconoció la voz. ¿Dónde estaba? Podía oírla, pero no podía verla. Y le costaba demasiado mover la cabeza.

Su cráneo debía pesar al menos cien kilos. Su voz provenía de algún lugar entre las nubes. Intentó levantar una mano para limpiarse la lluvia de la cara, pero sentía los brazos como fideos recocidos. Una excavadora debía de haberle pasado por encima. Y el dolor no acababa ahí. El corazón se le acelera y, de repente, siente un fuerte dolor de cabeza. Y era la madre de todos los dolores de cabeza.

¿Tenía un ataque al corazón? Tal vez sólo un ataque de pánico, pensó esperanzado. No podía estar muerto, o no le dolería tanto. ¿Qué le estaba pasando?

"Que me jodan", murmuró, sintiendo que se le revolvía el estómago. Dios, iba a vomitar.

Xander se dio la vuelta e intentó trepar por el borde de la caja. Un momento después, estaba a cuatro patas en el barro frío. Sus manos se hundieron en el fango.

Respiró hondo para no vomitar, pero no fue muy buena idea. El olor a tierra y estiércol le llenó la cabeza y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Tuvo varias arcadas y trató de respirar mientras el agua fangosa que corría a su lado se llevaba su vómito.

Lesión en la cabeza. Conmoción cerebral. Tenía que serlo. Tenía todos los signos. Lo último que recordaba era haberse caído en su garaje. El suelo debía estar resbaladizo. No recordaba haberse golpeado contra el suelo, pero debió hacerlo. Tuvo que haberse golpeado fuerte la cabeza.

La voz de Nadine sonaba más cercana ahora. "No puedo explicarlo, Xander. No sé lo que está pasando. No deberías estar aquí".

"Pertenezco a este lugar", consiguió murmurar por las dudas, aunque no tenía ni idea de

dónde estaba. Sólo sabía que llovía, que soplaba un viento frío y que todo olía mal. Pero al menos, Nadine estaba aquí.

"Tenemos que moverte. No puedes sentarte aquí. Si alguien te ve, estamos en serios problemas. "

"No, eso es bueno. Necesito un médico. Y no estoy sentado".

Ya no podía ver ni sentir sus manos en el lodo helado. El suelo se lo estaba tragando. En unos minutos, habría desaparecido. Enterrado. Ya podía sentir gusanos trepando por sus brazos.

"Joder, quítame estas cosas de encima". Empujó hacia atrás hasta arrodillarse. Subiéndose las mangas hasta el codo, intentó alcanzar a las criaturas que se arrastraban. "Aléjense."

"No pasa nada. Tranquila. Lo que estás sintiendo, esa sensación espeluznante y rastrera, no es real. Te lo estás imaginando. Ocurre cuando das un salto en el tiempo. Los nervios de tu cuerpo aún se están asentando, reconectando los puntos. Créeme, Xander. No hay nada ahí".

Se miró los brazos desnudos, ahora manchados de barro. Nadine siempre tenía una respuesta. Aunque casi nunca tuviera sentido.

"Tal vez tú tampoco estás aquí", dijo. "Tal vez me estoy imaginando tu voz".

"Xander, mírame".

No iba a hacer el ridículo. Siguió mirándose los brazos, preguntándose por qué no podía ver los gusanos que aún sentía arrastrándose por su piel. Sólo la lluvia golpeándole.

"Te fuiste. Me golpeé la cabeza. Prometiste quedarte en el coche y esperarme. Pero ni siquiera pudiste despedirte. Dos veces, ahora. Dos veces, lo has hecho. Y maldita sea, Nadine, duele".

"Xander, intenté decírtelo".

"Estoy soñando que estás aquí. *Quiero que estés aquí*. Pero no conseguimos lo que queremos, ¿verdad? No contigo. Nunca contigo".

"Los dos estamos aquí. Me has seguido". Su cara se movió en su línea de visión. Su hermoso rostro, enmarcado por una capucha. Estaba agachada frente a él. "No sé qué pasó o cómo lo hiciste, pero me seguiste a través del tiempo, Xander. No creo que eso se haya hecho antes. No por alguien de 2022".

Ella estaba tejiendo sus locas historias de nuevo. Pero era su rostro lo que le tenía embelesado. Las gotas de lluvia brillaban como joyas en sus pestañas y mejillas. Tenía los labios húmedos. Parpadeó, esperando a que desapareciera. Estaba seguro de que lo haría. Pero su imagen se hizo más nítida.

"Escúchame", continuó. "Estás en peligro. Ambos estamos en peligro si alguien te encuentra aquí, vestida así".

Se inclinó hacia atrás para ver lo *que* llevaba puesto. Un vestido gris bajo una capa con capucha, mojada y embarrada. "Te dejaste la ropa en mi armario. ¿Cómo la recuperaste? ¿Hay un departamento de vestuario en este plató? ¿Te descuentan el sueldo cuando te dejas cosas?".

"No puedes decir esas cosas", dijo rápidamente, mirando a su alrededor. "Intenta ponerte de pie. Coge mi mano. Ambos estamos demasiado expuestos aquí".

La madre de todos los dolores de cabeza se había convertido en la madre de todos los sueños. La cogería de la mano y la seguiría al infierno si se lo pidiera. Xander extendió una mano embarrada y ella le ayudó a levantarse.

Se tambaleó y estuvo a punto de caerse, pero ella le agarró por el codo y le empujó para que se mantuviera erguido.

El mundo a su alrededor se tambaleó por un momento, pero la lluvia punzante en su cara le ayudó a enderezar las cosas y se concentró. Su idea inicial era correcta. Esto tenía que ser un

plató de cine. O uno de esos "museos vivientes" como la plantación de Plimoth Patuxet o el viejo Williamsburg. Sin duda iba vestida para ello.

La casa de campo más cercana parecía sacada de una película de televisión sobre brujas de Salem. Había un cobertizo destartado con una valla baja de madera alrededor y un retrete en el extremo del jardín. Al otro lado de una verja, un camino embarrado serpenteaba hacia otras dos casas, a cierta distancia. Los edificios aparecían y desaparecían entre la niebla y la lluvia. Todo tenía un aspecto gris. Era como si viera el mundo a través de un filtro.

Todo lo que podía decir era que también habían hecho mucho para que los olores fueran realistas. Aunque no entendía por qué se tomaban tantas molestias para hacer una película. Él era de ciudad, pero incluso para él este barro olía a mierda de vaca. Había otro olor desagradable y dulzón en el aire y, al cabo de un momento, recordó de qué se trataba. Cerdos. Había pasado junto a unos cuantos en Pennsylvania.

"Da un paso, Xander".

El mundo volvió a girar en el momento en que él avanzó un pie. Nadine lo intentó, pero no pudo sostener su peso y cayó de rodillas.

Curioso, pensó. Ni siquiera lo sintió.

"Dame la mano. Vamos a intentarlo de nuevo."

"No, estoy bien aquí, gracias." No recordaba haber estado tan cansado en mucho tiempo, tal vez nunca. Tal vez estaba luchando contra la gripe, y todo esto era el producto de la fiebre y la alucinación. Tenía que serlo. ¿Qué le pasó a Colorado?

Xander asentó el trasero en el barro y apretó la espalda contra la caja. Tenía los pantalones empapados. El viento era gélido y el barro en el que estaba sentado bastante frío, pero la temperatura era mucho mejor de lo que recordaba, teniendo en cuenta la ventisca que acababan de sufrir.

"Eso fue un deshielo rápido. ¿Qué pasó con toda la nieve?"

"Ya no estamos en 2022. No estás en Colorado. Has viajado en el tiempo. Estamos en Hythe, Inglaterra. Tú y yo somos intrusos aquí. ¿Estás escuchando? No nos pueden encontrar. A la gente de aquí no le gustan los extraños".

Las frases eran entrecortadas. La voz de Nadine subía de intensidad, cada segundo más fuerte.

"Por mucho que me gustaría quedarme en el set de rodaje y verte trabajar, ahora mismo necesito una cama. Necesito una siesta".

"No puedes tomar una siesta. Ayúdame, Xander. Me estoy poniendo ansiosa. Y cuando me pongo ansiosa, mi asma regresa. Y eso sería un desastre. No hay médicos ni hospitales con nadie que tenga idea de cómo tratarlo. No aquí. No en el año en que estamos. Me dejé la medicación en el restaurante de Colorado".

Palpó los bolsillos del chaleco. Llevaba algo suyo, pero no recordaba qué era.

Un animal baló en algún lugar lejano. Apenas podía oírlo con el viento que soplaba, pero pensó que era una cabra.

"Creo que estoy oyendo cosas. Realmente quiero dormir. Sólo unos minutos".

"Por favor, Xander. Levántate. Alguien podría venir hacia aquí".

El sonido de la respiración le trajo un viejo recuerdo. ¿Su madre también estaba aquí? Xander levantó la vista y vio a Nadine inclinada sobre él. Tenía la cara enrojecida y respiraba con dificultad.

Su bolso no estaba en el restaurante. Lo había tenido con él en su garaje. ¿Todavía la tenía? Metió la mano detrás de él en la caja. La sacó.

"Yo lo tengo. Está aquí mismo".

"Gracias a Dios. Nadine se lo quitó y buscó en su interior, sacando el dispositivo del tamaño de un pulgar que él le había visto usar antes. La vio respirar profundamente un par de veces. Y la medicación hizo efecto casi al instante.

"¿Podríamos parar en un CVS o en un Rite Aid? Quiero comprar un par de estas cosas".

"Claro, lo haremos más tarde". Abrió la parte delantera de su capa y se echó la bolsa al hombro, tirando de la capa por encima. "Vamos. Levántate."

"¿Necesita una receta para ello?"

"Te conseguiré una receta".

Oyó más cosas extrañas. El sonido de un caballo relinchando. Luego el crujido de un carro. Y voces. Dos hombres discutiendo. No pudo distinguir los acentos.

Nadine tiró con fuerza de su brazo y Xander cooperó, luchando por ponerse en pie. Ella lo empujó paso a paso.

"¿Adónde vamos? ¿Puedo ser un extra?"

"Eres extra", susurró. "Problemas extra que no necesito ahora. Baja la voz".

Nadine y él caminaban tan rápido como podían por el barro. A ambos lados del sendero brotaban hileras de plantas, pero las jóvenes hojas verdes se habían hundido en el barro a causa de la lluvia. Entre las hileras había charcos de agua.

Creyó que Nadine le llevaba a la cabaña. En lugar de eso, le dirigió hacia el cobertizo.

Por encima de su hombro, vio un carro desvencijado tirado por un pequeño caballo. Apenas se veía a través de la niebla. Dos hombres paseaban al caballo.

El camino pasaba justo por la verja del fondo del jardín. También llevaban trajes de época. Xander se dio cuenta de que la discusión no iba en serio, porque uno de ellos se echó a reír antes de romper a toser.

Nadine trepó por la valla baja y lo introdujo en el recinto con ella. Se deslizaron por el lateral del cobertizo. Dos cabras les miraban desde debajo de un saliente bajo.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Nadine se empujó contra él, presionando la espalda de Xander contra la pared. Volvió la cara hacia él. Su voz era el más suave de los susurros.

"Viaje en el tiempo. ¿Recuerdas lo que te dije?"

Xander la miró con el ceño fruncido. Nunca se había creído sus historias. Simplemente le reconocía el mérito de ser una buena narradora. Seguía sin creérselo.

"Refréscame la memoria".

"Me estoy repitiendo, pero es esencial que recuerdes estas cosas. Ahora estamos en el año 1811. Esto es Hythe, Inglaterra."

"¿He dormido durante el vuelo?"

"Tómate esto en serio, Xander. No es ninguna broma. Tú y yo podríamos ser arrestados. Podrían ejecutarnos". Hizo una pausa. "Shh."

El carro pasaba justo por delante de la puerta del jardín.

Xander la miró a los ojos. La preocupación era real. Nunca la había visto tan nerviosa. Ni siquiera cuando la atacó la ardilla asesina en su porche.

"No hemos hecho nada malo", susurró. "¿Por qué nos arrestarían?"

"Las leyes en esta época son diferentes. Nosotros somos diferentes. Venimos del futuro. Pero los lugareños no se lo creen". Hizo una pausa, escuchando.

El carro chirriante y las voces se alejaban.

Xander miró a su alrededor, buscando cámaras, gente entre bastidores. No había nada. Sólo la miserable lluvia que caía a cántaros y el hedor.

Volvió a centrar su atención en él. "Hemos dado un salto cualitativo hacia una época de agitación. Hay una gran incertidumbre y desconfianza hacia los extraños. El país está en guerra".

"¿Guerra con quién?"

"Con los franceses. La gente que vive aquí está al acecho de espías. Creen que Napoleón está listo para invadir en algún lugar de esta costa. Y no te molestes en decir que no somos franceses. No les importará".

Iba a decir eso. Ella le robó la frase.

Una de las cabras se había acercado. La criatura mordisqueaba la pernera de los vaqueros de Xander. La espantó.

"Por favor, presten atención. Nos vemos diferentes, y hablamos diferente. Supondrán que somos espías, que trabajamos para los franceses". Miró alrededor del edificio. "Se han ido ... por ahora. "Y tienes que recordar. Durante este período en Inglaterra, la mayoría de los crímenes se castigan con la horca. "

Se burló. "¿Como qué crímenes?"

"Robo. Robo de ovejas. Sodomía. Robo de cartas. Falsificación de documentos". Se apartó un mechón de pelo mojado detrás de la oreja y le miró fijamente. "Y ser extraños".

"¿Nos colgarán por ser forasteros?"

"*Les encanta* ahorcar a desconocidos. Es como el pasatiempo nacional". Le palpó el bolsillo. "¿Llevas la cartera encima?"

Se palpó el bolsillo del pantalón. "Lo tengo."

"¿Dinero en él?"

Asintió con la cabeza.

"Dirán que es falsa. Y la foto de tu carnet de conducir es obra del diablo".

"Esa es una forma de describir el DMV".

Nadine exhaló un largo suspiro y se encogió de hombros. Su voz era un susurro. "De alguna manera, te he metido en esto, pero voy a intentar sacarte. Enviarte de vuelta. Pero tienes que confiar en mí, Xander. *Debes* confiar en mí y hacer lo que te diga".

"De acuerdo. Era bueno siguiendo órdenes... cuando le convenía.

"Vuelvo enseguida."

Xander se apoyó en el cobertizo mientras ella cruzaba la valla para volver al jardín.

Se sentía más estable sobre sus pies. Las náuseas habían remitido. Y el entumecimiento de brazos y piernas había mejorado. La sensación de gusanos arrastrándose sobre él también había desaparecido.

Ahora le gruñía el estómago. Estaba hambriento. Haciendo memoria, no recordaba la última vez que había comido. Ni él ni Ken habían comido nada sustancial después de que Donna se pusiera de parto. Había llevado café y algunas barritas de proteínas en el coche. Pero eso era todo.

¿Fue ayer? ¿Hoy? ¿De verdad había viajado al otro lado del mundo? Y no sólo a otra zona horaria... ¿a otro siglo? Metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. La pantalla estaba en negro. Intentó reiniciarlo, pero no apareció nada. Estaba muerto.

Pensó en lo que le había dicho Nadine. No tenía motivos para mentir. No ahora. Estaba realmente preocupada por su seguridad. Y él no había estado preguntando; ella estaba ofreciendo información.

Pero era todo tan difícil de creer.

Tenía muchas preguntas. Pero esa era su historia con Nadine. Era tan difícil entender de qué se trataba. De dónde venía y a dónde había desaparecido.

Al menos, estaba con ella. La había encontrado. Eso era algo. ¿Y no era eso lo que él quería? Había dicho que confiara en ella.

Oyó un golpe húmedo procedente del otro lado del jardín. Cuando miró por la esquina del cobertizo, Nadine había resbalado en el camino embarrado. Se dirigía hacia el ataúd.

Fue tras ella y llegó justo detrás.

"Tenemos que esconder esto. Planteará demasiadas preguntas si lo dejamos donde está".

"De acuerdo. ¿Dónde?"

"Pongámoslo detrás del cobertizo".

Xander colocó la tapa encima y juntos arrastraron el ataúd por el sendero del jardín. Las cabras salieron a la lluvia para verlos trabajar. Nadine señaló una pila cercana de lona gruesa y cubrieron la caja con ella.

"Eso debería funcionar", dijo. "No sé si vamos a necesitar esto para llevarte de vuelta a Colorado, pero al menos lo tendremos aquí si lo hacemos".

Golpeó la caja con el pie. "Entonces, ¿este es nuestro DeLorean? Eso te convertiría a ti en Doc Brown y a mí en Marty McFly".

"No tengo ni idea de quién o de qué estás hablando".

"Por supuesto que no. Entonces, ¿qué sigue?"

Nadine frunció el ceño y miró hacia la cabaña. "Tenemos que darnos prisa, pero antes tenemos que parar aquí. Espero que mi amiga tenga algo de ropa que te sirva. Ella fue quien me prestó esto".

"¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?"

"Una mirada tuya y se formará una turba muy desagradable".

"Bien."

Se dirigieron hacia la cabaña y Xander la cogió de la mano cuando su bota resbaló en el barro. Su piel era cálida y el agarre fuerte.

"Esta mujer es nuestra única amiga aquí. Pero déjame hablar a mí. Menos es más de ti".

"Menos es más", repitió.

Antes de llegar a la cabaña, la puerta se abrió de golpe.

"Dejen de arruinar mi jardín, ustedes dos, y explíquense. En este instante".

Xander entendía ahora lo que decía Nadine sobre los acentos. Esa gente hablaba de otra manera.

La mujer estaba de pie en la puerta, con las manos firmemente plantadas en las caderas. Llevaba el pelo rubio oscuro recogido en la nuca. Sus ojos marrones eran grandes y brillaban con fuego. Llevaba un vestido largo gris con un delantal blanco manchado de manchas. Llevaba las mangas subidas hasta los codos y parecía lo bastante nerviosa como para pelearse con los dos.

Un niño asomaba por detrás de sus faldas con ojos del tamaño de platillos. No es de extrañar que estuviera lista para la batalla.

Nadine se volvió hacia Xander. "Esta es mi amiga Deirdre. Ella nos ayudará".

"¿Ayudarte? ¿Estás loco? ¿Qué haces trayendo a un extraño a mi puerta?" Señaló con el dedo a Xander. "¿Ha brotado en mi jardín cuando estabas dentro? ¿De dónde ha salido? ¿Quién es?"

"Este es mi marido". Nadine apretó su mano y la soltó. "Sr. Finley. *Acaba de* llegar a Hythe".

Finley, pensó Xander. Le estaba dando su apellido, lo cual estaba muy bien. No sabía cómo encajaría su propio apellido, Nouri, de origen persa y árabe, en el mundo de la Inglaterra de 1811.

Espera, espera. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Realmente estaba empezando a creer todo lo que estaba pasando aquí? ¿Viaje en el tiempo? Se asomó al interior de la oscura cabaña, esperando

ver un equipo de cámaras. No había nada.

"El autocar no llega hasta el mediodía".

"Entrenador contratado".

"¿De dónde ha salido? ¿Por qué no te esperó en el Cisne?"

"Ha venido de Londres."

"¿Es así? ¿Y supongo que apareció por *casualidad* en mi puerta? ¿Vestido así... así?". Su mirada lo recorrió de pies a cabeza. "¿Y qué lleva puesto?"

"Bueno, el sastre del que te hablé..."

"Ni siquiera, señorita. No voy a escuchar ninguna mentira. A ti puedo manejarlo. ¿Pero ustedes dos?" La mirada del pequeño iba de Nadine a él y viceversa. Deirdre apartó al niño de su vista. "Ya conoces mi situación. No puedo permitirme que me arresten por ayudar a gente como vosotros dos a traer peligro al pueblo".

"No... no somos peligrosos. Puedo pagar lo que nos presten y explicarlo todo".

"Déjame adivinar. Me lo explicarás más tarde. Más tarde. Siempre más tarde. Y eso será después de que pidas prestada más ropa y vuelvas aquí con dos más como tú. No soy caridad, señorita. Y estoy cansado de secretos. ¿Qué razón tengo para confiar en usted?" Señaló el camino. "Ya es bastante malo que lleves mi capa. Ahora, sigue tu camino, o gritaré asesinato sangriento y traeré a los guardacostas sobre ti".

Los guardacostas. Xander recordaba que Nadine le había dicho que la perseguían unos guardacostas cuando la encontró en aquella carretera de Colorado. No le creyó.

Deirdre dio un paso atrás para cerrar la puerta.

"¿Puedo decir algo?" Dijo Xander. Se imaginaba que los dos debían de dar una buena imagen. Como dos ratas embarradas y medio ahogadas.

Deirdre mantuvo la puerta ligeramente entreabierta, mirándole con desconfianza. Nadine negó con la cabeza.

"Señorita Deirdre. Es un gran placer conocerla." Se sentía como un vendedor de paneles solares, yendo de puerta en puerta. "Antes de seguir nuestro camino, me gustaría darle las gracias. Soy Xander... Finley. Y te estoy muy agradecido por toda tu amabilidad con Nadine desde el primer momento en que os conocisteis".

"¿Cómo sabes de mi bondad? Acabas de llegar".

"Era... su carta". Xander no era un historiador, pero no estaba totalmente despistado. "Me ha estado enviando cartas, y mi amada esposa me ha hablado de usted... y con gran afecto. Usted y su hijo..."

"Andrew", añadió Nadine.

"Sí. Andrew."

La puerta se abrió unos centímetros más y Deirdre miró a Nadine.

"¿Dónde ha estado enviando cartas? ¿Dónde ha estado?"

"Vivo en América".

"Bueno, eso explica por qué hablas tan raro". Se burló, y entonces la sospecha volvió a nublar su rostro. "Pero sólo la conozco desde hace menos de quince días. ¿Cómo pudieron llegarle sus cartas? ¿Y ahora estás aquí? Nada de esto tiene sentido".

"Soy *de* América, pero he estado en Londres". Sonrió. Desde que era pequeño y hacía travesuras en su apartamento de Queens, su madre siempre decía que podía encandilar a un cocodrilo con su sonrisa. También intentaba enunciar sus palabras, imaginando que así se parecería más a cómo hablaba la gente en 1811.

"Y como dijo mi querida esposa, he llegado hoy y he venido en su busca". Cuando se trataba

de lugares y distancias y de cuánto se tardaba en enviar una carta a Londres o en viajar desde allí hasta aquí, Xander sólo podía esperar estar acertando. Estaba improvisando... y mucho. "De todos modos, nos pondremos en camino. Gracias de nuevo por su amabilidad y hospitalidad".

Volvió a inclinarse y cogió la mano de Nadine.

"Eres un caballero, ¿verdad?" comentó Deirdre, abriendo la puerta de par en par. "Bueno, por qué no entra y veré qué puedo hacer".

Capítulo Veintiséis

QUINCE MINUTOS.

Nadine tenía quince minutos para llegar a Churchill House antes de que el autocar llegara al Swan. Con un poco de suerte, las lluvias al oeste lo habrían retrasado.

Deirdre volvía a ser su mejor amiga, gracias a Xander, su pretendido marido. A Nadine le sorprendió la respuesta de la joven madre. Una mujer casada, con un hijo y un marido ausente se jugaba mucho si la acusaban de ayudar a espías enemigos. Sin embargo, el atractivo aspecto de Xander y su carismática presencia la conquistaron.

Sin dudarlo, le ofreció un gabán y un sombrero de copa, que Xander aceptó con muestras de gratitud. El sombrero pertenecía a su marido desaparecido, el gabán a un cliente, y ella no había mostrado ninguna inclinación al trueque. De hecho, no le había puesto ninguna dificultad y no había habido un aluvión de preguntas.

Con las mejillas sonrojadas, Deirdre parecía hipnotizada por el encanto de Xander y no podía hacer más por él. Ni siquiera pareció fijarse en su chaleco, a pesar de que su cremallera, sus botones a presión y su tejido con aislamiento sintético no se parecían a nada que hubiera visto o *fuera a ver* en su vida. No había necesidad de buscarle una camisa, un chaleco, una chaqueta o unos calzones. Todavía no. El abrigo era lo bastante grande para cubrir los vaqueros, el chaleco y el jersey de Xander. Sus botas ya estaban llenas de barro y no llamaban la atención.

Deirdre se entristeció visiblemente cuando tuvieron que marcharse. No podían quedarse más tiempo, pero Nadine aceptó la media hogaza de pan que le tendió la mujer, envuelta en un paño. La metió en el bolso, consciente de los efectos secundarios que Xander sufriría en breve.

Al salir de casa de Deirdre, se le ocurrió que, aunque la presencia de Xander creaba serias complicaciones, sería mucho más fácil moverse por el pueblo con un hombre dando zancadas a su lado. El hecho de ver a una mujer sola y extraña en el pueblo ya le había causado problemas.

Mientras atravesaban la parte baja de la aldea, pensó en cómo actuar. Su plan original se había ido al infierno. No habría forma de sacar a Charles Gordon de Hythe antes de que llegara Jane Austen. Sospechaba que la lluvia ya había arrasado la carretera en dirección a Canterbury. Con la embestida de la tormenta, nadie saldría del pueblo en ninguna dirección.

Necesitaba un nuevo plan.

Aunque no sabía exactamente cómo iba a completar su misión, lo lógico era reunirse con el capitán antes de que él y Austen se reencontraran. Entonces podría presentarse una oportunidad, y Nadine podría improvisar sobre la marcha.

Dejando de lado ese pensamiento por el momento, se centró en sus problemas inmediatos. Cuando le dieron los detalles del encargo, no había forma de saber *cuándo* se reunirían hoy los dos ex tortolitos. ¿Sería esta noche? ¿Mañana? La lluvia iba a seguir cayendo y las carreteras no

estarían transitables hasta dentro de uno o dos días. Simplemente no había constancia de la dirección que tomaría el romance entre Austen y Gordon.

"Buenos días."

Sacudida por sus pensamientos, Nadine levantó la vista sorprendida cuando Xander se tocó el ala del sombrero y saludó con la cabeza a una mujer que pasaba junto a ellos. La aldeana llevaba a un niño a su lado y lo miraba con interés, a pesar de la lluvia torrencial.

"No hables con la gente", advirtió Nadine en voz baja. "No llames la atención".

Avanzaban por el camino embarrado hacia el puente del canal.

"Me sonrió".

"Por supuesto que sí".

El hombre medía más de un metro ochenta, tenía una barba poblada y era un desconocido, pero los modales amables de Xander y su amplia sonrisa estaban destinados a atraer miradas.

"Si alguien me sonríe, le devuelvo el gesto".

"No te vas a presentar a alcalde de Hythe."

"¿Cómo es el gobierno de la ciudad? ¿Tienen alcalde? ¿Cuánta gente vive aquí?" No esperó respuesta. "Parece una ciudad pequeña y agradable. Un poco húmeda, pero agradable".

Se burló. "Daremos un paseo por la horca más tarde".

"¿Aceptan dólares americanos aquí?"

"No, ellos..."

Xander no esperó respuesta. Cambiando de dirección, se dirigió hacia un par de tiendas. Una de ellas era una panadería. Nadine le cogió del brazo y tiró de él hacia el camino correcto.

"Te sorprenderá saber que no aceptan dinero impreso doscientos años en el futuro. Además, no tenemos tiempo de parar".

"Si no tenemos dinero, ¿cómo vamos a comprar comida? Tenemos que comer".

"Bueno, gracias a que me has traído la bolsa, tengo algunas monedas de época. Y en mi habitación del Cisne -la posada donde me hospedo- también tengo algunos billetes que podemos usar".

"¿Me prestas algo de dinero ahora?"

"No."

"Puedes ir y hacer lo que tengas que hacer".

"No."

"Cuando termines, puedes volver a buscarme".

"De ninguna manera. No puedo perderte de vista".

Miró con nostalgia por encima del hombro hacia la panadería que tenían detrás. "En serio, no recuerdo haber tenido nunca tanta hambre. Y sediento".

"¿Recuerdas lo mal que me puse la primera noche que llegué a Colorado?"

"¿Cómo podría olvidarlo?"

"Comí y bebí demasiado y demasiado rápido. Cuando das un salto cualitativo, es mejor esperar y mantener el ritmo".

"Estoy a favor del ritmo. Pero tenemos que empezar en alguna parte, ¿no? Aún no me han ofrecido nada de comer".

Tenía razón. Ella lo sintió por él. Metió la mano en el bolso, sacó el pan envuelto y se lo dio.

"¿Qué es esto?"

"Pan, pero eso es todo lo que puedes tener hasta más tarde."

"¿Cuánto más tarde?"

"Te lo haré saber cuando lo sepa".

Xander abrió la servilleta y dio un mordisco mientras caminaban.

Se paró en seco. "Cielos, pensé que habías dicho que era pan. Sabe a yeso".

"Sí. Bueno, ahí hay ingredientes que usarán en detergente para la ropa en un futuro no muy lejano".

"Me lo creo. ¿Cómo puede la gente comer esto?"

"¿Quieres saber la esperanza media de vida en esta época?"

Sus ojos se entrecerraron. "No, estoy bien."

Envolvió el pan y se lo devolvió.

"Y, para futuras referencias, es más seguro beber la cerveza que el agua".

"¿Por qué?"

"Cólera. Tifoidea. La calidad del agua es insalubre, si no letal".

Volvió a meter el pan en la bolsa, sabiendo que sería cuestión de tiempo que cediera y volviera a pedirlo. Había comido comida mucho menos apetitosa en sus años de viaje.

"Sería mucho más fácil si me dejás saber lo que está pasando. ¿Por qué estoy aquí?"

"En cuanto a por qué o cómo llegaste aquí, no tengo ni idea".

Nada tenía sentido. Sólo los Guardianes Escribanos estaban entrenados para saltar en el tiempo. Tras completar las tareas específicas de cada misión, los aprendices pasaban la mayor parte del tiempo haciendo ejercicio. Varias veces al día, durante meses, tenían que hacer flexiones, dominadas, abdominales y sentadillas, además de levantar pesas y correr. Aparte del acondicionamiento psicológico, sus cuerpos necesitaban acostumbrarse a que las partículas atómicas se dispersaran por el universo durante el salto a través de los bucles del giro espacio-temporal, y luego recuperarse al llegar. La fuerza y la musculatura ayudaron a esta transición.

Miró a Xander. Hacía dos años que no lo veía desnudo, pero no había olvidado la sensación de su cuerpo contra el suyo. Tenía la certeza de que seguía teniendo la misma impresionante musculatura bajo aquella ropa. Estaba claro que estaba en forma.

¿Pero cómo pudo iniciar el salto? ¿Y localizarla a tiempo? Aunque ya no lo utilizaba, Nadine tenía en su bolsa un dispositivo movilizador submolecular que ayudaba a iniciar el salto cuántico. Pero incluso con eso, un novato nunca sería capaz de manejarlo.

Era un misterio que ahora no tenía tiempo de resolver.

"No sé cómo he llegado aquí". Él la miraba con el ceño fruncido. "¿Pero qué *te trajo aquí*?"

"Intenté decírtelo en Colorado, pero no me creíste".

Se acercaban al puente sobre el canal. Con la subida de la marea y las fuertes lluvias, el agua había rebasado los muros de piedra del canal y subía por los bancos de barro. La gente se apresuraba todo lo que podía para escapar del diluvio, pero un par de obreros estaban de pie en el puente, observando la subida del agua. Llevaban bolsas de herramientas colgadas de los hombros y la lluvia resbalaba por sus sombreros de ala ancha y sus abrigo de piel de aceite.

Los dos comerciantes se giraron y los miraron al pasar. Xander se tocó el ala del sombrero y los hombres asintieron con la cabeza antes de darse la vuelta.

Nadine empezaba a pensar que llegarían a tiempo. Churchill House estaba más allá de High Street y al oeste de la iglesia.

"Tenía motivos para pensar que te lo estabas inventando", continuó Xander. "Los viajes en el tiempo no existen en 2022, aparte de lo que se ve en algún programa de televisión o en una película. Y tú misma sabías que lo que decías sonaba inverosímil. Por eso no dijiste nada al respecto hace un par de años, cuando estuvimos en Las Vegas. Para ser sincero, todavía me cuesta hacerme a la idea".

Tenía razón sobre Las Vegas. Y estaba segura de que él tampoco la creería en Colorado, a

pesar de que había hecho todo lo posible por ser sincera al respecto. Eso es todo lo que sus explicaciones eran para él ... historias inverosímiles.

"La mayoría de la gente de mi época, del futuro, no lo entiende", admitió. "Es difícil creer que sea posible... hasta que uno mismo salta en el tiempo".

El corazón de Nadine se detuvo al ver a dos guardias armados que bajaban por la colina hacia ellos. Luchó contra el impulso de darse la vuelta y echar a correr. Sin embargo, su atención estaba centrada en la inundación que rodeaba el canal y apenas los miraron al pasar.

"Nunca hables con gente como ellos", advirtió una vez que estuvieron fuera de su alcance auditivo.

"¿Por qué?"

"Por ellos acabé en ese ataúd y di el gran salto a Colorado. Me perseguían".

Se detuvo y se volvió para mirarlos. "¿Esos dos?"

"No sé si fueron específicamente esos dos. Podrían haber sido ellos u otro par. Era de noche y estaba corriendo. Vámonos." Ella tiró de su brazo, pero no había forma de moverlo. "Xander, ¿qué estás haciendo?"

La miró fijamente con su mirada oscura y le cogió la mano. "Tengo que volver y darles las gracias. Imagina lo diferente que habría sido mi vida si no hubieras aparecido en aquella carretera en medio de la tormenta".

"Sí. Diferente y mejor".

"No. Peor. No me importa que el mundo sea un poco más tormentoso desde que llegaste, Nadine. Tú *eres* la tormenta. Dos veces has entrado en mi vida y la has puesto patas arriba".

Nadine no podía creer que él le estuviera haciendo esto ahora. Haciendo que se ablandara por dentro.

"Después de que desapareciste, te eché de menos. Te eché de menos más de lo que puedas imaginar". Apretó los labios contra la palma de su mano. "En mi mente, esos hombres hacen milagros. Creo que tengo una deuda de gratitud con ellos... por ti".

Las palabras eran románticas, pero los ojos de Xander decían mucho más. Intuyó que él estaría dispuesto a que los dos se quitaran la ropa y lo hicieran aquí mismo. Y cualquier trabajo que ella tuviera que hacer podía esperar.

Sabía cómo se sentía Deirdre. Este hombre sabía cómo despertar el encanto, cómo ser irresistible. Mirándole fijamente a la cara, no dudó de que hablaba en serio. Absolutamente follable. No había tenido sexo en dos años. Dos largos años. Desde la última vez que estuvieron juntos en Las Vegas.

Pero era algo más que esa atracción física. El hecho era que ella lo amaba. Y sabía que nadie en el universo, pasado o futuro, era tan feliz como Xander simplemente estando con ella. Aceptándola como era. Queriéndola.

Un carro crujió y golpeó mientras un caballo desaliñado cruzaba con dificultad el puente, sacándola de sus cavilaciones. El sentido común hizo acto de presencia de inmediato.

"No hacen milagros". Expulsó un suspiro frustrado y tiró de su brazo. "Si haces lo que te digo y me das un par de horas para volver a poner en marcha esta misión, te explicaré cómo el viaje en el tiempo tiene que ver con la ciencia de la relatividad, las geometrías del espacio-tiempo y el continuo de expansión y contracción de los giros en bucle. No hay magia, milagro o destino de por medio".

A instancias de ella, empezó a moverse de nuevo a su lado.

"¿De qué año del futuro eres?"

"En mi vida finita, es 2078".

"Esto tiene sentido. Es lógico que la tecnología y la ciencia hayan progresado mucho en cincuenta y seis años, ¿no?". No esperó a que ella respondiera. "Si miráramos cincuenta y seis años *atrás*, imagina la incredulidad que tendría alguien que viviera en 1966 si una persona tratara de explicarle los iPhones, las aplicaciones informáticas, el correo electrónico, los selfies, Netflix, Costco y los Tesla roadster".

Había despertado la mente inquisitiva del ingeniero.

"¿Seguirá por aquí en 2078?"

"¿Quién?"

"Elon Musk".

"No tengo tiempo para esto ahora, Xander".

"¿Qué tal Jeff Bezos?"

"Más tarde. Responderé a tus preguntas más tarde. Ahora mismo, tienes que actuar de forma que la gente crea que pertenecemos aquí en 1811".

"Eso va a ser difícil. No sé nada de esta época ni de este lugar".

"Sólo sígueme la corriente".

Un momento después, llegaron a la calle Mayor.

En ambas direcciones, los adoquines eran generalmente invisibles, sumergidos bajo profundos charcos de agua salpicados por la lluvia. Incluso las estrechas pasarelas elevadas que daban a las tiendas estaban cubiertas en muchos lugares. La niebla no era tan densa aquí, pero ella sabía que cuando cayera la noche, la visibilidad en la estrecha calle sería casi inexistente. Algunas personas se apresuraban a entrar en las tiendas. Había mucha menos gente de la que recordaba la última vez que había pasado por ese cruce durante el día. Más adelante, junto a la taberna White Hart, un vendedor de ostras y un niño empujaban un carro y anunciaban sus productos.

Nadine respiró aliviada. Frente al Cisne no había ningún carruaje, pero un par de mozos de cuadra esperaban junto al arco de entrada al patio interior y los establos.

Llevó a Xander a un pasillo que pasaba entre dos edificios y subía por la colina entre altos muros y setos.

"¿Adónde vamos? ¿Qué quieres que haga o diga cuando lleguemos?"

"No digas nada. Yo hablaré". Pensando en ello, decidió que estaría mejor con una breve explicación. "Vamos a Churchill House, que está en aquella colina, más allá de los edificios de High Street. ¿Ves la parte superior del campanario cuadrado de la iglesia?"

"¿Sí?"

"No está lejos de allí".

"¿Quién vive allí?"

"Sir Thomas Deedes y su esposa -la antigua Margaret Gordon- viven en Churchill House. El hermano de Lady Deedes, el capitán Charles Gordon, está de visita ahora mismo. Y mi misión es encontrar una manera de distraer al capitán y evitar que vuelva a conectar con Jane Austen mientras ella está varada en Hythe".

"La Jane Austen".

"Sí, *la* Jane Austen."

Xander parecía algo impresionado.

"¿Pero por qué haces esto?"

"¿Recuerdas lo que te dije sobre *Moby Dick* y...?"

"Y *el Rey Arturo* y cómo eres un Guardián Escribano y proteges la literatura".

"Estabas escuchando. Prestaste atención".

"Siempre presto atención. Pero hálame de Jane Austen otra vez. ¿De qué se trata?"

"Acabo de decírtelo. Tengo que evitar que el Capitán Gordon se reúna con ella hoy".

"¿Pero por qué?"

"Porque estos dos tienen una historia. Se conocieron hace diez años, y la experiencia fue más que amistosa. Había chispas reales entre ellos. Podría haberse convertido en algo serio si él hubiera tenido perspectivas. Pero él seguía siendo un oficial subalterno más o menos sin dinero en la marina, y a ella la convencieron de seguir adelante".

"Qué lástima".

"Lo que acabo de decirte sólo es relevante para nuestra... para mi misión si se vuelven a encontrar hoy".

"¿Porque...?"

"Porque con este encuentro casual, el viejo romance se encenderá de nuevo. El hipotético cambio de rumbo de la historia es que Austen y Gordon acabarán casándose".

Al ver las puertas de Churchill House, Xander volvió a detenerse. "¿Tu trabajo es romper su romance?"

Por lo que podía ver, no había nadie fuera. Nadie iba ni venía. Esperaba que el capitán Gordon estuviera felizmente atrincherado en un día tan miserable.

¿"Nadine"? ¿Por eso estás aquí? ¿Para impedir que dos personas encuentren una segunda oportunidad en el amor?"

Una segunda oportunidad en el amor.

Ella sabía lo que él estaba haciendo. Estaba trazando un paralelismo entre la relación de Austen y Gordon y la suya propia.

"Ellos no son nosotros, Xander", dijo ella con firmeza. "Viven en una época diferente. Su situación es única".

"Tú y yo vivimos en tiempos diferentes, y diría que nuestra situación es única".

"Ellos no son *nosotros*". Le presionó el pecho con el dedo índice, pronunciando cada palabra. "¿Qué sabes de su pasado? ¿Cómo fue que se convirtió en escritora?"

Volvió a mirar hacia la casa. Aún así, no salía nadie.

"Nada."

"De eso se trata". Le sostuvo la mirada. Necesitaba oírlo. "Jane Austen rechazó varias oportunidades de mantener relaciones duraderas con hombres a lo largo de su vida. Ahora mismo, es una solterona de treinta y cinco años al borde de la grandeza. Nunca hubo un Sr. Darcy o un romántico "felices para siempre" para ella. Y por eso se convirtió en una de las más grandes escritoras de la lengua inglesa. *Sentido y Sensibilidad, Orgullo y Prejuicio, Emma, Persuasión*, entre otras. Ella creía que el matrimonio sólo podía tener éxito si se cumplían ciertos criterios. Financieros y sociales, así como intelectuales. Los cónyuges debían respetarse mutuamente. Pero incluso si se cumplían esas condiciones, había responsabilidades que acompañaban al acuerdo matrimonial. Por desgracia, en esta época, existen responsabilidades y expectativas que le impedirían convertirse en *la* Jane Austen".

"Entiendo lo que dices, pero hay excepciones para todo. Tal vez Gordon es diferente. Tal vez él le permite ser todo lo que ella quiere ser. Todavía no entiendo cómo romperías su relación..."

"Mira, estoy aquí para hacer un trabajo". Nadine no quería que el sentimentalismo nublara la lógica. Ella no operaba en el mundo de las *posibles* excepciones. La historia no se podía reescribir, no en su línea de trabajo. "Usted es alguien que no tiene nada en juego aquí. No quiero ser dura, pero su comprensión del asunto es irrelevante. Ahora, vamos. Tenemos que hacer esto".

Enfadada, dio un par de pasos hacia la casa y se dio cuenta de que él no venía. Al darse la

vuelta, lo vio de pie donde lo había dejado. La lluvia goteaba del ala del sombrero de copa. Se estaba tomando todo esto como algo personal. No podía dejarle allí.

Al mismo tiempo, no podía explicar que *su* vida dependía de completar esta tarea. En el programa de escribas guardianes no se toleraban los fracasos. No había tres strikes. Si fallabas, estabas fuera. Y si ella estaba fuera, sus días de vida estaban contados.

"Xander, tengo una razón para hacer lo que hago". Le tendió la mano. "Por favor. Tienes que confiar en mí".

Con el ceño fruncido, acortó la distancia y se acercaron juntos a la casa.

Más allá de las puertas abiertas, un camino de grava de color claro rodeaba una gran isla de césped. La lluvia caía a cántaros sobre los amplios charcos del camino. Nadine había visto fotos por satélite antes de venir a su misión y sabía que Churchill House era una casa de campo impresionante. También había venido aquí todos los días, preguntando por el capitán Gordon antes de saltar a la época de Xander.

El edificio de piedra se elevaba tres pisos, con cuatro frontones altos y un ala sur paralela a la línea de colinas. Filas de ventanas rectangulares adornaban la fachada del edificio, y una docena de chimeneas eran visibles por encima del reluciente tejado de pizarra.

Una pasarela arqueada conducía a una terraza de piedra frente al mar, invisible ahora por la lluvia torrencial. A la derecha, el camino conducía a los establos y, más allá, a los campos y granjas.

La adrenalina aceleró su pulso mientras subían los escalones y su mente estudiaba detenidamente las fabulaciones que estaba a punto de soltar.

La conexión que había planeado utilizar en un principio aún podía funcionar. Su "padre" era un almirante conocido del capitán. Por sus investigaciones preparatorias, Nadine sabía que en aquella época 650 oficiales de la marina eran irlandeses -bueno, angloirlandeses- de nacimiento. Había varios con rango de almirante, y el hombre que el capitán Gordon conocía en Portsmouth era un tal almirante James Finley.

Miró a Xander, su pretendido marido. La complicación que se le presentaba ahora era que se estaba presentando como *la señora* Finley. Aunque usara la excusa de que ella y Xander eran primos y estaban casados y compartían el mismo apellido, ¿por qué iba a necesitar la ayuda de Gordon para algo cuando tenía un marido fornido a su lado?

Piensa, Nadine. Piensa.

¿Y qué pasaría si *les* invitaran a entrar? Xander llevaba ropa del siglo XXI bajo el gabán. Y su vestido bajo la capa no estaba a la moda ni le sentaba bien. Gritaba ropa prestada, no la ropa de la hija de un almirante.

Maldita sea. Estaba en problemas.

El tiempo para idear una estrategia terminó cuando la puerta se abrió y un lacayo apareció en el umbral. Lo reconoció. Era la misma persona a la que había sobornado para obtener información la semana pasada. Sólo el leve arqueado de una ceja demostró que la había reconocido. El lacayo miró a Xander y luego centró su mirada en algún lugar detrás de ellos.

Buscó en su bolso. En algún lugar de sus recovecos, había un maletín. Dentro tenía tarjetas de visita. Las tarjetas eran un accesorio necesario para una dama que llamaba a amigos o conocidos. Con la lluvia que caía, abrir el bolso para registrarlas sería un desastre. Nadine decidió proceder sin presentar ninguna tarjeta.

"Capitán Gordon, por favor", dijo. "Somos el Sr. y la Sra. Finley. Venimos por un asunto urgente y necesitamos ver al capitán".

"Mis disculpas, señora. Pero el capitán no está aquí, en este momento. ¿Quiere que le anuncie

a Sir Thomas? ¿O a Lady Deedes?"

Había evitado encontrarse con la hermana y el cuñado en sus visitas de la semana pasada, y haría lo mismo ahora.

"¿Ha salido ya el capitán de Hythe?", preguntó esperanzada.

Llevaba fuera más de tres días. Siempre era posible que se hubiera producido un error causado por el salto de otro Guardián mientras ella estaba en Colorado. Tal vez la situación se había auto-corregido, después de todo.

"No, señora. Está en el pueblo".

A Nadine se le hundió el estómago.

"¿Espera que vuelva pronto?"

"Sí, señora. Está esperando en el Swan al coche del mediodía. Se espera a un buen amigo del capitán, otro oficial de la marina".

El vagón del mediodía. El mismo en el que iba Jane Austen.

Capítulo Veintisiete

NADINE PARECÍA UNA POSESA. Agarrada del brazo de Xander, se apresuró a salir por las puertas y comenzó a bajar la colina hacia la calle Mayor.

"¿Qué hacemos ahora?"

"Conocer a Jane Austen en la posada."

"¿Y haciendo qué?"

"Distraerla. Sé lo suficiente sobre su historia familiar y la situación actual de sus hermanos como para encontrar una conexión."

"¿Y crees que funcionará?"

"Todo lo que tenemos que hacer es mantenerla preocupada por nosotros. Si podemos hacer eso, tal vez no se dé cuenta del Capitán Gordon".

Una ráfaga de viento hizo caer el sombrero de copa de Xander y empujó hacia atrás la capucha de la capa de Nadine. Ella esperó impaciente, ajustándose la capucha.

Pensó en cuántas personas irían en el autocar procedente de Plymouth y Brighton. ¿Sería Austen la única mujer que llegaría hoy? Si no, ¿la reconocería Nadine?

Tenía buenas imágenes de muchos de los escritores ingleses de los siglos XVIII y XIX. Se conocían imágenes de George Eliot, Charles Dickens, Thomas Hardy y muchos otros por retratos existentes y, más tarde, por fotografías. Jane Austen nunca se retrató formalmente. En vida, nunca llegó a ser tan famosa o rica como Fanny Burney, Maria Edgeworth, la Sra. Radcliffe o Sir Walter Scott; y su familia nunca esperó que llegara a tales alturas.

Aun así, Nadine disponía de varios artefactos que ayudaban a identificarla. El parecido más fiable era un boceto a lápiz y acuarela realizado por Cassandra Austen, la hermana mayor de Jane, cuando ésta tenía unos treinta y cinco años. Ese retrato informal sería pintado durante el otoño de ese año, y aún colgaba en la National Portrait Gallery de Londres.

Cassandra representaba a su hermana con mejillas redondas y sonrosadas y una nariz larga y puntiaguda. Ojos grandes de color avellana y rizos castaño oscuro. Llevaba uno de sus gorros preferidos, en lugar de una cofia.

También había otro cuadro, pintado por el reverendo James Daniel Clarke, bibliotecario del Príncipe Regente. Al parecer, había pintado el cuadro para sí mismo después de que la autora visitara Carlton House, la residencia del Príncipe, en 1815. El futuro rey Jorge IV era un gran admirador de la obra de Austen, y los registros demostraban que guardaba varios volúmenes de su obra en todas sus residencias. El cuadro se encontró en el "libro de la amistad" personal de Clarke y mostraba a Jane vestida con galas de época para la visita. Sin embargo, el cuadro no contribuyó a mejorar la imagen que Nadine tenía de la escritora, a excepción de confirmar la forma de su rostro.

Más allá de esos dos artefactos, lo que había eran descripciones dadas por personas que conocían a Jane Austen.

Un vecino la describió como "rubia y guapa, delgada y elegante, pero con las mejillas un poco demasiado llenas". Tras su muerte, el hermano de Jane, Henry, escribió: "Su estatura era la de la verdadera elegancia. No podría haber aumentado sin sobrepasar la estatura media... Sus facciones eran separadamente buenas... su tez era de la más fina textura". No es del todo útil.

Según Austen-Leigh, un sobrino nieto de Jane, "en persona era muy atractiva; su figura era más bien alta y esbelta, su paso ligero y firme, y todo su aspecto expresaba salud y animación. Tenía las mejillas redondas y llenas, la boca y la nariz pequeñas y bien formadas, los ojos color avellana brillante y el pelo castaño formando rizos naturales alrededor de la cara".

Todas las investigaciones de Nadine antes de llegar a esta misión confirmaron que Jane Austen era delgada y alta para los estándares de su época, con una buena postura y una hermosa tez. Era bastante optimista en cuanto a que la reconocería.

El camino estaba resbaladizo y les hizo ir más despacio, pero ella y Xander llegaron a la calle Mayor en pocos minutos.

El carruaje, que bloqueaba la mayor parte de la calle, se detuvo frente a la posada.

"Oh, no", murmuró.

Una empresa privada explotaba los autocares que circulaban por Hythe. Podían transportar a seis pasajeros en el interior y a más en la parte superior. Se decía que no era un viaje cómodo con este tiempo, aunque Nadine nunca lo había experimentado. Normalmente, esta parada sólo habría durado unos veinte minutos, dando tiempo a los mozos de cuadra para cambiar los caballos y a los pasajeros para ocuparse de sus asuntos personales.

Sin embargo, no había salido ninguna yunta de caballos del establo. El posadero, de rostro adusto, estaba de pie ante la puerta principal del Cisne, hablando con el cochero y el guardia armado sentado arriba. Los pasajeros ya habían bajado del carruaje y, por la expresión de sus caras, acababan de enterarse de que la carretera a Canterbury había sido arrasada.

"¿Qué vas a hacer ahora?"

Nadine se apresuró hacia la multitud reunida bajo la lluvia. "Si consigo encontrarla, aún estoy a tiempo. Aunque le haya visto, intentaré llamar su atención y mantenerla. No existe el amor a primera vista".

"No estoy de acuerdo", se burló.

Lo estaba haciendo de nuevo. Comparando su relación con la de Austen y Gordon. Ella no tenía tiempo para discutir esto con él ahora.

Acercándose, Nadine la vio. Jane Austen, con una bolsa de viaje en la mano, tenía exactamente el aspecto que había imaginado. Alta y serena, brillante y atenta a lo que ocurría, estaba bajo el arco de entrada al patio, protegida de la lluvia. Sonreía y escuchaba a un caballero alto y ancho con uniforme naval, que le hablaba dándole la espalda. Otro oficial se encontraba a una discreta distancia, observando con interés.

"¿Es ella?" preguntó Xander, deteniéndose junto a Nadine, cuyos pasos habían vacilado.

"Sí, es ella".

"¿Y su capitán Gordon?"

"No es su Capitán Gordon. Todavía no".

"Yo diría que ya casi están".

Ella no quería creerlo. "¿Qué te hace decir eso?"

"Mira cómo se inclina hacia él mientras habla. Mira su sonrisa. Sus ojos no se han apartado de su cara".

Mierda. Mierda. Mierda. Los pies de Nadine estaban clavados en el suelo. Ya no sentía la lluvia golpeándola. No había nada que pudiera hacer ahora. No en este momento. La única posibilidad de salvación pertenecía a la etiqueta de este tiempo. El capitán no podía ni quería llevarse a Jane a Churchill House. Aunque ya se conocían, las reglas del compromiso social eran claras. Si deseaba reanudar su relación y llevarla más lejos, invitar a Austen a casa de su hermana requeriría que volviera con Lady Deedes o con una carta de ella.

Jane se rió de algo que dijo el capitán.

Maldita sea. Quizá Jane estaba dispuesta a que el capitán la llevara a casa de su hermana. Como dijo Xander, su lenguaje corporal indicaba que podría ser así.

Esperaba que el protocolo de cortejo de la Regencia, en el que se aconsejaba a los hombres que no se embarcaran en un noviazgo a la ligera y a las mujeres que no cedieran afectos con demasiada facilidad, no fuera una tontería.

Jane se reía como una adolescente mientras charlaba. Y por detrás, el capitán parecía bastante animado mientras conversaban.

Xander tenía razón. La mujer estaba coqueteando. Nadine necesitaría tiempo para meter una cuña en esto.

"Estoy jodida", dijo en voz baja mientras Jane asentía por última vez y cogía brevemente la mano del capitán. Luego se dio la vuelta y desapareció en la posada.

El capitán Gordon la vio marchar y luego se unió a su amigo. Los dos hombres no parecían tener prisa por salir de la lluvia. Mientras hablaban, echaban miradas a la posada. Por la cara del capitán, Nadine pudo ver que el hombre estaba entusiasmado por el encuentro fortuito. En realidad, *decidido sería una palabra más adecuada.*

Mientras los mozos de cuadra y el cochero llevaban el carruaje al patio de la posada, Nadine se tomó un momento para estudiar a Charles Gordon. Antes de aceptar este encargo, había visto todas las adaptaciones en vídeo que se habían hecho de la obra de Austen. Y estando tan cerca del señor Casi-Derecho, juzgó que el aspecto del capitán se parecía en cierto modo al de Rupert Penry-Jones, que había interpretado a Wentworth en una antigua adaptación de *Persuasión*. Alto, apuesto, seguro de sí mismo, despierto. No era el joven Colin Firth, fornido y distante, que interpretaba al señor Darcy.

Nadine cogió el brazo de Xander y se acercó a Gordon y a su amigo. Mientras paseaban junto a los dos hombres, Nadine captó parte de la conversación por encima de los gritos del conductor y el ruido de los caballos.

"...Sidmouth...hace diez años...sin cambios, tan bella y animada como la recuerdo...se retira por hoy...mi hermana...presentaciones mañana."

Los dos oficiales de la marina se pusieron en marcha a lo largo de High Street y un momento después doblaron por el paseo hacia Churchill House.

¿La buena noticia? El capitán no vería a Jane Austen hasta mañana. ¿La mala noticia? Su enamoramiento de ella parecía ser tan fuerte como siempre.

"¿Adónde vamos ahora?" preguntó Xander, totalmente imperturbable por la gravedad de la situación.

Estaban de pie junto a la puerta principal de la posada mientras Nadine pensaba en su próximo movimiento. Debido a las inclemencias del tiempo, era poco probable que Austen se aventurara a salir. Tomaría una habitación en el Swan y descansaría después de su viaje. Mirando a través de una de las ventanas empañadas que daban a la calle, pudo ver que el comedor público estaba lleno. No podía saber si Jane estaba allí.

Nadine sabía que Xander necesitaba comer. Ambos lo sabían. Necesitaban comer, descansar

y pensar seriamente.

Cuando se volvió hacia él, se quedó boquiabierta. Llevaba un perro en el brazo. Un perro achaparrado y tuerto.

Kai. El feroz animalito acurrucado contra el pecho de Xander no mostraba ninguno de los gruñidos y chasquidos que ella había experimentado antes con él. De hecho, Kai no prestó atención a Nadine en absoluto.

"¿Dónde encontraste esta cosa? Bájallo".

Miró a su alrededor en busca de Elizabeth Hole, la entrometida del pueblo. Ni rastro de ella.

"El pequeño trotó hacia mí, se sentó y se apoyó en mis botas. Creo que me estaba usando para bloquear algo de esta lluvia. Míralo. Está temblando". Xander acercó su cara al hocico del perro y recibió un beso en la nariz. "Qué cosita más mona. ¿Verdad?"

"No, no es lindo en absoluto. Es una rata asquerosa. Y no te fíes de esa falsa inocencia. Esa bestia tiene serios problemas de ira. La última vez que lo vi intentó darme un mordisco en el tobillo".

"¿Qué esperas cuando le llamas rata?"

"Nuestra aversión mutua empezó mucho antes de que empezáramos a insultarnos". Volvió a buscar a la dueña a su alrededor. La señora Hole se apresuraba calle abajo, mirando a derecha e izquierda y llamando a su perro.

"¡Oh, no! Aquí viene". Nadine se volvió hacia Xander. "Por favor, bájallo. Vamos adentro. No queremos meternos con esta mujer. Es tan mala como el perro. Peor, incluso".

El perro apoyó la cabeza en el hombro de Xander y miró con suficiencia a Nadine.

"Pequeño..."

"¡Kai!" El grito de descubrimiento llegó desde el otro lado de la calle principal. "¡Mi Kai!"

"Oh, Dios. Demasiado tarde".

Elizabeth Hole no dejaba de llamar a su perro mientras intentaba frenéticamente maniobrar alrededor de los charcos para llegar hasta ellos.

Nadine observó incrédula cómo Xander, aún con el perro en brazos, salía a la calle para ayudarla.

"Se acabó", murmuró. "Se acabó. Estamos acabados".

No había forma de evitarlo. Esta misión estaba acabada. Era como un extra en el plató de una película de gran producción, el aficionado que no tenía ni idea de que debía pasar desapercibido y no crear alboroto. No tenía ni idea de lo que estaba en juego. Ni idea de lo importante que era para él hacer exactamente lo que ella le pedía.

Levantó brevemente la cara hacia el cielo, dejando que las gotas de lluvia enfriaran su creciente pánico. A excepción de aquellos preciosos momentos en la cabaña de Deirdre, había pasado frío y mojada todo el día. Estaba agotada y hambrienta, y necesitaba un baño y una cama cómoda. Nada de eso estaba a la vista.

Lo que *había a la vista* era una corta caída desde la horca, dependiendo de lo mal que le fuera esto a la señora Hole. Suspiró. Ese escenario era bastante probable, de hecho. Lo único positivo que tenían a su favor era que no había guardacostas cerca.

Mientras Nadine los observaba, Kai pasó de Xander a los brazos de la vieja entrometida. Entonces, para su consternación, los dos empezaron a acercarse a ella, cogidos del brazo. Se preparó para lo que se avecinaba.

"¡Vaya, querida! Nos encontramos de nuevo. ¿Por qué no me dijiste que tu marido se reuniría contigo aquí en Hythe?"

¡Querida! Al ver la sonrisa en la cara de Elizabeth Hole, Nadine parpadeó para asegurarse de

que se trataba de la misma persona.

"La sorprendí, Sra. Hole."

"Qué hombre tan encantador es usted, Sr. Finley. Es un placer".

"El placer es todo mío, señora".

Nadine no encontraba palabras.

"Y qué extraordinario conocer a alguien de América que no es un bárbaro. ¡Qué amable! No es de extrañar que mi Kai se refugiara con usted, señor. Sabe juzgar muy bien a las personas, quiero que lo sepa".

¿Xander le dijo eso? ¡Sólo habían hablado unos segundos!

Elizabeth Hole miró de reojo a Nadine. Estaba claro que su opinión sobre ella no había cambiado mucho... a pesar de todos sus "queridos míos".

"En cuanto vi a Kai al otro lado del camino en tus brazos, me dije: ese tipo tan guapo es todo un caballero". Finalmente soltó a Xander. "Y estaba en lo cierto. Ahora, por favor, dígame cuánto tiempo piensa quedarse en Hythe. Me gustaría que viniera a tomar el té y a comer pastel de semillas. Esta tarde, si le parece bien. O venga a cenar, si lo prefiere".

"Té y pastel de semillas sería genial..."

"Gracias, señora Hole, por su atenta invitación", interrumpió Nadine, sabiendo que Xander tenía suficiente hambre como para seguir a esta mujer a casa ahora mismo. "Pero como sabe, mi marido acaba de llegar y necesito que se instale. ¿Le parece bien que la llame esta misma semana para que decidamos una fecha?"

El rostro de la anciana se nubló inmediatamente de sospecha. "Su marido estaba fuera, y sin embargo usted misma ha estado ausente de Hythe durante tres días. ¿Dónde estaba usted?"

Nada de "querida", observó Nadine. Claramente, la desconfianza de la señora Hole hacia ella no se había desvanecido. "Yo estaba..."

"Ella estaba conmigo", dijo Xander, encendiendo su encanto. "En Londres. La sorprendí allí y volvimos juntos".

El relato que habían hecho de Deirdre y Elizabeth Hole era bastante diferente, pero resultaba irrisorio pensar que ambas se reunirían para comparar notas.

"Muy bien. Espero que me llame, señora Finley", dijo secamente la señora Hole a Nadine antes de dirigir una sonrisa radiante a Xander. "Kai y yo estaremos esperando ansiosamente su visita, señor".

"Lo estaré deseando, señora". Extendió la mano y acarició al pequeño monstruo. "Pórtate bien, Kai."

La señora Hole suspiró y parecía a punto de fundirse con los adoquines.

Nadine esperó a que la mujer y su perro se alejaran lo suficiente de High Street antes de volverse hacia Xander.

"Dos veces ya, has salvado el día. Gracias".

"Me debes un pastel de semillas, sea lo que sea eso. Y espero que sepa mejor que el pan".

"Vamos, podremos encontrar algo para ti dentro".

"¿Eso significa que también hay una cama para dormir ahí dentro?"

Ella sonrió y enlazó su brazo con el de él, guiándole a través del arco hacia una puerta que conducía desde el patio interior a la posada. "Sí, pero aún nos queda un obstáculo antes de que puedas instalarte por la tarde".

"¿Y eso es?"

"El posadero. Es tan desconfiado e inhóspito como un erizo. Y aunque pagué una semana por adelantado, no juraría que no ha regalado mi habitación mientras estaba en Colorado".

"Bien. Bueno, dime lo que necesito saber sobre este lugar. Tal vez pueda hablar dentro".

En cualquier otro momento, Nadine le habría echado la bronca por su capacidad para funcionar sin un hombre que hablara por ella. Había completado muchas de sus misiones como Escribana Guardiana sin la ayuda de nadie. Pero lo que sentía en ese momento era... lo que fuera. Dos veces hoy, Xander había logrado encantar a un lugareño. Estaba en racha.

Bajo la protección de una galería que daba al patio de cuadras, le contó a qué se enfrentaba.

"Si me permiten mezclar algunos términos, una posada de carruajes es una estación de paso en una red de rutas por toda Gran Bretaña. Es una caballeriza, un taller de reparación de vehículos, un restaurante, una taberna y un hotel. La mayoría sirven también como oficinas de correos".

Observó la actividad cerca del carruaje. Los caballos habían sido desenganchados y el guardia había dejado a un lado su trabuco. Estaba entregando una caja al cochero mientras un mozo de cuadra charlaba con ellos.

"Aquí en el Cisne, el posadero suele trabajar en la taberna y su mujer es el ama de llaves. Hay un chico que ayuda en la taberna y parece una versión en miniatura del tabernero. Un par de jóvenes trabajan de camareros, pero los he visto haciendo recados. Dos o tres chicas ayudan a la cocinera, a la que no he visto. Esas chicas también limpian las habitaciones y hacen cualquier otra cosa que se les pida".

"Lo más importante... ¿cómo es la comida?"

"Bueno un día, horrible al siguiente. No hay rima ni razón que yo pueda ver".

"¿Hay otro lugar por aquí donde podamos comer en su lugar?"

"The White Hart" es una taberna que está unas puertas más arriba, pero nunca la he visitado. El Cisne tiene dos salones privados en los que los clientes pueden comer pagando un suplemento. A pie de calle, hay una taberna y un comedor público al que llaman "Coffee Room". Yo he comido casi siempre en la Coffee Room, pero también me han subido una bandeja".

El conductor se cruzó con ellos al entrar en la posada. Miró con curiosidad las botas de Xander, pero no les dijo nada.

"Empiezo a arrugarme como una ciruela pasa con esta ropa", dijo Xander. "¿Hay alguna posibilidad de encontrar ropa seca?"

Sonrió, aliviada de que Xander por fin se tomara a pecho todo lo que le estaba diciendo. No había burlas, ni ningún atisbo de incredulidad sobre lo que le estaba contando.

"Que yo sepa, en el pueblo no hay ropa confeccionada. Subamos a la habitación. Le enviaré un mensaje a Deirdre. Ya que la encantaste de esa manera, ella podría estar dispuesta a ayudarte con un atuendo apropiado".

¿"Encantarla"? Sólo estaba siendo agradable como siempre".

Dentro, la cafetería estaba llena de comensales, pero la taberna estaba llena de gente y olía a tabaco y a cuerpos de hombres. Los viajeros varados sólo constituían una pequeña parte de la muchedumbre, y parecía que el mal tiempo había atraído a bastantes de los bulliciosos lugareños para una tarde de dados, cartas, damas y jarras de cerveza.

Nadine se abrió paso entre la multitud hasta la barra, y la expresión perpetuamente adusta del posadero se iluminó en cuanto vio a Xander de pie junto a su hombro. Antes no había llegado en carruaje ni acompañada por un familiar o un chaperón. Ahora, al haber presentado a Xander como su marido, de repente adquiría legitimidad.

Para gran alivio de Nadine, le habían guardado la habitación que había pagado la semana pasada, a pesar de su ausencia. Estaba lista para ellos, y la comida sería enviada arriba inmediatamente.

Decidiendo que era lo bastante seguro como para dejar a Xander hablando con el posadero unos momentos mientras probaba la cerveza, Nadine asomó la cabeza en el comedor, buscando a Jane Austen. El comedor era más civilizado que la taberna, pero sólo un poco más tranquilo, ya que las voces altas y las risas de la habitación contigua se oían fácilmente a través de la pared. Jane no estaba entre los comensales.

Recogieron a Xander del bar y subieron las escaleras. Los dos comedores privados de la planta superior estaban vacíos, así que los dos bajaron por un pasillo oscuro y estrecho hasta la habitación de Nadine, que daba a la calle Mayor.

Para su sorpresa y gran alivio, todo estaba como lo había dejado.

Su ropa de recambio seguía colgada en un estrecho armario contra una pared. Tanteando, encontró su paquete de billetes.

"Bueno, tenemos dinero para darte de comer", le dijo a Xander.

"¿Quiere decir que no *cenaremos* con su querida amiga la señora Hole?", respondió, con una sonrisa dibujada en los labios.

Se burló cuando él se quitó el gabán. Cogió la capa que le había prestado Deirdre y la colgó en unas perchas junto a la puerta. Se puso las botas debajo.

Aparte del armario y la ventana que daba a la calle, la habitación tenía todo lo que necesitaba. Una pequeña mesa y una silla. Un lavabo. Un espejo en la pared.

Y una cama. Una cama estrecha.

Suficientemente cómodo para un solo ocupante, pero no lo suficientemente ancho para que dos personas puedan tumbarse sin contacto de todo el cuerpo. Y definitivamente no lo suficientemente ancho para dos personas con un historial de no poder quitarse las manos de encima.

Nadine miró a Xander. Su mirada también estaba clavada en la cama y no parecía precisamente descontento con la situación. De hecho, parecía encantado.

Llamaron a la puerta y Nadine abrió. Dos de las chicas de servicio estaban en el pasillo.

"El baño que ordenó su esposo, Sra. Finley".

Uno de ellos llevaba una tina pequeña y un gran aguamanil humeante. El otro llevaba otros dos aguamaniles.

"Un momento". Cerró la puerta y se volvió hacia Xander. "Pedir que suban esto no es habitual. La gente de esta época se baña cada pocas semanas... o meses".

"¿Meses? ¿No se bañan o duchan después de tener sexo?".

Su cuerpo se incendió. Le miró a los ojos y vio que allí también se encendía la cerilla. Hacía dos años que no estaban juntos en Las Vegas. Dos años.

En ese momento, el mundo literario estaba a punto de dar un vuelco. Los lectores de los siglos venideros estaban a punto de perder a Emma Woodhouse y al señor Knightly y a las hermanas Dashwood y a Fanny Price y a Elizabeth Bennet y a Darcy... y a Anne Eliot.

Pero a pesar de eso, la idea de una tarde y una noche a solas con Xander hacía que a Nadine se le erizara la piel por todo el cuerpo.

Abrió la puerta. "Tráelo".

Capítulo Veintiocho

NADINE COLOCÓ toallas sobre la bañera humeante y acompañó rápidamente a las camareras a la puerta.

El baño, obviamente, iba a esperar.

En cuanto se quedaron solos, Xander la atrajo hacia él. Había estado esperando esto desde el momento en que había abierto los ojos hacía un par de horas y se había dado cuenta de que la había vuelto a encontrar.

Para hacerlo realidad, necesitaba abrazarla, tocarla, saber que era real. Que no era un sueño descabellado en el que estaba atrapado. "Tengo que pellizcarme" había pasado por su mente al menos una docena de veces.

Ella lo abrazó, lo besó, y cualquier duda que tuviera en su mente en cuanto a la realidad de todo aquello se dispersó a medida que un beso se convertía en pasión y sexo. Una hora más tarde, ambos yacían desnudos y sin aliento en la cama.

"¿No es así como empezamos en Las Vegas?"

"Primero cenamos", respondió.

"Servicio de habitaciones. Pero no recuerdo haber tocado nada de la comida hasta después del sexo". Apretó la frente contra la suya, besándole. "¿Recuerdas?"

Lo recordaba. Las chispas fuera de lo común se habían convertido en mucho sexo, pero también en un vínculo instantáneo. La idea de dejar que las relaciones se cocinen a fuego lento no se aplicaba a ellos. Nadine sabía que lo suyo no duraría. Xander no sentía lo mismo. Aun así, aprovechaban cada minuto que pasaban juntos.

"He estado esperando una repetición desde que apareciste en esa carretera de montaña".

"Me estoy dando patadas por no haber dejado que pasara antes". Sonrió. "Nos perdimos una gran diversión".

"Todavía tenemos tiempo".

"Pero nosotros no". Se sentó en el borde de la cama y se envolvió con una toalla. "Tengo un trabajo que hacer, Xander. Tengo que ir a buscar a Jane Austen. Se hospeda en esta posada. Puede que sea mi única oportunidad de hablar con ella".

"¿Cómo de loco sería si aparecieras en su puerta y le dijeras la verdad?"

"Totalmente loco. No me creería". Nadine cruzó la habitación hasta el lavabo, cogió una pastilla de jabón en forma de bola y se dirigió a la bañera.

Xander juzgó que Nadine podría caber en esa bañera, pero no habría espacio suficiente para dos. Ni de lejos.

Quitó las toallas de la bañera y el vapor se elevó a su alrededor.

"Cuando vine a esta misión, nunca iba a tratar con ella directamente. Ni siquiera pensé que la

vería. Mi intención era sacar a Gordon de Hythe antes de que ella llegara".

Xander se sentó contra el robusto cabecero de madera y la observó. Tenía un millón de preguntas sobre su trabajo y sobre el futuro en el que vivía. Pero todo aquello perdió importancia al verla meterse en la bañera.

"Ahora necesito un enfoque diferente. Una historia diferente. Una única para ella. Sólo está al principio de su carrera editorial, pero ya es una experta narradora. No se va a creer un cuento a medias que le cuente un desconocido".

"¿Cuánto tiempo llevas haciendo este trabajo? Ser Escribano Guardián, quiero decir".

"Me reclutaron cuando tenía veintidós años. Ahora tengo treinta y cinco".

"Eso es mucho tiempo. Le da un nuevo significado a todas las historias que me contabas en Colorado. Tienes mucha experiencia. Te darás cuenta".

"Sí, lo resolveré. Tengo que hacerlo". Miró al techo. "Deja de estar tan nerviosa, Nadine."

"¿Necesitas desestresarte para pensar?" Se levantó de la cama y empezó a acercarse a ella.

Le miró el pecho desnudo durante un segundo antes de dejar que sus ojos recorrieran su cuerpo.

"¿Vas a ayudarme a pensar, con esas pintas?"

"El sexo alivia el estrés y la ansiedad al provocar la liberación de una hormona que nos hace sentir bien. La oxitocina".

"Pero ya tuvimos sexo, y no estoy más cerca de encontrar una respuesta".

"Eso no contó. Fue demasiado rápido".

"¿Estás diciendo que tener sexo otra vez me ayudará a inventar una historia creíble?"

"Eso es exactamente lo que estoy diciendo."

Las comisuras de sus labios se levantaron en una sonrisa. "Eso es muy convincente".

Súbitamente despierto, Xander yacía en la oscuridad, desorientado.

No hay luz azul brillante de teléfonos o relojes en la habitación. Ni el suave zumbido de los aparatos electrónicos. Ni la iluminación reflectante de los focos que había instalado en el exterior de su casa.

Los sonidos también eran extraños. La lluvia golpeaba los cristales y el viento silbaba entre las grietas de las paredes y los marcos de las ventanas.

Levantó la cabeza y miró en la oscuridad. Recordó dónde estaba.

Su mirada se dirigió inmediatamente al cálido cuerpo acurrucado a su lado en la estrecha y abultada cama. Nadine. Su alivio fue enorme.

Nada de esto era un sueño. Él estaba con ella.

La bañera donde se habían lavado mutuamente seguía en un rincón. Un armatoste bajo y oscuro con las manchas blancas de las toallas colgando a los lados. La silla que había junto a la mesa estaba apoyada en la pared, donde se había caído. Sonrió al recordarlo.

Un chirrido agudo atrajo sus ojos hacia el armario. Una de las puertas estaba ligeramente entreabierta y una brisa invisible la empujaba de un lado a otro. Eso era lo que le había despertado.

Ahora la creía. Creía todo lo que ella le había dicho. Ella era una viajera del tiempo. Una Guardiania Escribana. ¿Y en qué lo convertía eso? Un acosador de otro siglo.

Por loco que pareciera, había viajado en el tiempo. A 1811. A Inglaterra. A un pequeño pueblo llamado Hythe.

Quedarse tirado en Heathrow tras perder un vuelo de conexión era la única vez que Xander había estado en Inglaterra. Si es que eso contaba. Ojalá hubiera estudiado mejor historia. Nadine le había dicho que los ingleses estaban en guerra con Francia y que Hythe estaba a orillas del Canal de la Mancha. Los únicos cursos de historia que había tomado en el instituto y en la universidad habían sido sobre historia americana. ¿Y de literatura? SparkNotes y cambiar los deberes de matemáticas y cálculo por ayuda con los trabajos de inglés le habían bastado para superar los pocos cursos obligatorios.

Jane Austen, la mujer en el centro de la misión de Nadine, era un misterio para él. Debería haber leído los libros que había coleccionado, en lugar de limitarse a colocarlos en aquellas estanterías.

Su mente volvió al volumen que había encontrado junto a la cama de Nadine en la habitación de invitados. El libro al que le faltaba la impresión de las páginas. No había tenido ocasión de contárselo. *Persuasión*.

¿Qué hizo con él? La llevaba consigo cuando entró en su garaje. Y luego la caída. ¿Se le cayó? ¿O podría ser que el libro viajó atrás en el tiempo con él?

Era posible. La bolsa de Nadine había estado en el ataúd. Pero no había mirado qué más había allí. Frunció el ceño ante los finos cristales de la ventana, emborronados por el embate de la lluvia y el viento. Le gustaría volver al patio de Deirdre y comprobar la caja. Pero no iría sin Nadine.

Roncaba suavemente, con la cara medio enterrada bajo la manta. Incluso en la oscuridad, era tan hermosa.

El estómago de Xander gruñó lo bastante fuerte como para despertar a los muertos, pero ella se quedó dormida. Se le ocurrió que no tenía ni idea de qué hora era.

Abajo, había dispuesto que subieran la cena. Sin embargo, el servicio de habitaciones no era igual que en el futuro. La comida nunca llegaba. Pero ahora que lo pensaba, tal vez sí. Tal vez estaban demasiado preocupados el uno por el otro como para oír la llamada.

Xander se levantó de la cama lo más suavemente que pudo, se puso los calzoncillos y caminó hacia la puerta. La abrió unos centímetros y miró hacia el pasillo. Había una bandeja de madera con comida en el suelo, delante de la puerta. Cuando se inclinó para recogerla, una pequeña criatura oscura saltó de un plato y se escabulló.

¿Una rata? ¿Un ratón? Como había crecido en Nueva York, había visto muchos roedores. Pero después de la conferencia de Nadine sobre las ratas y la peste bubónica, tenía un sentimiento diferente acerca de las pequeñas alimañas.

Se estremeció de asco y empujó la bandeja por el pasillo con el pie.

"Es todo tuyo, amigo", murmuró, cerrando la puerta.

Su estómago volvió a rugir mientras permanecía en la oscuridad. No podía negar su hambre, pero no iba a despertarla para quejarse. Antes de dormirse, los dos habían terminado el pan que Deirdre les había dado. El hecho de que no supiera tan mal decía algo de lo hambriento que estaba.

Pensó en la comida del pasillo, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo. Tenía que haber algo más disponible.

Xander decidió que no podía ser demasiado tarde. Nunca era de los que dormían muchas horas. Aún así, no tenía ni idea de si alguien seguía trabajando abajo en la cocina.

Diablos, nunca lo sabría a menos que bajara allí. Empezó a ponerse la ropa. Si la cocina seguía abierta, tal vez podría hacer que les enviaran una bandeja nueva.

Hizo una pausa y se miró la ropa. Los pantalones y el jersey eran muy diferentes de los que

había visto llevar a los lugareños. El chaleco de plumas tampoco le servía. Se llevó una mano al abrigo. Aún estaba húmedo.

Diablos, no pensaba salir de la posada. ¿Y cuánta gente podía estar allí abajo, fuera la hora que fuera?

Hasta ahora, decir que venía de América parecía la excusa perfecta para su forma de hablar y sus modales. Tal vez funcionaría para la forma en que estaba vestido.

"A la mierda", murmuró. Se calzó las botas y salió.

El pasillo estaba un poco menos oscuro que su habitación. Una vela en un candelabro en la pared al final de las escaleras parpadeaba tenuemente pero iluminaba el camino.

Abajo no había ni un alma. La taberna donde había hablado con el posadero estaba vacía, y el bar estaba cerrado a cal y canto con tablas.

Xander miró la gran sala que Nadine llamaba la Sala del Café. Había dicho que allí era donde tomaba la mayoría de sus comidas.

La sala tenía una docena de mesas y sillas. Al principio, pensó que no había nadie, pero entonces una brasa moribunda apareció en la chimenea de una pared, llamando su atención. Una mujer estaba sentada cerca de la chimenea, con una vela sobre la mesa. Tenía una pluma en la mano.

"¿Señorita Austen? ¿Señorita Jane Austen?"

Capítulo Veintinueve

"¿Sí?" Incluyó ligeramente la cabeza, sorprendida, y se puso en pie.

La luz de las velas era tenue, pero pudo ver que Jane Austen llevaba un chal oscuro sobre un vestido largo que podía ser gris o marrón. Llevaba el pelo recogido bajo un gorro que parecía una boina.

Su rostro no era ni amistoso ni antipático. Sólo atenta y cautelosa. Incluso con esta luz, podía ver que sus ojos estaban muy fijos en él, un poco como un puma al que había asustado una vez al cruzar la carretera.

"Espero no molestarla. Soy Xander Finley". Hizo una pequeña reverencia como había visto hacer a otros esta tarde.

Ella devolvió la cortesía con una inclinación de cabeza y una leve reverencia.

Lástima que aún no se hubieran inventado los móviles. Le mandaría un mensaje a Nadine ahora mismo. ¿Cuáles eran las posibilidades de atrapar al escritor aquí abajo solo?

"Encantado de conocerle, Sr. Finley."

Xander se dio cuenta de que ella le daba un repaso a su ropa.

"¿Nos conocemos?"

"Sí. Bueno, no. Mi esposa te conoce. O sabe *de* ti. Cuando llegó en el autocar esta tarde, me lo señaló".

"¿Tu mujer?"

"Sí, Nadine Finley", dijo. "Por casualidad, ¿sabes qué hora es?"

Escondió una sonrisa y echó un vistazo a la habitación. "No lo sé exactamente. Pero sospecho que es cerca de medianoche".

"Oh, tan tarde". Xander se echó hacia atrás inspeccionando el pasillo. No había ni un alma más.

Austen puso un corcho en una botella de tinta, recogiendo apresuradamente sus papeles y bolígrafos. Estaba nerviosa. Demonios, tenía todo el derecho a estarlo con un extraño apareciendo de la nada.

Pero no quería que se fuera. No hasta que hubieran hecho algún tipo de conexión.

"¿Conoce el camino a la cocina, Srta. Austen?"

"¿La cocina?"

"Sí."

"¿Puedo preguntar por qué?"

"No recuerdo la última vez que comí algo sustancioso. Mi mujer tampoco. Necesito pedir algo de comida para que nos la suban a la habitación".

Dejó de recoger sus cosas. "No sé exactamente dónde está la cocina, pero un mozo viene de

vez en cuando a ver cómo estoy.

"De acuerdo".

¿"Bien"? Es una palabra curiosa, Sr. Finley. ¿Es usted un extraño aquí?"

"Soy estadounidense. Mi mujer y yo estamos recién casados. El posadero hizo subir algo de cena, pero la dejaron delante de nuestra puerta. Para cuando la encontré, un espeluznante ladrón de cuatro patas estaba probando los platos".

"¿Eres de Estados Unidos?", preguntó rápidamente.

Por su ceño fruncido, Xander supuso que eso la perturbaba más que el hecho de que una rata se hubiera metido en su comida.

"Lo soy. Y pido disculpas por mi forma de hablar y de vestir. Acabamos de llegar a Inglaterra. Nuestro equipaje se perdió, y no he tenido la oportunidad de ir a un... un sastre".

¿Tenían sastres en 1811? No tenía ni idea, pero sonaba bien.

"Esto explica muchas cosas, señor. Aunque debo decir que nunca he conocido a nadie de América".

"Espero que no tengas una mala opinión de ellos... de nosotros".

Su ceño fue sustituido por una mirada de cautela. "¿Me estás pidiendo mi opinión sobre los americanos?"

Dio unos pasos hacia la habitación, dejándole vía libre para correr hacia la puerta si sentía la necesidad de huir. "Por supuesto. Me encantaría conocer tu opinión".

"¿Mi sincera opinión?"

"Si no te importa compartirlo".

Hubo una leve pausa mientras ella volvía a estudiarlo de pies a cabeza.

"Debo advertirle que algunas personas de mi entorno me consideran un poco blandengue".

"¿Una media azul?"

Un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios. "¿No tienen bluestockings en América?"

"No estoy seguro. ¿Qué son?"

"Es una mujer que se atreve a hablar de temas controvertidos, como la guerra y la política. Por chocante que parezca, incluso lee libros. Filosofía. Ciencia. Y no sólo eso, *insiste* en tener una opinión".

"Entonces, me alegra decir que los tenemos... a raudales".

"¿En picas?"

"Es decir, tenemos bastantes".

"Debo decir que estoy sorprendido".

"¿Por qué?"

"A muchos hombres les horroriza la idea de mujeres cultas con opiniones".

"Yo no. Y aún así me encantaría saber tu opinión sobre América".

"Muy bien. Si insistes". Levantó la barbilla. Había fuego en sus ojos. "Creo que América está teniendo una influencia negativa en el mundo. En mi opinión, América es un lugar peligrosamente radical y poco religioso, donde gente de baja cuna y pobre carácter puede avanzar social y materialmente, a pesar de su indignidad."

Reprimió el impulso de reírse a carcajadas, pero sonrió. "Hay bastante gente en Estados Unidos que estaría de acuerdo con eso".

Era fascinante pensar que la Revolución Americana aún se considerara historia reciente para gente como Jane Austen. Y se acercaba la Guerra de 1812. Era natural que, como ciudadana británica, estuviera resentida por la pérdida de las colonias. Supuso que incluso podría haber perdido a alguien en la lucha.

"Pero mencionaste que nunca habías conocido a un americano".

"Mi opinión se basa en mi lectura, Sr. Finley". Su voz se suavizó. "Le he insultado, ¿verdad?"

"En absoluto. Has expresado una opinión. Y yo respeto las opiniones de los demás. Tienes derecho a ellas".

"*Respetas* la opinión de una mujer". Había una mirada dubitativa, aunque divertida, en sus ojos.

"Sobre tu afirmación, sin embargo... por lo que he visto, mucha gente en Estados Unidos es profundamente religiosa. Pero, como usted dice, muchos han ido allí con la esperanza expresa de mejorar su suerte en la vida. No lo ven como algo malo".

"Ya veo. Austen sonrió y señaló la silla que había frente a ella en la mesa. "Si quiere acompañarme un momento, espero que el mozo de servicio venga a verme en cualquier momento. Creo que puede pedirle la comida a él".

"Gracias.

¿Se atrevía a subir corriendo a buscar a Nadine? ¿Se habría ido Jane Austen para cuando volviera? No podía arriesgarse. Xander le hizo un gesto para que se sentara y le siguió.

"Debo decir, escuchando lo amablemente que recibiste mis desaires..."

"Opiniones", interrumpió con una sonrisa.

"Muy bien. Opiniones". Hizo una pausa y cambió de dirección. "Dígame, ¿consideraría a su esposa poco excepcional en sus opiniones y forma de pensar?"

"Vale, ya estamos otra vez. ¿Es esto poco excepcional como ser un bluestocking?"

Sus ojos color avellana bailaron con picardía. "Todo lo contrario. Ser considerada una mujer poco excepcional es un gran cumplido entre la tonelada".

"¿La tonelada?"

"La élite de la sociedad, Sr. Finley".

Se rió. "Bueno, tengo que decir que mi mujer no da mucha importancia a ese tipo de cumplidos. Es inteligente, culta y está dispuesta a decir lo que piensa. Es excepcional en todos los sentidos. Y estoy muy orgulloso de ella. Pero estoy intrigado. Las cosas que me cuentas sobre la sociedad británica me dan escalofríos".

"*Acojonante*. Otra deliciosa palabra americana, supongo".

"Sí, lo siento."

"¿Estás diciendo que nunca has pasado tiempo entre la alta burguesía británica?"

"No, señora. Es mi primera vez en Inglaterra".

"¿Y dices que has llegado hace poco?"

"Lo hemos hecho".

"Si puedo preguntar, ¿a qué se dedica, Sr. Finley?"

"Puede preguntar lo que quiera, Srta. Austen". La programación informática y el diseño de aplicaciones estaban descartados. "Soy un inventor."

"Qué interesante. ¿Tienes una fábrica para producir las cosas que inventas?"

Xander dudó. Tendría que amañar su respuesta, pero no quería fastidiar la misión de Nadine. "Hace poco vendí mi negocio".

"Entonces, ¿qué te trae a Inglaterra?"

"Estoy aquí para comprar más... manufacturas".

"Eres rico, entonces. Estoy curioseando, lo sé, y siendo terriblemente personal. Pero has despertado mi curiosidad por los americanos".

"Estoy encantado de hablar contigo". Xander no era de los que presumían, y la prudencia le

decía que la discreción podría ser el mejor camino ahora. "Mi esposa y yo vivimos cómodamente".

"Eso significa rico". Se inclinó hacia delante, y sus ojos reflejaron una pizca de humor mientras hablaba. "Sin duda te invitarán a muchos bailes mientras estés en Inglaterra, así que podrás experimentar de primera mano las actitudes de la tonelada".

"Eso suena un poco siniestro. ¿Ha tenido malas experiencias con la tonelada, Srta. Austen?"

"Yo no". Ella se rió, pero Xander percibió cierta seriedad tras la risa. "Pero esto se remonta a nuestra discusión sobre los bluestockings. En nuestra sociedad, si una dama flirtea con un baronet o un apuesto vizconde con la esperanza de encontrar marido, debe disimular su inteligencia. Como he mencionado antes, la perspicacia en la mujer se considera un lastre. Las mujeres que optan abiertamente por utilizar su cerebro se consideran peligrosas para la sociedad. En consecuencia, la mayoría de las mujeres brillantes de nuestro tiempo viven toda su vida solteras".

Xander recordó la conferencia que Nadine le había dado sobre los logros de Jane Austen y cómo nada de eso sería posible si ella se casara.

"¿Eres soltera?", dijo, sabiendo la respuesta.

"Ay, sí". Sonrió. "Hasta ahora, seguro en las filas de la soltería."

"¿Hasta ahora?"

Hizo una pausa, pensativa. "Uno nunca sabe el futuro, ¿verdad?"

"No sé nada de eso. Pero si puedo ser personal también... ¿no tienes planes de casarte?"

"Ninguno por el momento, para disgusto de mi madre". La media sonrisa volvió a su rostro. "Poner a sus hijas en el camino de solteros ricos ha sido su vocación de toda la vida".

"Bueno, el matrimonio no es para todos, supongo".

Puso una mano distraídamente sobre la carpeta de cuero que había cerrado cuando él entró en la habitación. "Pero usted mencionó que está recién casado".

"Sí."

"¿Cómo de reciente?"

Si iba a mentir e inventar historias, sería mejor quedarse cerca de lo que *casi había* sucedido. "Dos años."

"Dos años no es reciente".

"El tiempo pasa volando". Pensó en cómo habían pasado la tarde. "Todavía estamos en nuestra luna de miel".

"¡Qué romántico! ¿Y quién vigila a tus hijos?"

"No tenemos hijos".

"¿De verdad? ¿No está de moda en Estados Unidos que, después de que los novios intercambien los sagrados votos matrimoniales, se oiga el repiqueteo de los piececitos? Y luego, ¿más piececitos? Y luego, ¿más piececitos?"

Xander rió entre dientes. "¿Es usted de familia numerosa, señorita Austen?"

"Mi madre tuvo ocho hijos y tuvo la suerte de sobrevivir a sus calvarios. A la querida esposa de mi hermano Edward no le fue tan bien. Murió al dar a luz a su undécimo hijo".

Xander pensó en Ken y Donna y en su hija. Su amigo se asustó cuando no pudo estar con su mujer durante el parto.

"Sí, bueno, no tenemos ninguno".

"No me diga que tiene algo *contra* los niños, Sr. Finley".

"¿Yo? No, en absoluto. Mi mujer y yo no lo hemos hablado".

"¿Lo hablamos?" Ella arqueó una ceja. "América sigue sorprendiéndome, señor. La discusión

apenas entra en la producción de niños en Inglaterra, que yo sepa".

"Sí... bueno..."

"Pero creo que te he avergonzado. Debo disculparme".

"Nada por lo que disculparse, Srta. Austen."

Matrimonio. Hijos. Diablos, él no quería entrar en estas cosas. Él y Nadine no habían decidido sobre una historia que involucrara nada de esto. Pero el ingenio rápido de Jane Austen y sus preguntas no le daban espacio para respirar.

"¿Y usted, señora? ¿Está a favor o en contra de los niños?"

"Aprecio mucho a mis sobrinas y sobrinos. Al mismo tiempo, no me gustan tanto cuando se reúnen en grandes grupos". Se sentó y frunció el ceño, pensativa. "Se dice que tener hijos es una gran bendición. Al menos, eso dicen los hombres. Pero no me hago ilusiones sobre cómo una familia numerosa puede minar la vida de todas las mujeres, salvo las más ricas. Es este peaje en el cuerpo y el espíritu lo que es un poco indeseable. Una familia numerosa es un consuelo, estoy segura, pero los hijos tienden a revelar, y sin piedad, el carácter de los padres. ¿No está de acuerdo?"

Lo estaba dejando en la estacada con esta conversación. Xander esperaba que Nadine se despertara, lo encontrara desaparecido y decidiera bajar a buscarlo. Nada le haría más feliz que ella se hiciera cargo.

"Realmente no puedo decirlo. Yo era hijo único, y mi mujer también. Ninguno de los dos tiene mucha experiencia en este campo. Y ninguno de los dos siente ninguna presión por tener hijos o hijas en este momento. Ya sabes, el repiqueteo de piecitos que has mencionado".

Sonrió con facilidad. "¿Puedo preguntarle cuántos años tiene su esposa, Sr. Finley?"

"Treinta y cinco."

"Mi edad". Sus ojos se redondearon. "¿Era viuda antes de que se casaran?"

"No, un primer matrimonio para los dos."

"¿Su unión fue arreglada por la familia?"

"No."

"¿Fue un acuerdo de negocios?", preguntó. "Su padre tenía algunas fábricas, y os convenía a los dos unir fuerzas".

Se rió entre dientes. "Nada de eso".

"¿Una historia entonces? ¿Os conocisteis cuando erais muy jóvenes? ¿Fue vuestro reencuentro una especie de reunión?"

"No, no tuvimos una historia".

La forma en que Xander estaba tergiversando los hechos para satisfacer la curiosidad de Jane Austen se estaba volviendo complicada. Pero también comprendía lo que estaba haciendo la autora. Se había encontrado con su antiguo novio Gordon esta tarde, y la vieja llama amenazaba con convertirse en un incendio.

Xander había sugerido que era una intromisión y que estaba mal arruinar la oportunidad de romance de Austen, pero ahora empezaba a ver las cosas de otra manera. Hablando con ella sobre cómo se veía a una mujer de talento e inteligencia en 1811, estaba entendiendo mejor. En pocas palabras, tener una familia y una carrera a la vez sería un infierno para una mujer en esta sociedad.

"Eras rico cuando os conocisteis. Eres un hombre guapo. Y sólo por nuestra conversación, diría que eres inteligente y encantador". Ella se inclinó hacia delante, sus ojos interrogantes mirando directamente a los suyos. "Si estoy siendo demasiado personal, por favor, declina responder... pero ¿por qué *ella*? ¿Por qué le pidió a la Sra. Finley que fuera su esposa?"

La mente de Xander saltó en el tiempo hasta Las Vegas, luego avanzó hasta Colorado y entonces pensó en la mujer que había dejado en la cama de arriba. Ya no le interesaba encontrar respuestas satisfactorias al juego de las veinte preguntas al que jugaba Jane Austen. Sólo quería decir en voz alta lo que sentía y dejar que la mujer lo aplicara a su vida como quisiera.

"Para mí, Nadine era... y es... hermosa. Es inteligente, apasionada, amable... *excepcional*, como tú dices. Hay una química insana entre nosotros. Pero también hay mucho más".

Había vuelto a través del tiempo para encontrarla. Nadine dijo que había hecho lo imposible. Xander creía que sus sentimientos por ella eran los responsables.

"Pero, ¿por qué *ella*?", continuó. "¿Por qué le pedí a Nadine que fuera mi esposa hace dos años? Supongo que en parte porque la conocí en el momento adecuado de mi vida. La carrera y la ambición no me empujaban en otra dirección".

"¿Eso es todo?"

"Oh, no. Hay mucho más", admitió Xander. "Con Nadine, no necesito jugar".

"*Jugar a juegos*", *interrumpió*. "Los americanos tienen expresiones tan encantadoras".

"Nos llevamos bien... como mejores amigos. Siento lo que ella siente. Sacamos lo mejor el uno del otro. Somos dos mitades de una entidad sólida. Y no me malinterpretes. Todos tenemos defectos. Todos cometemos errores. Pero me gustaría pensar que nuestras fuerzas combinadas lo compensan. Sé que ella me hace mejor hombre".

Las emociones que surgían en su pecho eran repentinamente abrumadoras. Xander nunca había tenido que expresar sus sentimientos con palabras. Ni siquiera cuando le había pedido que se casara con él.

"Cuando conocí a Nadine, todo en mí me decía que era la elegida. Sentí... supe que había encontrado a la persona que estaba destinado a amar. Y la amo".

Austen se sentó, silencioso y pensativo. Las palabras de Xander le habían salido del corazón. Vio que su mirada se desviaba hacia la puerta, detrás de él, y se puso en pie.

Xander se levantó y se giró para ver a Nadine en la puerta.

Capítulo Treinta

CUANDO NADINE LLEGÓ A LA PUERTA, Jane Austen decía: "¿Por qué *ella*?"

Escuchó todas las palabras que siguieron.

Era verdad todo lo que decía sobre la forma en que se relacionaban. Y nadie se había acercado a quererla como Xander. Por su parte, ella nunca había sentido por nadie el amor y el afecto que sentía por él. No podía negarlo. Ni luchar contra ello. Si existían las almas gemelas, Xander era la suya. Y ahí estaba la tragedia.

Cuando la vieron en la puerta, Nadine cruzó la habitación hacia ellos. Xander la presentó, y entonces Jane Austen se excusó y huyó de la habitación como si la persiguiera una manada de jabalíes.

Nadine se alegró de haber ido. Las emociones que sentía eran tiernas y crudas. No estaba de humor para charlar con Austen en ese momento, a pesar de su obsesión de toda la vida con la autora. Su misión como escriba guardiana era lo último que tenía en mente.

Había tantas cosas que tenía que explicarle a Xander. Era tan poco lo que sabía sobre todas las formas en que su relación estaba condenada.

Antes de volver a su habitación, buscaron la cocina y despertaron a un joven que dormía en una silla. Esperaron en silencio mientras les servía dos tazones de estofado caliente. Subieron las escaleras con el estofado, una pequeña hogaza de pan y una jarra de vino en una bandeja de peltre.

Mientras comían, Xander resumió lo que él y Jane Austen habían hablado. Le habló de la percepción que Austen tenía de América. Sobre sus observaciones acerca de las mujeres, el matrimonio y los niños en su sociedad. Le contó a Nadine las historias que se había inventado sobre su profesión y su riqueza y sobre el tiempo que llevaban casados.

Era evidente que había causado una profunda impresión en el autor. Habían hablado de bastantes temas. Ya nada de Xander sorprendía a Nadine. Era un hombre extraordinario. Ella se lo decía.

Cuando terminaron de comer, Xander dejó la bandeja junto a la otra puerta. Hizo algún comentario fuera de lugar sobre alimentar a su nuevo mejor amigo.

"¿Qué?"

"Nada. Realmente no quieres saberlo".

La lluvia seguía golpeando la ventana. Nadine miró hacia la calle Mayor, deseando poder salir a pasear. Sus pensamientos siempre estaban mejor organizados cuando se movía. Una lámpara en la ventana de enfrente arrojaba un poco de luz sobre la calzada inundada. Pero entre la tormenta y lo tarde que era, su única opción era pasear por la habitación.

Gracias a Xander, se había familiarizado con Austen y mañana intentaría continuar. Pero la

tarea no estaba en el primer plano de sus pensamientos. Era la discusión que había escuchado en la cafetería lo que la consumía en ese momento.

Xander irrumpió en sus reflexiones.

"Después de hablar con ella, entiendo mejor lo que decías sobre las expectativas que esta gente tiene de las mujeres. Y los obstáculos a los que se enfrenta una mujer que quiere ser escritora".

"Obstáculos es quedarse corto".

Levantó ambas manos. "Lo sé. Intentaste explicármelo. Debería haberte creído. Pero aún estaba en shock".

Empezó a quitarse el jersey.

"No te la quites, mi amor. De hecho, no te quites toda la ropa. Tengo que concentrarme y no quiero que me distraigas mientras hablamos".

Sonrió. Se quitó las botas y se estiró en la cama, con las manos detrás de la cabeza. "Ya no seré un grano en el culo, Nadine. Dime lo que tengo que hacer. ¿Qué es lo siguiente?"

"Nunca eres un grano en el culo. Nunca te he llamado un grano en el culo. Y nunca lo haré".

"Te lo recordaré dentro de cinco años. O quince. O veinte".

Nadine dejó de caminar y se encaró con él. "Eso es, Xander. De lo que tenemos que hablar. No importa lo que sintamos en este momento, no lo tendremos dentro de cinco años. O quince. O veinte. Pertenecemos a dos periodos de tiempo diferentes".

"Podrías haberme dicho eso en Colorado, y yo podría haberte creído. Pero mírame. Míranos. Hicimos posible lo imposible. No sé cómo. Pero lo hicimos. Y estoy seguro de que podemos volver a hacerlo".

Sacudió la cabeza y empezó a caminar de nuevo. ¿Cómo podía llegar a él?

"Eres un Guardián Escribano. Lo entiendo. Por fin entiendo lo que haces. Pero ahora que he saltado a través del tiempo, quizá yo también pueda convertirme en uno. ¿Dónde envió mi currículum?"

"No *puedes* convertirme en uno. Mi trabajo es uno que no puedes tener. No *quiero* que lo tengas".

Se sentó en la cama. "Sólo estaba bromeando. Perdonadme. Sé que no soy un lector ni un erudito, ni mucho menos. No quise decir que estoy calificado para..."

"El único requisito para este trabajo es tener una enfermedad terminal".

Xander la miró fijamente y a ella le dio tiempo a asimilar las palabras.

"Sí. Enfermo terminal. Por eso no quiero que hables de ello ni bromees... y por eso nunca querría que formarás parte de ello".

Frunció el ceño mientras intentaba comprender.

Nunca había tenido intención de decírselo, pero ahora se sentía mejor por ello. Ahora lo sabía.

De repente, él estaba de pie frente a ella y tirando de ella en sus brazos.

Tardó un momento, pero sintió que se fundía en su abrazo. Le dio calor sentirse envuelta en su fuerza, en lo que sabía que era su amor.

Dos años atrás, cuando él le pidió matrimonio por primera vez, Nadine deseó haber tenido el valor suficiente para decírselo. Aunque él no se hubiera creído lo de los viajes en el tiempo, ella podría haberle contado la verdad sobre su enfermedad. Pero se había acobardado, sabiendo que se marcharía en el último momento. Al fin y al cabo, nunca volverían a verse.

En Colorado, también había omitido esa parte de la verdad. Pero sintiéndose como se sentía y pasando por todo lo que había pasado, era justo que lo supiera.

Hacía años que había aceptado su destino. Por aquel entonces, Nadine no tenía familia, nadie que la quisiera, nadie que la echara de menos cuando se fuera. Era mejor así. Los que amaban y eran amados sufrían más. No era el miedo a la muerte; era el miedo a perder a todos los que dejabas atrás.

Y gracias a Xander, su vida ya estaba cambiando. Sus miedos estaban tomando una nueva forma.

Nadine no supo cuánto tiempo permanecieron de pie en medio de la habitación, abrazados. Finalmente, ella se apartó y le miró a los ojos. Estaban enrojecidos. Su rostro estaba húmedo de lágrimas por ella.

Los limpió. "Explícame esto. ¿Cómo funciona? ¿Qué es lo que estás combatiendo? ¿Cómo es que te ves tan saludable? No muestras ningún signo de estar enfermo".

"Estaremos aquí mil y una noches si tengo que explicártelo todo".

"Me parece bien. Quiero saberlo".

"Y tienes todo el derecho a saberlo", le dijo, llevándole a la cama. Se sentó a su lado, cogiéndole la mano.

"¿Qué es? ¿Cáncer?"

Ella asintió.

"No me digas que no lo habrán curado para 2078".

"Han curado muchos tipos de cáncer, pero no el que yo tengo", le dijo. "El mío es un tipo raro de linfoma que no responde a los tratamientos".

"Cuando..." Hizo una pausa y tomó aire. "¿Cuándo te lo diagnosticaron?"

"¿Oficialmente? Cuando tenía veintidós años". Sentada junto a Xander, sintiéndole luchar con sus emociones, hizo aflorar las suyas.

Después de los primeros días de saberlo, Nadine nunca se permitió llorar ni deprimirse por su enfermedad. ¿Cuántas veces se había hecho creer que estaba en paz con ella? Todo el mundo moría. Su final también llegaría, dependiendo de su rendimiento en el trabajo, pero llegaría.

Se levantó y se acercó a la ventana, observando distraídamente las gotas que caían por los cristales.

"Mis síntomas estaban ahí desde mis días en el hogar juvenil al que me enviaron tras la muerte de mis padres". Le miró por encima del hombro. "Siento haberte contado esas cosas sobre mi familia. No he tenido familia desde que mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía doce años".

"¿Y tu enfermedad?"

"Como tutelado por el Estado, no era una prioridad en el sistema. Ningún médico se fijó demasiado en lo que me pasaba. Mis ganglios linfáticos agrandados se achacaban a virus, fiebres, sudores nocturnos, infecciones. Durante años. Y luego, siempre estaba lidiando con mi asma. En mi historial me etiquetaron con un sistema inmunitario débil. Nunca profundizaron para ver cuál era el verdadero culpable".

Debido a su edad y a su precaria salud, Nadine nunca fue adoptada. Permaneció en el sistema hasta que se fue a la universidad.

"Justo después de empezar mi primer trabajo al salir de la universidad me puse muy enferma. Esta vez, tuve que ser hospitalizado, lo que es raro en mi época".

"¿Cuáles eran sus síntomas?"

"Había perdido diez kilos en seis semanas. Neuropatía, entumecimiento en los pies, las piernas y las manos. Se puso tan mal que no podía caminar. Y todos los viejos síntomas también habían vuelto, salvo que esta vez ninguna medicación les hacía efecto. Cada día estaba más

débil".

Se miró las manos, recordando la angustia de aquellos largos días y noches de espera. No se sentía lo bastante bien como para albergar esperanzas.

"Tras un montón de pruebas, por fin lo solucionaron. Me confirmaron lo que ya sabía. Lo que tenía era terminal. Me dieron un mes de vida... tal vez. Un asistente social del Estado me habló de la eutanasia".

Nadine no quería pensar en aquellos días. No quería recordar por lo que había pasado, emocional y físicamente.

"Tenías veintidós años".

"Eso fue lo peor. Se suponía que estaba empezando mi vida, pero me decían que estaba al final de la línea".

Se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la pared. Estaba fría y húmeda.

"Entonces, un administrador del hospital vino a hablar conmigo. Me dijo que había un nuevo ensayo que podría ayudarme. Me puse manos a la obra. En realidad no tenía esperanzas, pero no me quedaba otra opción. Recuerdo que pensé que, como mínimo, podría sustituir a uno de los sujetos animales que utilizaban para la investigación médica. Un par de días después, me visitó una mujer que llevaba una placa del gobierno. Aún no tenía ni idea de quién era, ni de qué era el ensayo, ni de cómo mejoraría mis posibilidades de sobrevivir".

"¿Era médico?"

"No. Eso fue lo más extraño. Todo lo que hizo fue hablar de un puesto que me estaba ofreciendo. Tenía algo que ver con libros y preservación de manuscritos. Aquí estaba yo, muriendo, y ella me estaba ofreciendo un trabajo. Estaba seguro de que todo era un gran malentendido. Pero siempre me gustaron los libros y la lectura. Me licencié en biblioteconomía. Era mi pasión. Así que decidí escucharla. No mencionó nada sobre viajes en el tiempo. Si lo hubiera hecho, habría sido tan escéptico como tú cuando te lo dije por primera vez. Me explicó, sin embargo, que era un puesto en un programa prototipo que estaban empezando, y que podría mantenerme con vida".

Volvió a la cama y se sentó junto a Xander.

"Un joven de veintidós años, al que se le dio una oportunidad en la vida. Aunque no tenía ni idea de cómo se relacionaban los libros con la investigación del cáncer, mi respuesta fue: *¡Sí, apúntame!*".

"¿Qué pasó después?"

"Esa misma semana me ingresaron en un hospital nuevo. Más tarde supe que no era un hospital de verdad. Era un centro dirigido por una rama ultrasecreta del gobierno. Se llamaba QCD... Quantum Commute Division. Las cosas se movieron bastante rápido desde el momento en que llegué allí, ya que no me quedaba mucho tiempo".

"¿Cómo fue que te curaron?"

"Nunca me curaron. El concepto era que mi cáncer remitiría al saltar en el tiempo. Habían descubierto que el desarrollo celular se detenía mediante la dispersión molecular y la regeneración. Empezaron despacio al principio, haciéndome saltar hacia atrás sólo unos minutos cada vez... y luego hacia delante de nuevo. Durante un mes hicimos esto todos los días. Y luego otro mes. Empecé a ponerme más fuerte. Seguimos así mes tras mes. Las pruebas y los escáneres demostraron que funcionaba".

"Es increíble. ¿Fuiste el único?"

"Eso pensé, pero luego me di cuenta de que había otros. Bastantes, de hecho. Pero todos nos enfrentábamos a la misma situación. Todos los demás que fueron reclutados en el programa eran

terminales. En todas las divisiones".

"¿Qué quieres decir con... divisiones?"

"Los Viajeros Cuánticos están organizados en compañías específicas. Los Guardianes. Los Escribanos. Los Guardaespaldas. Los Asesinos. Los Ingenieros. Y otros".

"¿Dijiste que toda esta gente... estos agentes... tienen una enfermedad terminal?"

"Tal y como están las cosas ahora, sí. Todos lo hacemos. Tiene cierto sentido debido a los peligros inherentes del trabajo. Y ninguno de nosotros tiene familia. Ni padres, ni hermanos, ni compañeros. Nadie buscándonos, haciendo preguntas en el cuartel general mientras estamos en misión. Quizá algún día abran el reclutamiento a otros. Pero ahora mismo, eso es todo. Una enfermedad terminal, sin familia, sin apegos. Y un cierto nivel de educación, puntuaciones en los exámenes... y la capacidad de desarrollarse físicamente. Los saltos cuánticos son duros para el cuerpo. Y una vez que llegas a una misión, no se hace más fácil".

"Déjame entender esto. ¿Estás bien cuando viajas en el tiempo?"

"Absolutamente. Me siento muy bien. Ninguno de los síntomas se mueve en el tiempo... excepto mi asma. Pero el cáncer volverá cuando regrese por cualquier periodo prolongado al año 2078. Por eso tengo -y todos los agentes tienen- un tiempo limitado para recibir formación adicional antes de dar el salto a la siguiente misión. El tiempo avanza hacia el futuro, pero nosotros estamos atrapados en el pasado. Salvados por él".

Xander sacudió la cabeza. Era mucho que asimilar.

"Y la importancia de lo que hacemos está escrita en nuestros contratos. Hay consecuencias si fallamos. Debo completar cada misión. Si no lo hago, pierdo mi puesto en el QCD".

"Quieres decir..."

"Quiero decir que ya no viajo. El acuerdo cuando firmé era claro. Un strike y estoy fuera del programa". Se encogió de hombros. "Y muero. Pero al menos tuve la oportunidad de vivir".

Xander la miró fijamente. Sabía adónde le llevarían sus siguientes preguntas.

"¿Por qué no sales?" Le cogió la mano. "¿Por qué no te quedas en el pasado?"

Nadine le miró a los ojos. "Para eso están los Asesinos, entre otras cosas".

"¿Enviarán a alguien a matarte?"

"Intentarán llevarme al futuro. Si no tienen éxito, su trabajo es matarme".

"Eso es una locura."

"Piénsalo desde su perspectiva. No se nos permite cambiar el pasado, pero una vez que alguien se vuelve rebelde, no hay forma de controlarlo. Con mi entrenamiento, podría aparecer en cualquier parte de la historia. Si quisiera, podría sacar provecho de mis conocimientos. El protocolo de la agencia establece que debo ser eliminado".

La estrechó entre sus brazos. "Eso es sombrío."

"Para eso firmé. Estoy empleado por ellos hasta que fracase. Y entonces se acabó. Es el trato que hice para seguir vivo. Podría haber dicho que no, pero no lo hice".

Nadine pasó una noche inquieta. Xander tenía aún más preguntas después de que ella le explicara para quién trabajaba y a qué se dedicaba. Sus preguntas le recordaron lo vulnerable que era su vida. Y lo inútil y desesperada que era su relación.

Después, se consoló sabiendo que al menos tenían el ahora, esta noche y tal vez mañana. Se tenían el uno al otro hasta que llegara el momento en que ella encontrara la forma de enviarle de vuelta a su vida en Colorado.

La luz gris de la mañana entraba a raudales por la ventana cuando oyó pasos en el pasillo. Otros viajeros se alojaban en habitaciones cercanas, pero esta persona se detuvo ante su puerta. Un momento después, una carta se deslizó por el umbral.

Apartó las mantas, cruzó la habitación y cogió la carta. Rompió el sello y la abrió. Inmediatamente reconoció la letra.

Nadine había visto el manuscrito de *Lady Susan* en la Biblioteca Morgan de Nueva York. Era el único borrador completo de una novela de Austen que se conocía.

El artefacto mostraba la encantadora caligrafía de la autora, así como otras peculiaridades que cualquier bibliófilo podría apreciar. Por ejemplo, la forma en que Austen llenaba sus páginas de texto de arriba abajo sugería que era económica en el uso del papel. Su uso idiosincrásico de los signos de puntuación, especialmente las comas y los guiones, la convertían en una estilista moderna en su época. A Nadine le había recordado la forma en que Emily Dickinson puntuaría sus poemas casi cincuenta años después.

Dos grandes escritores, separados por el tiempo y un océano.

Leyó la carta una vez y luego volvió a leerla. Jane Austen se estaba disculpando:

...y si tiene tiempo -puesto que el buen tiempo de Kentish no cesa-, ¿me haría el honor de acompañarme a charlar y tomar un té? He contratado un comedor privado y me gustaría mucho compensar mi abrupta salida de anoche. ¿Estaría disponible, digamos, a las once de la mañana?

He organizado un almuerzo que se servirá allí también al mediodía, y si el Sr. Finley pudiera unirse a nosotros entonces, el capitán Gordon y su amigo el capitán Carville cenarán con nosotros. Estoy seguro de que disfrutarán conociendo a su marido.

El cielo no parece prometedor para un paseo matutino por el pueblo, pero estoy decidido a desafiar a los elementos y subir a la vieja iglesia de piedra de la colina. Me ha informado nada menos que la esposa de nuestro amable posadero que el antiguo osario contiene "miles de cráneos". Un buen recordatorio de nuestra mortalidad, quizás...

Capítulo Treinta Y Uno

DESPUÉS DE ENVIAR una nota a Jane Austen aceptando la invitación, Nadine escribió otra a Deirdre y bajó las dos. Encontró al posadero y le preguntó si podía enviar su nota a Austen y una carta a un amigo de la ciudad. Después de conocer a Xander la noche anterior, la actitud del hombre había cambiado por completo. Aceptó atender sus peticiones de inmediato y envió a uno de sus chicos corriendo.

Deirdre era realmente su salvación en Hythe. La única persona en la que podía confiar. En la nota que había escrito, Nadine le pedía a su amiga que les prestara la ropa que considerara oportuna para Xander, a fin de que pudiera asistir a un almuerzo con varios oficiales de la marina. Su excusa era que los baúles de su marido aún no habían llegado de Londres. Tenía toda la intención de devolverles lo que le habían prestado. También incluyó un billete de cinco libras en la carta, con la esperanza de que fuera suficiente para cubrir los gastos.

El comedor privado donde Nadine iba a reunirse con el autor estaba situado encima de la taberna. En la puerta, antes de llamar, Nadine respiró hondo y se pasó una mano por la parte delantera de su traje. El vestido blanco de seda, con sus sutiles lunares y su diseño a la moda, era uno que se había traído del futuro. Pensaba ponérselo en ocasiones más elegantes, si surgía la necesidad, mientras que el vestido de viaje que había dejado en casa de Xander era para el día a día.

Bueno, la reunión con Austen era lo más formal a lo que podía asistir, y éste era el único vestido que no delataba que llevaba ropa prestada. Decidió que era mejor ir demasiado arreglada.

Otra cosa era su pelo. A causa de la lluvia y la humedad, había sido difícil peinar su maraña de tirabuzones, pero había conseguido recogerlos en la nuca formando un nudo razonablemente ordenado.

Esta mañana, ella y Xander habían vuelto a repasar su intercambio de anoche con la autora. No quería equivocarse en ninguno de los hechos y sembrar así una semilla de duda en la mente de Jane Austen. También quería parecer una compañía lo suficientemente agradable como para ser bienvenida en el círculo de conocidos de Jane mientras la mujer permaneciera en el pueblo.

Un muchacho le abrió la puerta a Nadine y ella entró. La habitación era pequeña y estaba bien aprovechada. Estaba amueblada sólo con lo necesario para funcionar. Un aparador lleno de cicatrices se extendía a lo largo de una pared, y una mesa con seis sillas antiguas descansaba sobre una desgastada alfombra turca. El posadero había tenido a bien cubrir la mesa con un mantel de lino.

Jane Austen estaba de pie junto a la ventana, observándola atentamente.

Las dos mujeres se habían conocido la noche anterior, pero Austen estaba más delgada de lo que Nadine recordaba. Llevaba el mismo vestido de viaje y una gorra de encaje. Unos cuantos

rizos morenos se desparramaban, enmarcando su rostro.

El tono cordial de su invitación no se correspondía con la fría acogida que percibía Nadine. El silencio entre ellas se prolongó durante minutos.

Tal vez fueran sus nervios. La expresión del anfitrión era tranquila. No era hostil, ni mucho menos, pero por un momento a Nadine le preocupó que su respuesta no se hubiera expresado adecuadamente. Se sintió aliviada cuando Austen sonrió ligeramente y cruzó la sala para saludarla.

"Sra. Finley."

"¿Cómo está, Srta. Austen?", logró decir.

Pensar con qué facilidad había hablado Xander con la autora. Pero para Nadine, la palabra "asombrada" era aplicable. Había conocido y tratado con muchos de los grandes de la literatura mundial, pero Jane Austen era algo totalmente distinto.

Sus ojos brillaban. Su mirada era directa. "Gracias por venir, Sra. Finley. Por favor, siéntese. ¿Puedo servirle una taza de té?"

"Gracias. Eso sería encantador".

La voz de Austen era ronca, como si estuviera resfriada. La secuencia de *Orgullo y Prejuicio* pasó por la mente de Nadine. Cuando Jane, la hermana de Lizzie, enfermó al empaparse, los Bingley la instaron a quedarse hasta que se recuperara. ¿Pasaría lo mismo aquí en Hythe? Austen no podía quedarse en la posada sin que nadie la cuidara. La respuesta lógica sería que fuera a Churchill House. Maldita sea. El amor florecería mientras ella estuviera bajo el cuidado del Capitán Gordon y su familia.

Mientras la autora servía el té, Nadine se sentó a la mesa. Austen ocupó la silla de al lado.

"De nuevo, mis disculpas por salir corriendo cuando viniste a la Sala del Café anoche. Me di cuenta de que necesitaba aire fresco".

La lluvia y el aire de medianoche explicaban la ronquera, y Nadine se preguntó si, después de todo, había subido a aquella iglesia esta mañana.

"Tuve una conversación muy interesante con su marido".

"Sí, lo mencionó".

"Vosotros dos sois de América".

"Estamos".

"Y usted ha llegado recientemente a Hythe."

"Sí, primero Londres... y luego aquí".

El pánico arañó los bordes de la memoria de Nadine. ¿Había mencionado Xander cuánto tiempo llevaban aquí? ¿Cuánto hacía que habían llegado a Inglaterra? No lo recordaba.

"Desde anoche, he estado tratando de ubicarte. No recuerdo que nos hayamos visto antes. ¿Lo hemos hecho?"

"No, no lo creo."

"Si puedo preguntar entonces, ¿cómo me reconociste?"

"¿Perdón?"

"El Sr. Finley mencionó que usted me reconoció y me señaló ante él. Así empezó mi conversación con su marido en la Sala del Café".

Mierda. Mierda. Mierda, mierda. La mente de Nadine corrió, tratando de llegar a una historia plausible.

En ese momento de la historia, Austen era una inédita hija de un antiguo clérigo, ya fallecido. Vivía tranquilamente con su madre y su hermana en un pequeño pueblo inglés. Y no sería hasta el trece de octubre de este año cuando *Sentido y sensibilidad* se publicó... anónimamente.

Después de eso, aparte de su familia inmediata y el editor, sólo un pequeño círculo de personas conocería la identidad de Austen. La mayor parte del público británico sólo sabría que la popular novela había sido escrita "por una dama". Y unos pocos críticos escépticos afirmarían tontamente que una novela tan lograda sólo podía haber sido escrita por un hombre.

Los segundos pasaban.

"Oh, no. Se equivocó en lo que te dijo. Yo... yo te vi. Mi marido y yo estábamos fuera de la posada cuando bajó del carruaje. Un amigo suyo se dirigió a usted por su nombre. Un caballero alto".

"En efecto. Capitán Gordon". Ella asintió. "Mencioné en mi nota que se unirá a nosotros hoy".

"Sí. Sí. Capitán Gordon", repitió Nadine, aliviada por haber esquivado una bala. "Con la lluvia que caía tan fuerte, nos habíamos empapado por la tormenta y teníamos prisa por entrar. El señor Finley me hizo una pregunta, pero con los gritos del cochero y los mozos de cuadra, hubo cierta confusión entre lo que me preguntó y lo que oí. Creo que mencioné su nombre. Me disculpo si causó alguna impropiedad".

Nadine dio un sorbo a su té, esperando que la explicación fuera suficiente. El problema era que sabía demasiado sobre la autora. Sus hábitos, inclinaciones y manías. Sus cuidadosas observaciones de todo lo que veía y oía. Nadine sabía sin lugar a dudas que estaba en presencia de una inteligencia formidable.

"Créame, no es necesario disculparse. Estoy encantado de que se produjera una presentación tan informal. Disfruté mucho hablando con el Sr. Finley".

Nadine dejó su taza, aliviada. "¿De qué hablaron ustedes dos?"

"El matrimonio y el matrimonio, entre otras cosas". Se inclinó hacia delante confidencialmente. "Tú y yo tenemos la misma edad".

"¿Ah, sí?" Nadine esperaba haber captado suficiente sorpresa en su tono.

"Su marido me dijo que llevaban casados dos años".

"Sí, lo hemos hecho".

"¿Por qué tan tarde en la vida?"

La brusquedad de la pregunta hizo que Nadine se detuviera mientras buscaba una respuesta adecuada.

"Por favor, disculpe mi impertinencia", continuó Austen, malinterpretando la vacilación. "Pero me preguntaba si en América se aplican las mismas costumbres sociales que en Inglaterra. Aquí, en la mayoría de los casos, se presiona a una mujer para que se case al llegar a la mayoría de edad... por estabilidad o beneficio económico. Si, por supuesto, se puede encontrar una pareja adecuada. ¿Fue *su* elección esperar tanto o hubo otras circunstancias que causaron el retraso?"

Nadine trató de elegir sus palabras con cuidado. Una vez más se encontraba en una conversación en la que se establecían paralelismos. Jane Austen había conocido a Xander, le había gustado y apreciaba lo que ella debía de considerar una actitud progresista con respecto a las mujeres y el matrimonio. A sus ojos, Nadine y Xander habían forjado una relación satisfactoria, a pesar de la "avanzada" edad de ella. Y ahora Austen se encontraba en una situación similar: a una edad en la que las mujeres no solían casarse por primera vez, estaba a punto de renovar su propio romance con el capitán Gordon.

"Para mí, fue una elección", admitió Nadine. "Antes del Sr. Finley, nunca me había casado. Nunca había estado comprometida. No sentía amor por ningún hombre. Tenía la suficiente seguridad económica como para haber vivido el resto de mi vida sencilla y cómodamente."

"Ya veo. ¿Te oponías al matrimonio?"

"En teoría, no. En la práctica, sí. Me gustaba mucho más mi libertad".

"Debo decir que aquí esto se consideraría una posición radical". Sostuvo la mirada de Nadine. "Y sin embargo, cambiaste de opinión".

"El Sr. Finley y yo descubrimos que teníamos una atracción mutua".

Austen sonrió. "Eso quedó bastante claro mientras él y yo hablábamos".

"Lo que tenemos es bastante único". Nadine ni siquiera podía empezar a explicar por qué. "Y eso no cambia mi firme creencia de que si una mujer puede elegir, debe elegir la dirección en la que quiere que vaya su vida. La libertad de seguir la propia pasión no siempre es posible cuando el matrimonio es la única elección que podemos hacer."

"Así es", dijo Austen en voz baja. "Déjame preguntarte esto..."

"Antes, ¿puedo hacerle una pregunta?". Dentro de su círculo social, la autora se haría famosa por dirigir el curso de las conversaciones. Nadine decidió devolver las preguntas a la mujer.

"Por supuesto".

"¿Está casada, Srta. Austen?"

"No. Nunca he caminado por el pasillo".

"¿Te opones al matrimonio? ¿Nunca has estado enamorado?"

"Para una mujer bien educada y de poca fortuna aquí en Inglaterra, sólo existen dos motivos para casarse. Ya los mencioné antes. Seguridad social y financiera. El amor casi no juega ningún papel para una mujer así, me temo".

"Pero, amor aparte, ¿estabas dispuesto a sacrificar ambas cosas por *tu* libertad?"

"Sí, supongo que sí. Para ser honesto, si bien la idea de la pobreza nunca me ha atraído, el motivo mercenario para casarme nunca me ha atraído tampoco."

Nadine pensó que ese mismo dilema aparecería a menudo en sus novelas.

"Lo entiendo perfectamente. Aunque estas elecciones son difíciles".

"Lo son, en efecto".

"Sabe, Srta. Austen, esta conversación me trae a la mente las obras de Frances Burney. ¿La has leído?"

"¡Por supuesto! Es una de mis autoras favoritas".

"La mía también", respondió Nadine, plenamente consciente de los autores que influyeron en Austen. "Mis otros escritores favoritos son Samuel Richardson... y William Cowper cuando me apetece poesía. Y me encantó *Emmeline, la huérfana del castillo*, de Charlotte Turner Smith. ¿Lo has leído?"

"¡Me encantó esa novela!" Se le iluminó la cara. "Sra. Finley, tenemos gustos literarios muy parecidos".

"Algo me dijo que serías una persona atraída por la literatura". Nadine se inclinó hacia delante, hablando confidencialmente. "¿Has pensado alguna vez en escribir?"

"¿Para publicar, quieres decir?" Una mirada recelosa cruzó el rostro de Jane.

"Sí, la conozco. Una mujer inteligente con intereses literarios. ¿Por qué no?"

"Tal vez las cosas sean diferentes para las mujeres en América, pero aquí en Inglaterra, una mujer miembro de la gentilidad se vería muy disuadida de seguir tales actividades".

"Pero aparte de Fanny Burney y Charlotte Smith, la Sra. Radcliffe y Maria Edgeworth y Charlotte Lennox ciertamente han tenido un éxito considerable. Y otras publican anónimamente, estoy segura".

"Hay buenas razones para el anonimato". Austen miró alrededor de la habitación, como si temiera que las paredes pudieran tener oídos. "Pero, debo admitirlo, tengo tales aspiraciones".

"Me lo imaginaba".

"¿Soy tan obvio?"

"Apenas. ¿Qué tipo de escritura haces?"

Jane mantuvo la voz baja. "Disfruto creando comedias costumbristas. Me gusta perderme en retratos detallados de los personajes y sus relaciones".

Nadine asintió. "Estoy impresionada e intrigada. No me extraña que hayas optado por evitar el matrimonio. Incluso en Estados Unidos, una mujer casada tendría pocas oportunidades de dedicarse a tales menesteres. Estoy segura de que debe llevar mucho tiempo cultivar y crear una obra literaria".

"Es verdad". Sonrió. "No tengo marido ni hijos, pero mis novelas *son* mis queridos hijos. Y mi mente está siempre ocupada, pensando en mis personajes. No puedo olvidarlos más de lo que una madre puede olvidar a su bebé en la cuna".

"¿Tus *novelas*? ¿Más de una?"

"Sí. He terminado los borradores de varios".

"¿Pero ninguno publicado?"

Austen fue tímida en su respuesta. "Todavía no".

Nadine estaba en las nubes oyéndola admitir ya tantas cosas.

"Dijiste *comedias costumbristas*. ¿El matrimonio juega un papel en su escritura?"

Los ojos de Austen se abrieron de par en par. "Es usted muy astuta, señora Finley".

"Simplemente siguiendo nuestra discusión".

El autor asintió. "En mi primer intento de novela, que escribí hace muchos años, tengo un personaje, Charlotte Lucas, que se casa con un hombre despreciable. Dejo claro que Charlotte no siente afecto alguno por el absurdo y engreído clérigo, pero se casa con él para asegurarse comida en la mesa, ropa en la espalda y un techo bajo el que cobijarse. Y aunque el protagonista desprecia a Charlotte por su elección, las razones para casarse son bastante válidas, dada la situación económica de la familia Lucas."

"¿Cómo se llama la novela?"

"*Primeras Impresiones*".

Nadine lo sabía, por supuesto. Había leído el libro una docena de veces. *Primeras Impresiones* se convertiría en *Orgullo y Prejuicio* cuando se publicara dentro de dos años.

"¿Hay otros matrimonios en *Primeras Impresiones*?"

"En efecto. Varios". Austen juntó las manos, con el rostro animado por el humor. Estaba claramente encantada de poder hablar de su obra. "El primer matrimonio que encuentra el lector es el del señor y la señora Bennet, los padres de mi heroína. Incluyendo a Elizabeth, la protagonista, tienen cinco hijas, las otras son Jane, Lydia, Kitty y Mary; ninguna de las cuales heredará el patrimonio. La novela es esencialmente la historia de cómo Elizabeth encuentra la felicidad con un acaudalado caballero, el señor Darcy. Como el Sr. Bennet trata a la regañona Sra. Bennet como la tonta que sin duda es, Elizabeth sólo se casará con un hombre al que respete. El viaje hacia la felicidad conyugal y la comodidad doméstica está plagado de peligros para ella".

Nadine vio cómo la autora se levantaba y empezaba a pasearse mientras hablaba.

"Y también hay otros matrimonios en esta novela. El de su hermana Lydia con un encantador villano está impulsado por la lujuria y resulta un fracaso. Jane, la hermana de Elizabeth, acaba casándose con un caballero con el que comparte grandes similitudes de carácter. Jane y su futuro marido nunca en el transcurso de la novela tienen una disputa seria, pero tienen un serio obstáculo que superar. Ambos se dejan influenciar fácilmente por las opiniones y maquinaciones de los demás..."

La voz de Austen estaba ronca, pero siguió hablando. Nadine se sentó, emocionada por oír a la autora analizar su propia historia. Era una novela que Jane había redactado cuando sólo tenía veinte años. Si el adagio "escribe lo que sabes" se aplicaba a ella, entonces Jane Austen *debería* haber tenido uno de los matrimonios más felices de la historia del matrimonio antes de escribir sobre él.

Pero Austen escribió esta historia mucho antes de llegar a Hythe y reanudar su relación con el capitán Gordon. Independientemente de cómo se desarrollara el hipotético futuro, ya había creado una obra maestra del amor romántico. Qué pérdida sería si nunca hubiera perseguido su pasión y nunca se hubiera publicado ninguna de sus obras.

"Esta historia me fascina", le dijo Nadine, animándola a continuar. "Pero, ¿por qué el título, *Primeras impresiones*?"

"Una pregunta maravillosa. Nuestras primeras impresiones a menudo forman nuestros juicios permanentes, ¿no es así? Esto es así, tanto si consideramos nuestro primer encuentro con personas, como nuestra primera visión de un lugar, o incluso las primeras líneas de un libro."

"Eso es muy cierto".

"En mi historia, las primeras impresiones causan estragos. Cuando Elizabeth se encuentra por primera vez con Darcy, él habla y se comporta de forma grosera y arrogante. Ella desarrolla inmediatamente una opinión errónea del hombre porque desconoce la motivación oculta de su comportamiento. Irónicamente, la fría valoración que Elizabeth hace del Sr. Darcy proviene en gran medida de su propio orgullo; ella tiene una enorme confianza en su rápido ingenio y su agudo sentido del discernimiento. Por su parte, la percepción que Darcy tiene de la familia Bennet hace que malinterprete el valor de Elizabeth y de su hermana mayor. El resto de la historia consiste en la corrección de esos malentendidos. Cada uno debe superar el orgullo y los prejuicios que se interponen en el camino de la felicidad".

"Si le he entendido bien, su novela no es un apoyo general al matrimonio. Puede que el lector acabe con dos matrimonios felices, pero la historia ofrece muchos infelices."

"Sí, me entiendes perfectamente".

Nadine sacudió la cabeza con admiración. "Lo que me has descrito es una novela perfecta. Una que será intemporal y universal en su atractivo. Estoy segura de *que* su obra llegará a lectores de todos los siglos. Se convertirá en el modelo supremo de la novela romántica".

Jane se volvió hacia ella, sonriendo. "Sus elogios son muy humildes. Se lo agradezco. Pero, ¿intemporal? ¿Siglos?" Sacudió la cabeza. "La realidad es que soy una mujer. Y la sociedad dicta que no debemos perseguir la fama o... Dios no lo quiera, una carrera literaria".

"A pesar del éxito de Burney y otros".

"A pesar de eso. Estoy bastante seguro de que esas mujeres... y sus familias... pagan un alto precio por su éxito".

Nadine no tenía semanas, ni días, ni siquiera horas para convencerla. Gordon estaba a punto de llegar. Estaba segura de que ese almuerzo sería el momento en que la relación entre Austen y Gordon cambiaría de rumbo. Lo que ayer empezó como un encuentro fortuito bajo la lluvia, ahora se le escaparía de las manos.

Era ahora o nunca. Miró a la autora a los ojos, sosteniéndole la mirada.

"Confíe en mí, Srta. Austen. Sus palabras, *Es una verdad universalmente reconocida, que un hombre soltero en posesión de una buena fortuna debe estar en falta de una esposa* se convertirá en una de las frases más apreciadas en la ficción para el tiempo que la gente lee".

Los ojos de Jane Austen se abrieron de par en par al tiempo que se le iba el color de la cara. Sin embargo, antes de que pudiera reponerse, llamaron a la puerta.

El capitán Gordon y su amigo habían llegado.

Capítulo Treinta Y Dos

EL CAPITÁN GORDON entró en el comedor con su amigo, el capitán Carville, que había viajado en el carruaje con Jane el día anterior. Aún no había señales de Xander.

Nadine sabía que había escandalizado a la autora con lo que había dicho. Mientras se hacían las presentaciones, la mirada de Austen volvía una y otra vez a ella.

Ningún desconocido podría haber visto la primera frase de su novela inédita, y mucho menos habérsela recitado. Ella había escrito esas palabras casi quince años antes.

De los veinte a los veinticinco años, Jane había trabajado diligentemente en su escritura. Trabajando con vigor juvenil en medio de los tranquilos acontecimientos de la zona rural de Hampshire, había llenado esos años de una enorme productividad. La familia seguía viviendo en Steventon, el pueblo agrícola donde había nacido. Los Austen conocían sus esfuerzos, pero nadie más. Más tarde, un amigo íntimo de la familia escribiría que "nunca sospechó que fuera una autora".

Nadine sabía que Jane había escrito al menos tres novelas durante ese periodo: *Primeras Impresiones* -que más tarde se convertiría en *Orgullo y Prejuicio*-, *Sentido y Sensibilidad* y *La Abadía de Northanger*.

Cuando *Orgullo y Prejuicio* se terminó y se compartió con la familia inmediata, el padre de Jane quedó tan impresionado con la historia que se esforzó por publicarla. En noviembre de 1797, escribió a Thomas Cadell, un conocido editor londinense. Sin haber visto ni una sola línea de la novela, rechazó el libro con una respuesta de cinco palabras: "declinado a vuelta de correo". Como resultado, la brillantez de *Orgullo y Prejuicio* permanecería desconocida para el público hasta dieciséis años después.

Aquí, en Hythe, Jane Austen sabía que era imposible que Nadine hubiera visto el comienzo de la novela. Sólo los miembros de su familia inmediata conocían siquiera su existencia.

Todos los invitados al almuerzo seguían de pie junto a la mesa cuando Xander llegó y fue presentado a los demás hombres.

Nadine no podía apartar los ojos de él. El hombre se había transformado. Era la viva imagen del caballero de la época de la Regencia.

Nadine no podía imaginar cómo se le había ocurrido a Deirdre esa ropa. Xander llevaba un frac verde cazador de doble botonadura, un chaleco negro, pantalones color fauno y un corbatón blanco. También había conseguido, de alguna manera, unas altas botas negras de Hesse.

Y de alguna manera, en la última hora, Xander se las había arreglado para afeitarse la barba, dejándose sólo las patillas. En una palabra, estaba guapísimo.

Al ver que Nadine le miraba fijamente, sonrió y le guiñó un ojo.

Cuando trajeron la comida, el capitán Gordon y Jane se sentaron a un lado de la mesa. Al

otro lado, Nadine estaba flanqueada por Xander y el capitán Carville.

Se preguntó si los Finley, siendo estadounidenses, tenían alguna relación con un tal almirante James Finley de Portsmouth. Nadine se apresuró a negar cualquier relación; sabía que era demasiado tarde para utilizar esa asociación en su beneficio.

La conversación fluyó con facilidad después de eso y, una vez más, ella quedó impresionada por cómo Xander era capaz de manejar cualquier situación. Utilizando la justificación de su lugar de origen, le hizo a Gordon las preguntas justas para mantener al capitán hablando, y su tono demostraba confianza pero no arrogancia.

"Serví con el almirante Nelson en Trafalgar en 2005, bendito sea el hombre", respondió Gordon a una pregunta sobre su hoja de servicios. "He dado la vuelta al Cabo de Buena Esperanza hasta la India y he vuelto. He cruzado el Atlántico cuatro veces, dos de ellas navegando a nuestras islas en las Indias Occidentales".

El desconocimiento general de Xander de los asuntos navales mantuvo la conversación tanto con Gordon como con Carville, que había servido con su amigo desde que eran poco más que niños. Hablaron de todo, desde la forma de vida a bordo, las rutinas diarias, la comida y los destinos lejanos. Y cada vez que los demás le hacían preguntas, Xander entretenía a la sala con sus anécdotas modificadas de lo que había hecho para hacer fortuna y de cómo era la vida en América.

Nadine se obligó a observar atentamente al capitán Gordon. Debido a su conexión con Jane, se trataba de un hombre que tenía el poder de remodelar el futuro de la novela y la historia literaria en su conjunto. Quería que le cayera mal, quería encontrarlo altivo y beligerante. Quería encontrar en él algún defecto que pudiera explotar. Había dado este salto cuántico con la idea preconcebida de que él era indigno de esta mujer única. *Tenía que serlo.*

Desgraciadamente, lo que encontró en Gordon fue que era hábil y amable, con un ingenio rápido y un sentido del humor discreto. A pesar de sus respuestas a Xander, permaneció atento a Jane. Estaba dispuesto a participar en todo lo que ella dijera. Y en cuanto empezaron a hablar de libros, se hizo evidente que era un hombre culto, aunque su gusto se centraba principalmente en la poesía.

Nadine notó que su mirada volvía constantemente a Jane mientras hablaba. Había afecto en la forma en que la miraba. Estaba claro que se alegraba de haberla encontrado de nuevo.

Líneas de *Persuasión* sonaron en su mente: *No podría haber habido dos corazones tan abiertos, ni gustos tan similares, ni sentimientos tan unísonos, ni miradas tan amadas. Ahora eran como extraños; no, peor que extraños, porque nunca podrían conocerse. Era un distanciamiento perpetuo.*

Pero el final del pasaje no coincidía con esta situación. Jane no se comportaba con él como si fueran extraños. Se reía de sus ocurrencias desenfadadas, discutía alegremente con él y se inclinaba hacia él mientras hablaba. Definitivamente, no había ningún distanciamiento personal entre ellos. Ni rastro de ello.

El amigo del capitán Gordon era un hombre de voz suave, y Nadine no tardó en darse cuenta de que conocía bastante bien la historia de la pareja sentada frente a ellos.

"Era el verano de 1801 cuando se conocieron", le dijo Carville en voz baja mientras continuaba la conversación entre los demás. "Al no vivir ninguno de sus padres, mi amigo encontró un hogar durante parte del año en Sidmouth. Era, como lo es ahora, un hombre notablemente fino, con la misma inteligencia y espíritu que usted ve hoy. Siempre hablaba de la señorita Austen en los términos más reverenciales, una joven extremadamente bonita con cualidades de gentileza, modestia, gusto y sentimiento como nadie que hubiera conocido."

Nadine pensó que había muchas cosas de su primer romance que nunca quedaron registradas. "¿Estuvo entonces en Sidmouth, capitán?", preguntó.

Sacudió la cabeza. "No, mis deberes me confinaron a Plymouth en ese momento, señora. Mi conocimiento de ella viene del propio Gordon".

"Sus sentimientos por ella parecen sinceros".

"Eran eso, en efecto. La de ella también, creo. La mitad de la atracción por ambos lados podría haber sido suficiente", explicó Carville. "Una vez que se conocieron, se enamoraron rápida y profundamente. No sabría decir cuál de los dos estimaba más al otro, ni cuál era el más feliz. Sin embargo, antes de que acabara el verano, ella había recibido sus declaraciones de amor y las correspondía".

"Pero no se casaron. ¿Qué pasó?"

"Su familia se manifestó inmediatamente en contra del partido. No sé si fue el padre, la madre, la hermana o los hermanos. Todo lo que sé es que la familia no dio su consentimiento. Mi amigo fue recibido con gran frialdad, gran silencio. La familia de la Srta. Austen dejó claro que creían que el matrimonio era una alianza degradante".

Carville esperó a que se produjera una pausa en la conversación de los demás. Un momento después, Xander entretenía a Gordon y Jane con una historia propia sobre las bestias salvajes de América.

"¿Pero por qué?", preguntó. "Parecen bien emparejados".

"La familia pensó que la señorita Austen no debía involucrarse en un compromiso con un hombre que no tenía nada más que él mismo para recomendarlo. En ese momento, Gordon era un joven oficial con pocas esperanzas de prosperar".

Y para entonces Austen ya había escrito mucho, pensó Nadine. No es que la familia imaginara el éxito que ella alcanzaría.

"Mi amigo no tenía fortuna ni una familia importante", continuó Carville. "Había tenido suerte en su profesión, pero no había ahorrado nada. Aun así, confiaba en que pronto sería rico. Lleno de vida, sabía que pronto tendría un mando propio y que la fortuna le seguiría. Siempre había sido bendecido; sabía que lo seguiría siendo".

Jane se rió de algo que dijo el capitán Gordon y Nadine vio cómo sus miradas se cruzaban. Durante unos segundos no hubo nadie más en la habitación que ellos dos. Carville también lo notó.

"¿Lo ves? Nada ha cambiado".

Nadine tenía que estar de acuerdo. Y eso no facilitaba su situación. "¿Qué pasó después de que la familia diera a conocer sus sentimientos?"

"Gentil y bondadosa como era, no quiso oponerse a ellos. Estaba convencida de que el compromiso era algo equivocado. Indiscreto, impropio, apenas capaz de tener éxito, y que no lo merecía. Así que le puso fin".

"Eso debe haber sido duro para él".

"Fue más que eso. El hombre fue destripado. Completamente. Hizo arreglos con el Almirantazgo y se embarcó inmediatamente. No sé cómo le afectó la ruptura".

Nadine lo sabía. Una vez más, las palabras de *Persuasión* volvieron a ella.

Unos pocos meses habían visto el principio y el fin de su relación; pero no con unos pocos meses terminaba su parte de sufrimiento por ello. Durante mucho tiempo, su apego y sus remordimientos enturbiaron todos los placeres de la juventud, y una temprana pérdida de la vitalidad y el ánimo habían sido su efecto duradero.

Nadine comprendía ahora hasta qué punto aquella novela estaría basada en la vida de Jane

Austen, en su propia historia de amor frustrada con el capitán Gordon. Y al final de esa historia, la heroína se reencuentra con el héroe y se casa.

Maldita sea.

En ese momento, dos criados entraron en la habitación y Nadine oyó al capitán Gordon hablando con Jane.

"Mi hermana y Sir Thomas me pidieron que la invitara a cenar con nosotros esta noche, Srta. Austen. ¿Nos haría el honor?"

La mirada de Jane se desvió hacia Nadine y luego hacia Xander.

Gordon se volvió inmediatamente hacia ellos. "Y sé que Lady Deedes estaría encantada de conocer también al señor y la señora Finley. ¿Podrían acompañarnos?"

Esto era exactamente lo que Nadine había esperado. Quería estar presente cada vez que estos dos estuvieran en compañía. Hoy no tenía la oportunidad de hacerlo durante el almuerzo, pero tal vez en Churchill House podría inducir a Gordon a revelar sus opiniones sobre la familia y los viajes... y sobre las escritoras.

Era un riesgo, pero le gustaría que Jane escuchara sus opiniones sobre tener una esposa que estuviera tan ocupada en su mente con los personajes de su novela como con su marido y sus obligaciones domésticas. Ella estaba suficientemente informada sobre la vida y las preferencias de Austen. Ahora tenía que desenmascarar todos los prejuicios que el hombre pudiera tener sobre las mujeres. Sólo esperaba que no fuera tan diferente de otros hombres de la época.

Mientras pensaba esto, sus ojos se fijaron en Xander. Pensó en su propio romance renovado. Tenerlo en su vida era un regalo precioso, independientemente del tiempo que les quedara o de lo que les sucediera. Vivían el presente. Por ahora. Estaban aprovechando una oportunidad que la vida les había dado.

Nadine miró a Jane y a Gordon.

Su apego y sus remordimientos habían empañado durante mucho tiempo todo disfrute de la juventud...

Sus cabezas estaban inclinadas hacia el otro. Hablaban en voz baja y sus rostros reflejaban esperanza en el futuro.

Al otro lado de la mesa, Jane Austen volvía a ser joven, sentada en compañía de su propio capitán.

"Lamentablemente", anunció Nadine, interrumpiendo su momento, "debemos declinar, Capitán. Pero gracias".

No podía... *no* le robaría a Jane esta oportunidad de ser feliz.

Capítulo Treinta Y Tres

XANDER ESPERÓ a que él y Nadine estuvieran de vuelta en su habitación antes de expresar su sorpresa.

"Pensé que tu trabajo era evitar que esos dos se juntaran. Les estás dando exactamente lo que no necesitan... tiempo a solas".

Nadine se alejó de él hasta la ventana y se quedó mirando la lluvia. No había amainado en absoluto. Apretó los dedos contra los cristales.

"¿Por qué rechazaste la invitación de Gordon?", insistió.

"No habrá diferencia si vamos a Churchill House a cenar".

"Claro que sí. Cuanta más gente haya en su empresa, menos románticos pueden llegar a ser".

Su conversación con Nadine la noche anterior había sido una revelación. Lo que pensaba de que Austen y Gordon estuvieran juntos -y de interferir en su romance- había dado un vuelco de ciento ochenta grados. La vida de Nadine dependía de completar la misión, y Xander estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

"Apenas tendrán ocasión de mirarse si estamos ahí arriba", dijo. "Estoy preparado. Puedo ser un equipo de demolición romántica de un solo hombre. Tengo un millón de preguntas estúpidas que puedo hacer sobre la marina y los viajes de Gordon".

Nadine trazaba una gota de lluvia a lo largo del vaso. En algún momento del almuerzo, Xander había visto el cambio en ella. Ocurrió cuando hablaba con el amigo de Gordon de la marina. Tal vez fue algo que dijo Carville. O tal vez fue una parte de la conversación entre Austen y Gordon que Xander se había perdido. Fuera lo que fuera, Nadine se había quedado callada. Sin embargo, él no se había dado cuenta de que había cambiado de opinión. Y ahora estaba perdida en su propio mundo mientras miraba la calle mojada.

"Nadine. No me dejes fuera. Por favor, habla conmigo."

Se giró y se encaró con él. "Que subamos los dos no está bien".

"¡Yo digo que sí! Tu vida depende de ello". Hizo un gesto hacia la puerta. "Todavía puedo ir tras Gordon. Utilizaré alguna excusa y conseguiré que nos vuelvan a invitar. Si eso es mala educación, nos echarán la culpa a que somos americanos ignorantes. Pero estoy seguro de que nos tendrán".

Nadine negó con la cabeza y Xander la vio cruzar la habitación hacia él. Tenía los hombros caídos y la cara desenchajada. Podía ver que estaba a punto de desmoronarse. Abrió los brazos y la abrazó.

"¿Qué pasa?"

Ella apretó la cara contra su pecho. "¿La viste? ¿Y a él? ¿La forma en que se miraban? Ella brillaba cuando hablaba con él. Y él estaba pendiente de cada palabra de ella. Los susurros que

nadie más podía oír. Las sonrisas privadas. Estaban en su propio pequeño mundo. Sabiendo lo que sé de su vida, que nunca encontró a su "hombre ideal", verlos era romántico y desgarrador al mismo tiempo".

"Puede que estuviera preocupado. Intentaba recordar el año en que se inauguró el primer zoo de Nueva York. ¿Lo sabes, por cierto?"

Levantó la barbilla para mirarle a la cara. "En 1864 se montó un menagerie. Fue el primer zoo público que se abrió en Nueva York".

"Maldita sea. Ni siquiera estuve cerca. Cincuenta y tres años menos. Bueno, les di un vistazo al futuro". Le acarició la espalda. "Menos mal que ninguno de esos tres ha estado en Nueva York".

"Ahora mismo, la mayor parte de Manhattan, más allá del extremo sur, es poco más que un puñado de aldeas agrícolas dispersas por...". Sus ojos se entrecerraron. "¿Estás tratando de distraerme?"

"Intento que hagas tu trabajo".

"No puedo hacerlo, Xander. No seré una rompehogares".

La angustia en su voz era desgarradora.

"Para ser un rompehogares, por definición tendrían que tener un hogar. O al menos una relación. No están en esa etapa. Ni de lejos. Todavía están en el punto de: 'Permíteme que envíe a mi hermana a pedirle a tu hermano que consulte con tu padre si podemos dar un paseo por el parque dentro de dos semanas'".

"No es así". Retrocedió un paso. "Estos dos estaban listos para comprometerse el uno con el otro hace diez años. La familia de ella se interpuso y lo cerró. No son extraños. Estaban enamorados el uno del otro. Están hechos el uno para el otro".

"¿Quién lo dice?"

"Yo sí", argumentó. "Lo vi con mis propios ojos en aquel comedor. Además, he leído *Persuasión* cinco veces. Esa novela es su historia, Xander, y termina con ellos juntos. Felices para siempre. Así es como ella quiere que suceda".

"Lo que viste fueron dos personas que tenían un pasado. Como una antigua novia que se encuentra con un antiguo novio en una reunión del instituto".

Ella negó con la cabeza y empezó a decir algo, pero él la interrumpió. No estaba dispuesto a rendirse. Uno de ellos tenía que luchar, recordar que su vida dependía de ello. No era el momento adecuado para ser desinteresado.

"Has malinterpretado lo que pasaba ahí dentro. Hoy fue como cuando una persona ve a ese viejo amigo y se pregunta cuántas cirugías se hicieron para mantener esa cara joven. O... ¿ese viejo del bar era mi compañero de clase o mi profesor de matemáticas?". Se sintió aliviado al ver una sonrisa en sus labios. "En serio, ¿nunca has ido a una reunión?"

"No."

"¿Por qué no?"

"Llevo viajando en el tiempo desde los veintidós años".

"De acuerdo. Se encogió de hombros y le tendió la mano, cogiéndola y atrayéndola hacia sus brazos. "Pero este almuerzo no se trataba de encontrar un alma gemela perdida. Estoy seguro de que ella pensaba: 'Este tipo no está casado, no tiene una docena de hijos y sigue siendo bastante guapo. Tal vez le eche un vistazo'".

Ella le frunció el ceño. "Te estás burlando de algo serio".

"¿Quién está siendo el romántico ahora?"

"No me echas en cara mis propias palabras".

Expulsó un largo suspiro. "Estás mirando su relación y pensando en la nuestra".

"Ayer hacías lo mismo".

"Es verdad. Pero, ¿qué sé yo? Vengo del 2022. Además, dijiste en términos inequívocos que ellos no son nosotros", dijo Xander. "Y tenías razón, Nadine. No son nosotros".

"Todavía tienen derecho a ser felices".

"¿Feliz?", repitió. "¿Quién dice que casarse con un antiguo novio y convertirse en esposa de la marina la hará feliz cuando lo que realmente desea es convertirse en una gran e importante escritora? Estamos hablando de la única Jane Austen. Dime otra vez lo grande que es".

Sacudió la cabeza.

"Dímelo, Nadine. Recuérdate lo *importante* que es".

"Es una de las mejores escritoras de la literatura inglesa. Sus libros son leídos en todo el mundo. Y casi todos los años, desde mediados del siglo XX, se producen adaptaciones mediáticas de sus historias. Usted lo sabe".

"Mi punto exactamente. Hasta yo lo sé". Se inclinó y la miró a los ojos. "¿Por qué no dejar que su historia se quede como estaba?"

"Pero por eso estoy aquí. La historia ya ha sido reescrita. Y tal vez hay una razón para todo. Tal vez ella está destinada a experimentar su propio romance y casarse y..."

"No vayas por ahí", interrumpió. "Fuera de tu grupo de viajeros cuánticos, la gente vive una vez. Para bien o para mal, no hay botón de 'rehacer'. En este momento, se está acercando a una bifurcación en el camino. Por lo que dices, *ya ha* tomado la decisión de seguir los deseos de su familia -y sus propios objetivos como escritora- en lugar de luchar por este chico. Eso no me suena a amor. Ahora, empujándolos a cenar a la luz de las velas en una casa de campo, no estás permitiendo que esa elección se mantenga. Ella decidió lo que quería hacer con su vida hace mucho tiempo. Ahora la llama un destino diferente".

Y tú puedes vivir, terminó Xander en silencio.

Nadine miró al techo y dejó escapar un gemido frustrado. "Estoy de acuerdo con todo lo que dices. No sabemos si el capitán Gordon será un buen marido. Y *sí* sabemos que si se casa con él, no se convertirá en uno de los gigantes literarios de la lengua inglesa. Quiero que sea la gran escritora que el mundo conoce, pero yo sólo..."

Su voz se apagó y se sentó en el borde de la cama. Inclinada hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

"Nunca me había enfrentado a un dilema como éste".

Xander quería ayudar. Más importante aún, quería que ella viviera.

Se sentó a su lado. "Tal y como están las cosas, Austen no tiene ni idea del fenómeno en el que se convertirá, ¿verdad? Pero tiene sueños, ¿no? ¿Sueños que nunca se harán realidad si se casa con este tipo?"

"Sí. Pero no sé cómo hacerle saber a qué va a renunciar".

"Tal vez empezando despacio. Darle algunas pistas sutiles".

"Lo intenté esta mañana. Y no fui tan sutil. Antes de que tú y Gordon llegaran, le cité las primeras líneas de *Orgullo y Prejuicio*. Una obra inédita en este momento. Me miró como si hubiera entrado en la bóveda de su familia y robado el manuscrito".

"Tal vez deberías decirle quién y qué eres".

"Eso tampoco funciona". Se levantó, evidentemente frustrada. "¿Te creíste algo de lo que te dije en Colorado? Sé sincera ahora. ¿Creíste una palabra de lo que te dije? ¿Lo pensaste siquiera

un segundo?"

No lo había hecho. No creía nada de lo que ella le decía.

Los pensamientos de Xander volvieron al momento en que había entrado en la habitación de invitados de su casa. La buscaba e intentaba comprender adónde podía haber ido. Algo había cambiado en su pensamiento cuando ella simplemente desapareció... otra vez. Y entonces encontró el libro que ella le había prestado la noche anterior en la mesilla de noche.

"No soy mago", continuó. "No puedo hacer ningún truco que le haga creer que vengo del futuro. Diga lo que diga, pensaré que estoy loco. No hay nada. Absolutamente nada que..."

"Espera. Puede que haya algo".

Se levantó y cogió su capa y su gabán.

"¿Vamos a alguna parte?"

"A casa de Deirdre".

"¿Para qué?"

"Cuando llegué..."

"Ayer".

"Sí. ¿Miraste en el ataúd? ¿Había algo dentro?"

"No, no lo hice". Se puso la capa y cogió su bolso. Los dos salieron por la puerta. "¿Qué estamos buscando? ¿Qué trajiste contigo?"

"Cuando desapareciste de la cima de esa montaña..."

"Ayer".

Sacudió la cabeza. Habían pasado tantas cosas desde ayer. Bajaron las escaleras.

"De vuelta en mi casa, fui a buscar cualquier cosa que pudieras haber dejado atrás". Se dirigieron hacia la puerta. "¿Recuerdas el volumen *que habías* cogido de la estantería?"

Cuando salieron al patio de la posada, él se puso el sombrero de copa y la ayudó con la capucha. La lluvia empezaba a amainar un poco y no había nadie tan cerca como para oír su conversación. Bajo el alero de los establos había unos mozos de cuadra, uno de los cuales les saludó con la cabeza.

"Por supuesto. Era una rara edición de 1909 de *Persuasión*, con las hermosas ilustraciones en color de C.E. Brock. Lo dejé en la mesita junto a la cama".

Le lanzó una rápida mirada, contento de que se hubiera fijado en las fotos. "Bueno, cogí ese libro y lo hojeé. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que haber algo en lo que me habías estado contando".

"¿Qué quieres decir? No dejé nada en el libro".

"La mayoría de las páginas estaban en blanco".

"Esa noche no leí más allá del primer capítulo". Hizo una pausa. "¿En blanco? ¿Cómo que en blanco?"

"Quiero decir en blanco. Puede que no sea una gran lectora, pero me encantaron las ilustraciones de ese libro. Varias veces lo repasé y las miré todas. Las ilustraciones habían desaparecido. Todas y cada una. También el texto. Bueno, la mayor parte".

La calle Mayor seguía casi vacía, y la escorrentía de color barro de las colinas fluía rápida y profunda por la calzada y subía hasta las aceras. Cruzaron por donde parecía transitable y bajaron por la colina hacia el canal. La pendiente empedrada era aún más resbaladiza y él la cogió de la mano.

"Me sorprendió", continuó. "Hojeeé todo el volumen. En algunas páginas, la tinta se había borrado. En la mayoría, las palabras habían desaparecido por completo. Era de lo más extraño. Era como si alguien hubiera borrado las palabras de las páginas".

"Sé lo que pasó", dijo. "En el momento en que viste ese volumen, los caminos de Jane y el capitán Gordon estaban a punto de cruzarse. Quizás el Capitán Carville le dijo algo en el carruaje. Fuera lo que fuera, la historia ya se estaba reescribiendo".

Cuando llegaron al puente sobre el canal, el agua estaba alta en las orillas, pero no más que ayer. Se apresuraron a cruzarlo.

"¿Trajiste el libro contigo? ¿Es lo que hay en el ataúd?"

Los hombros caídos y la mirada llorosa y derrotada habían desaparecido. Sus ojos estaban llenos de entusiasmo. Xander sintió una oleada de esperanza; volvía a ser la Nadine llena de energía que él conocía y amaba.

"No lo sé. Eso espero. Lo último que recuerdo es que estaba bajo mi brazo cuando entré en mi garaje".

"Si ese libro viajó en el tiempo -y si no lo destruyó la lluvia-, quizá pueda usarlo. Después de citar *Orgullo y prejuicio*, sé que Jane querrá hablar conmigo".

"Eso es lo que estaba pensando".

"Me pregunto cuánto queda del texto de la novela", reflexionó. "Teniendo en cuenta la comida de hoy".

"Cuando lo encontré en mi casa, el ejemplar aún tenía las letras doradas en el lomo con 'Persuasión' y 'Jane Austen'. También estaban las páginas con el título y la impresión del copyright".

"¿Todavía tenía su nombre en la portada?"

Asintió con la cabeza. "Y su biografía estaba en la parte de atrás cuando la hojeé. Quizá siga ahí. Pero incluso si no está, tal vez sólo mostrarle el libro... ¿no sería suficiente?"

"Es la mejor oportunidad que tenemos ahora mismo".

Xander sabía que estaba siendo esperanzador, pero esto era mejor que sentarse a esperar una invitación a la boda de Austen y Gordon.

Mientras pasaban por delante de las tiendas y las casas de la parte baja de la ciudad, se le ocurrió de repente que Nadine había dicho "nosotros". La mejor oportunidad *que* tenemos.

Eran un equipo.

Le hizo algunas preguntas más, pero estuvo concentrada en sus pensamientos hasta que tomaron el camino hacia la casa de Deirdre.

Xander olió el sabor salado del aire. Con la lluvia y las nubes constantes, no se había dado cuenta de que el mar estaba tan cerca. Avanzaba lentamente por el barro cada vez más profundo del sendero, y los olores de la vida en la granja volvieron a llenar sus sentidos.

A lo lejos, las campanas de la iglesia marcaban la hora, indicándole que era por la tarde, aunque nadie lo hubiera sabido por la oscuridad gris. La lluvia había amainado hasta convertirse en poco más que una fría llovizna. Avanzaron por el camino hasta llegar a la puerta del jardín de Deirdre.

Salía humo de la chimenea, pero cuando Nadine llamó, nadie respondió.

"Aquí no", dijo ella, asomándose a la ventana. "Vamos a ver el ataúd."

Estaba tal como la habían dejado, cubierta por el cobertizo de las cabras. Xander quitó la lona mojada y Nadine levantó la tapa. Ambos se quedaron mirando la caja vacía.

"Nada", murmuró, su decepción evidente en su voz.

La lluvia volvió a caer con más fuerza.

"Lo siento. Pensé que podría haber caído allí cuando me agaché para agarrarme".

Ella negó con la cabeza. "No es culpa tuya. Tendremos que pensar en otra cosa".

Xander volvió a tapar el ataúd y juntos volvieron a colocar la lona. Estaban terminando

cuando una voz familiar les llamó desde el camino.

Deirdre y su hijo Andrew entraban por la puerta del jardín.

"¿Qué hacéis aquí fuera?", preguntó. "Entremos donde podamos calentarnos".

Una vez dentro, se despojaron de la ropa exterior y Deirdre colgó el gabán y las capas en unas perchas junto a la puerta. Andrew cogió el sombrero de copa de Xander y lo colocó boca abajo en el suelo.

El agua corría de los abrigos a un brillante trozo de tela que Deirdre extendió en el suelo. Vio que Xander lo estudiaba.

"No me digas que no tienen hule en América."

Lanzó una rápida mirada a Nadine, que le hizo un gesto con la cabeza.

"Por supuesto. Estaba pensando en lo mucho que debes usar... el hule aquí".

Deirdre ignoró su respuesta. Ya lo había superado. En lugar de eso, se quedó mirándolo.

"Se ve muy bien hoy, Sr. Finley. ¿Es por la ropa que le presté o por otra cosa?"

Xander sintió que le subía el color a la cara. Estaba claro que la sutileza no era un punto fuerte en aquella mujer.

"¿No está de acuerdo, Sra. Finley?"

"A mí sí. Es tu ropa... y además se ha afeitado", comentó Nadine con un brillo en los ojos.

"Yo diría que no tiene sentido esconder esa cara tan bonita. El Buen Libro dice algo sobre no esconder tu lámpara debajo de un celemín, ¿no?"

"Desde luego que sí". Nadine también lo miraba con admiración. A él no le importaba tanto.

"Le aseguro, señorita, que no hay caballero más apuesto en toda Inglaterra que su marido."

"Muy bien, empiezo a sentirme como una cabra premiada en la feria. Lo próximo será atarme una cinta en el pelo".

Las mujeres se rieron y Deirdre las acercó al fuego, donde añadió un trozo de madera seca. Las llamas verdeazuladas se encendieron, lanzando chispas por el conducto de humos.

Andrew se acercó y se colocó junto a Nadine. Sostenía unos bloques de madera.

"Entonces, ¿qué estabais haciendo en mi jardín hace un momento?"

"Nada, en realidad...", empezó, encontrando difícil explicar un libro publicado casi cien años en el futuro que esperaban que estuviera en un ataúd en el patio de la mujer.

"Un regalo", dijo Nadine en su lugar. "Un regalo que el Sr. Finley compró en Londres para mí, pero debemos haberlo extraviado".

Deirdre se subió a un estante junto a la chimenea. "¿Era éste el regalo? Quise traértelo cuando llevé la ropa del señor Finley a la posada".

Tenía el libro en la mano.

Capítulo Treinta Y Cuatro

SUJETANDO contra su pecho la edición modificada de *Persuasión*, Nadine permanecía de pie ante la ventana de su habitación en el Swan, pendiente del regreso de la autora.

"¿Se lo vas a enseñar?"

Respiró hondo. "Todavía no lo sé. Lo decidiré cuando la vea".

En casa de Deirdre, se habían quedado a cenar temprano. No tenía sentido darse prisa en volver, ya que Jane cenaría en Churchill House.

Durante la comida, Andrew se enamoró rápidamente de Xander, arrastrándolo después al piso donde jugaron todo el tiempo que Nadine y Deirdre hablaban. Se le daba tan bien entretener a los niños como encantar a los adultos.

La joven madre había renunciado casi por completo a intentar comprender todas las cosas extrañas de Nadine y Xander. Demasiado ocupada con su hijo, su trabajo y sus responsabilidades, no tenía tiempo de hojear el libro ni de encontrar nada raro en él. Lo que más le preocupaba era que fueran detenidos e interrogados por las autoridades.

"Aparecisteis de la nada. Ambos brotaron de la tierra o llegaron a la orilla, debería decir. Y sus respuestas no tienen sentido, señorita. Créame, el magistrado no será tan blando con usted como yo. Los colgarán a los dos por espías, no me cabe duda". Frunció el ceño y señaló hacia la ventana. "Y aquí, usted ha añadido el robo a todo lo demás. La semana pasada, el señor Clarke, el fabricante de ataúdes, se puso a llorar porque le habían robado una caja. Y luego encuentro la cosa en mi jardín, cubierta por una vieja vela de mi marido. ¿Quieres *que* cuelgue contigo ahora?"

Nadine cruzó la mesa y cogió la mano de Deirdre. "¿Puedo darte dinero para pagarle?"

Deirdre resopló. "¿Y qué le digo... que el fantasma de mi abuelo quería un lugar en el jardín, así que arrastré la caja hasta aquí?"

"No sabe que el ataúd está en tu jardín".

"Pero lo hará en cuanto le entregue el dinero".

Tenía razón. Esto era lo último que Nadine quería, meter a su amiga en problemas. Ella ya estaba tomando enormes riesgos.

"Tal vez haya algún chico al azar al que pueda darle el dinero. Él puede pasarlo. ¿Funcionaría?"

"¿Hablas en serio? Te aseguro que todos los muchachos de este pueblo se quedarían con tu dinero. Y si lo descubrieran, te señalarían con su sucio dedo. Y entonces estarían en mi puerta". Ella sacudió la cabeza. "Esto es Hythe, señorita, no Londres. Aquí todo el mundo sabe quién es de quién y qué payasadas se traen entre manos".

Tenía razón. Nadine había levantado las sospechas de Elizabeth Hole sin siquiera intentarlo.

Los forasteros destacaban, y eran vigilados.

Elizabeth Hole. Miró a Xander. Tal vez la próxima vez que vieran a la anciana -y sin duda la verían-, Xander podría decir algo sobre la pérdida del fabricante de ataúdes y *darle* algunas monedas para que se las diera. Eso sólo le granjearía aún más la simpatía de la señora Hole. Pero aún quedaba el problema del ataúd en el patio de Deirdre. Estaba escondido, pero seguía allí.

"Por ahora, ¿podemos dejar la caja detrás del cobertizo?"

"¿Qué caja? No he visto nada de ninguna caja junto al cobertizo", respondió Deirdre, guiñándole un ojo.

Un par de horas más tarde, cuando regresaron al Cisne, por fin había dejado de llover. Algunas estrellas empezaban a asomar entre las nubes.

Cuando atravesaron el arco de entrada al patio de la posada, Xander señaló con la cabeza el espacio abierto. Los mozos de cuadra habían sacado el carruaje de debajo del saliente del establo. A la luz de las antorchas, estaban secando el vehículo. Dos hombres engrasaban los cubos de las ruedas bajo la atenta mirada del cochero.

Nadine sintió que el reloj de su cabeza marcaba aún más fuerte.

Dentro, el posadero se les acercó de inmediato. Les dijo que una cuadrilla de hombres había estado trabajando en las carreteras toda la tarde y que les habían comunicado que estarían transitables mañana por la mañana. El carruaje, dijo, embarcaría para Londres al mediodía, si querían ir en él.

Nadine se preguntaba sobre la posibilidad de que Jane Austen se fuera en ese autocar.

Y ahora, ella y Xander estaban de vuelta en su habitación, observando y esperando.

Se acercó y se puso a su lado. Le quitó el libro y empezó a hojearlo.

"¿Aún no hay rastro de ella?", dijo señalando con la cabeza la calle de abajo.

Nadine sacudió la cabeza. Las pocas farolas que veía a lo largo de la calle Mayor brillaban sobre el adoquinado mojado. El agua de la inundación había desaparecido en gran parte, y había algunas personas en la calle.

"Falta más huella. Definitivamente hay menos ahora que lo que vi en Colorado". Xander hizo una pausa, hojeando hasta el final. "Huh. Su biografía sigue intacta."

"Una biografía árida y académica. Mucha gente la leía en 1909, pero la fama que siguió después no tendría precedentes. Esa edición se publicó antes de que el mundo apreciara realmente a Austen".

"Aun así, tal y como está escrita, la biografía es una prueba de lo que está por venir para sus novelas... y para la propia Austen".

Nadine asintió, pero antes de que pudiera responder, ambas divisaron a la autora y al capitán que bajaban por la pasarela hacia el Cisne. Caminando del brazo con él, Jane sonreía y charlaba animadamente. Un poco más reservado, él también parecía estar de buen humor. Era ciertamente atento.

"Yo diría que la cena en Churchill House fue un éxito", señaló Xander.

"¿Me esperas aquí?" Nadine le cogió el libro y corrió hacia la puerta.

"¿Adónde vas?"

"Quiero hablar con ella antes de que vuelva a su habitación".

"Terreno neutral. Buena estrategia", dijo tras ella. "Recuerda, ellos no son nosotros".

Nadine le miró por encima del hombro y sonrió. "Lo sé. Y es su vida. No puedo definir la felicidad para ella".

Apresurándose por el pasillo, se detuvo en lo alto de la escalera. Debajo de ella, Austen se despedía de Gordon en voz baja. En el momento en que salió por la puerta, Nadine descendió

hasta la mitad del rellano mientras Jane empezaba a subir las escaleras.

"Sra. Finley". Ella levantó la vista sorprendida.

"Srta. Austen. Espero que haya tenido una agradable cena en Churchill House".

"Muy agradable". Miró por encima del hombro y bajó la voz. "Debo admitir, sin embargo, que deseé varias veces en el transcurso de la velada que usted y su marido hubieran cenado con nosotros. Sé que su presencia habría ayudado a disminuir parte de la incomodidad".

"¿Oh?" A Nadine no se le ocurrió mejor respuesta y se conformó con una pregunta. "¿Qué torpeza fue esa?"

"La hermana del Capitán Gordon." Se acercó y puso una mano sobre la de Nadine. "Sé que es tarde, pero ¿tendrías unos momentos para charlar?"

"Sí, absolutamente".

"¿Me darás tiempo suficiente para despojarme de mi capa? Puedo reunirme contigo..."

"Veré si el comedor privado está disponible".

"Perfecto".

Mientras Jane subía, Nadine bajó a hablar con el posadero, que seguía en la taberna. Inmediatamente envió a un mozo para que les preparara la habitación, y ella esperaba que su conversación con el autor transcurriera sin contratiempos.

Nadine la esperó junto a la puerta del comedor y, cuando ambas entraron, había un acogedor fuego encendido y dos sillas dispuestas para ellas junto a la chimenea.

Jane empezó en cuanto se sentaron y se quedaron solos.

"Probablemente fue el vino", dijo con una sonrisa irónica. "Pero por un momento me olvidé de mí misma en las escaleras. Lady Deedes y Sir Thomas son la primera familia de este pueblo. Incluso los susurros transmitidos en público llegarán sin duda a sus oídos".

"¿Y te importa la buena opinión que tengan de ti?"

"Un poco tarde para eso, supongo", se burló. "Su señoría tenía una opinión inalterablemente baja de mí mucho antes de que cruzara su umbral".

"¿Esta es la 'incomodidad' a la que te referías?"

"Estaba siendo generoso. Debería haber dicho 'desagradable'".

Sujetando el libro con fuerza sobre el regazo, Nadine no sabía si aquella información era una buena noticia o no. Sería mucho más fácil si Austen decidiera abandonar Hythe por su propia voluntad mañana. "¿Y el capitán Gordon comparte la opinión de su hermana?"

Jane dirigió su mirada al fuego. "En absoluto, felizmente."

La alegre vitalidad que Nadine había visto en la autora mientras charlaba con el capitán en la calle hacía unos instantes parecía haber desaparecido. O la opinión de Lady Deedes importaba, o había algo más.

"No veo ninguna razón para que alguien tenga una mala opinión de ti".

"Es muy amable de su parte, pero Lady Deedes conoce perfectamente la historia entre el capitán y yo". Hizo un gesto de complicidad a Nadine. "Y usted también. Escuché al capitán Carville haciéndole un resumen".

"Espero que no me lo tengas en cuenta. La información no fue solicitada".

"No, no. Ni por un momento". Austen suspiró y luego fijó sus ojos en el rostro de Nadine. "Pero no me culpas por rechazarlo hace tantos años, ¿verdad?"

"Desde luego que no. Además, ¿quién soy yo para juzgar? Tenías tus razones. Eso es suficiente".

Jane se levantó y se colocó junto a la chimenea. "Es cierto, sin embargo, que le rompí el corazón. Se lo rompí. Pero a pesar de lo fría y torpe que se mostró lady Deedes durante la cena,

en cuanto ella y yo nos retiramos al salón, me hizo saber sus sentimientos respecto a mi relación con su hermano."

"Eso suena un poco intrusivo. Supongo que sus sentimientos no eran... amistosos".

"¡No exactamente! Fue todo garras y colmillos por su parte". Sonrió al recordarlo. "Y puede que yo también fuera un poco cortante".

Un tronco estalló y unas brasas ardientes cayeron sobre el hogar de piedra. Las barrió con el pie y las devolvió al fuego.

"La hermana del capitán es muy leal a su hermano", continuó Jane. "Ella me informó -como si yo no lo supiera ya- que hace diez años, mi rechazo atravesó su corazón e hirió su espíritu. Casi lo destrozo, dijo. Continuó diciéndome que, en contra de su consejo, el capitán Gordon vuelve a ser muy serio en sus intenciones hacia mí. Va a pedirme que aplase mi viaje a Londres".

"Si está en lo cierto, suena bastante serio". Nadine pasó la mano por la cubierta del libro.

"Lady Deedes me dijo en términos inequívocos que si él me importaba algo, no alentara sus sentimientos. Que *cualquier* palabra de una posible unión entre nosotros disminuiría su posición en la sociedad. Incluso dijo algo de 'contaminar las sombras' de algún sitio". Jane sacudió la cabeza. "Debo pensarlo detenidamente, dijo, antes de comprometerme con él porque cualquier decisión que tome tendrá un efecto adverso, no sólo en mí, sino en los que me rodean... incluida mi familia".

"Eso suena amenazador. ¿Estás preocupado?"

"Lo estaría... si me importara un comino su opinión".

"¿Y te ha pedido el capitán que te quedes?"

Jane se quedó pensativa mirando el fuego. "Me ha pedido que traslade mis cosas a Churchill House. Se ha ofrecido a acompañarme a Londres cuando mejore el tiempo. Planea hablar con mi hermano Henry".

Nadine se levantó, al mismo tiempo feliz y triste. Alegre por Jane y triste por sí misma. "¿Te está pidiendo que te cases con él?"

"Efectivamente". Austen se volvió hacia ella, pero la sonrisa de sus labios no llegó a sus ojos.

"¿Y cuál fue su respuesta?"

Respiró hondo y luego soltó el aire. "Me gusta mucho. Le quise una vez y creo que puedo volver a quererle. Puedo imaginar una vida con él, una vida como esposa en la marina. Pero me alarman un poco los requisitos de seguridad doméstica a expensas de... bueno, ese futuro literario del que tú y yo hablamos antes. Y, por supuesto, la terrible idea de la guerra con Napoleón oscurece mis soleadas imaginaciones de viajar a todos los lugares en los que nunca he estado."

Nadine apretó con fuerza el volumen de *Persuasión* contra su pecho. Si Jane decía que sí a Gordon, sería el fin. La decisión estaría tomada. Nunca podría arruinar el futuro romántico de esta mujer, sin importar lo que eso significara para su propia vida.

"¿Le diste una respuesta definitiva?"

"No. Le dije que hablaríamos de ello mañana", dijo Jane. "Se reunirá conmigo aquí en la posada para desayunar y recibir mi respuesta".

Capítulo Treinta Y Cinco

MAÑANA DESAYUNO. Nadine se reclinó en su silla, tratando de aparentar calma.

"No es mucho tiempo para pensar. Ya debes haberte decidido".

"No, en absoluto. Desgraciadamente". Jane se frotó los brazos, a pesar del calor del fuego. "Generalmente no soy indecisa, pero me gustaría mucho que me ayudaras a razonar la oferta del capitán. Normalmente, tendría a mi hermana Cassandra para hablar, pero..."

"Estoy feliz de ayudar, si puedo."

"Gracias."

Ni en un millón de años habría pensado que su misión se reduciría a este momento, en el que se vería en la tesitura de influir directamente en el autor.

"Según Lady Deedes, su hermano necesita una esposa que tenga cierta elegancia mental y dulzura de carácter". Jane comenzó a caminar mientras hablaba, sus manos revoloteando en el aire, su tono goteando burla. "Debe ser, por supuesto, una criatura racional, agradable y coherente. También debe poseer un profundo conocimiento de la música, el canto, el dibujo, el baile y *todos los* idiomas modernos. Y además de todo esto, debe poseer un cierto algo en su aire y manera de caminar, en el tono de su voz, su dirección, sus expresiones".

Nadine oyó ecos de *Orgullo y prejuicio* en las palabras.

"También tenía muy claro el decoro y los modales que defienden las normas de la buena educación". Jane dejó de pasearse y se volvió hacia ella. "¿Qué piensas de todo esto?"

Nadine se burló. "Me cuesta creer que exista una mujer así en cualquier parte del planeta. ¿Pero estos son los requisitos de Lady Deedes?"

"¿Te refieres a mi futura *hermana*?" contestó Jane, con evidente sarcasmo en el tono. "Con las palabras más condescendientes, me habló como si yo fuera una chica con cara de niña fresca y trepadora social, maquinando insidiosamente para atrapar a su hermano en matrimonio".

"Pero estas no son las opiniones del Capitán Gordon, espero."

"No, no lo son".

Nadine respiró hondo. "Si me permite decirlo, ¿no es la opinión del capitán la única que realmente importa?"

"Sí, sí. Tienes toda la razón", dijo, sin sarcasmo y con una voz mucho más suave. "Gordon es un hombre agradable, con buen entendimiento, opiniones correctas, un profundo conocimiento del mundo y un corazón cálido. Parece vivir con la comodidad de un hombre de fortuna, pero sin ostentosas muestras de riqueza. Aun así, tiene fuertes sentimientos de apego a la familia y honor familiar; casarme con él requeriría que desarrollara una relación amistosa con su hermana."

"Parece mucho pedir".

"Efectivamente, para ambas partes".

"Antes decías que *podías amarle*. ¿Ahora te importa lo suficiente como para correr ese riesgo?"

Austen se rodeó la cintura con los brazos y se colocó frente al fuego. "Como te dije, estuve enamorada de él una vez. Desde entonces, no he encontrado a ningún hombre igual. Y volver a verle, pasar tiempo con él ayer y hoy, ha sido todo un regalo". Miró a Nadine por encima del hombro. "Pero su propuesta llegó rápido y *fue* inesperada. Esta noche me he sentido un poco abrumada".

Los directores de los Guardianes Escribanos habían sospechado que este romance se desarrollaría rápidamente, una vez reunidos los dos. Por eso Nadine había recibido instrucciones de llevar al capitán lejos de Hythe antes de la llegada del autor.

"Aún debes ser todo lo que él busca en una esposa. Por eso ha vuelto a pedir tu mano en matrimonio. Para él, eres la misma persona de la que se enamoró y siguió enamorado todos estos años".

"En cierto modo, soy la misma persona. Sigo valorando la inteligencia, el buen juicio, el comportamiento responsable, la bondad y la amabilidad allí donde la veo. Pero en otros aspectos, soy diferente", afirma Jane. "Muy diferente de la mujer que era hace diez años. O incluso hace un año".

"¿En qué sentido?"

"Soy mucho más libre de espíritu que antes. Me gusta más bailar. Me gusta el vino. Tal vez se deba a que escribo, pero he desarrollado una mirada mucho más crítica hacia las personas de mi círculo social más cercano. Observo a las personas, las analizo y luego escribo sobre ellas. Y debo admitir que disfruto burlándome de las tonterías de los demás. Puedo ser bastante malvado".

"No te has burlado de mí".

"Sólo te conozco desde hace un día. Espera a que nos conozcamos mejor".

Ambos se rieron. "Estaré en guardia".

"También he llegado a disfrutar más de la compañía y la conversación de los hombres que de las mujeres, exceptuando la compañía actual. Un marido mío podría ofenderse por tal comportamiento, creyéndome una coqueta descarada". Jane sonrió. "Y no estaría muy equivocado".

Nadine sabía que Austen era todas estas cosas y más, a pesar de la imagen solemne y santa que su familia intentó retratarla tras su muerte.

"Así que, amigo mío, no es exagerado decir que he cambiado".

"Tal vez deberíamos decir *mejorado*".

"Es muy amable de su parte".

En opinión de Nadine, las dotes de Austen eran únicas en muchos sentidos. Tenía un profundo conocimiento de la naturaleza humana. Una perspectiva clara y nada sentimental. Su sentido satírico era incisivo y a menudo mordaz. Y tenía un estilo de prosa distintivo que transmitía la información con gracia y elegancia.

"Diré que, independientemente de lo que Lady Deedes piense de mí -y a pesar de mi edad-, mi existencia dista mucho de ser desesperada. No busco caridad, y la propuesta del capitán no se me ha hecho por un sentido de piedad mal dirigido. Tampoco es el resultado de ninguna maquinación".

"Pero, ¿crees que estos cambios -estas mejoras- mermarían el afecto del capitán Gordon una vez que los conociera? ¿Especialmente con respecto a su escritura?"

"Esta pregunta va al meollo del asunto, supongo". Jane se frotó una mancha de tinta en el

dedo. "Me criaron unos padres alentadores, rodeada de hermanos muy leídos. Mis inclinaciones literarias siempre fueron apoyadas y a menudo aplaudidas. El capitán no sabía nada de lo que escribía antes y no sabe nada ahora. No sé si lo aprobaría".

Nadine se mordió la lengua, pero sabía que si Jane Austen quería casarse y al mismo tiempo dedicarse a la literatura, necesitaría un marido de cualidades muy especiales. Quizá sobrehumanas. Pocos hombres podrían competir con los personajes masculinos que ella había creado. Hombres como Darcy, Knightly y el capitán Wentworth.

Sin embargo, según el ejemplar alterado de *Persuasión* que Nadine tenía en sus manos, el matrimonio con el capitán Gordon acabaría con Austen como novelista.

"En mis historias, sé lo limitantes que son las situaciones de mis personajes femeninos. Me burlo conscientemente de sus circunstancias... y a veces de los propios personajes. ¿Las amará alguien alguna vez? ¿Encontrarán la felicidad? Y supongo que es la misma pregunta que me hago a mí misma. ¿Me querrá alguien alguna vez? ¿Encontraré la felicidad?"

Austen acercó un poco más la silla a Nadine y se sentó.

"Pero necesito preguntarte. ¿Cómo conociste esas palabras?"

"¿Qué palabras?"

"La primera frase de *Primeras impresiones*".

"Oh. Sí." Nadine sabía que esto venía. "Es una verdad universalmente reconocida, que un hombre soltero en posesión de una buena fortuna debe estar en falta de una esposa."

"¿Cómo lo sabes?"

Nadine apretó con fuerza el volumen que tenía sobre el regazo. Había llegado el momento de decirle la verdad a Austen. "Puedo recitar más que esas primeras palabras. Puedo repetir para ti líneas de las historias que has completado... y de las que aún tienes que escribir".

Una ceja se levantó. Jane se quedó mirando.

"Su novela *Sentido y sensibilidad*, que se publicará este año, empieza así", continuó Nadine. "La familia Dashwood llevaba mucho tiempo asentada en Sussex. Su propiedad era grande, y su residencia estaba en Norland Park, en el centro de su propiedad, donde, durante muchas generaciones, habían vivido de una manera tan respetable como para ganarse la buena opinión general de sus conocidos circundantes. El difunto propietario..."

"Para", ordenó Jane. Sus mejillas estaban enrojecidas por la confusión y sus ojos recorrieron el rostro de Nadine. "¿Quién es usted?"

"Sé que esto te parecerá alarmante, pero es la verdad". Nadine inspiró profundamente. "Vengo de una época de más de dos siglos en el futuro. En mi mundo, su popularidad como gigante literario sólo es rivalizada por Shakespeare. Usted es adorada, señorita Austen. Sus novelas se estudian en las escuelas, se representan en... en los escenarios. Su nombre es tan conocido que..."

"No", interrumpió ella. "Soy hija de un clérigo. Mi padre era un caballero respetado. Mis hermanos son caballeros. La autora de *Sentido y Sensibilidad* será identificada simplemente como 'Una Dama'".

"Eso es cierto... por ahora. Pero llegará el momento -en parte gracias a usted- en que las autoras serán respetadas. Y en 2078, el año del que vengo, habrá más de cuarenta millones de ejemplares impresos de sus novelas. Las heroínas de sus novelas servirán de faro para las mujeres... y los hombres del futuro. Con el mensaje universal de casarse por amor y respeto y no por dinero, sus historias ofrecen ejemplos de mujeres que toman decisiones matrimoniales sólidas y razonadas. La sátira de su obra ridiculiza a quienes no eligen sabiamente. Y su nombre figurará en todos los ejemplares".

La mirada perpleja de Jane se clavó en el libro que Nadine tenía sobre el regazo.

"¿Qué es ese volumen que sostienes?"

Nadine lo levantó. "Su novela *Persuasión*. Se publicará en 1817. Esta es una edición de 1909 de ese libro. Aún no has escrito el borrador final de esta novela".

Sacudiendo la cabeza, Austen cogió el libro que le ofrecían.

Pasó los dedos por la encuadernación, luego abrió la portada del libro y se quedó mirando su nombre.

Nadine tenía que dar muchas más explicaciones. Jane necesitaba que le explicaran por qué la mayoría de las páginas estaban en blanco. Había que darle respuestas a las preguntas que seguramente tendría.

Austen hojeó las páginas hasta llegar a la biografía al final del volumen. Comenzó a leer en voz alta:

Persuasión es la última novela que terminó Jane Austen. La empezó poco después de terminar Emma y la terminó en agosto de 1816.

Además del tema de la persuasión, la novela evoca otros tópicos, como la Marina Real, en la que dos de los hermanos de Jane Austen llegaron a alcanzar el rango de almirantes. Al igual que en La abadía de Northanger, la superficial vida social de Bath -bien conocida por Austen, que pasó allí varios años relativamente infelices e improductivos- es ampliamente retratada y sirve de escenario para la segunda mitad del libro. En muchos aspectos, Persuasión marca una ruptura con las obras anteriores de Austen, tanto en la sátira más mordaz, incluso irritable, dirigida a algunos de los personajes de la novela, como en la perspectiva pesarosa y resignada de su heroína, Anne Elliot, por lo demás admirable, en la primera parte de la historia. En contraposición, la energía y el atractivo de la Royal Navy, que simboliza para Anne y para el lector la posibilidad de una vida más extrovertida, comprometida y plena, y es esta visión del mundo la que triunfa en su mayor parte al final de la novela.

Jane Austen murió, a los 41 años, el 18 de julioth de 1817; Persuasión se publicó el 20 de diciembreth de ese año.

Jane guardó silencio durante largo rato, mirando fijamente la página.

Nadine se preparó para las preguntas. Era brillante que Xander trajera consigo este ejemplar en el tiempo. Era la prueba absoluta del futuro lugar de Austen en la historia.

"Esta edición se publicó en 1909", repitió Nadine. "No es la edición más impresionante, pero es sólo una entre muchas otras. Además, desde 19th hasta 21st se han escrito decenas de biografías sobre su vida y su obra. Sus cartas -lo que se ha podido recopilar de ellas- se guardan en museos y se consideran tesoros".

No iba a mencionar que Cassandra quemó casi todas las cartas que pasaron entre ellas.

Los ojos de Jane volvieron a recorrer la página como si grabara cada palabra en su memoria. No dio señales de haber oído nada de lo que dijo Nadine.

Finalmente, le devolvió el libro.

"Sé que esto es mucho para asimilar. Cualquier cosa que quieras saber, cualquier pregunta que tengas, te la responderé".

Jane Austen permaneció sentada en silencio unos instantes más, con las manos cruzadas sobre el regazo y una expresión ilegible. Finalmente, miró a Nadine.

"La página que leí dice que moriré cinco meses antes de cumplir 42 añosnd. Eso sí que es mucho que asimilar".

Sin decir nada más, se levantó y salió de la habitación.

Capítulo Treinta Y Seis

NADINE DIO vueltas en la cama inquieta toda la noche.

Tumbada en la cama, con Xander durmiendo profundamente a su lado, miró fijamente a la ventana y se dio una patada a sí misma por permitir que Austen leyera su propia biografía de autora. Esperaba que le preguntara por las páginas en blanco, pero la autora no había dicho nada al respecto.

¿Qué le parecería saber cuándo va a morir? ¿La fecha exacta? Todo lo demás parecía palidecer para Austen ante el conocimiento de esa información. Al quedarse sola en aquel comedor privado, Nadine no tenía ni idea de si a Austen le importaba siquiera que algún día se convirtiera en un icono fenomenalmente popular de la literatura.

Nadine sabía que en su propio cuerpo existía una enfermedad incurable. Sabía que se estaba muriendo. Pero la fecha exacta de su eventual fallecimiento estaba en blanco. Después de los primeros días de su diagnóstico, había sufrido -mental, física y emocionalmente- perdiendo toda motivación para realizar incluso las tareas más sencillas. No quería salir de la cama. Ni comer. Ni vestirse. Ni ver a nadie. Estaba harta de vivir, preparada para el final.

¿Le habría ido mejor o peor si hubiera marcado una "X" en el calendario? ¿Si hubiera tenido una fecha que no pudiera cambiarse, a pesar de los esfuerzos de la ciencia o de la fe? ¿Una fecha inmune a la súplica o a la negociación?

Nadine no tenía respuesta. Y, sin embargo, ésa era la carga que le había impuesto a Jane Austen... el conocimiento de la fecha absoluta e irreversible de su cita con la muerte.

Una brisa marina agitó los cristales y ella se quedó a oscuras, con la mente y el corazón apesadumbrados por la conciencia de que tampoco podía hacer nada para cambiarlo. Ella y sus compañeros de viaje cuántico trabajaban constantemente para corregir las aberraciones del paisaje del pasado. El inevitable efecto dominó de los errores requería una atención continua.

Varios de los primeros viajeros en el tiempo habían metido la pata. Debido a su intromisión involuntaria, los acontecimientos cambiaron. Desde entonces, los demás viajaron para corregir, corregir y corregir. Había muchas cosas en su poder que podían alterar en la historia: trabajos, matrimonios, divorcios. Había una cosa que no podían. La fecha en que una persona murió.

No pudieron hacer nada contra el asesinato de Abraham Lincoln. O de Martin Luther King, Jr. Tampoco pudieron hacer nada contra el caos provocado por el hombre y motivado políticamente que siguió a asesinatos como el de Julio César. O el de Patrice Lumumba. O Mohammad Mosaddegh.

Tampoco pudieron curar el cólera de Chaikovski ni la neumonía de René Descartes. Tampoco pudieron evitar que Austen muriera de la enfermedad de Addison o del linfoma de Hodgkin. Cualquiera que fuera la enfermedad que se cobrara su vida, el desenlace sería

irreversible.

Un viajero en el tiempo no podía evitar que alguien muriera o fuera asesinado cuando el destino ya había grabado esa fecha en piedra. La medicación que le había dado al hijo de Deirdre funcionaba porque Andrew no estaba destinado a morir de aquella enfermedad. Podía aliviarle el dolor, pero no curarle si la muerte esperaba entre bastidores.

Por supuesto, como operaban fuera de su vida finita, los viajeros cuánticos estaban exentos de estas reglas. Las leyes del destino no se aplicaban a ellos.

Jane Austen moriría el 18 de julio deth, 1817. Y Nadine no podía hacer nada al respecto.

Ahora quedaba la pregunta, ¿aceptaría Austen la oferta del capitán Gordon? ¿Decidiría vivir en felicidad conyugal los seis años que le quedaban? ¿O se alejaría de él y perseguiría su destino literario? ¿Escribiría? ¿Tejería su eterna ficción?

Su conversación de anoche no le dio a Nadine ninguna pista sobre qué camino tomaría.

Xander había pasado casi toda la noche con ella. Al volver a su habitación, Nadine le contó lo que había pasado entre ella y la autora. Él la escuchó, y ni una sola vez le reprochó que divulgara lo que podría ser el factor determinante para decantar a Austen hacia un lado u otro. Estaba del lado de Nadine y se encargarían de lo que ocurriera.

Cuando el cielo se iluminó con el amanecer, los dos se vistieron y bajaron a la cafetería.

Nadine sabía que Jane había quedado con Gordon para darle su respuesta, pero no sabía dónde. Quizá salieran a dar un paseo, ya que había dejado de llover. Tal vez se encontrarían en uno de los comedores privados.

Nadine había dicho todo lo que podía. No podía hacer nada más para influir en ella. La decisión estaba ahora en manos de la propia autora. Pero si Austen quería volver a reunirse con ella para hacerle preguntas, Nadine estaría encantada de complacerla. Le dijo al posadero dónde estaban, por si alguien preguntaba por ellas.

En la sala del café, Xander y Nadine estaban sentados uno al lado del otro en una mesa. Estaban de espaldas a la pared y con los ojos puestos en la puerta. Inmediatamente apareció un camarero y les tomó nota.

"Si Austen decide casarse con Gordon", empezó Xander, juntando los dedos helados de ella en una mano caliente. "¿Cuánto tiempo estaremos juntos?"

Nadine negó con la cabeza. "No lo sé. Unos días. Quizá una semana o así. Tenemos hasta que mi director se dé cuenta de que estoy desaparecida en combate y de que Jane Austen ha desaparecido del canon literario."

"¿Es entonces cuando enviarán a un asesino para matarnos?"

No lo decía ahora, pero no había un "nosotros" cuando se trataba de su trabajo y del contrato que había aceptado. Xander estaría a salvo. Lo enviaría a su propio tiempo antes de que alguien apareciera buscándola. Aún no estaba segura de cómo lo haría, pero ya se le ocurriría algo. El hecho de que él hubiera dado el salto cuántico para llegar hasta aquí la hacía sentirse más segura de que era posible.

Asesinos. Liquidarla no era la única solución para la renegada Escribana Guardiania. Podían transportarla de vuelta a 2078. Allí, podían dejar que la enfermedad siguiera su curso o esperar hasta que ella pidiera la eutanasia. Los directores del programa no eran monstruos. Y de cualquier manera, su enfermedad era una sentencia de muerte.

Se dio cuenta de que no le había contestado. "No sé cuándo vendrán".

"Bueno, no vamos a caer sin darles una buena maldita pelea. Ya hemos roto algunas reglas sobre el viaje en el tiempo. Lo haremos de nuevo".

Nadine le apretó la mano. "Sinceramente, ahora mismo no se me ocurre nada, más allá de la

decisión de Jane".

Asintió, comprensivo. "Si se casa con Gordon, ¿qué sería de sus novelas? De la influencia que ha tenido en la literatura. ¿Se desvanece todo, como el volumen que tenemos arriba?"

"*Sospecho que Sense and Sensibility seguirá* adelante hasta su publicación. La composición tipográfica está terminada. Después de parar para ver a un hermano cerca de Canterbury, se supone que irá a Londres para trabajar en las pruebas de página. Incluso *La Abadía de Northanger* podría tener una oportunidad. Otra editorial, Crosby & Co., aceptó esa novela hace ocho años. La han estado esperando y aún no la han publicado. Una vez que regrese a casa, a Chawton, necesita revisar la novela *Primeras Impresiones* antes de que se convierta en *Orgullo y Prejuicio*. Si se casa con el capitán Gordon, no sé si volvería a retomarla".

"Supongo que mucho depende de cómo se sienta Gordon teniendo a una escritora por esposa".

"Es poco probable que lo apruebe. Los investigadores de los Guardianes del Escribano creen que si se casa, Jane Austen se convertirá en una entidad olvidada en el mundo de la literatura", dijo Nadine. "Y no sería la primera. Puedo nombrar fácilmente una docena de autores y sus novelas que han desaparecido por..."

Las palabras de Nadine se interrumpieron cuando Jane entró en la cafetería. Recorrió la sala antes de posar su mirada en ellas. Se dirigió directamente a su mesa.

En ese momento, Nadine supuso que Jane podría haber bajado a negar lo que le habían contado la noche anterior. La negación era la primera respuesta de muchas personas cuando se les decían verdades potencialmente devastadoras. Reaccionando con recelo o ira, la mente humana solía utilizarla como mecanismo de defensa habitual mientras procesaba información para la que una persona no estaba preparada. La historia de la humanidad está repleta de personas que negaron los hechos para hacer la guerra a la ciencia, para descartar pruebas de genocidios y, finalmente, para destruir su propio entorno.

La verdad que Nadine había revelado anoche pedía a gritos la negación a muchos niveles.

Ella y Xander se pusieron en pie cuando Jane llegó a su mesa y los tres se saludaron.

Jane Austen estaba vestida como el día anterior, pero no llevaba su capa. Estaba claro que había pasado la mayor parte de la noche llorando. Tenía los ojos inyectados en sangre. Tenía la tez manchada y la nariz roja.

Un sentimiento de culpa atravesó la conciencia de Nadine. Ella le había hecho esto a la mujer. No importaba la cuestión de su posible matrimonio con el capitán Gordon. Nadine había diezmado cualquier sueño que Jane tuviera de envejecer, de ver crecer a sus sobrinas y sobrinos, de encontrar satisfacción en lo que ella creía que serían las décadas de vida que le esperaban.

"¿Puedo acompañarte?"

"Por supuesto", respondieron al unísono.

Xander le tendió una silla y se sentaron.

Los ojos de Austen estaban fijos en Xander. "¿Tú también eres de...?"

Asintió con la cabeza. "Voy con Nadine. Estamos juntos".

Era una buena respuesta. No había razón para tratar de explicar su propia situación complicada en este momento.

Apareció el camarero y, cuando Jane le hizo señas para que se fuera, Xander le dijo que les guardara el desayuno.

"¿Te importa?" Preguntó Austen.

"En absoluto", respondió Nadine.

La autora miró a su alrededor antes de hablar.

"He tenido toda la noche para pensar". Inhaló profundamente y soltó un suspiro tembloroso. "¿Puedo cambiarlo? Es decir, el final. ¿El momento en que moriré?"

"No hay forma de cambiar eso. Ojalá pudiera, pero no puedo reescribir la historia. Nadie puede".

"Pero según usted, la historia se reescribirá si no me convierto en autora".

"Eso es verdad. Pero tu final seguirá ocurriendo en esa fecha".

Nadine se dio cuenta de que no había ningún atisbo de negación en las palabras de la otra mujer. Creía lo que le habían dicho anoche. Creía lo que había leído en aquella edición de su propia novela.

"No soy divina", continuó Nadine. "No soy maga. Sólo puedo viajar en el tiempo gracias a los avances de la ciencia en el futuro. No puedo deshacer el destino de una persona. No puedo salvar a nadie de la muerte".

"Si es *ahora*, no ha de venir. Si no ha de venir, será *ahora*. Si no es *ahora*, vendrá. La disposición es todo", dijo Jane en voz baja. "Shakespeare nunca los conoció, supongo."

"Todavía tenía razón", respondió Nadine. "La disposición es todo".

Austen se miró las manos durante un rato antes de volver a hablar. "Es algo desalentador, ¿no crees? Saber que tu vida terminará pronto".

"Ojalá no hubieras leído tu propia biografía. Mi intención era que vieras el brillante futuro que te espera a ti y a tu trabajo."

"Y en cambio, mi respuesta instintiva fue ver sólo mi inminente desaparición". Se rió, pero no le hizo ninguna gracia. "Seis años."

No tenía sentido volver a disculparse. Y hablar de la esperanza de vida de una mujer en esta época tampoco ayudaría.

"¿Cómo muero?"

"Una enfermedad debilitante, pero tienes años antes de que te aflija". Nadine no iba a contarle cómo la enfermedad se cernió sobre Jane durante dos años, incluso mientras seguía trabajando en sus novelas.

"¿Quién estará conmigo... al final, quiero decir?"

"Tu hermana Cassandra."

Una sonrisa se dibujó en sus labios y asintió levemente, como si aquello estuviera predestinado.

Nadine recordó una carta que la afligida Cassandra había escrito a Fanny Knight, la querida sobrina de Jane. Parte de ella decía,

He perdido un tesoro, una hermana, una amiga como nunca he podido superar. Ella era el sol de mi vida, el dorador de todos los placeres, el calmante de todas las penas; no tenía un pensamiento oculto de ella, y es como si hubiera perdido una parte de mí mismo. La amé demasiado bien, no más de lo que se merecía, pero soy consciente de que mi afecto por ella me hizo a veces injusto y negligente con los demás; y puedo reconocer, más que como principio general, la justicia de la Mano que ha asestado este golpe.

"¿Dónde me enterrarán?"

"En la nave norte de la catedral de Winchester".

Sus cejas se alzaron sorprendidas. "Un lugar de honor".

"Un lugar merecido".

A lo largo de los años, los historiadores han especulado sobre cómo se enterró allí a Austen. Al fin y al cabo, su difunto padre era un simple vicario rural. Era posible que un amigo de la familia que tenía influencias con el obispo hubiera conseguido un permiso especial. En realidad,

nadie lo sabía.

"Anoche tuve mucho tiempo para pensar en esa biografía", volvió a decirles Jane. "Una vez que me sacudí la consternación inicial, traté de considerar los objetivos de mi vida. Ahora veo que dispongo de muy poco tiempo para lograr lo que espero hacer. Mejor dicho, lo *que* esperaba hacer antes de que el destino complicara mis planes trayéndome aquí. En cualquier caso, seis años son inesperadamente breves".

Nadine intercambió una mirada con Xander. Si tan sólo *hubieran* tenido el regalo de seis años juntos.

"Al considerarlo, me di cuenta de que conocer la fecha de mi muerte debería sacar lo mejor de mí". Hizo una pausa mientras le temblaba la voz. Después de un momento, continuó. "Este conocimiento me obliga a disfrutar más de mi familia. Debo hacer todo lo que pueda por ellos. Tengo dos sobrinas, Anna y Fanny, que son especialmente encantadoras. Anna incluso muestra inclinación a escribir, que el cielo la ayude. Y mis hermanos -esparcidos aquí, allá y acullá-bueno, debo encontrar la manera de estar más cerca de todos ellos."

Las emociones de Nadine afloraron al oír el amor por la familia en las palabras de Jane. Recordó el día en que le dijeron que le quedaba poco tiempo. Lo sola que se había sentido. Sin sentido.

La mano de Xander se deslizó por la mesa y cogió la suya. Una vez más, sus miradas se cruzaron. Estaba leyendo sus pensamientos. Nadine no quería perderlo. Volvió a pensar en las palabras de Cassandra: "*El sol de mi vida... el calmante de mis penas*". Él era todo lo que ella tenía. Él era realmente su amor.

"Sé que sólo han pasado horas desde que supe la verdad, pero ya siento que he cambiado de forma profunda y positiva. Me siento más fuerte, más espiritual de alguna manera. Ahora reconozco con más resolución lo que tengo que hacer. Gracias a ti, ahora sé que mis garabatos encontrarán un público de lectores. Seré reconocida por mis esfuerzos literarios. Ése es un destino que no se puede desechar como un par de guantes viejos".

"¿Y qué hay de la propuesta?"

"Saber esto de mi fallecimiento también me ha hecho pensar mucho en el capitán Gordon", dijo en voz baja. "¿Qué tan justo sería para él si yo aceptara su propuesta? Él no sabe nada de esto. Nada de lo que escribo. Soy demasiado vieja para tener hijos, pero seguramente esperará que viaje con él, que establezcamos un hogar propio, que renuncie en cierta medida a mi familia. ¿Cuándo y cómo podría escribir mis novelas?"

Los ojos de Jane se llenaron, brillando mientras miraba a Nadine.

"¿Y si accede a todo lo que le pido? ¿Y si apoya mis esfuerzos literarios? Estaré enamorada de nuevo, sabiendo al mismo tiempo que no puedo compartir con él la verdad sobre... sobre..."

Nadine sabía que lo que más miedo causaba a la gente -a menudo más que su propia muerte- era la pérdida de los seres queridos que dejarían atrás.

"No puedo hacerlo. La injusticia me cala hasta los huesos. Me reuniré con él esta mañana y le rechazaré como le rechacé hace diez años. Pero lo que es peor, no puedo darle ninguna explicación razonable que le consuele. No puedo decirle la verdad y no puedo mentirle. Este rechazo nos herirá a los dos, tal vez irreparablemente, pero no se puede evitar. Sé que no ha dejado de quererme, pero no me atrevo a conjurar una falsedad para suavizar el golpe".

Las campanas de la iglesia de la colina tocaban la hora del mediodía cuando Nadine y Xander se

situaron bajo el arco de la posada y observaron cómo los pasajeros se preparaban para partir. Varios viajeros se sentaron encima del carruaje mientras los demás subían al interior.

Algunos se despidieron con lágrimas en los ojos de sus seres queridos en la pasarela. El conductor y el guardia estaban claramente de buen humor para seguir su camino después de la lluvia.

La última pasajera en entrar en el vagón fue Jane Austen.

"No hay señales del capitán Gordon", dijo Xander en voz baja.

"Quizá sea lo mejor", respondió Nadine.

En todos sus viajes, nunca se había enfrentado a una tarea tan llena de problemas. Hythe se había convertido inesperadamente en un campo de minas emocional. Ella sabía que había dos razones para ello. Una estaba a punto de partir en este autocar hacia Londres. La otra estaba a su lado.

Para Austen, esta parada imprevista en la costa sur de Inglaterra había sido aún más dura. Jane sabía que el hilo de la vida se medía, y ahora también sabía cuándo se cortaría ese hilo. Y había elegido su verdadera pasión por encima de todo lo demás.

A los ojos de Nadine, Austen había tomado su decisión con la gracia y la fuerza interior de la más grande de sus heroínas. Había rechazado una última oportunidad de amor, eligiendo en su lugar el duro camino que la llevaría a la grandeza. Fue una elección que daría lugar a un legado de valor incalculable, un regalo para todos los que la seguirían en los siglos venideros. Pero el coste personal fue desgarrador.

La autora vaciló en el escalón del vagón. Giró la cabeza, les saludó con la cabeza y sonrió. Luego, cuando el sol se abrió paso, Jane Austen subió y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo Treinta Y Siete

NADINE ESTABA JUNTO a la ventana de su habitación en el Swan y hojeaba el ejemplar de *Persuasión* de Xander, esperando a que volviera de abajo.

Esta mañana se habían vestido con sus propias ropas y habían reunido las prendas que debían devolver a Deirdre, excepto la capa y el gabán. Hacía unos minutos, Xander había bajado a encargar a uno de los mozos de servicio que llevara el fardo a la casa de campo de su amiga, en la parte baja del pueblo.

Cerró el libro y miró hacia la concurrida calle principal, tratando de ignorar una persistente sensación de vacío. Ayer, Jane Austen abandonó el pueblo rumbo a Londres. Desde entonces, Nadine había estado pensando en lo que seguiría para la autora.

En los años venideros, a pesar del poco tiempo que le quedaba, no buscaría emociones. Ni aventuras. Ni viajes. Ya había rechazado la comodidad y la seguridad de ser la esposa de un oficial de la marina. Había dado la espalda a la posibilidad del amor.

La decisión de Austen de vivir el resto de su vida de la misma manera que lo había hecho antes fue, a ojos de Nadine, la expresión artística de un amor más grande, un amor verdadero y desinteresado. Tenía una vocación más elevada y respondió a ella.

Había tan poco que la gente que vivía en el futuro sabría sobre Austen. En muchos sentidos, estarían totalmente equivocados sobre ella. Buscarían a Jane en sus palabras y sus personajes y en el testimonio poco fiable de familiares y personas que ni siquiera la conocieron. Pero no encontrarían a la verdadera Jane Austen. Al final, no la conocerían.

Todos los biógrafos de Jane a lo largo de los años repetían algunos datos dispersos sobre su familia. Sobre su padre. Su madre. Cassandra. Los hermanos. Escribirían sobre sus carreras, sus matrimonios y sus hijos. Colorearían sus eruditos tomos con retratos de los hermanos y las tías y los hombres que *podrían* haber querido casarse con ella.

Esos intentos de captar a la esquiva Jane Austen -incluidas las películas que se harían sobre ella- repetirían románticas historias de un joven granuja angloirlandés llamado Tom Lefroy, de un compromiso de un día con un amigo del barrio de su hermano. Ninguno de esos escritores o cineastas mencionaría al capitán Charles Gordon. Ninguno vería cómo plasmó la esencia de su frustrado romance con él en su última novela, *Persuasión*.

Al final, los académicos, los críticos y los cineastas conseguirían construir poco más que una silueta toscamente dibujada de Jane Austen.

Nadine y Xander habían visto a la mujer real, hablado con ella, cenado con ella, sufrido con ella y llorado con ella. Su relación con ella fue breve, pero crucial y reveladora.

Jane Austen seguiría escribiendo más novelas suyas. Críticos y lectores las adorarían y las calificarían de únicas. Las historias, los personajes y los escenarios serían reconocibles hasta un

punto que ningún otro autor de su época lograría. Incluso en 2078 -más de dos siglos después- una lectora como Nadine podría seguir a Catherine Morland o Anne Elliot por las calles de Bath. Aún podría pararse en el rompeolas de piedra de Lyme e imaginar a la joven e insensata Louisa Musgrove zambulléndose en un cisne fuera del alcance del capitán Wentworth. Podía visitar cualquiera de las grandes casas de Inglaterra y sentir el despertar de Elizabeth Bennet y su admiración por Pemberley.

Los personajes de Austen podrían haber vivido en cualquier ciudad o pueblo de Inglaterra. Sus palabras eran ecos familiares de conversaciones oídas en calles, tiendas y hogares de todas partes. Sus villanos no eran malvados condes cazadores de vírgenes que vivían en oscuros castillos. Sus heroínas no eran versiones idealizadas de mujeres que se desmayarían con sólo ver una figura masculina dominante o una gota de sangre. No ofrecía a sus lectoras tramas artificiosas en las que hadas madrinas o padrinos aparecían en el momento final para salvar el día.

En cambio, Jane Austen daría al mundo historias en las que podríamos ver nuestras propias vidas, nuestros amores, nuestras fragilidades... y reírnos de ellas. Y al final, veríamos el innegable milagro de nuestra humanidad compartida.

Absurdamente, Nadine pasó los dedos por la cubierta de tela, el título grabado en el lomo.

No creía que su interacción con Jane hubiera terminado con los mismos resultados de no ser por este libro. Decir que había venido del futuro no habría sido suficiente. Recitar páginas de la obra no escrita o no publicada de Austen no habría sido suficiente. Los humanos somos escépticos por naturaleza. A menos que viéramos pruebas -y a menudo, ni siquiera entonces- veíamos a los videntes como farsantes. Los curanderos eran charlatanes a menos que hubiera algo definitivo que medir. Este libro era la prueba tangible de Nadine de que lo que decía no era simplemente humo y espejos.

"Todas las palabras aparecen de nuevo." Xander había vuelto. Se puso a su lado en la ventana. "Todas y cada una de las páginas. Y las ilustraciones también están".

"Sí", respondió ella, forzando una sonrisa.

"Nunca había sido muy lectora, pero ahora veo las cosas de otra manera".

Nadine se despertó esta mañana y lo encontró leyendo *Persuación* junto a ella en la cama. Mientras desayunaban en su habitación, habían pasado un par de horas hablando de Ana Elliot y el capitán Frederick Wentworth y de todas las similitudes que él ya había notado entre la novela y lo que había averiguado de la vida de Austen. Mientras Nadine se vestía, lo encontró de nuevo leyendo. Sólo dejó el libro cuando llegó la hora de prepararse.

"Es como si pintara un cuadro del mundo de Ana Elliot con sus palabras".

"Te citaré cuando haga mi informe de misión".

Su mirada se desvió y una expresión de tristeza nubló su rostro. Desde la marcha de Austen, habían hablado muy poco de su propio futuro.

"¿Qué dirás... en tu informe?"

"Diré que Jane Austen era una artista con visión de futuro. Inteligente y perspicaz, era una mujer con el dedo en el pulso de su mundo. Como escritora, sabía que la novela podía ser una gran forma de arte. Al conocernos, al ver el ejemplar de *Persuación*, su opinión se vio reforzada". Hizo una pausa de unos segundos y entrelazó los dedos con los de Xander. "Diré que dio la espalda al amor y al matrimonio para seguir el camino al que estaba destinada. Sabía que no podía tenerlo todo, así que eligió su arte. Ninguna intromisión de otros viajeros cuánticos cambiaría eso".

"Entonces, ¿vamos a hablar por fin", preguntó, "sobre nuestro camino? ¿Sobre nuestro

destino?"

Conjuró todas sus fuerzas antes de hablar. "Hoy hace tres días que llegamos. Podemos dar el salto cuántico".

"¿Juntos? ¿A Colorado?"

"No. Tienes que volver a tu tiempo, Xander. Y yo también".

"No estoy de acuerdo".

"Lo sé. Pero es verdad".

"Tendrás que explicármelo". Xander se alejó medio paso y señaló la calle de abajo. "Ella era Jane Austen. Y ahora comprendo que ningún hombre de esta época estaría lo bastante preparado o tal vez iluminado para darle el espacio que necesitaba para hacer lo que tenía que hacer."

"Muy pocos lo habrían hecho".

"Pero yo no soy uno de esos hombres". Le cogió la mano. "Sé quién eres. Eres un Escriba Guardián. ¿No te he dado suficientes garantías para saber que no interferiré con eso?"

"Crees que podemos seguir juntos, vivir juntos y trabajar juntos, pero no funciona así, amor mío. No eres capaz de saltar al futuro, igual que yo no puedo ir más allá de la fecha de mi vida finita. El salto cuántico sólo *retrocede* en el tiempo".

Xander guardó silencio un momento. "En 2078 tendré noventa y cuatro años. ¿Estaré muerto entonces?"

"Nunca lo he comprobado". Ella no quería saber. Tenía demasiado miedo de saberlo. ¿Y qué sentido tenía? ¿Por qué iba a querer atormentarse con la vida que tenía Xander después de que ella se hubiera ido de ella?

"¿Tienes algo que decir sobre dónde y cuándo te envían?"

Sacudió la cabeza.

"¿Nos veremos alguna vez?"

"No creo que debamos planearlo". Nadine no pudo luchar contra las emociones que subían a su pecho. Las lágrimas le quemaban el fondo de los ojos. "Tienes que volver a tu época y vivir tu vida. Haz lo que haces. Sé la gran persona que eres".

"Y todo el tiempo, te estaré buscando en cada curva del camino. En cada vestíbulo de hotel. En las multitudes..." Se le quebró la voz cuando se le cortaron las palabras.

Ayer se había negado a estar cerca de Jane Austen cuando habló con el capitán Gordon y rechazó su oferta de matrimonio. Nadine supo entonces que tendría que hacer lo mismo dentro de un día.

Las lágrimas le corrían por la cara. Xander la estrechó entre sus brazos y se abrazaron mientras ella lloraba. La besó en el pelo y ella acercó los labios a los suyos, buscando algún rastro de consuelo, alguna pizca de solaz que pudiera llevarse consigo.

Algo, cualquier cosa, que pudiera mantener unido su corazón roto.

Pasó mucho tiempo antes de que Nadine pudiera zafarse de su abrazo. Él permaneció junto a la ventana mientras ella se dirigía a la cama. Sentada en el borde, vació el contenido de su bolso.

"¿Qué buscas?"

Nadine no tenía ni idea de cómo Xander había viajado a 1811. Puede que el ataúd tuviera algo que ver, pero aparte de eso, estaba perdida.

"Tengo aquí un dispositivo que te ayudará a dar el salto de vuelta a tu año".

Ordenó todo, sintiendo que su ansiedad empezaba a crecer. No lo encontraba. "No está aquí."

"¿Qué estás buscando... exactamente?"

"Es un dispositivo submolecular de movilización temporal. Es una especie de GPS para el tiempo y el espacio. Pone en marcha y dirige el salto cuántico para los viajeros novatos".

Se acercó y se colocó junto a la cama. "¿Cuándo fue la última vez que lo usaste?"

"No lo uso. No lo necesito. Pero aún la tengo en caso de emergencia".

Miró los objetos esparcidos por la cama. Su inhalador. El dinero que iba a dejar para Deirdre. Las medicinas que le quedaban.

No era sólo el movilizador temporal lo que le faltaba. También le faltaba su aturridor de defensa.

"No sé qué podría haber hecho con ellos".

"¿Te refieres a estos?"

Nadine miró los dos dispositivos en la palma de la mano de Xander. "Los encontré en el ataúd el día que saliste a comer con Donna".

Ella saltó de la cama y le quitó los objetos.

"Debieron caerse de mi bolso la noche que llegué a Colorado. Eres un salvavidas, Xander. El libro y ahora estos. Eres mi héroe".

La expresión de su cara le dijo que no se sentía como un héroe.

Capítulo Treinta Y Ocho

CUANDO SALIERON DE LA POSADA, brillaba el sol. En la abarrotada calle Mayor apenas quedaban rastros de las lluvias torrenciales.

La luminosidad no coincidía con el paisaje interior de Nadine, pero su mente al menos tenía claro lo que tenía que hacer ahora.

Saber que el dispositivo de movilización temporal era el responsable del salto accidental de Xander a 1811 había sido un alivio. Nadine no tenía que preocuparse de en cuántos problemas y peligros podría meterse si de repente desarrollaba los conocimientos y habilidades para hacer saltos cuánticos a voluntad.

No saldaron la cuenta en el Cisne antes de partir hacia casa de Deirdre. Después de enviar a Xander a Colorado, ella volvería a la posada. La excusa que le dio fue que necesitaba volver a revisar la habitación para asegurarse de que no se había dejado nada. La verdad era que necesitaba un lugar donde poder llorar más tarde.

Nadine aún necesitaba despejar su mente de la frustración que sentía por un mundo que no les permitía estar juntos. Tenía que vaciar su mente de su rabia... y de su anhelo por él. No quería hacer el mismo viaje involuntario a 2022 que hizo antes.

No creía que su corazón pudiera soportarlo.

Su brazo estaba unido al de Xander mientras avanzaban por las callejuelas empedradas en dirección a la casa de Deirdre. Intentaba no demostrarlo, pero cada paso le apretaba un poco más las entrañas. Intentando no complicarse la vida, señaló a Xander algunos objetos: caricaturas de Napoleón coloreadas en un escaparate, un par de niños persiguiendo un carruaje por los adoquines, un gatito acechando a una gaviota imperturbable junto al canal militar. Sin embargo, no conseguía transmitir el humor, y la sonrisa cortés de su rostro nunca parecía del todo adecuada.

"¿Llevas un neuralizador en la mochila?", preguntó de sopetón tras cruzar el puente hacia la parte baja del pueblo.

"¿Qué es eso?", preguntó.

"Es este artilugio de las películas de *Hombres de Negro*. Hace un destello súper brillante y borra los recuerdos de la gente".

"Nunca he visto la película, pero no tengo", dijo. "¿Te gustaría que la tuviera? ¿Desearías poder olvidar estos últimos días?".

Se detuvo en medio del carril y la estrechó entre sus brazos. La besó con fuerza y ella le devolvió el beso con la misma pasión.

"No, Nadine. No quiero olvidar nada de nuestro tercer paso por el sol".

"¿Nuestro qué?", sonrió. "¿Nuestra tercera pasada por el sol?"

"Sí. Vegas, Colorado y Hythe. Y no quiero olvidar ni un segundo". La besó de nuevo, incluso más profundamente esta vez.

Un fuerte *gruñido* de una mujer que estaba cerca puso fin repentinamente a su momento. Por alguna razón, Nadine no se sorprendió lo más mínimo al ver a Elizabeth Hole y a su chucho tuerto mirándoles. En realidad, era la señora Hole la que los miraba; Kai miraba feliz a Xander, con la lengua fuera y moviendo la cola.

"Sra. Finley", ladró el entrometido del pueblo. "No sé cómo se hacen las cosas en América, pero esto es Hythe. Aquí, cualquiera con un poco de sentido de la decencia sabría que semejante exhibición pública de... lo que fuera eso... debería hacerse en privado. Si es que debe hacerse".

La señora Hole desvió la mirada hacia Xander y sus mejillas se sonrojaron por un instante. Luego volvió a concentrarse y los dardos helados volaron de nuevo.

Nadine miró a Kai, que ahora le enseñaba los dientes. La pequeña bestia estaba celosa. Estaba claro que el dueño del perro también.

"Es mi marido", protestó, conteniendo su temperamento. Sus emociones estaban a flor de piel y aquella mujer pisaba terreno peligroso.

"No me relaciono con los pijos, pero hasta las hijas de los pescaderos saben que aquí una dama sólo permite que un caballero le bese la *mano* al conocerse. Pero incluso eso es demasiado íntimo, si me preguntas. Demasiado íntimo. Estoy sorprendido. Tuve que esconder los ojos de mi dulce Kai".

"Lo último que pretendíamos era corromper al pequeño Kai", añadió Xander, encendiendo el encanto.

"Sé *que* no instigarías tal exhibición pública, querida. Fue *ella*. Lo vi con mis propios ojos". Le dio una palmada en el brazo, ignorando ahora por completo a Nadine. "Pero, ¿cómo se encuentra hoy, señor Finley? ¿Le apetece cenar algo ligero conmigo esta tarde? Haré que mi cocinera prepare su plato favorito, si me dice cuál es".

El cambio en el tono y el comportamiento de la mujer fue tan drástico que Nadine casi resopló en voz alta. Se quedó mirando incrédula a Elizabeth Hole, ahora toda palabras suaves y dulzura. Mientras pensaba esto, Kai se frotó contra la pierna de Xander y luego se sentó sobre sus botas.

Xander, levantando al perro contra su pecho, sonreía como un político el día de las elecciones. "En realidad, mañana sería mejor para nosotros, si eso no te incomoda".

"Enviaré a mi criado a la posada por la mañana. Dígle lo que desea y le estará esperando".

A Nadine casi le dan arcadas.

"Gracias, Sra. Hole."

"Es un placer, señor."

"Eres muy amable".

Se estaba sonrojando. "Bueno, hay algunos en este pueblo que dicen que tengo un corazón de..."

"Pero más urgente que mis preferencias culinarias", interrumpió Xander, "tengo un asunto de gran importancia en el que esperaba que pudieras ayudarme".

¿"Ayudarle"? Por supuesto, Sr. Finley. Cualquier cosa".

La mujer mayor estaba prácticamente saltando de un lado a otro.

"Bueno, tengo algo de dinero que me gustaría donar a una causa digna que ha llamado nuestra atención. Esperaba que fueras mi... mi embajador de buena voluntad".

¿"Una causa digna"? ¿Embajador? Dígalo, buen señor. Estoy a sus órdenes".

Nadine sólo pudo sacudir la cabeza. Increíble.

Xander explicó que habían oído hablar de la reciente desaparición de un ataúd.

"Me doy cuenta de que es mucho pedir. Pero si le diera dinero suficiente para cubrir la pérdida del fabricante de ataúdes, ¿podría hacérselo llegar? Manteniendo mi contribución anónima, por supuesto. Estaría en deuda con usted, Sra. Hole. Profundamente, profundamente en deuda con usted."

Como Nadine había previsto, el gesto le granjeó aún más simpatía de la mujer mayor, si eso era posible. Sacó el dinero del bolso y se lo entregó a la señora Hole, que lo cogió sin siquiera mirarla de reojo. Obviamente, Nadine ya no existía. Era como si estuviera en Marte.

"Qué buena muestra de carácter, señor. Qué modales. Qué generosidad", dijo levantando la voz y llamando la atención de algunos transeúntes. "Sr. Finley, está ayudando gratuitamente a un valioso artesano del pueblo en un momento de dificultad. Es usted un gran hombre".

"Anónimamente, Sra. Hole", dijo Xander en voz baja.

"Por supuesto", respondió la mujer, fingiendo que se abrochaba los labios.

Pocas posibilidades de que eso ocurra, pensó Nadine.

"¿Hasta mañana, entonces?" Dijo la Sra. Hole, con las pestañas revoloteando.

"Hasta mañana".

Por un momento, Nadine pensó que iba a besar la mano de la mujer. Casi esperaba que lo hiciera, sólo para ver su respuesta. ¡Oh, qué ironía!

En lugar de eso, Xander se limitó a despedirse de la anciana y le devolvió a Kai.

Cogió a Nadine del brazo y se la llevó. "Eso fue totalmente embarazoso."

"Completamente", aceptó con una sonrisa. "Y me parece asombroso lo rápido que le has cogido el truco a este lenguaje de la época de la Regencia".

"Es un regalo. Uno de muchos". Con una mirada hacia atrás para asegurarse de que estaban a una distancia segura, deslizó el brazo alrededor de su cintura y la acercó a su lado. "Siento cómo te ha tratado".

"Me alegro de cómo *te ha tratado*", contraatacó. "Esa entrometida era una amenaza para mi existencia hasta que llegaste tú".

"Entonces, tal vez deberías mantenerme cerca. Al menos mientras te quedes aquí. Lo digo en serio. No quiero renunciar ni a un minuto contigo".

Nadine sacudió la cabeza y la apoyó en su hombro mientras caminaban. No podía arriesgarse a que él estuviera aquí, no cuando no podía confiar en su propio corazón. No, tenía que crear una distancia real entre ellos... por mucho que le doliera. Necesitaba espacio para pensar. Su trabajo, su vida, dependían de ello.

Al girar por el camino, vieron a Deirdre y a su hijo bajando de su casa. Andrew fue el primero en verlos. La madre llevaba las manos llenas de ropa y el niño se adelantó a saludarles.

Xander cogió al niño y lo levantó por encima de su cabeza antes de acomodárselo en la cadera. Parecía tan natural, pensó Nadine, sintiendo que el dolor de su corazón se hacía más profundo.

"Gracias por devolver el lote que tomaste prestado", dijo Deirdre. "Voy a entregar este montón a mi cliente cerca del cementerio. Pero si no te importa esperarme en la cabaña, volveremos antes de que te des cuenta".

"Sí. Por supuesto. Ocupate de tus asuntos", respondió Nadine, aliviada de que Deirdre no estuviera allí para presenciar la desaparición de Xander en el aire. "Estaremos bien."

"Y usted, señor Finley", dijo Deirdre, volviéndose hacia él con una sonrisa irónica. "Le estaría agradecida si no quedara nada más en mi jardín que me lleve ante el magistrado".

"No habrá nada, señora. Palabra de exploradora".

"¿El honor de quién? ¿De los escoceses?"

"Nada. Sólo una expresión americana".

Deirdre asintió. "Bueno, estaré aquí esta noche, rompiendo esa cosa para hacer leña. Y todos podemos rezar para que nadie me pille haciéndolo. Vamos, Andrew."

Nadine vio cómo Xander abrazaba al niño antes de dejarlo en el suelo. Inesperadamente, le ardieron los ojos y luchó contra las lágrimas. Esto era una despedida.

Mientras madre e hijo bajaban por el sendero, Nadine y Xander se volvieron de nuevo hacia la cabaña.

"El gabán, el dinero, todo lo que lleves encima que pertenezca a 1811 debes dejarlo dentro", le dijo. "¿Has cogido la cartera? ¿Tu teléfono...?"

"Tengo todo con lo que vine. Pero dejo atrás lo más importante. Lo más importante de mi vida".

A Nadine se le hizo un nudo en la garganta y amenazó con derramar más lágrimas. No se atrevía a mirarle a la cara. No quería dejarle marchar. *Tenía que* hacerlo.

Él entró en la cabaña para dejar el abrigo y ella se dirigió hacia el cobertizo. Las cabras la miraban acusadoras.

"Cállate, tú", les dijo.

Quitó la tapa del ataúd, se enderezó y miró hacia la cabaña.

Este era el momento que Nadine recordaría toda su vida. Miró a lo lejos. Unas nubes blancas se esparcían por un cielo azul difuminado. La brisa era fresca y traía los olores salados del Canal de la Mancha, mezclados con la acritud de la granja y los pantanos cercanos. El sol calentaba, pero ella seguía temblando.

Miró fijamente el dispositivo de movilización temporal en su mano temblorosa. Envolviéndolo con los dedos, sincronizó sus ondas cerebrales con los controles y lo programó para devolver a Xander a su propio tiempo. Como una ocurrencia tardía, también lo programó para desactivar el dispositivo después de este salto. No podía arriesgarse a que volviera a utilizarlo, intencionadamente o no.

Xander salió y se puso a su lado.

"Entonces, ¿esto es todo?"

"Sí."

Frunció el ceño ante el ataúd. "Parece un funeral".

Se enfrentó a él, mirándole a la cara. Ya no podía contener las lágrimas. Sus brazos se cerraron a su alrededor y ella apretó su cuerpo contra el suyo mientras sus palabras entrecortadas salían a borbotones.

"Te quiero. Y siento que este mundo no nos permita estar juntos. Es cruel e injusto. Pero quiero que vuelvas y vivas tu vida. Vive, Xander. Y por favor, no me busques. Olvídate de mí. Encontrarte una vez fue un accidente. Encontrarte dos veces fue..." Nadine se obligó a terminar. "El accidente que nos unió ha cambiado nuestras vidas, pero sigue siendo un accidente... y tienes que seguir adelante".

Le cogió la cara con sus manos fuertes y cálidas, y ella también vio lágrimas en sus ojos. "Te quiero, Nadine. Nunca fuimos un accidente. Siempre estuvimos destinados a estar juntos. Y te lo aseguro. Nunca te olvidaré. Nunca, nunca dejaré de buscarte."

Su corazón no podía soportar tanto dolor. Le besó una vez más.

"Adiós, mi amor", murmuró Nadine contra sus labios mientras dejaba caer el dispositivo en su bolsillo.

Y entonces, al instante, Xander desapareció de su abrazo.

Capítulo Treinta Y Nueve

ZUMBIDO. ¿Qué era ese zumbido? ¿Estaba en su cabeza?

No, el sonido venía de algún lugar cercano. Era un teléfono. De repente, se detuvo.

La cabeza de Xander latía con fuerza. Tenía frío. Mucho frío. Estaba temblando. Y algo lo apuñalaba por la espalda. Intentó moverse, pero no consiguió que sus músculos respondieran.

El maldito teléfono empezó a zumbar de nuevo.

Intentó abrir los ojos, pero todo a su alrededor se retorció y cambiaba. Nada se enfocaba. Afortunadamente, el zumbido cesó de nuevo.

Xander sintió que la bilis le subía por la garganta y se revolvió justo a tiempo. Se le revolvió el estómago y tuvo arcadas.

Estaba tendido en un suelo frío que olía a aceite, gasolina y serrín. La puñalada en la espalda era el extremo de un dos por cuatro sobre el que había caído.

¿Se cayó? No recordaba haberse caído.

El aire que entraba en sus pulmones estaba helado. Un sonido silbante y aullante le llegó al cerebro. Se dio cuenta de que era el viento de fuera.

Intentó abrir los ojos con cautela, pero un peso le oprimía el cráneo. Se puso a cuatro patas y sus brazos y piernas lucharon por sostener su peso. El mundo le daba vueltas.

Vislumbró su camión aparcado a su lado. Su garaje. Estaba en su garaje.

Y entonces todo volvió a él.

"¡No!"

Lo recordó todo, y el dolor físico le atravesó el cuerpo como una motosierra. Había vuelto. Había vuelto.

"¡Nadine!" Hace un segundo, ella estaba en sus brazos. "¡NADINE!"

Al instante, sus emociones se apoderaron de él. Se le cerró la garganta. Lágrimas ardientes le escaldaron los ojos. Se arrastró hasta el banco de trabajo, se dio la vuelta y se sentó con la espalda apoyada en el mueble y las rodillas flexionadas. Una sensación de hormigueo le recorrió todas las extremidades.

La cara llorosa de Nadine fue lo último que vio, y ahora estaba grabada en su cerebro. No tuvo oportunidad de despedirse.

Intentó recordar lo sucedido. Estaban en el jardín de Deirdre. Nadine se metió algo en el bolsillo del chaleco.

Metió una mano dentro y sus dedos envolvieron el dispositivo. El movilizador temporal. Aún estaba caliente. Lo sacó y se lo puso delante de la cara.

"Llévame de vuelta", ordenó. "De vuelta a 1811. Hythe. Llévame de vuelta a ella. ¡Ahora!"

El aparato estaba inerte y frío en la palma de su mano.

"¡Joder!"

Miró a su alrededor. No había rastro del ataúd. Tal vez eso fue lo que hizo posible el salto la primera vez. ¿Cómo podría volver con ella? ¿Cómo encontrarla?

Tuvo que hacerlo.

Xander hundió la cabeza entre las manos. La encontró sólo para perderla de nuevo. Era demasiado brutal saber que ella lo amaba tanto como él a ella, pero no podían estar juntos.

Había tantas cosas que quería decirle antes de irse. Cosas como que esperaría a que ella volviera. Días, meses, años... no había diferencia. Él la amaba. Lo habían hecho antes, y tenía que creer que sus caminos se cruzarían de nuevo. Esta vez, no perdería el tiempo dudando de ella.

Tiempo valioso. Cuando podría estar amándola.

El teléfono empezó a sonar de nuevo. Se dio cuenta de que lo llevaba en el bolsillo. Lo sacó y miró el nombre de Ken en la pantalla. Tenía cobertura. Su teléfono estaba completamente cargado. Pulsó el botón de apagado. No podía hablar con nadie. No estaba preparado.

Miró sus textos. Más de cien. Otras tantas llamadas perdidas y mensajes de voz. Llamadas perdidas de FaceTime de su madre.

Al abrir la aplicación del calendario, Xander vio que sólo había estado fuera tres días. Tres días increíbles. ¿Por qué no podían haber tenido un día más? ¿Una semana? ¿Un mes? Por qué tan poco tiempo, pensó con amargura.

El móvil volvió a sonar. Ken. Su amigo no se rendía.

Se había delatado al enviar la última llamada directamente al buzón de voz. Xander sabía que si no contestaba, Ken llegaría a su casa en una hora.

Se aclaró la garganta y atendió la llamada.

"Ken".

"¿Qué coño, tío? ¿Dónde has estado?"

¿Qué dijo a eso?

"Aquí y allá".

"Aquí y allá, ¿dónde? Donna y yo hemos estado enfermos, preocupados por vosotros dos. ¿Dónde está Nadine? ¿Adónde habéis ido? ¿Y qué fue eso de dejar tu camioneta al final de la entrada?"

Camino de entrada. Su camión.

Cuando volvió a casa del albergue, su camino de entrada aún no estaba arado. Lo había dejado cerca de la carretera. Pero ahora estaba en su garaje.

"Gracias por moverlo".

"Dejaste la maldita cosa en marcha. Con las llaves puestas. Para cuando llegué a tu casa, el tanque estaba vacío y la batería muerta".

"Sí, estaba atascado. Los arados. Ya sabes."

"Sí. Sí. ¿Adónde fuiste?"

"Nadine tenía que volver a Denver. Fui con ella".

"¿Cómo?"

"Uber".

"¿Estuviste en Denver tres días?"

"Sí, lo estaba."

"Tus padres me llamaron. Tu madre está como una puta cabra".

"Los llamaré".

"¿Por qué no respondiste a las llamadas? ¿Los mensajes de texto? ¿Todos los mensajes que

dejé?"

"¿Qué hay de cosas más importantes? ¿Cómo está Donna? ¿El bebé? ¿Siguen en el hospital o está en casa?"

"No he terminado contigo".

"Vale. ¿Pero qué pasa con Donna?"

"Llegaron a casa ayer", resopló Ken.

"¿Cómo están?" Xander sabía que cuantas más preguntas hiciera, menos explicaciones tendría que dar. Hasta que viera a Donna, la fiscal.

"Ella es perfecta. Las dos son perfectas. ¿Cuándo vas a venir para que puedas conocerla?"

Xander se pasó una mano por la cara cansada. No estaba preparado para verlos a ellos ni a nadie. Necesitaba tiempo para revolcarse en su miseria durante un rato. "No será hoy. Te mandaré un mensaje antes de llegar a la ciudad".

"¿Cuándo vuelve Nadine?"

Mierda. Sintió el cuchillo clavarse profundamente en sus entrañas.

"Oye, escucha. Me está llamando ahora mismo", mintió. "Tengo que colgar."

La voz de Donna se alzó en el fondo. "Que le diga a Nadine que la biopsia fue benigna".

"¿Qué biopsia?" Preguntó Xander.

"Esa fue *mi* primera pregunta cuando me lo dijo ayer. Díselo a Nadine. Ella lo sabrá".

Xander colgó y se quedó mirando el teléfono. Debía de ser el día que Nadine y Donna pasaron juntas, el que terminó con la tormenta de nieve y el atasco. La biopsia debió de ser entonces. Ella no había dicho nada al respecto. Pero no tuvieron muchas oportunidades de hablar de ello una vez que él aterrizó en Inglaterra.

¡Qué imbécil era! Apenas le había preguntado a Nadine sobre el nacimiento ni nada de eso.

Habían tenido muchas otras cosas en las que centrarse. No importa Jane Austen. Todas las cosas sobre su trabajo de mierda. Sobre su propia vida en el futuro.

Se frotó el cuello. Qué bien la comprendía ahora. Cuánto había luchado para hacerle comprender la verdad.

Había explicaciones racionales de por qué y cómo le había dejado en Las Vegas y de nuevo en Colorado. Había una ciencia y un propósito detrás de todo lo que hacía. Aun así, Xander deseaba haber hecho más preguntas sobre la ubicación de su cuartel general. Debería haber conseguido los nombres de algunos de los científicos.

La realidad del viaje en el tiempo no pudo desarrollarse de la noche a la mañana. Tal vez había físicos trabajando en ello ahora mismo. Tenía que aprender más sobre ello. Involucrarse en ello. Después de todo, ya tenía experiencia con saltos cuánticos.

A Xander se le revolvió el estómago y se puso en pie. No quería vomitar en el garaje. Le temblaban las piernas, pero consiguió llegar a la puerta a trompicones.

Cuando el abridor tiró de la puerta hacia arriba, tuvo que levantar una mano para protegerse los ojos del resplandor del sol sobre la nieve. El camino de entrada estaba arado y se había despejado un sendero hasta la casa.

Respirando hondo el aire fresco de la montaña, consiguió combatir las náuseas.

Alimentos. Líquidos. Sueño. Con moderación. Recordó el consejo de Nadine.

"No me voy a rendir, ¿sabes?", gritó, las palabras se las llevó el viento. "Encontraré la forma de volver contigo".

El aire era claro y le picaba la piel mientras Xander caminaba hacia la casa.

Pateó la nieve de las suelas de sus botas y entró. Subió las escaleras hasta el gran salón y supo que no había nadie. Las persianas seguían cerradas, la temperatura baja y un inquietante

silencio llenaba el lugar.

En la cocina, abrió de un tirón la puerta del frigorífico. Su viejo amigo había traído la comida a domicilio; estaba llena.

Cogió un vaso y lo llenó de agua. Bebió tan despacio como pudo y dejó el vaso sobre la encimera.

"Joder", murmuró, mirando a su alrededor el vacío estéril de su vida.

Se quitó las botas junto a la puerta y se acercó a la chimenea. Pensó en encenderla, pero le llamó la atención la estantería. Su mirada recorrió los títulos. Había un hueco donde había estado *Persuasión*. A su lado, otra novela de Austen le llamaba la atención.

Iba a cogerlo cuando un golpe en la puerta de la cocina hizo que Xander volviera la cabeza.

Lo primero que pensó fue que alguna criatura hambrienta buscaba limosna.

Más golpes le hicieron acercarse a la corredera y abrió las persianas.

Su corazón se detuvo. Inmovilizado, parpadeó, sin confiar en sus ojos.

"¿Vas a abrir la puerta o no?" Nadine gritó desde fuera. "Está helando aquí afuera."

Torpemente, sus dedos tantearon la cerradura, pero consiguió abrir la puerta corredera de cristal. Entró dando tumbos, trayendo el olor de la nieve y el aire fresco.

Le costó sacar las palabras. "Tú... estás aquí".

Sin esperar su respuesta, la levantó en brazos y la hizo girar. Ella reía y lloraba, y le rodeaba el cuello con los brazos. "Estás aquí. Estás aquí de verdad".

La dejó en el suelo y le besó la cara. La boca. Ella le devolvió el beso.

"No puedo creerlo. Has venido a por mí. ¿Cómo?"

"Tenía que venir". Ella sonrió, con las manos apoyadas en su pecho. "Te dejaste algo".

"Sí. A ti. Te dejé atrás".

Volvió a besarle en los labios antes de retirarse. "Algo más. Te dejaste algo más".

Por su vida, sabía que no necesitaba nada más. Ella estaba aquí, en su casa. En sus brazos. Ella estaba aquí con él.

Metió la mano en la bolsa que colgaba de su hombro y sacó *Persuasión*. "Te dejaste esto".

"¿En serio? ¿Has vuelto para devolverme el libro?"

"No habías terminado de leerlo, ¿verdad?"

"No. Absolutamente no." Se lo quitó de la mano y lo dejó caer al suelo. "Me alegro de que lo hayas traído. Ahora dime que te quedas".

Nadine le miró el pecho. "Bueno, después de nuestra charla en Hythe, me di cuenta de que llevo haciendo este trabajo desde que tenía veintidós años. Y ni una sola vez durante ese tiempo me he tomado vacaciones".

"Unas vacaciones. ¿Fuiste a 2078, hiciste tu informe y pediste vacaciones?"

"No, no podría hacerlo". Ella le sonrió. "¿Y si dijeran que no? ¿Y si ya tuvieran preparada mi próxima misión?"

"Así que viniste aquí en su lugar."

"Sí. Ya conoces el viejo dicho, es mejor pedir perdón que permiso".

Xander volvió a estrecharla entre sus brazos y la besó. Había pedido días extra. Iban a tenerlos.

Tal vez muchos días extra.

Nota de edición

Gracias por leer *Jane Austen No Puede Casarse*. Si te ha gustado, no dejes de dejar una reseña en línea. Si quieres volver a visitar a Nadine y Xander, echa un vistazo a *Bórrame*, la continuación independiente de esta novela.

Esto es lo que le espera...

Bórrame

En las soleadas calles de una ciudad costera de California, los caminos de dos desconocidos chocan, dando lugar a una inesperada y ardiente conexión. Reunidos por casualidad, pronto descubren que el destino tiene un retorcido sentido del humor. Y su enredo dista mucho de ser la típica historia de amor. Ambos albergan secretos, llevan una doble vida y participan en misiones de suma importancia, lo que prepara el terreno para una batalla de ingenio y voluntad.

Avalie y Reed no son amantes convencionales, sino agentes secretos que poseen el poder de alterar el curso de la historia. Las chispas se encienden en cada momento que comparten, pero sus corazones y lealtades están divididos. Se encuentran atrapados en un torbellino de engaños y sus misiones los enfrentan entre sí. Atrapados en un peligroso juego del gato y el ratón, la confianza escasea y la traición acecha en cada esquina.

A medida que compiten contra el tiempo y entre sí, sus emociones se intensifican, difuminando las líneas entre el deber y el deseo. ¿Seguirán sus corazones, arriesgando todo lo que han conocido, o permanecerán leales a las órdenes que los atan? ¿Podrá el amor conquistarlo todo, o la lealtad a sus misiones los separará?

Bórrame es una emocionante historia de astutos engaños y una atracción prohibida tan intensa que podría cambiar el mundo. Prepárate para una montaña rusa llena de intriga, traición y pasión.

Una cosa más. Puede descargar todas nuestras novelas a un **precio reducido -impresas** y en formato electrónico- en

nuestra librería en línea. Encontrará el enlace en la página principal de [nuestro sitio web](#).

Nota del autor

Esperamos que hayan disfrutado leyendo el primer libro de nuestra serie Los viajeros cuánticos, *Jane Austen No Puede Casarse*. Es posible que muchos de los que nos seguís tengáis dudas sobre por qué elegimos este camino para nuestro próximo proyecto.

A principios de este año, yo (Nikoo) recibí el difícil diagnóstico de cáncer de mama metastásico. Mi primer ataque de cáncer de mama fue hace diecinueve años. Ahora, ha vuelto. En la fecha de esta publicación, ya he empezado el tratamiento.

Al conocer mi pronóstico, me encontré en un estado de ánimo muy difícil, intentando aceptar el tiempo que me queda en este mundo. Todos somos mortales, pero a veces resulta más difícil sustituir el vago e hipotético "algún día" por una ventana de tiempo más finita. Durante los primeros meses, Jim y yo mantuvimos muchas conversaciones sobre lo que me gustaría hacer con el tiempo que me queda. Fue entonces cuando se concibió y tomó forma la idea de esta novela.

En nuestra novela, los viajeros cuánticos son personas que padecen enfermedades terminales. Sin embargo, como viajeros en el tiempo, pueden prolongar sus vidas y encontrar la realización personal a través de viajes al pasado. Algo así como hacen los escritores.

Elegimos el pueblo de montaña de Elkhorn como escenario para la parte de Colorado de esta historia. Los que hayan leído nuestros westerns de Nik James conocerán el lugar. Pensamos que sería divertido volver a visitar esta ciudad de la plata un siglo y medio después de que el pistolero Caleb Marlowe recorriera sus calles.

Jane Austen es una de nuestras autoras favoritas de todos los tiempos. No hace falta que le digamos a nadie que es una de las escritoras más importantes de su tiempo. Su nombre es tan conocido y sus historias nos resultan tan familiares como las de cualquier otro autor en lengua inglesa. Pero se nos ocurre que si Austen supiera que iba a morir a los 41 años, ¿cómo habría actuado? ¿Habría escrito con la misma pasión? ¿Con el mismo genio? Y añadido a ese conocimiento, ¿qué pasaría si le diéramos la oportunidad de pasar sus últimos años en brazos de un hombre que la amara? Sabemos que nunca se casó, pero ¿y si se le diera esa oportunidad? ¿Elegiría la seguridad? ¿O un legado de grandeza literaria?

Sabemos que elegimos apreciar cada día que se nos da, independientemente de cuántos o cuán pocos estemos destinados a tener. Nunca se nos garantizó un *para siempre*.

Por último, me gustaría que supierais que estoy totalmente preparada para el reto que supone el cáncer, mientras pueda mantener mi fuerza, mi espíritu y mi esperanza. A través de las historias que Jim y yo hemos creado, he intentado hacer de este mundo un lugar mejor. Y pienso seguir haciéndolo.

Amo inconmensurablemente a mi marido, a mis hijos y a sus familias. Y siempre os querré a

vosotros, amigos míos. Les estoy enormemente agradecida por la confianza que han depositado en nosotros al permitirnos entretenerles y ser siquiera una pequeña parte de sus vidas.

Te deseo paz y salud... siempre.

Nota: Como autores, siempre hemos escrito nuestras historias para ustedes, nuestros queridos lectores. Si le ha gustado *Jane Austen No Puede Casarse*, deje una reseña en línea y dígaselo a un amigo, dígaselo a dos amigos, dígaselo a muchos amigos. Y por favor, visítenos en nuestra página web - www.MayMcGoldrick.com para ver la lista completa de nuestros libros y para tener la oportunidad de seguir nuestro viaje contra el cáncer en mi blog.

Si aún no lo has hecho, suscríbete a nuestro boletín y síguenos en BookBub.

Otras Obras de May McGoldrick

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) (*novella*)

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) (*novella*)

[How to Ditch a Duke](#) (*novella*)

[A Prince in the Pantry](#) (*novella*)

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.